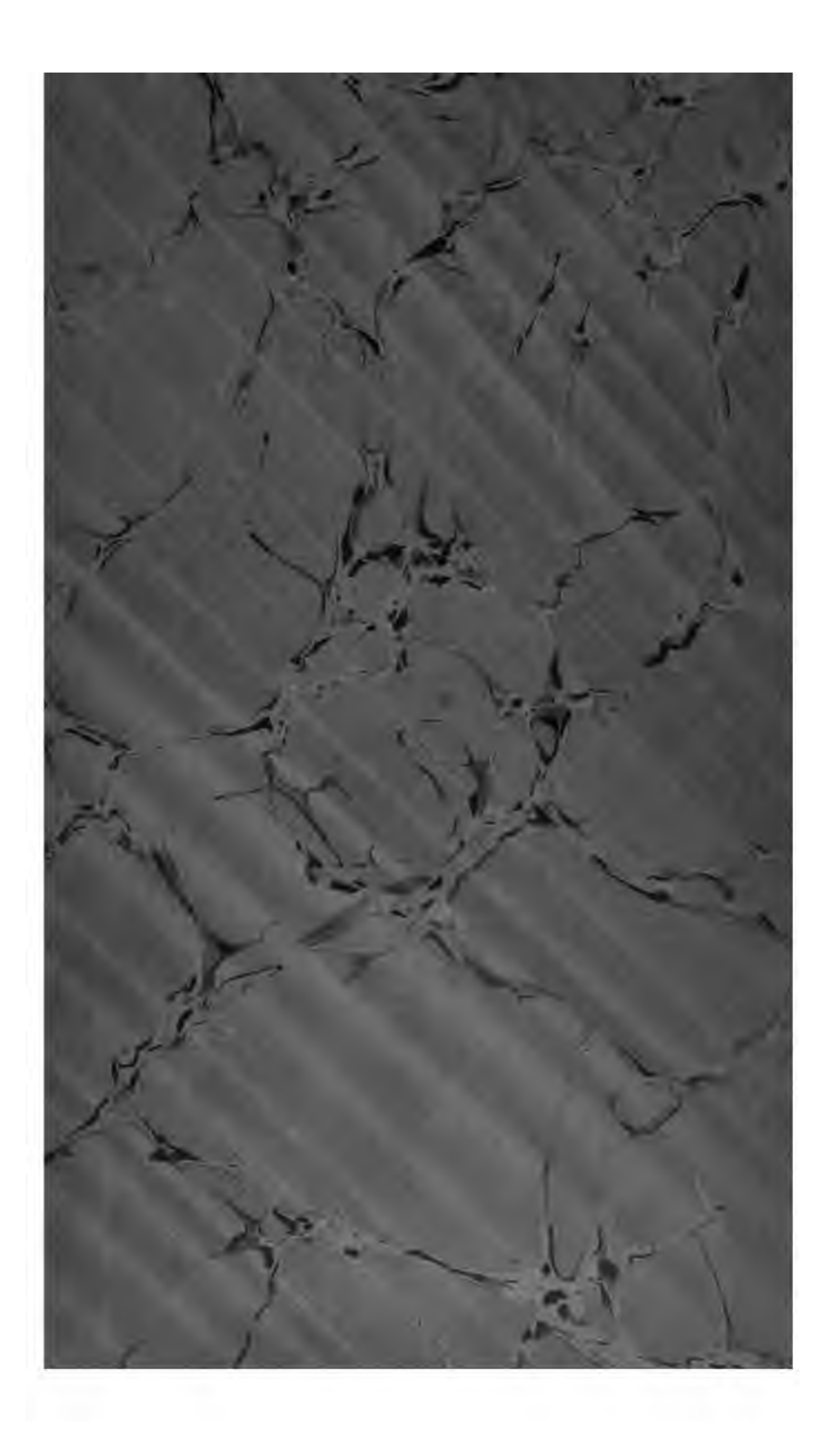
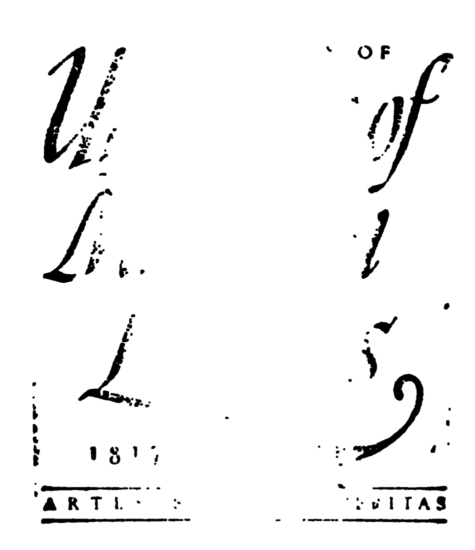
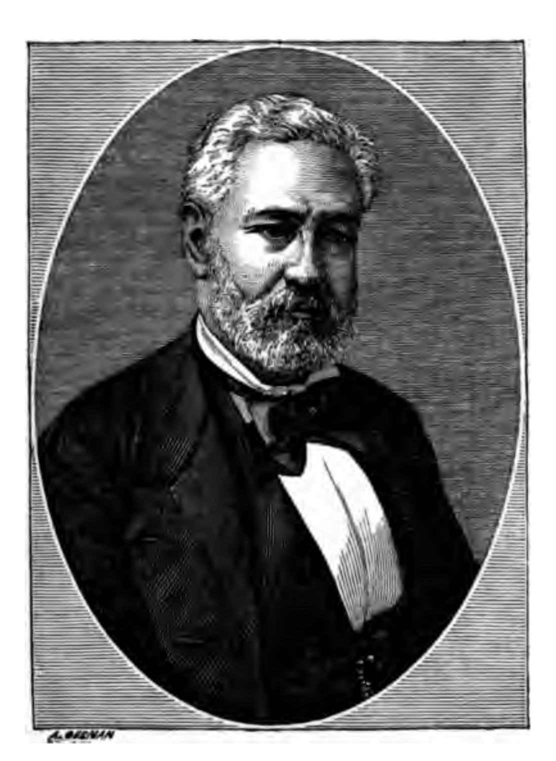

A 466250




OF

OBRAS
POÉTICAS Y DRAMÁTICAS





OBRAS

POÉTICAS

Y DRAMÁTICAS

DE

LÁZARO MARÍA PÉREZ



PARIS
A. ROGER Y F. CHERNOVIZ
EDITORES
7, rue des Grands-Augustins, 7
—
1884

A LA MEMORIA

DE

PEDRO FERNÁNDEZ MADRID

EN TESTIMONIO DE CARIÑO Y ADMIRACIÓN

DON LÁZARO MARÍA PÉREZ

Un eminente crítico francés, Mr. de Pontmartín, que en ocasiones sostiene con gran talento las tesis más paradojales, ha emitido una opinión muy curiosa con respecto á la parcialidad política y literaria. El hábil escritor se expresa así en su artículo sobre el *Espíritu literario* en 1858 : « No creo que la imparcialidad absoluta sea posible en la crítica literaria, porque la literatura expresa ideas, porque las ideas se refieren á una doctrina ó á un partido, y que al juzgar una obra no se puede hacer abstracción de las doctrinas que propaga esa obra ni del partido que ella sirva. Por otra parte, el cielo no permita que yo piense jamás en proscribir todo lo que hace ver aún que hay calor, empuje, vida! La parcialidad es la pasión, y ésta, áun en sus descarríos, es preferible á esa calma estúpida según la cual todo se resuelve por compromisos y por cálculos. »

Aún cuando cuente con el respetable sufragio de Mr. de Pontmartín, esa teoría de la parcialidad es inadmisible, porque choca con la equidad y la justicia. La verdad no está reñida con el calor, el empuje y la vida, sino que, al contrario, nada se presta más á la elocuencia y á los grandes movimientos, á la expresión de los sentimientos nobles y generosos.

Así, áun cuando amigos políticos y personales del sugeto de quien vamos á hablar, el respeto á la verdad inspirará nuestros juicios.

Pérez ha figurado en su patria con honor como literato,

poeta, militar y político; ha asistido á los Congresos, á las batallas de la Libertad; ha entrado en las lizas del periodismo; ha sido aclamado por algunos de sus dramas.

En los escritos de Pérez se descubre el hombre de corazón y de principios, el ardiente patriota, el leal amigo. Y á tal punto sus escritos le hacen advinar á quien no le conoce, que tentados estamos á admitir la teoría también algo paradojal de Mr. Emilio Deschanel, quien dice en su fisiología de los escritores y de los artistas, — ó ensayo de crítica natural:

« Me propongo simplemente hacer ver por cierto número de ejemplos y de hechos cómo se puede y debe reconocer en una obra de estilo y de arte, no sólo el siglo en que se produjo, sino también el país, el clima, la raza á la cual pertenece el autor, y hasta su sexo tal vez, pero á no dudarlo su complexión, su temperamento, su humor. — Y ¿ quién lo sabe? acaso también su salud; con mayor razón aún su caracter, sus costumbres, su profesión. »

Y adviértase que esta singular teoría ha obtenido, en parte, el alto sufragio de Mr. Luis Ratisbonne.

Como veremos más abajo, sea que Pérez figure como militar, legislador ó periodista, el sello que le distingue, lo que le dá una fisonomía particular, es su poesía lírica. Empezó á darse á conocer por ella, y es en ese campo sembrado de flores donde ha obtenido sus más bellas coronas. El político ha causado grave daño al poeta, porque la pasión política, y sobre todo en las Repúblicas americanas, es ciega ó injusta; y costumbre es que los hombres de un partido nieguen todo mérito á sus adversarios, áun cuando antes lo hayan reconocido.

Hoy que á los poetas no se les reconoce como intérpretes de la divinidad, ya que han decaido, y por desgracia, caido; hoy que no se dice de ellos:

> Sic honor et nomen divinis vatibus, atque
> Carminibus venit.....

hoy que no están expuestos á la acusación de vulgares que les hacía Juvenal en la sátira VII, porque el animado por el estro se entregaba á los cuidados de su casa y de su hacienda; hoy es bien permitido que un poeta pulse la lira y esgrima

la espada; y mucho es si alza sus cantos no en medio de los cármenes, sino en los palacios del Becerro de Oro, en las Bolsas ó sobre el mostrador de una casa de cambio.

Hoy, más que en tiempo del infortunado y sentimental Gilbert, hay razón para quejarse del desdén con que se mira á los poetas. Con cuánta mayor razón no se podría repetir en estos tiempos lo que el autor de *Las Heroidas* decía en 1771:

« Nada hay que desaliente más á los jóvenes poetas como el contemplar el envilecimiento en que ha caido la poesía. El galimatías de Mr. de la Béquille ha reemplazado entre nosotros el lenguaje de los dioses. Apénas si alguno se digna echar una ojeada sobre las maravillas de Despréaux y de Rousseau.

» No es envileciendo el arte militar como haréis nacer grandes guerreros. El hombre no está obligado á sobresalir en un arte sino cuando ese arte es considerado y respetado.

» Se dirá que si la poesía se halla envilecida, es porque no se ven ya buenas obras en verso. Sí; pero exigís que un poeta se estrene con un *Edipo*. No dáis al genio el tiempo necesario para desarrollarse, para elevarse insensiblemente, para remontar su vuelo hasta la bóveda celeste. Si no raya muy alto desde el principio, suponéis que nunca se ha de elevar, y lo aplastáis. Corneille fué un gran poeta; pero ¿se presentó en la arena teniendo en la mano *Rodoguna* ó *Cinna*? Jamás habría dado el sér á esos dos prodigios si, viviendo en nuestro siglo, se hubiera abierto la carrera de las letras presentando su *Clitandro*. Todo en la naturaleza tiene una gradación imperceptible. El río, hacia su nacimiento, no acarrea aguas abundantes, profundas y majestuosas; el sol naciente es débil y poco radiante; el águila, antes de elevarse hasta las nubes, rasa durante largo tiempo la superficie de la tierra; y ¡ queréis que sólo el poeta sea á su aurora lo que debe ser al mediodía! »

Al reproducir estas preciosas líneas, no es para aplicarlas al poeta de que hablamos, pues se estrenó con una bellísima composición, que fué aplaudida por todos los hombres de inspiración y de gusto, sino para responder á esos « porteros de la gloria » que en América se convierten en verdaderos *Cabrión* de los jóvenes que ensayan noble-

mente sus fuerzas en la carrera de las letras, y que por eso mismo son dignos de elogio y de estímulo, pues manifiestan que tienen el alto propósito de servir útilmente á la sociedad, en vez de entregarse á los placeres fáciles, á las perversas intrigas de los partidos ó á sórdidas transacciones.

Más de un joven hemos conocido en América, que, abrumado por las críticas de la envidia, ha cambiado de dirección, cuando podría haber sobresalido si hubiera hallado estímulos; y más de uno hemos visto también que armado de valor para afrontar los tiros de la maledicencia y teniendo conciencia de su genio, se ha abierto paso por entre la multitud de vociferadores. Pero el número de estos es, por desgracia, y tiene que ser reducido.

Pero veamos quién es Lázaro María Pérez

Nació en Cartagena, República de Nueva Granada, el 10 de febrero de 1824. Hizo sus estudios, que empezó siendo muy joven, en la universidad del Magdalena hasta el año de 1836, en que habiendo ocurrido la muerte de su padre, se vió precisado á desertar los cláustros de ese establecimiento, para dedicarse á alguna ocupación que le produjera medios de subsistencia para su buena madre y una hermana de cuatro años, que no contaban con otro apoyo en el mundo sino con el del poeta y su hermano Marcos, distinguido siempre por su el laboriosidad y honradez. Durante dos años, sirviendo día y noche como amanuense, pudo obtener medios para atender á las necesidades de su reducida familia.

Interesado en continuar su educación, en 1840, se hizo matricular en las clases de filosofía. El joven aprovechaba, y por su inteligencia y aplicación se captaba el afecto de sus profesores, cuando el 19 de setiembre de aquel año estalló en Cartagena la criminal revolución que tantos estragos causó en Nueva Granada.

Pérez tenía á la sazón diez y seis años de edad y servía en la guardia nacional en calidad de soldado. En la noche del 18 de octubre de 1840 fué llevado al cuartel del batallón nº 3, que estaba bajo el mando de los comandantes Ramón Acevedo y Francisco Buitrago, caudillos del movimiento revolucionario. Creía el joven militar prestar su débil apoyo al gobernador constitucional de la provincia, el patriota

Sr. Torices; pero en la madrugada del 19 fué advertido de que se preparaba un pronunciamiento contra el gobierno: nuestro soldado, sin tener en cuenta el peligro á que se exponía, arroja su fusil y se prepara á ir á la casa del Sr. Torices, á fin de instruirle de lo que se pasaba. Sorprendido por un oficial rebelde, Pérez fué aherrojado en un inmundo calabozo, donde permaneció hasta que volvió la tropa de la plaza, y después de haberse consumado el pronunciamiento.

Puesto en libertad, Pérez asistió al entierro de su hermana, y se ofreció como compañero de prisión al ilustrado neo-granadino Sr. Don José P. Rodríguez de la Torre, que había sido lanzado en las terribles prisiones de las fortalezas de Bocachicha, tristemente memorables.

Perseguido por los revolucionarios M. Hernández y Manuel Ortiz, Pérez, pobre y enfermo, vagó por las sabanas del Corozal y por la costa de Sotavento. El furor de los rebeldes era tal, que Ortiz declaró fuera de la ley á muchos patriotas, y entre ellos á Pérez, sin tener en cuenta su temprana edad. El 15 de junio de 1841, se efectuó una contra-revolución en Cartagena, y, á favor de ella, Pérez pudo volver á la ciudad natal.

Como la revolución seguía asolando las demás provincias de la República, Pérez tomó servicio en la Columna de *La Unión,* cuerpo compuesto de valientes jóvenes de Cartagena, y que se hizo célebre por las proezas que ejecutó.

Organizada que fué una escuadra que debía obrar sobre las costas á órdenes del general Rafael Tono, Pérez se incorporó en las fuerzas navales, y recibió muchas distinciones de ese preclaro patriota. El joven militar continuó prestando sus servicios á la patria hasta que el caudillo de la revolución de Cartagena rindió las armas en Sitio Nuevo.

Terminada que fué la revolución, que duró desde 1839 hasta 1841, algunos jóvenes inteligentes de Cartagena siguieron prestando sus servicios en las oficinas militares, y para llenar los cuadros del medio batallón de artillería. Con Tono (hijo del general), Hoyos, Ripoll, Ramos, Pérez figuró en ese cuerpo; pero al mismo tiempo seguía sus estudios de jurisprudencia.

En 1845 fué enviada al Chocó la compañía en que figuraba Pérez; luego pasó como tropa zapadora á la provincia de Antioquía, teniendo áun los oficiales que atravesar á pié la

áspera montaña de Urrao. Poco más tarde, la tropa que obraba bajo el mando de Pérez fué destinada á practicar una vía de comunicación entre Medellín y la ciudad de Antioquía. Hallándose en aquellas sinuosas soledades, el militar cedió el puesto al poeta, y Pérez escribió varias de sus más celebradas poesías: *La Maga, Amarguras del alma* y *Matilde*.

A fines de 1845, Pérez fué reemplazado por el entonces capitán Pedro Gutiérrez Lee, uno de los más bizarros jefes de Nueva Granada. Aquel fué llamado á Bogotá á principios de 1846, á donde llegó en el mes de febrero.

De 1846 á 1847, Pérez se ocupó poco en sus quehaceres militares, y se contrajo á cultivar la gaya ciencia. Los literatos más eminentes le saludaron con aplauso al publicar en *El Día* sus hermosas poesías conmemorativas de dos egregios varones: BOLÍVAR y CASTILLO RADA.

Pérez contribuyó á fundar una revista literaria, *El Albor*, y en sus columnas publicó varios artículos literarios y las poesías *El Crucificado, Amaguras del Alma, Matilde, El Escéptico, Elvira ó el Reloj de las monjas de San Plácido*.

En 1848, Pérez regresó á Cartagena. Renunció su grado militar, y habiendo de nuevo vuelto á la vida civil, sirvió algunos puestos onerosos del ramo político, y publicó en *El Semanario* de Cartagena muchos artículos sobre asuntos de interés general.

El 7 de marzo de 1849, el militarismo triunfó sobre el poder civil en Nueva Granada, el puñal ahogó la voz de los escogidos del pueblo; los que subieron al poder, hollando todo deber y todo principio, proclamaron oficialmente el reinado de un partido y declararon que la libertad era para los vencedores. Establecióse la más espantosa de todas las tiranías, la que se ejerce á nombre de la libertad. Uno de los mismos hombres de Estado del partido que triunfó en esa época, el Sr. D. Manuel Dolores Camacho, que fué ministro del Interior, publicó un folleto, en cuyas páginas se hallan consignados algunos de los crímenes más atroces que entonces se perpetraron. Otro hombre de Estado de ese partido, que fué Vice-Presidente de la República, el ilustrado Sr. don José de Obaldia, hoy es el primero en tronar contra las doctrinas sostenidas por sus antiguos amigos. La experiencia es un gran maestro para los corazones rectos, para las almas ele-

vadas. Áun el Presidente del 7 de marzo y su ministro de Hacienda, en una célebre polémica sostenida entre ellos, en 1858, no han negado la exactitud de las relaciones hechas por el Sr. D. Manuel D. Camacho, sino que cada uno de ellos ha querido hacer cargar al otro con la responsabilidad de semejantes escándalos y de tan inauditas violencias.

Los neo-granadinos de corazón, hasta que hubo posibilidad de hacer uso de la libertad de la prensa, áun cuando afrontando toda especie de peligros, alzaron la voz en defensa de los principios: entre esos cumplidos ciudadanos, se deben mencionar Caro, Arboleda, Ospina, Madiedo, etc.

Pérez también, consecuente con su pasado, se lanzó resueltamente en la liza, y con inteligencia y denuedo combatió las tropelías del poder, ya en *La República,* ora en *El Porvenir* de Cartagena.

En esta ciudad, la Oposición concibió la idea de organizar una gran sociedad nacional sobre las bases de la Liga de Inglaterra; y Pérez fué uno de los fundadores de la « Liga patriótica de Cartagena, » extendiéndola luego á otras ciudades.

Pérez pasó á Ocaña, y allí residió durante los años de 1852 y 1853. En fines de enero de 1854, le hallamos en Bogotá, donde el Senado le nombró secretario de la Cámara, puesto que desempeñó hasta el 17 del mes de abril del mismo año, día en que los sediciente liberales Obando y Melo hicieron un motín militar y proclamaron la dictadura.

Esa fué otra época de prueba para los buenos patriotas. En puridad de verdad, la dictadura de Obando y Melo era uno de los episodios del desenvolvimiento histórico del partido que falsamente se ha llamado liberal en Nueva Granada, partido que tomó por jefe á ese mismo Obando que hostilizó la independencia del país hasta que terminó la guerra de la Independencia, que siempre estuvo alzando la bandera de la insurrección, que fué uno de los cómplices del asesinato perpetrado en la persona del gran Mariscal de Ayacucho, que habiendo sido elevado á la Presidencia, no teniendo contra quien hacer una revolución, la hizo contra sí mismo (el hecho parecerá sorprendente, pero ahí está la historia de Nueva Granada en 1854), después de haber atacado á los representantes del pueblo, — que fué acusado por sus mismos adoradores y depuesto del mando, para volver á ser adorado por sus

acusadores seis años más tarde, cuando se unió con su antiguo perseguidor Tomás Mosquera, para hacer la guerra á un presidente civil ilustrado y patriota.

El 22 de abril de 1854, Pérez logró escaparse de la capital, corriendo serios peligros, y fué á reunirse en Honda con los patriotas que se preparaban á afrontar la ominosa dictadura. Pérez recibió el encargo de artillar la plaza de esa ciudad y de organizar alguna fuerza de artillería. Tal misión le fué dada por el gobernador de Mariquita, Sr. Viana, y por el comandante general de las fuerzas coronel Francisco de P. Diago. Pérez logró poner sobre montajes acomodados 11 piezas de artillería.

Poco después llegó á Honda la columna de Tequendama bajo el mando del entonces coronel Julio Arboleda, y Pérez se le incorporó como jefe de Estado Mayor, encargado provisionalmente de la organización y mando de la artillería.

Pérez prestó sus servicios durante la campaña contra la dictadura, campaña que terminó gloriosamente en las calles de Bogotá el 4 de diciembre de 1854.

El año de 1855, Pérez fué electo nuevamente Secretario del Senado, y desempeñó satisfactoriamente sus delicadas tareas; pudiendo asistir al juicio seguido contra el Presidente prevaricador José M. Obando.

En ese mismo año, Pérez fundó *El Porvenir* de Bogotá, periódico serio, doctrinario, y que sostuvo las ideas y los principios de libertad basada en la justicia y la moral. Al llegar al nº 80, Pérez tuvo que separarse de la redacción, pues fué nombrado administrador de la Aduana de Santa Marta.

El 7 de noviembre de aquel año partió de Bogotá con dirección á Cartagena; pero allí supo que los electores de su país natal le habían honrado con sus sufragios para que les representara en el Congreso nacional, en calidad de Senador. Pérez renunció el lucrativo destino de administrador de la Aduana de Santa Marta, y prefirió el honroso puesto que le señalaban sus comitentes.

Asistió aquel señor al Congreso de 1856. Entre otros actos dignos de mencionarse, Pérez presentó, sostuvo y sacó avante el proyecto de ley por el cual se declaraba puerto franco el de Cartagena; siendo de advertir que durante 14 años lucharon por recabar esa medida vital para la heróica Cartagena, ciudadanos tan distinguidos como D. Juan de Francisco Martín, Canabal, Torices, Vélez, Calvo, Del Río, etc.

En 1857, Pérez asistió á la Cámara de Representantes, pues fué electo diputado por la provincia de Cartagena, y ese diputado combatió con elocuencia y brío el establecimiento del funesto régimen federativo, que tantos males ha causado en la América latina; pues no siendo explicable en esas naciones ni aplicable á ellas, ha degenerado en el establecimiento de cacicazges, según la expresión del general Herrán.

El 23 de octubre de 1857, Pérez se hizo cargo de la imprenta de propiedad nacional, como Administrador empresario nombrado por el supremo gobierno, y al mismo tiempo volvió á emprender la redacción de *El Porvenir*.

El 1° de enero de 1861, Pérez se hallaba firme en su puesto de periodista, defendiendo los actos de un gobierno civil presidido por un ciudadano inteligente y honrado, una de las primeras ilustraciones de América. Por aquel entonces, un general que tenía prestados importantes servicios á la Nación, ilustre por su familia y por muchos de sus actos, arrastrado por la venganza, había hecho causa común con sus antiguos enemigos personales y políticos, para atacar á sus antiguos amigos políticos y personales, para derribar á un presidente elevado al poder por una inmensa mayoría. El general Tomás C. de Mosquera, á quien se ha maldecido por las violencias que ejecutó en los últimos años de su vida, se alió en su nefanda empresa con el famoso guerrillero Obando, á quien ese mismo Mosquera había calificado de « asesino de Berruecos » en una obra publicada bajo su firma en Santiago de Chile.

La unión de esos dos hombres que tanta sangre han hecho derramar en Nueva Granada por cuestiones personales, bastaría para demostrar la inmoralidad de los planes que acometían. Treinta años les separó, con espesa barrera, el odio que engendran la rivalidad y la ambición. Un día bastó para que el interés de un odio común los uniera: la venganza los inspiraba, la venganza selló con sangre ese pacto tan deshonroso como infernal. Todo un partido, sacrificado en 1840 y 1841 por Mosquera, partido que blasonaba de liberal, siguió dócil á ese caudillo, á quien había tenazmente atacado antes, y le confirió la dictadura, y le dejó hollar todos los principios, y aplaudió las confiscaciones que decretaba y los asesinatos que perpetraba.

Después de Rosas, en América no se ha presentado una figura más siniestra que la de Tomás Mosquera ya septuage-

nario; con la diferencia de que el gaucho de las Pampas tiene en su pobre Haber la rica página de la resistencia á la intervención extranjera.

En un artículo publicado por Pérez en *El Porvenir* de Bogotá, correspondiente al 1° de enero de 1861, que lleva por título *Año Nuevo,* se halla una valiente defensa del partido liberal de orden y una impugnación enérgica de los proyectos de la oposición facciosa. *El Porvenir* siguió publicándose aún en los días en que el jefe de la facción se hallaba á una legua de distancia de la capital.

Desde mediados de febrero de 1861, Pérez pidió y obtuvo del gobierno que se organizara un cuerpo de ejército, compuesto de las milicias de Guasca, Guatavita y Bogotá, y ese cuerpo fué puesto bajo sus órdenes, cuerpo que durante la campaña del Alto Magdalena, hizo parte de la 7ª división que guarnecía á Bogotá. El 14 de abril, aquel cuerpo fué á reunirse en Facatativá con el ejército constitucional.

Desde abril hasta fines de mayo, la redacción de *El Porvenir* quedó á cargo del inteligente é ilustrado Sr. D. Sergio Arboleda, hermano del ilustre Julio.

Los 600 hombres que estaban bajo las órdenes de Pérez se hallaron en todos los combates que sostuvo la Libertad contra la Opresión.

Pérez luchó con denuedo en la sangrienta batalla de Subachoque, que se trabó el 25 de abril, y se distinguió en los combates del 6, 12 y 13 de junio.

Aún cuando el Sr. Dr. Pastor Ospina, en varias hojas tituladas *La Situación* demostró que algunos de los principales jefes del gobierno se entendían con el enemigo, y le facilitaban los medios de llegar á la capital, nada fué parte á que se tomaran medidas enérgicas. El doctor Ospina hizo el papel de Casandra no creida; y unos tantos centenares de leales ciudadanos fueron sacrificados por unos pocos traidores.

El 18 de julio, todo estaba ya vendido al rebelde general, que más tarde debía ser el más onimoso tirano. En ese día apenas se habían abierto los primeros fuegos en el cerro de San Diego, cuando Pérez apoyaba con 80 patriotas de Guasca al batallón 4° de línea. Este batallón tuvo la imprudencia de abandonar la alta Cordillera á tiempo en que dejaba solo un cuerpo de reclutas y que el general López le atacaba con toda su división. Pero ante el empuje de 300 patriotas, entre los

cuales figuraba Pérez, mil rebeldes bajo las órdenes de aquel general fueron rechazados.

En una famosa carga, Pérez fué herido de muerte; su segundo, el bizarro capitán Eladio Gaitán, cayó atravesado por una bala. La batalla principiaba, y Pérez, casi exánime, fué retirado del campo.

Mosquera, vencido siempre en combate leal, había apelado á uno de sus medios favoritos: había sobornado á jefes indignos del ejército neo-granadino, á jefes que ya habían sido traidores, y que el gobierno había mantenido en sus altos puestos, á pesar de las predicciones de esa decreida Casandra que se llama el Dr. Pastor Ospina. El oro abrió al jefe rebelde las puertas de la capital, porque los jefes desleales comunicaron al enemigo el santo y seña, é impidieron que entraran en lid varios batallones.

Mosquera penetró en la capital á la cabeza de sus legiones, quedando antes en el campo algunas docenas de patriotas que se obstinaron en luchar áun cuando ya conocían la suerte que les esperaba.

El vencedor, el mismo que ordenó los asesinatos de Cartago, en 1841, al lado de los hijos de aquellas víctimas, y guiado por su propio espíritu sanguinario, ordenó la ejecución militar de varios ilustres ciudadanos, y entre estos, de los Sres. Mariano y Pastor Ospina, y Lázaro M. Pérez. Gracias á la intervención de algunos miembros del cuerpo diplomático y de no pocos de los nuevos amigos de Mosquera, las ejecuciones se suspendieron ese mismo día.

Pero el 17 de julio, áun cuando el tigre ya estaba menos sediento de sangre, necesitaba verter la de algunos de sus adversarios. En ese día 17, sin fórmula alguna de juicio, por orden de un dictador, y con acquiescencia del partido llamado no sólo liberal, sino radical, que humildemente servía á su antiguo verdugo, fueron fusilados en un país donde se hallaba abolida la pena de muerte, los virtuosos patriotas *Andrés Aguilar, Plácido Morales* y *Ambrosio Hernández.* Pérez no fué fusilado, porque se suponía que era mortal la herida que había recibido.

Desde entonces se vió un hecho único en los anales de Nueva Granada: expidióse una constitución que establecía en todo y para todo la libertad absoluta y sin restricciones; pero al mismo tiempo, por un simple decreto dictatorial, se decla-

raban suspendidas las garantías individuales y se proclamaba el más absoluto despotismo, alegando que sólo imperaba « el derecho natural y de la guerra. » Entonces se condenaron á pagar crecidas multas á las *señoras que asistían á los funerales de algún adversario de la dictadura;* entonces se declaró que se persiguiría, « de acuerdocon el derecho de la guerra, » á todo individuo que propalase noticias contra la dictadura, á todos los impresores y cajistas que *admitiesen* escritos contra el dictador; entonces se lanzaron decretos de confiscación contra los que no se sometían á esa dictadura, siendo repartidos los bienes confiscados entre los soldados que apoyaban y servían al jefe rebelde; entonces..... pero sería larga la enumeración de esas escenas de violencia; y nuestro objeto no es trazar la historia de esos años de sangre y de baldón, en que la nobilísima Nueva Granada descendió al rango de una de esas tribus que en Africa se llaman impropiamente Estados.

Si algo salvó el honor y el crédito de esa altiva nación, fué el heroismo y la constancia con que afrontaron al dictador algunos centenares de bizarros ciudadanos, y entre ellos Arboleda, Canal, Córdova, Jiraldo, etc., etc., así como la noble conducta de algunos de los vencedores, entre quienes figuró en primera línea el bizarro y honrado general Santos Gutiérrez.

Mosquera se acordó que Pérez vivía y ordenó que lo fusilasen, á menos que consintiera en reconocer su autoridad. Pérez contestó á los esbirros del dictador: « El tirano de mi patria puede disponer de mi cuerpo; pero de mi alma y de mi conciencia, jamás! »

Como las persecuciones continuaban contra Pérez, el eminente médico y cirujano Dr. Antonio Vargas Reyes manifestó á los pretorianos de Mosquera cuánta era la ferocidad de ese jefe que se obstinaba en perseguir á un hombre herido gravemente y que corría riesgo de morir. Ese hábil cirujano y cumplido caballero obtuvo, por especial favor, que le permitieran conducir á su propia casa al herido del ejército constitucional.

Inútil para nuestro objeto es narrar los brillantes hechos de armas que distinguieron en aquellos días, y en 1862, á los caudillos de los ejércitos libertadores, Canal, Arboleda, coronel Sánchez, Gil, Moya, Acosta, etc. A cada triunfo obtenido

por esos intrépidos jefes, el dictador se sentía más acosado por sus instintos sanguinarios, y ordenaba nuevas violencias y nuevas ejecuciones.

El infatigable y hábil Canal había batido en Boyacá las fuerzas del dictador, al mando de este mismo feroz jefe. Animado de los más generosos sentimientos, al entrar en Bogotá, no quiso hacer minar el convento de San Agustín, donde se hallaban atrincherados los soldados que Mosquera había dejado en la capital. Reunidos en Tunja el ejército del dictador y el del general Santos Gutiérrez, marcharon sobre Bogotá; pero Canal que contaba con fuerzas muy inferiores, pues no había podido reunírsele la valiente guerrilla de Guasca, creyó prudente abandonar esa ciudad para irse á incorporar al ejército del Sur, que obraba bajo las órdenes del célebre Arboleda.

Antes de abandonar á Bogotá, Canal quiso honrar el mérito de Pérez, é hizo conducir al herido á la plaza de Bolívar, donde le dió un estrecho abrazo, al frente de los denodados defensores de la libertad. Este hecho encendió la saña de Mosquera, quien al regresar á Bogotá ordenó que Pérez y otros ciudadanos fuesen pasados por las armas. A ese nuevo acto de salvajismo se opusieron enérgicamente muchos Neo-Granadinos partidarios del dictador. Esta manera de obrar honra tanto más á los que lo ejecutaron, cuanto que entonces reinaba el régimen del terror. A pesar de su herida y de los peligros que le cercaban, Pérez pudo prestar en aquellos momentos algunos servicios á los valientes soldados de Guasca.

Los triunfos de Arboleda y de otros jefes en los campos de la Honda, los Arboles, Popayán, Cabuyal, etc., exasperaron á Mosquera; pero como sus nuevos amigos y sostenedores, hartos ya de sangre, le impedían matar, sólo permitieron que el dictador cambiara el género de muerte: en vez de fusilar á los patriotas, se le dió carta blanca para que les enviara á morir á las deletéreas prisiones de Ambalema, lugar malsano, donde reina un calor sofocante y donde hacía estragos una especie de fiebre amarilla. El 21 de octubre de 1862, Pérez fué enviado, con escolta, al asilo que la dictadura le tenía preparado en Ambalema.

Todavía luchaban y con buen éxito las huestes republicanas. Triunfante estaba Arboleda, cuando el mal avisado presi-

dente del Ecuador, sin motivo justificativo, movió guerra al caudillo de la libertad en Nueva Granada. Arboleda, sin tener en cuenta el número de sus enemigos, voló á los confines del Sur, llegó, vió y venció. El ejército ecuatoriano, el presidente García Moreno y todos sus jefes fueron hechos prisioneros. Arboleda se vengó tratando con generosidad á sus enemigos que le atacaban por retaguardia, y los puso en libertad.

Mientras que esto pasaba, y mientras que los vencidos y perdonados del Ecuador faltaban á los compromisos contraidos con el hidalgo Arboleda, un jefe de éste comprometía, faltando á las instrucciones que había recibido, una batalla que fué fatal al ejército republicano.

A pesar del desastre de Santa Bárbara, Arboleda, Canal, los Zaramas, etc., no se amilanaron; pero cuando organizaban nuevos elementos para empeñar las últimas batallas, los dictatoriales apelaron al asesinato. Uno de los hombres más célebres de América, el gran poeta, hábil estadista y bizarro guerrero Julio Arboleda fué asesinado en la misma montaña de Berruecos, casi en el mismo sitio en que el inmortal Sucre cayó herido de muerte, en 1830.

Capituló Antioquía, y los compañeros de Arboleda se vieron obligados á deponer las armas: por un arreglo concluido con uno de los jefes de Mosquera, Pérez fué puesto en libertad, y pudo regresar á Bogotá al seno de su familia.

Desde entonces, ese sugeto no ha cesado de trabajar por el triunfo de la buena causa.

Hé ahí una vida bien agitada para un hijo de las Musas. En América todo ciudadano tiene que ser periódicamente soldado para oponerse á las violencias de los hombres de lanza que, en su imprevisión, hacen surgir los tribunos y los demagogos.

Al fin de esa sangrienta dictadura ejercida por Mosquera, que no solo arruinó á la nación, sino que pervirtió el carácter altivo de los Neo-Granadinos, la Nueva Granada se encontró en una situación semejante á la de la Francia tal cual la describe Demogeot después de la era del terror. « Las desgracias de la revolución habían dejado las más profundas emociones en el fondo de las almas. Cada partido había tenido sus dolores, cada creencia sus mártires. Los unos volvían del destierro, los otros salían de los calabozos; todos habían contemplado

terribles vicisitudes, que parecían demasiado numerosas para una sola vida. Había un drama en cada existencia, una novela en cada fortuna ; la atmósfera estaba llena, por decirlo así, de una flotante y vaga poesía de dolores, de pesares, de esperanzas burladas. »

Como hemos dicho, Pérez ha redactado los siguientes periódicos políticos y literarios: *El Albor literario, La República, El Porvenir* y de él se han insertado varios escritos en *El día, El Tiempo, El Liceo granadino,* etc.

El 20 de julio de 1856, se instaló en Bogotá el *Liceo Granadino*. Uno de sus fundadores fué Pérez, quien primero desempeñó las funciones de secretario, y las de presidente más tarde.

Las piezas de Pérez, que sentimos no poder analizar, son los dramas en verso titulados: *Elvira* (en cinco actos), representado en Bogotá en el mes de octubre de 1856 ; *El Gondolero de Venecia* (en cinco actos), escrito en 1856 y que no se ha dado á la escena ; *La Cordelera* (en cuatro actos y un prólogo), representado en Bogotá en mayo de 1857 ; *La Maga,* leyenda fantástica, etc., etc., y un considerable número de poesías fugitivas.

Como poeta lírico, Pérez tiene una vigorosa entonación, viste bien sus versos, que son llenos, vibrantes y cadenciosos.

Como poeta dramático, deja algo que desear. Su *Elvira* es mejor que su *Cordelera,* pues en esta pieza difusa, las escenas no están bien preparadas, los diálogos son pesados y el desenlace es defectuoso. Si *Elvira* merece elogios, y los ha obtenido muy calurosos y de buena ley, pues el poeta la engalanó de perlas y de flores para prepararle el suplicio, *La Cordelera* se presta á la justa y severa crítica : su padre, en vez de mejorarla en tercio y quinto, la desheredó de su legítima. De sentirse es que el argumento de la *Elvira* no sea original. En cuanto al *Gondolero de Venecia,* mucho tendríamos que elogiar y no poco que juzgar con cierta severidad; pero el Tribunal de los Diez está bien bosquejado.

Volviendo á *La Cordelera,* bien se podría aplicar á Pérez la anécdota que registra Mr. Cuvillier-Fleury, y que se refiere á Voltaire y á Pirón : la primera representación de *Semíramis* se hizo en 1748, y el público la acogió friamente. — « ¿ Qué pensáis de mi tragedia ? » preguntó Voltaire á Pirón. — « Que

bien quisiérais que yo la hubiera hecho, » repuso éste. Voltaire le replicó : — « Os amo tanto, que así lo quisiera. »

Un eminente crítico ha preguntado : « ¿Es uno poeta por la imaginación, la abundancia, la radiante exposición, el don de las imágenes, el instinto del ritmo? ¿Es uno poeta, digamos la palabra, por la facilidad? Es todo eso una manera de ser poeta, pero una manera incompleta y precaria, manera que no hace vivir las obras ni el nombre del autor. »

Pérez tiene facilidad y todos los demás dones de que habla Mr. Cuvillier-Fleury, cuyas palabras acabamos de citar; pero verdadero poeta, se siente poseído y dominado por el estro. Muchas de sus poesías líricas son admirables, y han merecido los más justos elogios.

Pérez tiene otra calidad, muy rara para los tiempos que corren : respeto á la verdad y al buen sentido; y ya Boileau lo dijo :

Il faut, même en chansons, du bon sens et de l'art,

y Mr. S. de Sacy ha agregado : « sin razón y sin gusto, no hay poesía, no hay elocuencia. »

Este mismo célebre literato observa con justicia : « El mejor medio para un crítico, es citar, á fin de probar que los elogios hechos no tienen nada de común con las aprobaciones de uso y de cortesía. »

Ya hemos hablado de los dramas de Pérez, que analizaremos en otra ocasión. Entre sus poesías líricas, es digno de elogio el romance histórico *Matilde,* que á más del mérito de ser corto tiene un plan bien concebido y cuadros bien delineados; es aquel un romance-miniatura muy recomendable[1]. Matilde era la Maga de la aldea; brillaba en el baile por su alegría y sus arrebatadoras gracias; en el templo servía de modelo por su recogimiento y compostura; por todas partes se mostraba caritativa y afable. El poeta describe los cármenes y los bosques frecuentados por Matilde, hermosos los unos, tupidos los otros, como que eran de la bendita zona intertropical. Pero un buen día, la tristeza reemplazó al contento; las lágrimas sucedieron á la risa; los cantos

1. Se suprimen las citas, pues siguen *in extenso* las poesías.

de muerte á las canciones del sarao : Matilde había muerto, y pastores y zagalas oraban en la iglesia por el alma de la que fué.

¡Qué bien sentida, qué bella es esta poesía!

Hay versos que expresan pasión y arrebato en las Poesías *El Olvido, Mi amor primero,* etc.

Su poesía *Oriental* está llena de fuego poético y no podemos menos de citar los siguientes quintetos :

No tenemos harén! nuestras doncellas
No son mudas esclavas de un sultán...
Si reinas hay en nuestro Edén, son ellas,
De nuestro cielo fúlgidas estrellas
Que vida y luz á nuestros ojos dan.

. . . .

¡Ven, altivo Agareno! Ven y goza
En primavera nuestro cielo azul :
Ven á sentir esa emoción preciosa
Del ronco trueno en noche tenebrosa;
Rasgando el rayo pavoroso tul!

Como poesías inspiradas por el patriotismo, ahí están las que el bardo del Calamar dedicó á BOLÍVAR, CASTILLO y RADA, y la titulada *Cartagena.*

Voy á partir, Tu Nombre, A una Zarza-rosa... pero no acabaríamos si fuésemos á citar las mejores; son poesías dignas de figurar al lado de las más hermosas del Parnaso americano.

Y queda dicho lo bastante para poder juzgar del poeta.

Mr. de Sainte-Beuve, al analizar las obras de Mr. Théophile Gauthier, ha dicho :

« En el tiempo actual no se puede impúnemente ser poeta; apenas habéis probado que lo sóis bien y legítimamente, con brillo y distinción, cuando cada cual os solicita para que dejéis de serlo. La prensa, por todas partes y bajo todas las formas posibles, os sonrie, os incita, os tienta, hasta que al fin os *prostituye*. Yo solo sé de uno, entre los poetas de este tiempo, que haga excepción, y que haya resistido hasta lo último á esas tentaciones : es Brizeux. »

No se mostró tan fiel á su prometida, la Musa familiar, el cantor de Calamar, y ya hemos visto con qué calor y con cuán ardiente entusiasmo se lanzó en las lides periodísticas y en aquellas en que habla el cañón.

Mr. Cuvillier-Fleury, al hablar del gran poeta latino, ha dicho : « Bien se vé que esa mano que pulsa la lira ha sabido esgrimir la espada ; que esos ramos de flores cubren una cabeza que piensa ; que esos ojos mojados de lágrimas han llorado por muy nobles infortunios. »

Á Pérez, á quien no tendremos el mal gusto de asimilarlo al gran poeta, porque sería una lisonja baladí, se le pueden aplicar aquellas palabras.

Pérez ha sufrido en nuestras lides políticas, explicables en todo país que áun no ha acabado la ardua tarea de su constitución definitiva, y en donde los mismos desordenados movimientos prueban el vigor y la fuerza de la juventud que se agita en plena libertad ; pero á pesar de esos sufrimientos, seguros estamos de que el bardo no deja de amar á su Patria y de que siempre se halla dispuesto á servirla. El cantor de Cartagena no dirá afeminadamente con Tallemant des Réaux, retratado con tan hábil pincel por el crítico ya citado :

O bienheureux celui qui peut de sa mémoire
Effacer pour jamais ce vain espoir de gloire
Dont l'inutile soin traverse nos plaisirs,
Et qui, loin retiré de la foule importune,
Vivant dans sa maison, content de sa fortune,
A selon ses pouvoirs mesuré ses désirs !

J. M. Torres Caicedo.

(*Ensayos biográficos*. 1868.)

LÁZARO MARÍA PÉREZ

(BOCETO BIOGRÁFICO)

Hay en las selvas que cubren muchas de las ardientes vegas de nuestro río Magdalena un magnífico árbol, tan útil para construcciones como para la ebanistería, que el lenguaje nacional designa con el nombre indígena, probablemente panche, de *cumulá*. Aquel árbol es corpulento, amenazador para el viandante, cuyo camino puede obstruir al desplomarse, de muy rugosa y dura corteza, que á las veces hace saltar con sus fibras finísimas y compactas la herramienta de quien la corta, y con su poderosa ramazón hace un ruido formidable cuando el huracán la azota. Pero si se despoja el tronco de su corteza, se encuentra en él un corazón sólido y firme, una madera incorruptible y hermosa, y en las vistosas vetas de ésta brillantes reflejos y matices muy interesantes. En suma, la madera es inmejorable.

Tal es LÁZARO MARÍA PÉREZ: en cuanto puede ser admisible la comparación, él es un *cumulá* humano. Si habla, su voz es siempre estentórea, huracanesca, si me permite el vocablo, y hace recordar la artillería que él manejó como soldado en su primera juventud. Si discurre sobre cualquier asunto ó narra algún suceso, su tono tiene no sé qué de patético, cual de un tribuno entusiasta que calza coturno. Si dirige la vista hácia álguien, su mirada parece inquisidora, porque es mirada de miope, y su debilidad le obliga á hacer una contracción de los músculos visuales. Si se pone en pié y se endereza, se le ve corpulento y macizo y como de aspecto dominante. Si está

serio, su fisonomía tiene no sé qué de áspero y duro, como la corteza del árbol descrito; y si rie, sus carcajadas son detonaciones, y su gesto, enteramente inofensivo en realidad, parece expresar burla ó sarcasmo. De ahí el que PÉREZ no haya sido de ordinario agradable á primera vista, sobre todo para las gentes superficiales que juzgan de los hombres por exterioridades ó apariencias.

Pero despojad al tronco de su corteza: estudiad al hombre en su carácter sustancial, en su inteligencia, en sus sentimientos y moralidad, y hallaréis todo lo que es PÉREZ: cumplido caballero y hombre de corazón y de nobles pasiones, patriota leal é incontrastable, alma incorruptible y firme, poeta sensible y vehemente, lleno de generosas inspiraciones, trabajador infatigable en todo, soldado valeroso, buen ciudadano, escritor fácil y enérgico y tribuno ardoroso, que no trepida ante el cumplimiento de ningún deber ni la aceptación de ningún sacrificio.

En su rostro, lleno y abierto y de estructura robusta como la de todo el cuerpo, se pone de manifiesto una franqueza tan llana como caballeresca y una sinceridad que á las veces llega hasta el candor; su voz de catarata protesta contra todo disimulo y todo engaño[1]; su brazo izquierdo, inutilizado, atestigua el valor con que él ha sabido exponer su vida á todo peligro por defender su causa y cumplir con su deber, tal como se lo ha mostrado su conciencia; y en fin, sus blanquísimas canas, fruto del trabajo más que de la edad, que contrastan con su tez morena y sonrosada, le dan un aire como de vejez prematura pero feliz, como de nieve que reposa sobre la tierra de fértil y ameno collado: es una vejez fresca y *joven,* sin arrugas ni sombras: una vejez que está muy lejos de ser ancianidad, porque ha dejado al alma todo su vigor.

Era muy joven aún LÁZARO MARÍA PÉREZ cuando lo conocí, gallardo oficial de artillería, á principios de 1845[2]. Llegaba por primera vez á Bogotá, después de haber servido en la milicia nacional durante más de cinco años, desde la revolución de 1840, en las provincias de Cartagena, Chocó y Antioquía. La guerra civil le había obligado á interrumpir sus estudios

1. En esto nos parecemos mucho él y yo.
2. Nació en la ciudad de Cartagena, capital de nuestro actual Estado de Bolivar, el 10 de febrero de 1824.

universitarios de adolescente, dejándole entregado á sus propios esfuerzos para guiarse en los caminos de las armas y de las letras y adquirir la instrucción necesaria. Sin maestros, sin modelos ni escuela, impulsado solamente por su fantasía y su clara inteligencia, había ido tomando vuelo hacia las regiones de lo bello y lo ideal, y así se fué haciendo también sucesivamente periodista, hombre político y áun negociante activo. La milicia, la poesía, la prensa, los cuerpos parlamentarios y el comercio se han compartido, con el hogar doméstico, la vida y las facultades de PÉREZ; y entre los Colombianos contemporáneos de posición importante, es uno de los que han desplegado mayor actividad y energía de voluntad para abrirse camino, y con muy exiguos elementos, casi nulos en el orden económico y social, se ha creado nombre y posición respetables.

Cartagena es, en Colombia, la tierra clásica de los poetas: de allí han salido Fernández Madrid, los Calcaños, Núñez, Pérez, Joaquín Pablo y Carlos Posada, Blanco y muchos otros cuyo ingenio ha sido ó es gala del Parnaso colombiano. Aquel admirable mar, casi siempre agitado, aquel espléndido cielo, aquellos vastos cocales de las riberas, aquella extensa y sinuosa bahía que todo lo refleja en su líquida esmeralda, y aquellas gigantescas ruinas, fortalezas y murallas, testimonio de una grandeza antigua que el tiempo ha quebrantado sin piedad pero sin poder aniquilarla: todo tiene el sello de la belleza soberana y la suprema melancolía. Estas dos majestades hacen pulular poetas en medio de montones de escombros que fueron defendidos por héroes. Así casi todo cartagenero es más ó menos poeta, más ó menos político y más ó menos belicoso y patriota. PÉREZ tiene mucho de todo eso.

La común afición que á las Musas teníamos los dos, nos sirvió de recíproco atractivo y nos hizo trabar amistad á poco de conocernos. Vestía él la casaca de vueltas azules del oficial de artillería, y yo la encubridora capa del estudiante de jurisprudencia, ya con los honores de licenciado. Nos tratamos con sencillez y franqueza y fuimos buenos amigos; y aunque años después las luchas políticas entibiaron algo nuestra cordialidad, nunca dejamos de estimarnos. Es PÉREZ el más antiguo de los buenos amigos que tengo en las filas conservadoras, y nunca se ha desmentido su lealtad. Precisamente uno de los rasgos de su carácter es la incontrastable fidelidad á los ami-

gos, de lo que ha dado pruebas particularmente con su religioso afecto por nuestros compatriotas Rodríguez Torices, Pedro Fernández Madrid, Arboleda y Bartolomé Calvo.

En los ratos de ocio, Pérez me leía, en el cuarto de oficiales del viejo cuartel de Artillería, sus ensayos poéticos[1]. Eran fruto principalmente de sus horas de descanso en guarnición, en los caminos públicos, cuando en Antioquía vivaqueaba prestando sus servicios como militar y zapador. *La Maga, Matilde, Las Amarguras del alma, La Zarzarosa* y otras poesías, ya enteramente líricas, ya escritas en forma de leyendas ó de romances, me dieron idea del talento poético de Pérez; idea que confirmé y completé cuando hube conocido otros muchos cantos, tales como *El Reloj de las monjas de San Plácido, La Crucifixión, Fernández Madrid, Cartagena, Castillo Rada, La Oriental* y tantas otras, así como varios dramas en verso *(Elvira, El Gondolero de Venecia* y *La Cordelera)* que dió á luz después, con éxito vario, en el teatro de Bogotá.

Si Pérez no es un *versificador* correcto y atildado, su mérito como *poeta* es á mis ojos incuestionable. Dos defectos he notado en muchas de sus poesías, y de una vez quiero señalarlos : una incorrección fácil de explicar y excusar, por el trastorno que sufrió su educación literaria, y cierto amaneramiento en la forma de muchas estrofas. Consiste el primer defecto, así en frecuentes descuidos de prosodia, como en no pocas confusiones de régimen, que por cierto son el mayor escollo de todas las lenguas y principalmente de la castellana. La relación de la preposición con el verbo es asunto de la mayor dificultad, y muchos somos los escritores que á este respecto incurrimos en frecuentes faltas.

En lo tocante al amaneramiento que tacho en algunas de las poesías de Pérez, el defecto consiste en la frecuente repetición, á modo de estribillo invertido, de alguna forma ó expresion enérgica que caracteriza el comienzo de algún cuarteto ó estrofa. Comprende el vate que aquella forma tiene gracia ó energía, y en vez de aprovecharla con una sobriedad que aumente su valor, la repite y diluye (á estilo de Trueba, por ejemplo) hasta convertirla en una especie de estribillo antepuesto que la hace caer en la monotonía.

1. Por una curiosa coincidencia, tocóle muchos años después edificar su elegante casa de habitación sobre gran parte del área de aquel cuartel.

Pero estos lunares nunca afean sériamente las poesías de Pérez, en las cuales lucen principalmente la riqueza de fantasía y el vigor de la expresión en cada cláusula. Sus versos no tienen á menudo la soltura de la gracia retozona, suave y seductiva, pero sí la del ritmo fácil, apasionado y que se desenvuelve libremente; su entonación es siempre levantada, robusta y briosa, particularmente en los versos de arte mayor; hay en todos sus cuartetos y estrofas algo enérgico, lleno y sonoro como los mugidos y rumores de aquellas ondas chispeantes que golpean sin cesar las playas de Cartagena; y todas sus imágenes tienen colorido de conchas y peñascos, de elegantes cocoteros, de olas luminosas y de magníficos celajes de la inmensidad del Océano. Pérez siente lo que canta y canta siempre con fuerza y pasión. Sobre todo, sabe patentizar con sus cantos un ardoroso patriotismo, y si sus formas literarias dejan algo que desear, su lirismo es en todo caso la expresión de un vivo sentimiento de lo bello y lo grande.

La política ha obligado á Pérez muchas veces á someter á prueba, en el difícil campo de la oratoria, su patriotismo y sus aptitudes parlamentarias. Considero que debe establecerse distinción entre el orador propiamente calificado, que posée todas las cualidades y practica todas las reglas del arte, y el tribuno y hombre de parlamento. El primero es un artista y tiene mucho de académico; el segundo es un hombre espontáneo, de fácil palabra para combatir y que tiene expedición y actividad para manejar trabajos parlamentarios. Pérez, en mi sentir, tiene poco de lo primero y mucho de lo segundo: no es propiamente un orador, porque le faltan algunas de las dotes requeridas para poseer la grande y poderosa arte de la oratoria; pero es un tribuno vigoroso, de palabra generalmente fácil y bien adecuada al propósito de persuadir y convencer, y sabe tratar las cuestiones parlamentarias con buena fe y severidad de conciencia, con suficiente lucidez y poniéndose á la altura de los grandes intereses públicos. Particularmente conoce los asuntos de comercio y crédito público, y es un diputado muy útil, así por su extrema actividad en la táctica y su laboriosidad, como por la expedición que tiene para la composición de actas, proyectos y demás trabajos parlamentarios.

No es muy correcta ó académica la prosa de Pérez, sin que por esto haya justicia para afearle sus escritos; pero se ha formado por sí solo escritor público, es decir, periodista, y

como tal es enérgico, se expresa con facilidad y sencillez, emplea frecuentemente muy felices frases, es siempre sincero, y trata con claridad áun muchos asuntos que podría no estar obligado á conocer. Debe á sus propios esfuerzos la aptitud que tiene para escribir, y así ha podido sostener ardientes luchas en la prensa.

Entre las cualidades de PÉREZ, acaso las más características son la elasticidad intelectual y la actividad. Nació poeta y ha cultivado la poesía con entusiasmo; se hizo soldado y ha sabido portarse como militar cada vez que ha sido necesario; se ha formado periodista, y nunca ha dejado de servir á su causa por medio de la prensa; se ha mostrado digno de los puestos parlamentarios y luchado gallardamente como tribuno; y es un comerciante honrado y respetable que comprende con mucha inteligencia los negocios. En todo lo que hace ó emprende procede con suma actividad, y siempre toma las cosas á pechos y las maneja con laboriosidad. Añádese á todo esto su entusiasmo por el teatro, la música y todas las bellas artes, comprobado con notorios y multiplicados esfuerzos.

Yo había tenido numerosas ocasiones de conocer, durante muchos años, el noble corazón de PÉREZ; pero en ninguna época pude apreciarle mejor ni más de cerca que durante nuestra campaña de 1876 á 1877, comenzada en las cercanías de Bogotá (distritos de Bosa y Soacha) bajo la caballeresca bandera de *Los Mochuelos*, y concluida con los desastres de la Donjuana y Mutiscua. La carrera militar de PÉREZ había sido intermitente. Soldado del batallón de milicias de *La Unión*, al comenzar el sitio de Cartagena, en 1840, pasó después á la escuadra naval, que comandaba el antiguo y benemérito coronel don Rafael Tono; oficial de artillería en 1843, continuó sirviendo en esta arma, y en 1846 renunció su charretera de teniente para servir á su causa como periodista, ya en Cartagena, ya en Ocaña ó en Bogotá, y dedicarse después á negocios de tipografía y librería. En 1854, cuando conservadores y radicales se unieron para combatir contra la dictadura militar del general Melo, volvió al servicio con el grado de sargento mayor, jefe de un cuerpo de artillería que organizó en Honda, por encargo que le hizo el coronel D. Mateo Viana, entonces gobernador de la provincia de Marquetá (antigua Mariquita); y en seguida continuó la campaña, que duró más de siete meses, en calidad de jefe de Estado Mayor de la columna

Tequendama, comandada por el ilustre Julio Arboleda.

Al estallar la guerra civil de 1860, sin soltar la pluma del periodista, volvió á desenvainar la espada é hizo la campaña de Cundinamarca, en defensa del gobierno constitucional. Combatió en unas cuantas batallas, y era teniente coronel, con mando del batallón *Guasca*, cuando cayó muy seriamente herido en Bogotá, el 18 de julio de 1861, salvando la vida milagrosamente, ya de la muerte á que parecía condenarle su herida, ya del patíbulo á que quiso condenarle el general Mosquera.

Halló después refugio en el comercio, y activa y honradamente se creó una regular fortuna; pero sobrevino la revolución de 1876, y su patriotismo y posición en el partido conservador le llamaron á combatir. Con el grado de coronel hizo sus primeros movimientos hácia el centro del Tolima y en el sudoeste de Cundinamarca, y en seguida fué nombrado, por el gobierno regenerador, general y comandante en jefe de la segunda división. Esta división era la misma que se llamó de *Los Mochuelos*. Familia, hogar, intereses, todo lo había dejado PÉREZ en Bogotá á discreción del gobierno enemigo, que de todo dispuso á su arbitrio; y era de ver la abnegación con que el patriota, poeta y laborioso comerciante se sujetaba á los azares y sinsabores de la campaña.

Tenía en poder del enemigo todo lo más precioso que podía haber para su corazón amante y su honor de hombre de negocios; llevaba un brazo inutilizado desde 1861 y una pierna enferma; caminaba á la ventura y nunca sabía donde estaban las fuerzas enemigas, ó los abismos en las marchas, por falta de vista; tenía el ánimo agriado por las más dolorosas preocupaciones; y ni siquera podía acomodarse, por su temperamento y sus gustos, á los miserables bastimentos y peores camas que podían encontrarse en los campamentos, por lo que sufría de cien modos las penalidades de una situación azarosa. Su mal humor estallaba á menudo, pero su patriotismo y valor no flaqueaban un punto; y nadie, entre tántos que todo lo sacrificábamos con abnegación, hacía mayor sacrificio que él al cumplir con su deber. A mis ojos, el general de 1876, encanecido en la campaña, era mil veces estimable y digno de respeto, así como me había inspirado cariño el bizarro joven artillero y entusiasta poeta de 1846. Treinta años habían transcurrido entre las dos fechas, y nuestra confraternidad se estrechaba

con el doble lazo de la poesía y del sacrificio por una noble causa. La obra que la lira había comenzado, en la juventud, la completaba la espada, en los años de la edad madura.

Pérez fué de aquellos á quienes cupo la peor parte después del desastre de Mutiscua : sufrió trabajos inauditos para llegar hasta las márgenes del bajo Magdalena, y allí se vió en graves peligros y sufrió serios ultrajes y penalidades, hasta que, dando con caballeros entre sus adversarios, se le permitió en Cartagena cambiar las miserias del prisionero por la amarga libertad del desterrado. Todo lo soportó con entereza, dando nuevas pruebas de la energía de su carácter.

Feliz el que, como á Lázaro María Pérez, si le tachan defectos exteriores ó de forma, que nada tienen de desdorosos, posée numerosas y grandes cualidades de corazón y de inteligencia que le hacen seriamente estimable; y que, habiendo pasado por mil vicisitudes y contrastes, ha mantenido la unidad de su vida, caracterizada con estas dos fuerzas : la riqueza y actividad del espíritu y la nobleza y entereza del carácter !

José M. Samper.

Honda, agosto de 1880.

A MIS LECTORAS

No sé por qué se me ha puesto en la cabeza que este mi libro de versos ha de tener pocos lectores y muchas lectoras. Por eso hablo con la mayoría. No es solo que la indulgencia con nosotros sea virtud esencial de las mujeres; sino que un libro de poesías, como libro de emociones, mueve siempre mayor interés en las que han hecho de las pasiones el delicioso tormento de su vida. Si me equivoco, peor para mí.

Los versos que publico no están relacionados entre sí. Diríase que no son hijos de un mismo padre; porque ha de saberse que yo no he sido siempre el mismo. Las épocas han cambiado tanto mi fisonomía intelectual, que á través de los años, solo por lo típico de mis manuscritos, he podido reconocer esas gotas de mi propia sangre. Ni ¿cómo pedir igual lozanía bajo el ardiente sol de nuestras Costas que en las heladas cordilleras que baña el Funza? ¿Cómo no cambiar de tintas al dejar las riberas del Atrato, inmenso caracol de agua que ciñe y fertiliza las alegres campiñas del Chocó, y comenzar la inacabable ascencion de esa escalera de granito que parece poner los tesoros de Antioquía fuera del alcance de la codicia humana? La naturaleza tampoco es una misma en todas partes; y de ahí esta diversidad de paisajes, que al bañar nuestro espíritu bajo emociones distintas, deja impresas en él esas creaciones diversas, que, al salir de nosotros, se hacen notar por sus diversos coloridos.

Por eso al entregar al público la colección de mis versos, dejo á cada composición su fe de bautismo, á fin de que, mala ó pasadera, puedan servirles de excusa su zona y su edad. Aquí me entrego todo entero, sin omitir nada de lo que he podido conservar. Catorce años tenía cuando escribí mis primeras estrofas, cuyo pensamiento he conservado con cariñoso respeto, sin que mi mano de hombre haya hecho otra cosa que sacudirlas. Esto me será disculpado. Guardadas desde entonces, las salobres impresiones de mis nativas brisas pusieron en sus páginas este polvo de cal viva, que, al desprenderse, ha hecho de mis cabellos una corona de nieve.

Bien podría, si la clasificación no me mortificara, dividir en tres partes estos queridos frutos de mi pobre ingenio, estas gotas de sudor de mi limitada inteligencia, poniéndoles á cada porción su verdadero nombre de pila. Así tendríamos, con la debida separación, los *Versos del niño*, las *Emociones del joven* y las *Estrofas del viejo*. Cada éra con su fruto.

Si hubiera entrado en mi ánimo hacer alardes de poeta, la edición sería europea; pues, como ha dicho muy bien mi amigo Carrasquilla, *vale mucho la edición!* Yo mismo habría tenido ocasión de satisfacer tal vanidad, si de ella hubiera enfermado. Por tres años dirigí una imprenta: en ella publiqué con interés y esmero las bellísimas poesías de Madiedo, y las tiernas inspiraciones de Mario Valenzuela. ¡Cuánto más no habría podido hacer entonces en obsequio propio! Pero no es esta la única prueba. Si la vanidad me hubiera tentado, habría cedido á sus halagos cuando Pedro Fernández Madrid, mi inolvidable amigo, me ofrecía, en 1850, hacer la edición de mis versos, encargándose de escribir el prólogo. ¡Lástima no haber aprovechado mis bríos de entonces, y sobre todo la indisputable ventaja de tan valioso padrinazgo!

Hoy vengo por mis pasos contados á hacer la formal entrega de mis travesuras literarias, ya como un pobre legado para mis hijos, ya como el anuncio que doy de quedar cerrado

mi estudio, ya como la última ofrenda que deposito sobre la tumba de mi honorable amigo. Al terminar esta, que no sé si llamar introducción ó advertencia, copiaré las siguientes palabras de Laboulaye : « Te ofrezco este librillo escrito para tu recreo y el mío. No espero de él ni la fortuna ni la gloria : la fortuna es una doncella que, desde hace seis mil años, corre detrás de los jóvenes ; y la gloria, una cantinera á quien solo agradan los soldados : — yo soy viejo y no he muerto á nadie. — Cuando se han perdido las ilusiones de los veinte años, no se toma en sério ni la comedia ni los comediantes. » Si mi libro te agrada, bueno; de lo contrario, apártalo sin enfado.

LÁZARO MARÍA PÉREZ.

Bogotá, 1875.

FE DE ERRATAS DE LA OBRA[1]

Pág.	Lín.	Dice :	Léase :
1	8	Una porción enalteció, escogida	Una porción enalteció, escogida :
9	9	Ni costó sangre, ni dón fué de mal.	Como premio de Dios, no causó mal.
16	16	Sobre infames cadalsos degollaron	Sobre infames cadalsos inmolaron
20	10	Safo inmortal,—cantora religiosa,—	Safo inmortal, –Cantora religiosa, –
39	22	¡Así murieron los grandes!	¡Así mueren los grandes!
45	13	Angel del Bien nos alza su morada,	Angel del Bien nos alza su mirada,
»	17	Él, rey de los reyes, proclamó triunfante	Él, rey de reyes, proclamó triunfante
51	16	Sobre el ara sepulcral :	Sobre el aura sepulcral :
53	30	Que hace con sus glorias grieta	Que hace con sus golpes grieta
56	26	Los ingenios que allí batallarán	Los ingenios aquí batallarán
57	18	Esa luz misma de ese sol de julio	Esta luz misma de ese sol de julio
59	10	Contadnos ó pintad nuestro horizonte,	Cantadnos ó pintad nuestro horizonte,
60	5	Poëtas y pintores comenzad!	Poëtas y pintores, comenzad!
64	3	Que entona allá en la selva el cazador,	Que modula en la selva el cazador,
65	8	Y al oir del *Pirata* airado acento,	Y del *Pirata* oir el rudo acento
84	19	Es indecible el horroroso estrago, Es un cuadro de espanto y de pavor!	Y fué indecible el horroroso estrago. Y un cuadro fué de lástima y pavor!
92	9	Tu osco silencio ¡oh Mar! hiela mis venas.	Tu hosco silencio ¡oh Mar! hiela mis venas.
94	31	El alma gozará, como anhelosa, Al refrescar con lágrimas la losa Que cubre algún recuerdo de dolor.	Gozará un alma que en el bien reposa, Como al caer la lágrima en la losa Alivia la aspereza del dolor.
97	21	Su gloria aclamarán, bardo del Guayas.	Tu gloria aclamarán, bardo del Guáyas.
101	18	¡Cuál sufro al verlo llorar!	¡Cuál sufro al verle llorar!
141	14	Ansío que elijas tú, Zoila querida,	Quiero que elijas tú, Zoila querida,
161	9	Más allá, mesurando	Más allá, mesurado
164	16	Y hasta el más chiquito	Y hasta el más pequeñito
165	2	Al ver los muchachos	Al ver los concurrentes
182	3	Que eras la luz, el son de nuestra fiesta;	Que eras la luz, el sol de nuestra fiesta ;
»	6	Las otras compañeras de tu triunfo	Tus otras compañeras de triunfo
186	25	Sin mala mezcla, del placer esquivo;	Sin mala mezcla, del placer más vivo;
187	9	Se vé de ajenos piés la misma huella.	Marcan sus pasos una misma huella.
»	16	No vuelva el desamor ¡ay! pedazos!	No rompa el desamor en mil pedazos!

1. Advertencias. — Al contar las líneas, de arriba para abajo, debe incluirse la del número de la página, si este se halla impreso. No se han corregido los acentos, sino cuando alteran el sentido de la palabra.

Pag.	Lin.	Dice	Léase:
[illegible]	17	[illegible] 1865.	Antioquia. 1865.
[illegible]	5	Es. [illegible] dicen: « si la sangre muere..... »	Es. como dicen: « si la sangran muere..... »
[illegible]	11	Que otra [illegible] amor tan tierno.	Que no otra cosa es un amor tan tierno.
[illegible]	22	Que han perdido su quietud	Que han perdido la quietud
[illegible]	25	Y mortal veneno maman	Y mortal veneno manan
[illegible]	24	Que á Vd. pr sentarán	Que á Vd. le presentarán
275	14	Que en hombre tan distinguido	Que un hombre tan distinguido
276	26	El *patriotismo* se encela	El *patriomismo* se encela
293	28	Antes que el rigor comience	Antes que el rigor comience;
296	6	La cual, en aire medroso.	A la que, en aire medroso,
312	27	Para su conento quiere,	Para su convento quiere,
322	13	De esos espectros que la muerte anima,	De esos espectros que la mente anima;
349	18	Que quiere alejar un fin que le acobarda	Quiere alejar un fin que le acobarda
375	28	¿Conoceis al infame?	¿Conoces al infame?
390	2	Mi tormenio y tu tormento	Mi tormento y tu tormento
392	13	Huir?... Oh!! No, no...	Huir?... Oh!! No, no, no...
395	19	Lavanta!... Soy tu esposa!...	Levanta!... Soy tu esposa!...
397	14	Cuando en Milán nos cantabáis	Cuando en Milán nos cantábais
398	30	Dormido sobre la estora,	Dormido sobre la estopa,
401	24	Su Escelencia me perdona;	Su Excelencia me perdona;
402	31	Ah! Vívora ponzonosa!	Ah! Vívora ponzoñosa!
412	5	Me babréis olvidado. .	Me habréis olvidado...
414	12	Barberini.	Barbarini.
424	16	En la borasca de una noche oscura...	En la borrasca de una noche oscura...
461	20	Hijas, hermanas y esposas	Hijas, hermanas y esposa
470	7	*birette amarillo.*	*birrete amarillo.*
472	23	Geillermo.	Guillermo.
474	29	*est' devuelve*	*éste devuelve*
477	32	Que ante Dios me renueva un callero;	Que ante Dios me renueva un caballero;
493	15	Tedeo.	Tadeo.
497	8	Es inocente, si, yo lo aseguro...	Es inocente, sí, yo lo aseguro...
499	31	Y arastrando... y poco á poco...	Y arrastrando... y poco á poco...
501	28	Gilleemo.	Guillermo.
506	23	Pero breve... el tiempo vuela...	Pero breve... el tiempo vuela...
507	15	*en cuya extremo*	*en cuyo extremo*
508	5	El grito de los aqueros.	El grito de los arqueros.
»	29	Lo comprendo... si, era el.	Lo comprendo... sí, era él.
508	30	Teeesa.	Teresa.
512	18	Muy bien... si!	Muy bien... sí!
513	2	Niña, condorosa y pura...	Niña, candorosa y pura...
528	16	Le cabeza que caía,	La cabeza que caía,
534	16	Que no avergüenza ni humilla,	Que no avergüenza ni humilla,
542	2	De amor y encanto y deliquio	De amor y encanto y deliquio
548	27	¿Con que Luïs es el hombre	¿Con que Lüis es el hombre
549	33	Luïs... asi le llaman... No le esconde	Lüis... así le llaman... No le esconde
554	8	(Hoy la España envelecida	(Hoy la España envilecida
»	12	Mas ¿cómo explicar Luïs,	Mas ¿cómo explicar Lüis,
560	2	Salón de palacis	Salón de palacio.
»	15	Olivares.	Olivares.

FIN DE LA FE DE ERRATAS

OBRAS

POÉTICAS Y DRAMÁTICAS

LOS MÁRTIRES DE LA PATRIA

AL GENERAL JOAQUÍN PARÍS

Cuando de Dios la voluntad suprema
Dió al mundo sér y movimiento y vida,
De su alta majestad, como en emblema,
Una porción enalteció, escogida:
Dióle de palmas inmortal diadema,
Mares eternos de extensión perdida,
Altísimas montañas y huracanes
Que el cráter peinan de sus mil volcanes;

Lagos inmensos do su luz brillante
El estrellado pabellón retrata;
Verdes colinas do susurra amante
Manso arroyuelo de luciente plata;
Breñas esquivas do aluvión errante
Su cabellera en hebras mil desata:
Suelo feraz do lucen sus primores
Conchas marinas y silvestres flores.

Tal era la región privilegiada
Por la mano de Dios. ¡Oh! se diría
Que para Edén del hombre reservada,
La hermoseaba Dios y la escondía.

¡Pudorosa vestal que descuidada
En su lecho de perlas se adormía!
Tal era esa región, á que dió el hombre,
Siglos después, América por nombre.

Y unas tras otras las edades fueron,
Y por años, por siglos se contaron;
Del mar las crespas olas se rompieron;
Las altivas montañas se allanaron;
Los hombres á los hombres se acogieron;
Los pueblos á los pueblos se juntaron;
Y el mundo virgen su niñez pasaba
Ignorado del mundo que ignoraba!

Esta región de América ¿qué era,
Que el viejo mundo no la conocía?
¿Acaso el sol en su triunfal carrera
De América á las playas no venía?
¿De sus volcanes la erupción severa
En el otro hemisferio no se oía?
¿De nuestro mar las olas que se alzaron,
Las olas de otro mar nunca encontraron?...

¡Insondable misterio
Que de la ciencia al poderoso imperio
Sólo es dado sondear!...
Y un hombre por las ciencias inspirado
Corrió de trono en trono, despreciado,
Ofreciendo el misterio revelar.

« Yo comprendo, decía,
Que hay otro mundo, en donde al fin del día
Su ígnea frente va el sol á reclinar;
De sus volcanes la erupción escucho;
Sus montañas diviso; y lucho y lucho
Por ver las playas de su inmenso mar.

» Si dáis apoyo á mi anhelar ardiente,
Juro poner en vuestra noble frente
De un Nuevo mundo la corona, sí!

¡Os ofrezco un tesoro,
Donde veneros hallaréis dĕ oro
Y esmeraldas y perlas y rubí...! »

Y al fin el noble sabio,
De agravios mil en cambio, un desagravio
Del viejo mundo para honor halló.
Los monarcas su ciencia despreciaron,
Los nobles le burlaron,
Mas, reina una mujer, le protegió.

Que jamás en lo humano
Brilla el poder del hombre soberano,
Si una mujer no alienta ese poder;
Jamás completa alcanzará una gloria,
Si no vela detrás de su victoria
El ángel del impulso, — la mujer!

Surca las ondas del oscuro piélago
El genovés Colón, con frente altiva,
Y de encontrados vientos á los ímpetus
El ligero bajel su marcha aviva;
Del conocido mar salva los límites,
Puesta en Dios la esperanza y la fe viva...!
Crujen las lonas al rugir del viento
Y oyen de un nuevo mar el ronco acento!

Ni rumbo fijo, ni segura guía
Señalan á sus naves el camino;
Fija la mente en Dios, en él confía
Y sigue valeroso á su destino;
Piloto eterno vela noche y día
Reclinado en el banco del marino;
En tanto que la chusma aventurera
Cobarde se impacienta y desespera.

Pasan lentas las horas. — Mar y cielo
Y un espacio sin fin sólo se mira;
El horizonte, trás su denso velo,
Cada vez más la realidad retira;

Brilla instantáneo rayo de consuelo,
Y no ha brillado aún cuando ya espira:
Al fin el desaliento se hace fuerte
Y á Colón amenaza con la muerte.

. . . .

Siguen las naves en su andar errante
Del nuevo mar rompiendo la alba espuma;
Un sólo corazón late constante,
Que el desaliento su vigor no abruma;
La chusma se apacigua, — delirante
Las horas cuenta de impaciencia suma,
Cuando en la densa oscuridad se alcanza
Á mirar una luz en lontananza.

«¡Tierra!» gritó en el tope el marinero,
«¡Tierra!» gritó la chusma entusiasmada,
Y Colón á su vez con ceño austero
Fijó en la ardiente luz una mirada;
Y como presa de delirio fiero
«¡Andar! ¡andar!» gritó con voz airada,
Temiendo acaso que la luz que vía
Fuera ilusión de loca fantasía.

Mas al brillar el sol de la mañana
Vió la tierra ofrecida; y prosternado
Levantó humilde y reverente hosanna
Al que en tan magna empresa le ha guiado;
Soltó á los aires la bandera hispana;
Tronó el cañón por el desierto, airado;
Y, al extraño rumor de aquella gente,
Alzó la faz el indio continente!

¡Cuánta belleza sorprendió al ibero
En el precioso Edén tan suspirado!
La suprema ambición del marinero
Se vió pequeña junto al bién hallado!
La agreste majestad del cocotero,
El rico manto del florido prado,
Bellezas eran, pero no alcanzaban
Á competir con tántas que miraban!

¡Colón no se engañó! — Do quiera el oro
Al ojo codicioso se ofrecía,
Do quiera que pisaba, allí un tesoro
Del valioso metal guardado había,
Hasta el plumaje del turpial canoro
En vertientes dë oro se teñía:
¡Paraíso feliz! — ¡Edén precioso,
Del mismo Dios trabajo primoroso!

Pero así como allá en el Paraíso
Puso la tentación bien recatada,
Provocadora y grata al compromiso,
Como bien prohibido: así velada
De América la suerte poner quiso,
Negra en el porvenir y desgraciada,
Prodigándole el oro á manos llenas
En sus bosques, sus aguas, sus arenas.

Y el oro fué su perdición. — La gente
Que nos trajo Colón vagó perdida
Por las desiertas playas de Occidente,
Del oro en pos, sedienta y descreida:
No bastaba que viese la vertiente
De auríferas arenas revestida:
Montes de oro querían sin más plazo
Que el de extender su codicioso brazo.

De América los mansos pobladores
Absortos contemplaban las figuras
Bellas y enhiestas de los cién señores
Que al brillo de bruñidas armaduras,
De sus penachos á los mil colores,
Parecian del Dios de las alturas
Enviados de luz y de consuelo
En bién y honor de su nativo suelo.

Y corrieron á ellos, y amorosos
Con respeto sus manos estrechaban;
La negra barba y el cabello undoso
Con femenil deleite acariciaban;

En el bruñido acero, esplendoroso,
Su faz bronceada con pesar miraban:
El sol de sus corazas contemplaron
Y cual á hijos del sol los adoraron!

¡Pobre América! Sí, tu hermoso suelo
Testigo fué de tu ominosa suerte;
El altivo español te miró humilde,
Y más que humilde esclava quiso verte.

¡Pobre América! Sí, tu casto seno
Con torpe mano profanó el soldado...
Oh! tan sólo Colón, ¡ay! él tan sólo
Tus desventuras deploró indignado!

Tus vírgenes, tus ídolos, tus templos
Ultrajó vil la turba aventurera;
Nada detuvo su brutal instinto,
Nada se opuso á su feroz carrera.

¡Y te hicieron esclava! — Tus señores
Las leyes de obediencia te dictaron,
En tus playas izaron sus banderas,
Y tus nombres indígenas borraron.

Y nunca, no, jamás la tiranía
Pudo oprimir como oprimieron ellos;
El yugo impuesto al bruto es ménos duro
Que el que impusieron á tu noble cuello.

¡Y por trescientos años el infierno
De odiosa esclavitud sobrellevaste!
¡América infeliz! — ¡Cuánto martirio,
Cuánta hiel y veneno devoraste!

Oh! Tres siglos pasaron; sí, tres siglos
De oprobiosa y sangrienta tiranía!
Tres siglos, ¡ay! que su espantosa huella
Con sangre ¡oh Dios! marcaron
Aquí en el suelo de la patria mía!

Pero así como ruge subterránea
La comprimida lava
En la irritada entraña del volcán;
Ó como brama en la elevada sierra,
Abatiendo los cedros y samanes
La tromba audaz de horrísono huracán:
Así en mi patria el oprimido pueblo,
Al fin cansado de ignominia tanta,
Tronó indignado, y el pendón ibero
Holló con noble planta!

¡Salud de Julio al venturoso día!
¡Salud y bendición á aquella hora
En que la patria mía
De su suerte señora,
Con altivo ademán y saña fiera
Rompió en pedazos la cadena impía,
Y el pendón tricolor alzó altanera!

Mirad al noble pueblo de Granada!
Miradlo, sí, cuál busca á sus caudillos
En la lid empeñada!
Jóvenes entusiastas y valientes,
Jóvenes los primeros
Que del rey español sobre la frente
La cadena servil lanzaron fieros!
Mirad, mirad cómo en la lucha ardiente
El pueblo independiente
Hace á los vientos repetir sus nombres!
¿Quiénes fueron, diréis, tan grandes hombres?

Vedlos! son muchos, pero no son todos! [1]
Unos tras otros al cadalso fueron,
Y allí su sangre, de diversos modos,
Por darnos Patria y Libertad vertieron;
En esa sangre los pendones godos
Sus desteñidas tintas retiñeron.....
Prefirieron morir á ser esclavos!....
¡Hiciste bien, generación de bravos!

Bogotá, 1857.

1. Aludiendo á setenta y ocho retratos de Mártires de la Independencia que decoraban el salón del Liceo Granadino.

CASTILLO RADA

Á JOSÉ IGNACIO PARÍS

> .... Tu memoria
> Ha sembrado en la playa de la glori
> Una palma que nunca morirá.
>
> (Abigaíl Lozano.)

Allá en esos tiempos de guerra y de saña,
Cuando hijos y padres la sangre manchó;
En esa ominosa cruzada en que España
La América virgen de luto cubrió;

En esas centurias de Enrile y Morillo,
De Boves, Morales y Sámano atroz;
En esa éra infanda de hoguèra y cuchillo,
En ese espantoso reinado feroz;

Me cuentan mis padres que un joven, un sabio,
Sus años mejores, su edad juvenil, —
Pasó en las prisiones, sufriendo el agravio
De gente grosera, de chusma servil.

Que fué por los pueblos, de hierros cargado,
Pidiendo á la tumba su cárcel final;
Que, en trance supremo, al mar irritado
Pidióle reposo en su hondo raudal.

Que al fin de sus mares volvió á la ribera...
Y es fama que en llanto su faz se inundó,
Al ver en sus muros la odiosa bandera
Que en mástiles altos la insidia enclavó.

Que allá en Cartagena, su patria querida,
Cual vil presidiario las calles barrió;
Y de ansia y congoja la frente abatida,
Verter del hermano la sangre miró.

¡Castillo Rada! Tu preciosa historia
Fué la historia del Prócer inmortal;
Gloria de Mártir, tu modesta gloria
Ni costó sangre, ni dón fué de mal.

Fuiste en tu patria la lumbrera hermosa
Que no pudo apagar ni el huracán;
Tu fama fué la fama esplendorosa
Que las virtudes y el talento dan.

Por eso está tu nombre en esa altura
Do sólo brilla lo que abunda en lúz:
Cielo de gloria, donde más fulgura
La que el martirio da sobre su cruz.

Allí se ve la tumba ornamentada
De Nariño, de Sucre, de Cabal;
Allí se ve, de pura luz bañada,
La palma de Miranda, el inmortal.

Allí tambien están trás ese velo
Caldas, Ricaurte, Torres, Villapol...
Tambien Bolívar... No! que en ese cielo
El nombre de Bolívar es el sol:

Es el sol que á la América dió vida,
Sol que jamás su lumbre apagará;
El astro rey que con la frente ardida
Por un siglo de siglos brillará!

Bien merece el que muere nuestro llanto,
Que otro riego la tumba no demanda;
Y sólo con las lágrimas se ablanda
Nuestra postrera y funeral mansión,

Llora la madre al hijo de su vida,
La esposa á su querido compañero;
Pero al sabio le llora el mundo entero,
Que todos deudos de los sabios son.

En fastüoso y rico mausoleo
Venere el mundo el polvo de un tirano;
Alce la vanidad sobre su mano
Sucios despojos de otra vanidad;

Tenga el genio del mal mármol y oro
Para cubrir su desastrosa historia;
Tenga el rudo adalid tumba de gloria,
Que el sabio también tiene la Amistad!

¡La Amistad! — Esa palma de los cielos,
Cuya sombra es oäsis de la vida;
Esa fragante rama bendecida,
Que en el célico Edén debió nacer;

Esa, Castillo, te erigió un sepulcro
En el que fué tu cárcel y tu templo, [1]
Y estímulo mayor, — mejor ejemplo
Nunca pudo á las Ciencias ofrecer!

Bogotá, 1846.

1. El doctor Castillo Rada estuvo preso en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario, durante la dominación española, y más tarde, en el apogeo de la República, fué Rector de éste plantel de educación. En su capilla se conserva el bello, aunque modesto monumento, que la fina amistad del señor D. José Ignacio París consagró á su memoria.

LA ESTATUA DE BOLÍVAR

AL CONGRESO NACIONAL

Yo soy el hijo de la guerra: el hombre que los combates han elevado á la magistratura; la fortuna me ha sostenido en este rango y la victoria lo ha confirmado. — BOLÍVAR.

Antiguo Vireinato, esconde cuidadoso
La sangre que te mancha, tu título español;
Esconde los recuerdos que guardas pavoroso;
No alumbre tus escudos la nueva luz del sol.

Entre el fragor ahoga del Tequendama undoso
El eco de los *vivas* que el déspota escuchó;
Abate los trofeos que alzaste al poderoso;
Sepulta las memorias que Sámano dejó.

Destierra de tus puentes los bustos del tirano,
Las piedras con su nombre que tienes á tu pié;
Los viejos edificios oculta con tu mano;
Disfraza tus harapos, caduca Santafé!

Prepara tus guirnaldas, tus más lozanas flores,
Tus arcos y tus palmas, risueña Bogotá;
Prepara tus gloriosas banderas tricolores,
Prepáralas, que en breve BOLÍVAR llegará.

Prepara tus arengas, tus bélicas legiones,
Tus carros y tus ninfas, florida capital;
Coronen tus bellezas las calles y balcones;
Las músicas apaguen la voz del atabal.

Tus templos engalana y ensaya sus cantares;
Tus altos campanarios no cesen de tocar;
Dorado incienso quema por hoy en tus altares;
El bronce enardecido no deje de tronar.

Prepara tus galas, que viene BOLÍVAR,
El dios de Colombia, de Iberia terror;
Aquel á quién dieron veneno y acíbar;
Aquel que de penas y angustias murió!

Que viene BOLÍVAR, el sol de los Andes,
De América el padre, su encanto, su amor;
Que viene BOLÍVAR, el grande entre grandes,
Centella prendida que el Guaire lanzó.

Prepara, Bogotá, tu ancho recinto
Para ser de BOLÍVAR digno templo;
Bello, glorioso, saludable ejemplo
Que á los pueblos de América darás.

Guárdale bien el monumento santo
Que pone la Nación bajo tu egida...
No vuelvas desleal y parricida
Á baldonar tu nombre una vez más!

ÉL ya olvidó tu tenebrosa noche;
Olvida tú sospechas que murieron;
Recuerda sólo que á sus piés cayeron
Cetro y corona, y armas y pendón.

Recuerda sólo que á su genio debes
Tu libertad, tu independencia y gloria;
Que si ingrata mancillas su memoria,
Vuelve á tí de rechazo tu baldón.

Viene Bolívar. — Ábrele los brazos,
Granada generosa, y dále asilo:
Liga amorosa los estrechos lazos
Do el puñal de la envidia puso el filo.

Rasga indignada el fementido velo
Que su nombre glorioso escurecía;
Y admire el orbe al que con patrio anhelo
Te libertó de horrenda tiranía.

Pon á sus piés con altivez ufana
Las ción banderas que ganó en las lides,
Teñidas con la sangre castellana,
Quitadas á los hijos de los Cides.

Ciñe su frente con las mil coronas
Marchitas al calor de las batallas;
Lauros ganados en distintas zonas
Entre celajes de humo y de metrallas.

Álzalo, sí, que en él está tu gloria;
Muéstrale al mundo tu ambición cumplida;
Honra en la muerte la inmortal memoria
De aquel que ofensas te debió en la vida.

Mañana le verás alto y triunfante
Velando por tu bién con ojo inquieto;
Gigante centinela que constante
Tendrá el destino á tu querer sujeto.

Mañana le verás, y alborozada
Daráste el parabién de tu fortuna;
Porque tendrás la joya más preciada
Que envidia moverá como ninguna.

¡Tienes el corazón del Gran Guerrero!
¿Qué te hace falta, pués? — ¡Lo tienes todo!
¿Qué importaba el espectro pasajero
Que el tiempo pudo convertir en lodo?

Mas un raro capricho quiso en tanto
Unir al corazón el tronco inerte,
Y lo tenemos ya, sin que su encanto
Pueda otra vez aniquilar la muerte!

Antiguo Vireinato, esconde cuidadoso
La sangre que te mancha, tu título español;
Esconde los recuerdos que guardas pavoroso;
No alumbre tus escudos la nueva luz del sol.

Prepara tus guirnaldas, tus más lozanas flores,
Tus arcos y tus palmas, risueña Bogotá;
Prepara tus gloriosas banderas tricolores,
Prepáralas, que en breve Bolívar llegará.

Bogotá, 1846.

CARTAGENA

EN EL ÁLBUM DEL ARTISTA ESPAÑOL A. MARTÍNEZ DE LA CUADRA

> El primero entre todos mis pensamientos, el suspiro más vehemente entre todos mis suspiros, es aquel que me recuerda y arrastra hácia esa beldad caida que llamamos nuestra patria. — BARTOLOMÉ CALVO.

Óyela, artista! de mi buen amigo
La voz es esa; suyas las palabras
Con que su noble corazón suspira
Al recordar la ruina de la patria.

Á mi vez yo también sobre tu álbum
Consagraré, aunque humilde y solitaria,
Una memoria de la patria mia,
Noble matrona por la edad gastada.

Por la edad no tan sólo, el infortunio
También la hirió cruel con su guadaña;
La ingratitud también, también la envidia
Presa la hicieron de su indigna rabia.

Patria de tantos ínclitos varones,
Tierra por tantos títulos sagrada,
Heroico pueblo, cuyos grandes hechos
El sol nublaron de la heroica Esparta.

Patria que fué la cuna de tu esposa,
Del ángel fiel que tus destinos guarda;
Luz que da luz á tus preciosos cuadros,
Y á tu nombre, pintor, belleza y fama.

Mi patria es ya tu patria. En ella duermen
El sueño alentador de la esperanza
Tus más caros afectos; y aún tú mismo
La quieres, ¡ay! con el amor del alma.

Mi patria es ya tu patria. — En ella, artista,
No encontrarás los nombres de tu España;
Pero otros nombres hallarás que ciñen
De gloria y de martirio lauro y palma.

Tu orgullo son los Cides y Pelayos,
Los campos de Bailén y de Cantabria,
Y aquella edad de bélicos recuerdos
En que reina del mundo fué la España.

También tenemos nombres, cuya historia
Está escrita con sangre! — En estas playas,
Sobre infames cadalsos degollaron
A lo más noble de su heroica raza.

¿Nuestros nombres? — Buscadlos en la Gloria:
Juntos están á CARBONELL y á CÁLDAS,
TORICES, AYOS, AMADOR, TOLEDO...
¡Salud, salud, oh padres de mi patria!...

Aquí están nuestros muros. — Indomables,
Los rindió su destino y la desgracia;
El ardimiento de sus nobles hijos,
Ni el horror de la muerte dominaba.

Sufrieron hambre, — el hambre los hería,
El hambre y sólo el hambre los mataba,
Y al dar á Dios sus últimos alientos
« ¡Viva la patria! » en su estertor clamaban.

Así murieron los heroicos hijos
De esta rival de Tiro y de Numancia;
Jerusalén, Jerusalén no tiene
En sus fastos gloriosos mejor fama.

—

Por eso, artista, con orgullo ofrezco
Para patria del genio esta mi patria:
Sus recuerdos, sus ruinas, sus grandezas
Serán en tu pincel fuentes de fama.

No tenemos aquí claros ingenios
Cual los brota la tierra allá en España;
Calderón y Cervantes no tenemos,
No tenemos ni Lope ni Quintana.

Pero un modesto nombre sí tenemos,
El nombre ilustre del cantor de Atala,
Del bardo colombiano, en cuyas trovas
Se encuentran nuestras glorias ensalzadas.

Tenemos á Madrid, nombre precioso,
Reliquia del ingenio solitaria;
Su vida fué un poema, su memoria
Oro en crisol que nuestra historia guarda!

Tenemos más. — Tenemos otro nombre
También ornado con sus dos guirnaldas:
El nombre del que fué sabio en Colombia,
Del Prócer inmortal, Castillo Rada.

Tenemos nombres y tenemos glorias,
Nada, pintor, á nuestro orgullo falta;
Campos risueños, primorosos cuadros
Brindan á tu pincel belleza y fama.

Nada nos falta. — En tus preciosas horas,
Allá en tus horas de silencio y calma,
Copia, pintor, los mil gloriosos cuadros
De esa epopeya que al asombro espanta.

Pinta esos muros y esas altas torres,
Pinta ese mar con sus eternas playas,
Pinta ese cielo, panorama alegre,
Témpano inmenso de carmín y nácar.

Pinta, pintor, sus altos cocoteros
De talla enhiesta y cúpula gallarda;
Píntalos á la brisa de la tarde,
Meciendo sus penachos de esmeralda.

Pinta la blanca vela que zozobra
De la ola blanca en la gigante espalda;
Píntala léjos de la ansiada orilla,
Nube perdida en la extension salada.

Pinta, pintor, la flor de nuestros valles,
Pobre de formas, — rica de fragancia,
Estrella de ese cielo de verdura
Que el mar comprime y que la tierra ensancha.

Pinta también en su incansable vuelo
Al precioso turpial de nuestras playas,
Música sonorosa de los aires,
Voluble lira con plumaje y alas.

Pinta ese sol, incendio de mi clima,
Pinta ese sol, infierno de mi patria;
Píntalo en Occidente cuando inclina
Su volcánica frente entre las aguas.

Píntame á mis morenas, cuyos ojos
Son el infierno de que Milton habla;
Ojos que encierran en sus grandes órbitas
El fuego todo del volcán del alma.

Píntame á mis morenas! — ¡ Ay! ya sabes
Que de la tuya se quedó en mi patria,
De la Andaluza la maligna risa,
La venenosa sal de la Asturiana.

Ya ves, artista, que en mi pobre suelo,
Si no hallas tánto como allá en tu España,
En bellezas y en glorias y en recuerdos
Nada, pintor, á nuestro orgullo falta.

Por eso vanidoso ofrecer puedo
Para patria del genio ésta mi patria:
Sus memorias, sus ruinas, sus grandezas
Serán en tu pincel fuentes de fama.

Cartagena, 1853.

JOSÉ FERNANDEZ MADRID

Á RAFAEL POMBO

Hay un idioma cuyo grato acento,
Impregnado de luz y de armonía,
Llena el alma de dulce arrobamiento
Con sus tintes de encanto y fantasía;
Ese precioso idioma, ese portento
De infinito prestigio — es la Poesía:
Dios habló en ese idioma soberano,
Que no es como el común lenguaje humano.

La hermosa flor que en el jardín se mece,
La blanca bruma que la mar corona,
La verde grama que en el prado crece,
El pajarillo que su canto entona,
La gota de rocío que amanece
Sobre el florido manto de Pomona, —
Hablan en ese idioma que aprendieron
De Aquel de quién sus formas recibieron.

Y el hombre audaz que asemejarse intenta
Al Dios que á imagen suya le creara,
También las fuerzas de su ingenio alienta
Para el idioma hablar que Dios hablara:
En las cumbres de Hebrón su voz revienta
Para ensalzar al Dios que le inspirara;
Y el Bardo-Rey, con arpa peregrina,
Cantó de Dios la Majestad divina!

Y unos tras otros, reyes del talento,
Émulos de David, su voz alzaron,
É inspirados por Dios, y con su aliento,
El idioma de Dios también hablaron.

¡Venid á mí, prestadme vuestro acento,
Los que el nivel común así salvaron;
Vuestra luz inmortal dadme en auxilio,
Sombra de Horacio, manes de Virgilio!

Venid á mí, constelación preciosa
De inspirados poetas... ¡os espero!
Quiero ver vuestra huella esplendorosa,
Cerca, muy cerca, contemplaros quiero:
Safo inmortal, — cantora religiosa, —
Píndaro, Garcilaso, Ariosto, Homero,
Tasso, Camöens, Calderón, Petrarca...
¡Ay, cuánta gloria cada nombre abarca!

Y aquí, en el suelo de la patria mía,
Yermo por tantos siglos al talento;
Donde su miés segó la tiranía
Con torpe mano y ominoso intento,
Tambien la santa voz de la Poesía
Inspiró á nuestros padres con su aliento;
Y de padres á hijos heredado
El idioma de Dios se ha conservado.

Voy á contaros una triste historia
De nuestra edad de sufrimiento y guerra;
No espereis, no, que os cuente una victoria
De esas que llenan de estupor la tierra:
Es una vida de martirio y gloria
Que un noble ejemplo de heroísmo encierra:
Recuerdos del poeta americano,
Honor y prez del pueblo colombiano.

~~~~~~~~~~

En tiempos muy remotos, cuando la patria mía
Sumida entre cadenas su esclavitud lloró,
De un bardo los cantares enajenada oía,
Y es fama que animada sus lágrimas secó.
~~~~~~~~~~

En vano el león ibero de rabia poseido
Despedazar su lira colérico intentó;
El bardo colombiano en fuego patrio ardido
Cantaba, y á sus cantos el déspota tembló.

Cargado de cadenas en lóbrega clausura
Prisiones y cadalsos impávido miró;
La muerte muchas veces su cáliz de amargura
Sobre su altiva frente sañuda derramó.

En climas apartados destierro doloroso
Por ser fiel á su patria le impuso el español;
Y el bardo colombiano risueño y valeroso
Miraba arder en ella de libertad, el sol.

Errante, fugitivo, del bosque en la espesura
Abrigo en alta noche buscó más de una vez;
La roca del desierto brindóle helada y dura
El lecho del proscrito — rudeza y aridez!

Y fuiste tú, MADRID, bardo inspirado,
El que á la Patria en su orfandad cantó,
El que al rugir del león enmelenado
Para hacerle callar su voz alzó;

Fuiste, poeta, el que vagó perdido
Buscando en el desierto una morada;
El que se vió por hierros oprimido
Y al pié una tumba para sí escavada;

El que gimió sobre la roca dura
Del Barragán en la montaña helada,
Y lloró en el destierro su amargura,
Y cantó los dolores de Granada.

Aún vagan por el aire enronquecidos
Los ecos de tu lira colombiana,
Con los lauros de gloria confundidos
Que te dieron las ninfas de la Habana.

Frescas están las lágrimas lloradas
Por el ilustre *Peñalver,* las miro
En tus dolientes ojos agrupadas,
Ocultándote su último suspiro.

Al lúgubre concierto de tu lira
Miro el dolor del pueblo perüano,
Y el fiero horror con que *Atahualpa* espira
Á la crueldad y al dolo de un tirano.

Del joven *Girardot* lloro la muerte
Y su valiente heroicidad admiro,
Y los pendones de Pizarro el fuerte
Ante las plantas de Bolívar miro.

~~~~~~~~

Cantor de mi patria, recuerdo que un día
De aquellos risueños de grata niñez,
Mi padre en sus manos tu libro tenía,
Leyendo tus cantos que ansioso escuché.

Colombia, sus héroes, tus hijos, tu Amira...
¡Qué bien que eternizas sus nombres allí!
¡Qué temas tan santos movieron tu lira!
¡Qué bien que ganaste tus lauros, Madrid!

La voz de tus cantos rodó en la montaña,
Se alzó por los aires, cruzó por el mar,
Y allá en las risueñas campiñas de España
Los himnos del libre se oyeron vibrar.

Salud á tu fama, cantor colombiano,
Salud á tu nombre, Fernandez Madrid!
Perdona si acaso tu gloria profano,
Callar no he podido, perdóname, sí!

Juré desde niño cantar tu memoria;
Si cumplo cual debo mi oferta, no sé:
Perdona, poeta, si acaso sin gloria
Por honra á la tuya mi lira pulsé.

Yo sé que á los grandes los cantan los grandes,
Que soy un pigmeo: gigante, lo sé;
Lo sé! — Mas no importa, cantor de los Ándes,
Quien canta tu gloria la gana también!

Bogotá, 1846.
~~~~~~~~

Á MI ESPOSA

(VERTIDA DEL ALEMÁN)

Á LA SEÑORA VICENTA M. DE MADRID

Graves cuidados, ¡ay! con mano fiera
Tus mejillas ajaron y en tu frente
Pálida gasa de dolor pusieron;
Tu ceño está nublado y aparecen
Sobre tu hermosa faz dolientes sombras,
Al recordar pesares que ya fueron!
Empero siempre para mí tu labio
Dulzura tiene, encanto y ambrosía,
Y á pesar de mi triste suerte odiosa,
Siempre serás mi amor y mi alegría,
Bella, querida esposa!

El suave brillo de tus lindos ojos,
Tu apacible mirar ya no lo es tanto
Como en la aurora de mi amor primero;
Mas conservan aún de aquellos dias
La misma dulce luz que há tantos años
Ilumina el horror de este sendero
En que ¡mísero yo! padezco y lloro:
Tu mirada, mi bién, aún brota fuego,
Aún hallo en ella la emoción preciosa
Del tierno afecto con que te amo ciego,
Bella, querida esposa!

Si todo en mi redor parece oscuro
Y las voces disfrazan su sonido
Y no cual ántes me saludan, mira,
No por eso me inquieto, ¡ay! yo conozco

Que alguien cerca de mí me da su amparo
Y amorosa y leal por mí suspira.
Y esa eres tú, mi bién, siempre la misma!
No estoy aislado, no, yo siempre siento
La luz de tu mirada esplendorosa;
No me abandones tú y estoy contento,
Bella, querida esposa!

Si alguna vez sobre mi mente pesa
La horrible idea de que pueda un día
Verme léjos de tí, mi amante esposa,
Negrísimo crespón me enluta el alma,
Y mi suerte futura miro envuelta
En fatídica nube, pavorosa...
¡Ay! si llegara á ser... créelo, mi amiga,
Como el pobre que gime en tierra extraña
Con existencia mísera, azarosa,
Culto á tu amor rindiera en mi cabaña,
Bella, querida esposa!

Si tú murieses, ay! cuando vinieran
Las flores del abril no las mirara;
Y aunque alegres los pájaros cantasen
Triscando en la pradera, lo confieso,
Creciera mi dolor, y les rogara
Que en bien de mi pesar me abandonasen.
Desesperado y triste, cielo y tierra
De luto para mí se cubrirían
Al ver ya muerta tu mirada hermosa;
Tus recuerdos mi vida acabarían,
Bella, querida esposa!

Brillaron, ay! tus ojos entre lágrimas
De pesares ocultos, pero nunca
La luz de la bondad se apagó en ellos;
Pues turbulentos años y perdidas,
Frustradas esperanzas, ¡oh! parecen
Más cadenas tender á nuestros cuellos
Y unir tu tierno corazón al mío...
Mis angustias labraron tu agonía,

No sufriste por tí, que si llorosa
Te has visto alguna vez, culpa fué mía,
Bella, querida esposa!

Si en las horas de paz, cuando la calma
Viene en pos de las sombras, y mis hijos
Cercan mi lecho, y su filial abrazo
Y sus encantos gozo y sus caricias,
Lo confieso, yo siento que á la tierra
Me liga un no sé qué con firme lazo:
Yo siento que á pesar de la amargura,
Mi pecho puede respirar amores;
Me figuro una vida asaz dichosa,
Por tí sembrada de fragantes flores,
Bella, querida esposa!

Cartagena, 1850.

EPÍSTOLA

Á ANTONIO T. TONO

Hoy que ha cesado el afanoso empeño
De ofrecer muestras y medir retazos,
De doblar suelas, de empacar badanas
Y encajonar millares de cigarros;
Hoy que no aspiro en mi pequeño albergue
El aterido ambiente embalsamado
Por el fragante anís, la manzanilla,
La flor de tilo y el café y el apio,
Unido todo en mezcolanza horrible
Con el canime, el cordobán, los ajos,
Y el diabólico aroma de las suelas,
Más penetrante mientras más prensado;
Ya que tranquilo estoy, á mis amigos
Estos momentos de mi paz consagro,
Para decirles, ¡ay! cuánto padece
Su pobre amigo en este clima extraño;
Víctima del fastidio y sin relevo
Centinela perpetuo de unos trapos
Que impasibles vejetan, sin quejarse,
En los estrechos nichos de un armario;
Para decirles, ¡ay! cómo desgarran
Su pobre corazón los fusilazos
Que á cada instante le disparan fieros
Los picaruelos ojos de algún diablo,
De esos que aún tienen de su edad de ángel
La luz y la belleza y el encanto.

Está visto, mi Antonio, que la suerte,
Que yo no sé si es ángel ó si es diablo,
Pues sólo sé que todos, —¿lo oyes? — todos,

Con más ó menos seriedad hablamos
De esa esfinge moral llamada *suerte,*
Contra la cual gemimos y lloramos,
Sin que uno solo pueda darse cuenta
De si es fortuna ó accidente ó daño.
Pero, en fin, te repito que la suerte
Me tiene, caro Antonio, condenado
Á vivir esa vida corroída,
Esa vida incompleta, de rezago,
Que está proscrita del cariño amigo,
Y hasta privada de los aires patrios.

Voy á contarte con franqueza extrema,
Haciendo confesión como cristiano,
Esta mi vida en la ciudad de Ocaña,
Que á la verdad, y sábelo de paso,
Es un Edén de ricas tentaciones,
En donde todo Adán perece náufrago,
Porque toda mujer es una Eva
Parada al pié del infernal manzano.

Pero volvamos á mi cuento. Escucha
La historia fiel de tu querido Lázaro,
Que, á seguir bajo el peso de sus penas,
Será á su vuelta un pobre elefanciaco,
Que no hallará en la tierra otro Jesús
Que haga por su salud otro milagro.
Y ya que traje aquí, por incidente,
La memoria doliente de mi santo,
Quiero que sepas, mi querido Antonio,
Que hasta mi propio nombre me hace daño!
Asisto, por ejemplo, á una tertulia
Que me dan, en obsequio, mis paisanos,
Y al resonar mi nombre en el concurso
Causa más emoción que un cañonazo;
Y es de ver cómo vuelven á mirarme
Con alarmante asombro y sobresalto.

Como mi pobre nombre es tan esquivo,
Y nos recuerda un mal tan endiablado,
No lo creerás, Antonio, busco y busco

Y no puedo encontrar ningún tocayo;
Lo cual me ofrece la infeliz ventaja
De suprimir, cuando mi ropa marco,
El apellido histórico, el primero
Que resonó sobre el humano labio,
Cuando Adán Pérez estrechó en su seno
A Eva de no sé qué con tierno abrazo.
Esta ventaja, digo, la explotaba,
Poniendo en cada pieza un simple « Lázaro, »
Lo cual, por no haber otro, me bastaba
Para evitar trastocamiento ó rapto.
Pero ¡ay de mí, infeliz! — Las lavanderas,
Al ver sobre mi ropa el epitafio,
Volvían, de terror sobrecogidas,
Grifo el cabello, y con el rostro pálido,
Trayéndome la ropa, no doblada,
Ni siquiera guardada en el canasto,
Sino prendida sobre un palo altísimo,
Como pendon de infamia tremolado!

Si alguna vez consigo que una bella,
Correspondiendo á mi carácter franco,
Me trate con llaneza, noto, Antonio,
Que se le abulta el cuello y tuerce el labio,
Al tener que decirme, entre finezas,
Este nombre infeliz que Dios me ha dado,
Y que no es para mí nombre de pila,
Pues ha venido á ser nombre de palo.

El tuyo, por ejemplo, me recuerda
Al dulce frailecito franciscano
Que en todos los percances de las damas,
Cuando se agotan el afán y el llanto,
Lo zampan de cabeza en algún pozo,
Do permanece el pobrecillo echado,
Hasta que al fin parece lo perdido,
Cesa el afán ó se remedia el daño.
Nombres así, ya es claro y se comprende
Que son buenos, ligeros y aún simpáticos,
Aunque ofrezcan contrastes dolorosos
Como Casto, León, y Zoilo y Cándido,

Primo, Segundo, Fructüoso, Pio,
Y hasta Escipión y César y Alejandro,
Que dejan al muchacho que los lleva
Bajo su enorme peso apachurrado;
Pero del santo Obispo de Marsella
No quiero nada más, pues yo me basto.

Pero volvamos á mi cuento. Vivo,
Uso esta frase por no dar escándalo,
En una casa de tan triste aspecto,
Que más que casa es un horrible caso.
No tiene puerta, ni zaguán. Es casa
Precedida de tienda, con su armario,
Que, de darle su nombre puro y técnico,
Sería casa-tienda en castellano:
Es la tal casa en solidez escasa,
Por lo que siempre me entristece el pánico
De quedar bajo el plomo, en un desplome
De su gran pesadumbre, triturado:
La humedad de su piso es tan fecunda
Que en más de una ocasión ví mis zapatos
Tan ricos de verdura y lozanía
Como el mejor potrero de los llanos.

Una gran mesa de remoto origen,
De indeciso color y tipo extraño,
De esas que tienen material bastante
Para un buque de bordo más que alto,
Es la joya esencial, la mejor prenda
De mi escaso y modesto mobiliario.

Dos venerables sillas semigóticas,
De la Gran Convención quizá rezagos,
Viven en amoroso maridaje,
Por no decir en criminal contacto,
Con otro mueble, esencia de la esencia,
Con un *feligresial* típico escaño,
Que ha debido en edades muy remotas
Ser tapial, gallinero ó club de pájaros,
Á juzgar por las hondas cicatrices
Con que el puñal del tiempo lo ha marcado.

De mis enseres éste es en mi sala
La luz, la sombra, el suelo y el espacio;
Porque en su inmensa mole yo acomodo
Libros, panfletos, jáquima y zamarros,
Entremezclados amistosamente
Con el espejo, la peinilla, el paño,
Mi estuche de afeitar, la jabonera,
Mi capa azul y mis calzones blancos.
Dos esféricas cuencas, ya vacías,
Que dos quesos de Flandes alojaron,
Están sobre los brazos de este mueble
Mi propio pensamiento remedando.

Tres largas vigas, á elevada altura,
Son los adornos de mi cielo raso,
Que más que raso y cielo son infiernos,
Pues al mirarlas me provoca el diablo
Á verme de una soga suspendido,
Gozando en paz de mi primer descanso.

Hay además la alcoba, la cocina,
Un lugar excusado y cinco cuartos,
Que no son dignos de mención expresa
Al desçribir de mi batalla el campo.
El mueblaje tampoco. Su estructura,
El pobre ajuar de mi modesto tálamo,
Rehusan de mi lira y de la ajena
La descripcion gentil de sus estragos.
¡Paz á los muertos! — ¡Quédese en olvido
De un pobre solterón el santüario!

¿Quisieras saber más?... Todo lo he dicho,
Con excepción de poco que he callado,
En parte por decoro y otras causas
Que sabe el mundo y que no ignora el claustro;
Y si nada más queda, abur, amigo,
Goza salud, pesetas y buen año.

Ocaña, 1853.

AL TEQUENDAMA[1]

Á RICARDO CARRASQUILLA

¡Desciende Tequendama! Unos tras otros
Los siglos asombrados te contemplan:
Sierpe de plata que en la grama corre
Para esconderse en su raudal de perlas!

¡Desciende Tequendama! Tu albo manto,
Tu aérea y espléndida belleza,
No permitas que eclipse inoportuna
De tu inmenso aluvión la oscura niebla.

¡Desciende Tequendama! Abre tus brumas,
Y muéstrate señor de tu grandeza,
Con tu manto de aljófar y brillantes
Y el íris tricolor de tu diadema.

Deja que el aire, en vagos tornasoles,
Mueva las hebras de tu hermosa trenza;
Deja que el sol, en espirales llamas,
Caliente tu selvática melena.

¡Desciende Tequendama! Audaz no quiero
Cantar el trueno que en tus aguas rueda;
Que cantar el prodigio de tus ondas
Sólo á tu acento Dios lo concediera!

No he venido á cantarte. Bien humilde
Es de mi pobre aspiración la idea;
Para cantar tu majestad no tengo
Ni hay en mi lira sonorosa cuerda.

He venido á mostrarle tus portentos
Á esta que ves constelación de estrellas;
Y á confrontar con tu belleza horrible
Su tierna y dulce, angelical belleza.

Salto de Tequendama, 1855.

1. Estas estrofas fueron escritas á excitacion de varias señoritas, en presencia de la portentosa catarata.

EN EL CUMPLEAÑOS DE MI ESPOSA

Esa que ves brillar, esa es tu aurora!
Hoy la mano de Dios, pródiga y santa,
En prueba de lo mucho que atesora
Dió al mundo un ángel de hermosura tánta!

Y no quiso que sólo en la hermosura
Tu divino prestigio se cifrara,
Quiso hacerte también graciosa y pura
Y que modesta tu beldad brillara.

Puso en tus ojos fuego de su fuego,
Dulce expresión y brillo en tu mirada;
El grato acento de clemencia y ruego
Le dió á tu voz sensible y delicada;

Sonrisa de candor puso en tu labio,
Púdica animación en tu semblante;
Y, por no hacer á tu inocencia agravio,
Ornó tu frente de azahar fragante.

Y en su extrema bondad, no satisfecho,
Hizo tu seno de virtudes nido;
Y, no contento aún, guardó en tu pecho
Un corazón que el bién ha enriquecido.

Que á la mano de Dios todo le es dado!...
Mas al dotarte de belleza tánta,
¿Por qué más tarde te miró enojado
Y ante el dolor tu espíritu quebranta?

¿Por qué con tanto esmero cuidó ufano
El fresco broche del botón precioso,
Si luego entrega al destructor gusano
De la entreabierta flor el tallo hermoso?...

No osaré, no, sondear ese misterio,
Por más que el alma se entristezca y sufra!
Dios es muy grande, poderoso y bueno,
Deja que en tí su voluntad se cumpla!

Si es tu suerte sufrir, — sufre y espera,
Que la mano de Dios es siempre justa;
Y á veces los dolores purifican,
Y los placeres son los que atribulan.

Esta verdad en tí miro cumplida:
Tras largo tiempo de ominosa lucha,
Cada dolor parece que le imprime
Una belleza más á tu hermosura.

Noble resignación y fe cristiana
La espina embotan del dolor, aguda,
Y dan á aquellos que cual tú padecen
Una sonrisa para cada angustia!

Mas ¡ay! perdona si en recuerdos tristes
Mi voz la luz de tu natal anubla;
Yo quisiera cantar tus alegrías,
En vez de condoler tus amarguras.

Mi lira brota acordes deliciosos
Cuando la mano del placer la pulsa;
Pero al verte sufrir, ronca, insonora,
El triste acento del pesar modula.

Cúmplase en ámbos el aciago sino;
Hagamos del dolor nuestra fortuna:
Dios es muy grande, poderoso y bueno,
Su voluntad dejemos que se cumpla!

Bogotá, 1854.

JULIO ARBOLEDA

Á JOSÉ MARÍA TORRES CAICEDO

Musa de la aflicción, viste de luto,
Y á darme ven tu más tétrico acento!
No es el común tributo
De lágrimas, de angustia y sentimiento;
No es la pena vulgar de un bién perdido
La que hoy debe cantar la lira mía;
Enorme, inmensa la desgracia ha sido,
Que el golpe aterrador que nos ha herido
Con tánta y tán infame alevosía
Ni tiene nombre ni medirse puede!
Es abismo tán hondo...
Que su antro oscuro, sin lintel, sin fondo
A todo abismo por su abismo excede!
Desventura tán fiera y sin consuelo,
Daño tán sin reparo,
Que ante las brumas de su inmenso duelo,
Ante tánta orfandad y desamparo
No hay llanto ni dolor que expresar pueda
Esta inmensa amargura
Que más y más nuestro infortunio apura!
Es que ha muerto ARBOLEDA,
Y muerto él... ni áun la esperanza queda!

¡Si parece increible!
Ni el más ligero indicio se tenía,
Ni el más lejano asomo de sospecha,
De la asechanza horrible

Que nueva ilustre tumba abrió en Berruecos,
Y algo no obstante el alma presentía
Que abría al pesar profunda y ancha brecha!
El eco de los ecos,
Cual si arrastrara el aura de su tumba,
Melancólico y vago discurría,
Y la doliente voz con que gemía,
Y que aun parece que tenaz retumba,
Llenó los corazones de agonía.
¡Triste presentimiento!
Aun nada se sabía
Y en la fúnebre aurora de aquel día
Fué grande y general el desaliento!
Ya ninguno tenía
Para seguir en la sangrienta lucha
Ni voluntad ni fuerza ni ardimiento:
Apagada la voz del gran caudillo,
Ninguna otra se escucha
Que dé á la gloria su esplendente brillo:
Como instrumento inútil y pesado
Del brazo se caía
El arma que el soldado
Para salvar la patria sostenía[1].

Todo acabó con él! — Ved cuál se extiende
El general y triste abatimiento
Que en todo y para todo nos rodea;
¡Tánta inacción hasta al decoro ofende!...
Ved cómo se atribula,
El que ayer fué valiente en la pelea;
Y aquel que rehusó con ardimiento,
Casi con saña fiera,
Las propuestas de paz, no ya ni tánto

1. La famosa guerrilla de Guasca, tan temida del Dictador colombiano. capituló y entregó sus armas el 12 de noviembre de 1862, á las 2 y media de la tarde; el mismo día y quizá á la misma hora en que nuestro ilustre caudillo fué acribillado á balazos en la montaña de Berruecos. Dos días después entregó también sus armas la guerrilla de Somondozo; el día 20 del mismo mes capitularon las guerrillas del valle de Tensa; y últimamente, el 22 de noviembre depusieron las armas, y se adhirieron á los tratados celebrados en Guasca, las guerrillas del sur del Tolima. — NOTA DEL AUTOR.

Los arrebatos del orgullo adula:
¡Vedle también que abate su bandera!...
Y ¿qué ha podido obrar cambio tán raro?
¿Por qué este desamparo,
Si como ayer la patria gime esclava?...
¡Responda nuestro llánto!
Es que muerto ARBOLEDA, no circula
En la nuestra su sangre y hace falta!
Que en la legión que con tenaz empeño
El pendón de la patria sustentaba
Y su honor y sus fueros defendía,
Era la suya la figura alta,
Era su tipo el singular diseño,
Era su voz prestigio y energía!...
Pero una vez que ha muerto,
Nuestro campo de guerra es un desierto!

Todo acabó con él! — ¡Triste homenaje,
Y el último también, para el que tuvo
En sus robustos hombros suspendida
Con gloria, con orgullo, con coraje
De esta patria infeliz la honra y la vida!
Él su vigor y su esplendor sostuvo,
El reanimó su aliento y su esperanza,
Él la tornó temida
Y capaz de tomar digna venganza!
Pero apenas cayó de muerte herido,
Como cuerpo sin alma,
Del martirio aceptó la cruenta palma
Y al pié de su sepulcro se ha dormido.

Todo acabó! — Ninguno le ha esquivado
La honra ganada ni el honor debido:
Con llantos de pesar le hemos llorado,
Con penas de dolor le hemos sentido!
Ellos también han hecho por su muerte
Todo lo que su muerte merecía:
Era valiente, infatigable y fuerte;
Orgullo noble y ambición tenía;
Títulos suficientes

Para morir cual mueren los valientes!
Pero ¡ay! sus adversarios,
Si muerte digna de su ley le dieron,
Mezquinos le negaron los sudarios
En que su sangre recoger debieron.
El egregio adalid que no lograron
Rendir en lucha — ni humillar vencido,
Le asecharon cobardes y al descuido
Con traicionero golpe le mataron!!
Nunca la cobardía
Del crímen alcanzó mejor victoria;
La gloria de ese día
De todos fué la más inmensa gloria!
¡Y es bien digna de aplauso la jornada
En que el lëón herido,
Por estar desangrado y abatido
Deja de causar miedo á la manada!
¡De vencer, sin lidiar, al invencible,
Manera peregrina!
Pues lidiar y vencerle no es posible,
Se emprende otra labor — se le asesina!

¡Y todos en gavilla lo aplaudieron!
Y fué tal la importancia que le dieron
Al cruento sacrificio;
Tánto fué lo obtenido y lo ganado,
Que en las calendas fúnebres del vicio
No hay servicio mayor que ese servicio
Ni otro mejor el crímen ha pagado!
Tánta y tán general fué la alegría,
Al verse libres de su enorme peso,
Que hicieron de los restos regalía
Y fueron generosos con exceso.
Pero es también que el miedo presentía
Como nuestro dolor: — en esa hora
De suprema tortura y agonía,
Cuando el ilustre mártir sucumbía
Á los disparos de asechanza aleve;
Este pobre soldado
De su misma legión, ya mutilado

Por el plomo enemigo
Y hecho un escombro que el vigor no mueve,
Como si indigno fuera del castigo
Á que estaba sujeto, fué sacado
De la horrible prisión en que gemía!...
¡Misterio que aun asombra!
¡Triste burla del hado!
¡Contraste sin concierto realizado!
¡La encina arrasan que les hace sombra
Y desprecian el tronco ya quemado!

¡Y mucho más hicieron por su gloria!
Ni siquiera un instante, arrepentidos
Ó avergonzados de su crímen, dieron
Tregua al odio común; enfurecidos,
Echan baldón y lodo en su memoria,
Como si el robo que á la gloria hicieron
Pidiera más vileza en su victoria.
Todo lo suyo ultrajan!
Y hasta el fruto precoz de su talento,
Sin ver que flores son, villanos ajan.
Horrible ceguedad! — Su aturdimiento,
Al prisma de la cólera, no halla
Nada vedado á su brutal instinto;
Todo debe quemarse en la batalla
Y en sangre del vencido quedar tinto.
Por eso ni aun los cantos de su lira,
¡Que son tán bellos y tan bien trovados!
De la salvaje inmolación retira
El caudillo feroz que en ellos mira
Riegos de luz que deben ser secados.

¡Perdona, oh fama de la patria mía,
Si tu desdoro y tu baldón publico;
También de esta agonía,
Que es de tu afrenta manantial bien rico,
Tomo la parte que me toca en suerte,
Y al átomo menor de tu vergüenza
Prefiriera dormir sueño de muerte!
La mano criminal de tus señores

Arranca de tus sienes y destrenza
El que el genio te dió lauro de flores;
Sueñan tal vez en su febril delirio
Que tán ricos de gloria nos hallamos,
Que hasta la gloria misma en el martirio
Como fruto dañoso herir debamos...

¡Cuánto esfuerzo inmortal de aquel talento
No rompió el odio bajo su ancha rueda
Ó quemó el fuego ó destrozólo el viento!...
La gloria de ARBOLEDA,
Como gloria maldita, trunca queda!

Ya el héroe sucumbió! — Ya todos pueden
Repartirse el botín de los honores:
La razón y el derecho inertes queden
Hasta que mande Dios tiempos mejores.
Como el campo inmortal del pueblo hebreo,
La aguerrida legión que le seguía
Su aspiración amaine y su deseo,
Que en tierra yace su valiente guía
Y en la legión no hay otro Macabeo.

¡Así murieron los grandes!
En las quiebras altísimas y oscuras
Que cubren las melenas de los Ándes!
Cavando su sepulcro en las alturas
Dónde no pueda profanar su sombra
Ni aun el ave caudal de altivo vuelo!...
¡Allí hasta el miedo del silencio asombra!
Tumba que está tán cerca ya del cielo,
Que el inmundo gusano
Que se arrastra en el lodo no la alcanza,
Ni con su diente insano
Puede röer la ilustre remembranza
Del que descansa en paz allá en su seno!
Tumba tán escondida y bien guardada
Que no se infiltra en ella ese veneno

De que la tierra está tán empapada!
Esa tumba la cuida un pueblo entero
Que en la lucha tenaz con él luchaba;
La guarda Pasto, el noble compañero
Que en toda lid valiente le ayudaba:
Su alma cristiana... Dios la habrá acogido!
Y si intensos, cruelísimos dolores
Los precursores de su muerte han sido,
Bendigamos su angustia una y mil veces,
Recordando que, en trance parecido,
El Dios de las alturas descendido
Los apuró también hasta las heces!

Bogotá, 1862.

LA SOBERANÍA DE LA MUJER

Á MI ESPOSA

Hizo de Dios la omnipotente mano
De maravillas mil rico tesoro;
Hizo el cielo, la tierra, el Océano,
La grama humilde, el alto sicomoro;
Dióle á la luz su rayo soberano
Y en bandas mil de cántico sonoro
Aves hermosas de pintadas plumas
Cruzaron del espacio por las brumas.

Hizo rodar en su brillante coche
Al astro rey, — al luminar del día;
Y á la lánguida antorcha de la noche
La puso allá en la oscuridad sombría; —
De tierna flor en el plegado broche
La gota suspendió que el aura envía,
Y de las ondas bajo el lecho undoso
La perla oculta y el coral precioso.

Vistióle al pez de plata guarnecida
Su coraza de escamas; — á la fuente
Dióle el murmullo de la voz querida
Que sus ecos dilata dulcemente;
Puso de verde-claro, luz y vida,
De enhiesta palma so la altiva frente;
Y hasta al insecto que en la noche brilla
Le dió la luz con que á la luz mancilla.

Y todo cuanto hay de grande y bello
En la Creación, su mano lo ha críado;

Toda luz de sus ojos es destello;
Todo sér de su Sér es emanado;
A todo puso de su nombre el sello;
Y aun de tánta labor no fatigado,
Quiso dejar á la Creación su nombre
Y fuerte, á imagen suya, formó al hombre.

Y el hombre fué! Su planta de gigante
Hizo crujir los ejes de la tierra;
Su voz sonora, enérgica y vibrante
Todo el poder de un semidios encierra;
Su vista audaz, ignífera y radiante
Sobrecogida á la Creación aterra:
Rey de los seres, de los mundos dueño,
Todo ante el hombre se mostró pequeño.

Los soles en sus órbitas giraron;
El mundo se abismó; ronco bramido
Las fieras en los bosques levantaron;
Los volcanes al cielo, en su estallido,
Con su lava de fuego salpicaron;
Rugió en la mar el viento enfurecido;
Nubes de tempestad se desataron
Y la sombra del hombre saludaron.

Vedle, allí está. Atónito, abismado,
Á Dios sus ojos ávidos levanta;
De soledad perenne rodëado
El bién no ve de maravilla tánta;
Sólo, — en la vaga inmensidad lanzado,
El labio mudo, extática la planta,
El hombre, solitario y peregrino,
Á explicarse no acierta su destino.

Vedle, allí está. — En su estupor profundo
Sólo conoce á Dios, sólo á Él comprende;
La llama ardiente que devora al mundo
Nada en su yerto corazón enciende;
No halla aroma en la flor, y en el fecundo
Manantial de bellezas que se extiende

Bajo el rico dosel de la esperanza,
Nada ve, nada mira, nada alcanza.

« ¿Qué tiene Adán? » — el Dios se preguntaba,
« Árbitro de los mundos ¿qué desea? »
Y cubierto de asombro le miraba,
Sin voz, sin movimiento, sin idea;
Busto de mármol, Dios le contemplaba
Bajo la higuera que el Edén sombrëa:
« ¿Qué tiene Adán? » — y Adán no respondía,
Y su pregunta Dios le repetía.

« ¿Qué tiene Adán? — ¿Por qué bajo su paso
Del Paraiso la aromosa alfombra
No se doblega? — El sol que va al Ocaso
¿Por qué le mira inmóvil y se asombra?
¿Quién reprime su voz y ata su brazo?
¿Acaso no es la sombra de mi sombra?...
Adán! Adán! ¿Qué falta á tu destino? »
« — Falta, Señor, la luz para el camino. »

Así respondió Adán; y Dios mirando
Bañada en rica luz su faz llorosa,
Llegó á pensar, de su labor dudando,
Cómo ofrecer á Adán luz más hermosa;
Y al fin, su último esfuerzo superando,
Un átomo sopló, y esplendorosa,
Coronada de luz, alzó galana
Á la mujer del mundo soberana!

Vedla, allí está. — De estrellas circüida,
Candorosa y gentil, graciosa y bella,
Brillan sobre su faz soles de vida,
Que en el sol de su faz eclipsa ella:
Juega en sus labios de carmín, perdida,
Sonrisa hermosa que su amor destella:
Sobre el marfil de su divino cuello
Vaga flotando al viento su cabello!

Adán la ve de luces coronada,
Entre albores de grana y de topacio;
Y á la luz que despide su mirada
Comprende y ve los mundos del espacio;
Loco de admiración vuela á su amada
Y le ofrece de amor rico palacio:
« Cuánta luz! — Cuánta luz! » dijo, exclamando,
Y á la mujer absorto contemplando.

El mismo Dios con paternal ternura
Vió su hechura final: — era completa!
En ella puso en flor toda hermosura,
Más que como Criador como poeta;
Y Adán al ver la nueva criatura
Cayó de hinojos; y su vista inquieta
Con tan rara expresión la contemplaba
Que amiga, hermana, esposa la llamaba!

Innúmeras estrellas asomaron
Sobre el palio turquí de terciopelo;
Con sus cantos las aves remedaron
La sonrisa feliz que daba el cielo:
Las flores sus aromas exhalaron,
Á los besos del céfiro, en el suelo;
Metëoros de luz se descolgaron
Y á la Reina del mundo coronaron!

Eva, Eva gentil, tu hermoso nombre
Se pronuncia á través de las edades
Con respeto y amor!
Primera religión que tuvo el hombre,
Encarnación de todas las verdades,
Luz de eterno esplendor!

Adán, Adán, — él de los hombres Padre,
Á tí, Mujer, de las mujeres Madre,
Su Reina te llamó:

Soberana del mundo y del espacio
Te vistió su poder y en su palacio
Reina te proclamó.

Y han pasado por siglos las edades
Y de ellas á través tu hermoso nombre
Soberano se ve:
Ante él se inclina reverente el hombre
Y adora en tí, Verdad de las verdades,
La huella de tu pié!

~~~~~~~~~~~~~~~~~~~~~

Y de entonces acá Reina del mundo,
Por dos opuestos genios inspirada,
Ángel del Bién nos alza su morada,
Ángel del Mal nos hunde su poder.

El hombre mismo, miserable arista
Que de su hálito en pos divaga errante,
Él, rey de los reyes, proclamó triunfante
Soberana del mundo á la mujer!

Esos que el mundo atónito contempla
Hechos que el hombre se disputa altivo,
¿Qué son mirados bajo el fuego vivo
Que de su gloria reverbera en pos?

Rudo eslabón que la mujer al hombre
En su cadena de vasallo agrega,
Ramas que con su aliento ella doblega,
Brazos que mueve el eco de su voz.

A través de la lágrima que arranca
La dura pena que el dolor evoca,
Tras de la risa que el placer provoca,
Tras de la Gloria — del Poder detrás,
~~~~~~~~~~~~~~~~~~~~~

La forma seductora se dibuja
De esa preciosa Reina y Soberana
Que, como impulso de la fuerza humana,
Lo mueve todo, sin ceder jamás.

Lanza á las aguas amorosa madre
Sobre bajel de mimbre al hijo amado,
Al ver que por monarca despiadado
Á muerte injusta condenado es;

Mas del monarca la preciosa hija
Mira al infante náufrago, y valiente
Lo quita del rigor de la corriente...
Y ese niño salvado fué Moisés!

Sin la mano del ángel, sin su esfuerzo
¿Qué hubiera sido del ungido sabio,
De cuyo firme, edificante labio
Partió entre luz la ley del Sinaí?

¿Qué hubiera sido del valiente atleta
Que dió á su pueblo de su gloria el fruto,
De aquel que el Rojo mar pasara enjuto
Con su innúmero ejército tras sí?

De aquél que con su mágica varilla
La roca del desierto, árida y fuerte,
En vivo y rico manantial convierte
Y anega con sus aguas la extensión?

Tu onda irritada ¡oh Nilo! me responda;
Responda, Faraón, tu ley tirana!...
¡Gracias á tí, Termútis soberana,
De noble y grande y bello corazón!

El vanidoso ejército de Asiria
Su cerco impone al pueblo bethuliano,
Y Holofernes, caudillo del tirano,
Su extermio total jura feroz:

Vencida estaba la infeliz Bethulia,
Exánime su aliento decaía,
De hambre y de sed su pueblo perecía,
Nadie escuchaba su doliente voz;

Rendida ante el esfuerzo, su bandera
Á arrollar iba humilde ante su suerte,
Cuando un ángel con voz sonora y fuerte
« ¡Bethulia es libre! » al mundo le anunció.

Era JUDITH! — Su mano ensangrentada
Levantó con estöica fiereza,
Y del fiero Holofernes la cabeza
Al asombrado pueblo señaló!

MILTON, CAMÖENS, PÍNDARO y HOMERO
Duermen bajo los lauros de la Gloria:
Es inmortal de cada cual la historia,
De cada cual espléndida la luz.

Y allí con ellos, bajo iguales lauros,
SAFO, la ardiente SAFO está dormida,
Y allí también de gloria circüida
Está SANTA TERESA DE JESÚS.

Y DANTE ALIGHIERI, el inspirado bardo
Que el aire comprimió con su armonía,
El que inundó de luz y poesía
Los ámbitos de Italia la feliz;

Vivido hubiera con su oscuro nombre,
Dormido hubiera del olvido en brazos,
Roto hubiera su lira en mil pedazos
Si no te ve, romántica BEATRIZ.

PETRARCA — el grande, el inmortal PETRARCA
Que ganó con sus cantos tánta gloria
¿Qué fuera de su nombre y de su historia
Sin la luz de su LAURA y sin su amor?

Y el pobre Tasso! — El genio delirante,
¿Cómo hubiera cantado en su clausura?
Bardo infeliz! — Su plácida dulzura
Fué bebida en los labios de Eleonor!

Rompe al acaso el genovés marino
De ignoto mar la no tocada espuma
Y de occidente por la densa bruma
Va en busca de otro mundo... y lo halla él!

Y ese portento que á la ciencia asombra;
Obra gigante, — la creación del hombre,
Lleva detrás la cifra de tu nombre,
Reina inmortal, católica Isabel!

Marat, la nube negra que vomita
Sobre el undoso Sena sangre y llanto;
Marat, Marat — el genio del espanto,
Cuchilla y pensamiento del Terror;

Coloso que de Francia envilecida
Bajo su planta pisa el noble cuello;
Que la invita al festín de su degüello
De la campana al són aterrador;

Marat contempla con feroz sonrisa
Al pueblo valeroso bajo el yugo,
Goza al mirar el tajo del verdugo
Gastado sobre el yunque funeral;

Mas el demonio del Terror, al cabo,
Oyó sonar de la expiación la hora
Al golpe de una mano redentora,
De Carlota Corday bajo el puñal.

De la virgen América en las selvas,
Sobre charca de sangre reclinado
Está Morillo, bárbaro soldado,
Viendo caer tras uno el otro sol;

Y no brilló uno solo cuya lumbre
El poste de un cadalso no alumbrara;
Oh! ninguno brilló que no orĕara
Sangre que derramaba ese español.

Allí de una mujer predestinada
Fué el glorioso martirio. — Valerosa
Su noble sangre, ofrenda generosa,
En aras de la Patria derramó.

Murió sobre el cadalso!... Ay! yo quisiera
Tener de Byron la expresión y el arpa,
Para llevar tu nombre, POLICARPA,
Más allá de este mundo en que brilló!

El ángel valeroso del suicidio,
De abnegación en la suprema hora,
Ve en su mano la mecha aterradora,
Y la pólvora, entraña del volcán.

« Viva la Patria! » dijo, y sonó el trueno!
RICAURTE fué: — Su gloria está cumplida!
Mas es fama que un nombre en despedida
En los pliegues guardó del huracán.

. . . .

Hosanna á la mujer! — Augusto nombre
Que aclama de los mares el murmullo,
La modesta paloma con su arrullo,
Con su perfume la brillante flor:

La cifra de su nombre está grabada
Por la mano de Dios en lo creado:
Hosanna á la mujer! — Nombre sagrado
Que inspira encanto, adoración, amor.

¿Quién no acata tu nombre prosternado,
Sol de los soles, — luz de toda estrella?
¿Quién no ve de su paso ante la huella
El rastro que ha dejado tu poder?

¿Quién no siente tu influjo irresistible
¿Quién en tu resplandor no se ha quemado?
El hombre, el hombre altivo ha proclamado
Soberana del mundo á la mujer!

Nada su influjo desconoce, — todo
Irradia con la luz de su mirada;
Bella creación á la Creación lanzada
Como prenda final de perfección.

Todo se inclina ante su paso, — todo
Se humilla ante esa sombra que tirana
Grande y Señora y Reina y Soberana
Recibe de la tierra adoración!

Y del cielo también! — En su ancho espacio
De una Reina inmortal se ven las huellas;
Allí su trono está... trono de estrellas,
Cubierto por un místico dosel.

Los ángeles la guardan de rodillas,
Las vírgenes en coro la rodean,
Los astros en su frente centellean
Y los mundos le sirven de escabel!

Esa hermosa mujer, Reina y Señora,
Coronada de luz y pedrería,
Es la gentil, purísima María,
La modesta pastora de Belén.

En cielo y tierra su poder se acata
Del Hombre-Dios hasta el impuro hombre;
Lluvia de redención brota su nombre
Y luz y paz y bendición también!

Bogotá, 1856.

EL DIA DE DIFUNTOS

Á JOSÉ MANUEL MARROQUÍN

Mundo, suspende un momento
La alegría que te ufana;
Oye la triste campana
Que gime en triste lamento;
Es el cristiano *memento*
Con que la Iglesia afligida
Á la fiesta nos convida
En la mansión de los muertos,
Que hoy á esta vida despiertos
Muestran la luz de otra vida.

Es la fiesta funeral,
En la que podemos ver
Los átomos del placer
Sobre el ara sepulcral:
Allí, en su carro triunfal,
Con diadema en la cabeza,
Hundida en tierra la alteza
Del mundanal poderío,
Entre polvo sucio y frío
Está la humana grandeza.

Allí está la vanidad
Con el manto corroído:
Allí está opaco y dormido
El sol de la mocedad:
La pudorosa beldad

Sueña allí con sus amores,
No tiene galas ni flores,
Pero casta y virtüosa
Coronan su santa fosa
Celestiales resplandores.

Allí el *libre pensador*,
Cobarde y amedrentado,
Piensa en lo que no ha pensado,
Y se inclina ante el Creador:
Allí está el Conquistador
De su gloria en los dinteles;
Hoy sus conquistas crüeles
En preces piadosas trueca,
Porque ve que no se seca
La sangre de sus laureles.

Con su careta en la mano
El hipócrita allí está;
Su artificio no obra ya
En el carnaval mundano:
Allí el presuntuoso vano,
Luz tomando en el abismo,
Rasga su fe de bautismo
Y la clara ejecutoria
Que escribió con vanagloria
En honra y prez de sí mismo.

El claro ingenio, el talento,
Bajo un dosel de coronas,
Renace y vive en las zonas
De espíritu y pensamiento;
Allí encuentra el elemento
Para su inmortalidad:
Idealismo, vaguedad,
Y al límite del camino
Ese misterio divino
Que encierra la Eternidad.

Las reinas del sentimiento,
De tánto sentir gastadas,
Están allí reclinadas
Sobre lechos de tormento:
Allí el arrepentimiento
De inexperta mocedad
Dá sombra á la liviandad
Que cedió al oro del vicio
Y desciende á un precipicio
De inmensa profundidad.

¡Pobre humanidad! — Escucha
Los dobles de esa campana;
Son de la máscara humana
Las miserias con que lucha:
Es mucha pobreza, mucha!
La del humano linaje;
Afrentoso el vasallaje
De espanto y desolación
Que le impone al corazón
Tánto fúnebre oleaje!

Y la humanidad no cede
Y la lucha continúa,
Y el espíritu fluctúa,
Ni avanza ni retrocede:
Pobre la razon: — No puede
Combatir en lucha igual;
No tiene el juicio cabal;
Es arma tan incompleta
Que hace con sus glorias grieta
En su propio antemural!

Inclinémonos! — La muerte
En sus orbes de ceniza
La impotencia patentiza
Del vano espíritu fuerte;
Ella inexorable advierte

Que toda rebelde ciencia
Vencida calla en presencia
De la sabia ley de Dios,
Cuya luz camina en pos
De su santa omnipotencia!

¡De rodillas! — La campana
Manda orar, y orar debemos;
Ante su voz inclinemos
La necia soberbia humana:
Ayer, y hoy, y mañana
Son términos de una edad,
En que la santa verdad
De nuestro humano destino
Rompe el secreto divino
Que encierra la Eternidad!

Bogotá, 1872.

EN EL LICEO GRANADINO

Á JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ

Canten otros la gloria que alcanzaron
Los mártires de Julio! — Redentores
Que á los pueblos de América legaron
Las de su historia páginas mejores!
Canten otros su sangre generosa
Sobre infames cadalsos derramada,
Que el sol de julio con su luz preciosa
La muestra al pueblo solamente oreada;
Sangre que no se seca temerosa
De ser por los ingratos olvidada.

Otros mejor que yo, con voz más fuerte,
Cantarán la epopeya de esos nombres
Tomados de la losa de la muerte:
La historia contarán de aquellos hombres
Que « libertad ó muerte » proclamaron,
Que de su lema en pos la lid abrieron,
Que en cien sangrientos campos batallaron,
Que muchos en la lucha perecieron,
Y aquellos que la vida conservaron
La patria libre, independiente hicieron.

Canten otros, no yo, los hechos grandes
De esa raza gigante de leones
Que al ibero león sobre los Andes
En su jaula de acero á las naciones
Lo mostraron humilde y abatido,
Con el pendón de su poder plegado.

Coronado león que murió herido
Bajo la garra del condor osado;
Rey orgulloso que á los piés rendido
Se vió de un pueblo de sufrir cansado!

Yo cantaré los bienes adquiridos,
Rico botín de aquella lid sangrienta,
El iris que alumbró tras la tormenta,
Los *hurras* que apagaron los gemidos.
La lucha no fué estéril: — Redimidos
Han sido ya de esclavitud odiosa
Los hijos de esa raza valerosa
Que « libertad ó muerte » proclamando,
Libertad en la muerte halló luchando,
O, dando muerte, libertad gloriosa.

Védnos aquí poniendo la primera
Piedra preciosa del augusto templo,
Donde á la luz avara del ejemplo
La luz de los ingenios reverbera:
Noble palenque de una lucha austera,
Liza dónde la sangre no se vierte,
Bello combate que no causa muerte,
Lid que en vez de matar dá nueva vida,
Campo en que salen de laurel ceñida
La frente débil, — la cabeza fuerte.

Los ingenios que allí batallarán
Y en tan recio fragor ganarán gloria,
Y los mismos vencidos la victoria
Con la palma inmortal coronarán!
El choque será airado: — La embestida
Cruda, terrible, enérgica, tenaz;
No habrá cuartel en esta lid reñida
Ni compasión del vencedor audaz;
Pero será una guerra bendecida
En los santos altares de la paz!

¡Cuánto no brindan de sublime y grande,
Al talento inspirado que batalla
Estos altivos Ándes donde estalla
La majestad agreste del volcán!
¡Cuánto no ofrece á la inquietud del genio
Esta rebelde, erïal naturaleza
Que alumbra con el rayo su belleza
Y peina su melena al huracán!

Estos grandes veneros que atesoran
Cuanto hay valioso en la ambición humana,
Joyas que puso Dios por ver galana
Á la reina gentil de su Creación:
Esta rica corona que en su frente
La América feliz tiene ceñida,
Es un raudal de luz que nos convida
A tomar en su fuente inspiración!

Esa luz misma de ese sol de julio
Que una terrible tempestad recuerda,
¿No hace vibrar la más sonora cuerda
Del arpa que cantó la Libertad?
El esfuerzo, la gloria y el martirio
De esa generación robusta y brava
Que tornó en libre la nación esclava,
¿No entusiasma esas liras? — Sí, cantad!

Cantad, poetas, al caudillo egregio
Que el milagro imitó de Bethanía;
Al que abatió la hispana tiranía
Y el santo pan de libertad nos dió!
Cantad, poetas, de Ricaurte el héroe
La sin igual espléndida jornada;
Decidnos en qué estrella está guardada
La ceniza que el trueno arrebató!

Decidnos qué pensó sobre el cadalso
La Carlota inmortal de nuestro suelo:

Alma templada, desdeñó el consuelo,
Corazón de mujer, supo morir!
Sufrió el martirio y afrontó el cadalso,
No con valor, con risa desdeñosa;
La libertad del pueblo valerosa,
A la excelsa mansión subió á pedir.

Cantad, poetas, en la tumba humilde
Del gran Las Casas, eremita santo;
Y no olvidéis honrar en vuestro canto
Su santa, su evangélica misión:
Dulce y sensible amigo de las gentes
Que del indiano mundo eran señores,
Les dió consuelo en todos sus dolores,
Tuvo de su infortunio compasión.

Y el náuta genovés en vuestras liras
Sol esplendente de esos soles sea;
Él, segundo Creador, un mundo crea;
Él, semi-dios, protege su creación:
En su senda de gloria y de martirio
Fué redentor y tuvo su calvario,
El mapa Occidental fué su sudario,
Murió en la cruz y se llamó Colón.

Cantad, poetas, y pintad, pintores,
La preciosa región que por herencia
La bondad y la suma omnipotencia
Del Hacedor del mundo nos legó:
Breñas y montes, valles y collados,
Mansos arroyos y soberbios mares,
Fragantes flores, ceibas seculares
Y mil prodigios más que aquí sembró!

Cantad al pajarillo que incansable
Vuela de flor en flor en nuestro prado:
La parda alondra, el toche naranjado
Y el trovador feliz, — nuestro turpial:

Cantad la majestad de nuestros ríos,
Anchas arterias por do quieta ondula
La corriente de sangre que circula
Con la sávia del mangle y del zarzal.

Cantad la faja indefinible y varia
De topacio y azul, de oro y de grana
Con que la aurora pinta y engalana
El rico manto que le envidia el sol;
Contadnos ó pintad nuestro horizonte,
Que no es como el común vago celaje:
Palio de plumas, ceñidor de encaje,
Eterna primavera en arrebol!

Cantad, poetas, y pintad, pintores,
La gacela vivaz que duerme echada
En la falda de riscos tapizada
Que al pié del viejo Monserrate está:
El trueno audaz que del oscuro vórtice
Vomita bramador el Tequendama:
Trenza de plata que rodó en la grama
Y en el abismo su hilo destrenzó

Cantad, poetas, y pintad, pintores,
De este admirable edén la obra galana,
La hija del sol, — la hermosa americana
De negros ojos y morena tez:
Cantadnos ó pintad á nuestras bellas...
Una siquiera, — la que adora el alma!
Contempladla á la sombra de una palma,
Su frescura eclipsando y su altivez!

Una siquiera, sí! — Próvida y buena,
En todas puso Dios tánta belleza
Que suma igual de encanto y gentileza
Podéis en una ó todas encontrar:
Mezcla preciosa de árabe y hebreo,
Son de un molde común típica hechura:
La Eva de Adán nos copia su hermosura,
La hija de Nazaret su castidad!

Reinas del genio para el genio viven,
Para él coronas y sonrisas guardan;
Nada les falta : — los esfuerzos tardan;
Poëtas y pintores comenzad!
Un soberano impulso y arda el genio!
Bellos modelos nuestro mundo ofrece;
La América es muy rica y resplandece
Opulenta de vida y majestad!

Entrad resueltos de la gloria al campo,
Dónde, no sangre, sino luz derrama
La recia lid : — Alzad vuestra oriflama,
Con ella entrad de la victoria en pos!
Ánimo, juventud! — En vuestros pechos
Arda del porvenir la ardiente llama;
Llenaos de gloria, sí, llenaos de fama
Y corona inmortal os guarde Dios!

Bogotá, 1850.

Á MI MADRE

AL RECIBIR LA NOTICIA DE SU MUERTE

Todo está consumado! — Ya la suerte,
Batiendo sobre tí su ala de muerte,
        Completó mi orfandad!
Los dos séres que el sér me dispensaron,
Cansados de sufrir ¡ay! se ocultaron
        En la honda Eternidad!

Madre, yo estaba de tu hogar tan léjos,
Tan distante de tí, que los reflejos
        De tu Ocaso no ví!
Tu postrer estertor, tu último aliento
No hallaron aire ni amistoso viento
        Que los trajera aquí!

Aquí solo llegó la letra muerta
Que dijo á mi dolor : « Alza, despierta,
        Ya tienes que llorar :
Una tumba tus lágrimas reclama,
Está cubierta de menuda rama,
        A orillas de la mar! »

Y desatóse mi dolor en llanto;
Y he llorado por tí tánto, sí, tánto!
        Que el llanto se agotó;
Seca la fuente del amargo duelo,
Junté las manos para orar al cielo,
        Y el cielo me escuchó.

Porque vino hácia mí con faz llorosa
Mi dulce compañera y amorosa,
Partiendo su alma en dos:
« Llora, me dijo, tánto amor perdido;
Pero no ĕches en rebelde olvido
La santa ley de Dios.

» No siempre es el dolor fuente de pena:
Ella fué justa y religiosa y buena.....
En el cièlo estará:
No acibaremos con egoista llanto
Esa dulce quietud, que, en sueño santo,
Allá disfrutará.

» ¿Por qué llorar un porvenir ganado?
¿Por qué llorar un bién inapreciado?
Díme, mi bién, ¿por qué?
Ella al ver nuestro rudo desconsuelo,
Este egoismo mísero del suelo
Con amargura ve! »

Y entrelazó sus brazos en mi cuello,
Y un aluvión de lágrimas el sello
De su entereza fué!...
Sin embargo, de entonces resignado
Los sollozos de duelo he sofocado,
Y mi llanto enjugué!

Bogotá, 1869.

¿POR QUÉ TE VAS?

Á JESÚS BUITRAGO

Díme, ¿por qué te vas? — ¿Por qué abandonas
La patria selva y el nativo hogar?
¿Qué le pides al mundo? — ¿Qué ambicionas?
¿No te damos aplausos y coronas?...
¿Por qué nos dejas, pues, por qué te vas?

Díme, ¿por qué te vas?... ¿De extraño suelo
Por qué el duro rigor vas á probar?
¿No hay luz bastante en el nativo cielo?
¿Sientes estrecha para alzar tu vuelo
Nuestra inmensa región?... ¿Por qué te vas?

Del ruiseñor el canto melodioso
¿Será mejor que el canto del turpial?...
Si á tu noble ambición modelo hermoso,
El jardín de la América lujoso
Le ofrece en profusión, ¿por qué te vas?

Ay! te comprendo, sí! —Ya no es bastante,
Para saciar tu noble aspiración,
El armónico són del aura errante,
Ni el cielo hermoso ni el ardiente sol:

Ya no es bastante el eco del torrente,
Del Tequendama la atronante voz,
Ni el murmullo sonoro de la fuente
Ni el roce de una flor con otra flor:

Ya no te inspira la canción lejana
Que entona allá en la selva el cazador,
Ni el peregrino, inimitable hosanna
Con que saluda la Creación á Dios...

Esto no basta ya! — Ya tu alma ardiente
Busca anhelosa más fecunda fuente
Donde beber la luz, la inspiración!...
Las borrascas del mar — su onda gigante,
Del huracán la tromba amenazante,
Bramidos del atlántico león!...

La luz del rayo en el oscuro seno
Donde se inflama, al retumbar del trueno,
Abismo de tiniebla y tempestad!
Eterno movimiento, eterna lucha,
Medrosa escena donde el hombre escucha
Y comprende de Dios la majestad!

Sentir el alma de terror transida,
Ver entre brumas oscilar la vida,
Al arrullo dormir del huracán!...
Y, á imagen de los sueños de este mundo,
En el eterno vórtice profundo,
Olas mirar que nunca volverán!

Y á orillas del abismo y de la muerte,
Templar la cuerda más sonora y fuerte
Y á tántas voces imitar la voz!...
Anhelo noble, — inspiración valiente
De todo aquel que como tú se siente
Movido por el genio, dón de Dios!

Ay! te comprendo, sí! — Quieres mirarte
En más ancho horizonte, y solazarte
En los mundos de VERDI y de MOZART!...
Gozar de las dulzuras de ROSSINI
Y la cuerda inmortal de PAGANINI
Con la emoción del genio contemplar!

Y ver de *Armida* la sonrisa hermosa,
Y de *Norma* la voz impetüosa
Con que expresa los celos de su amor;
Y el eco de *Moisés* severo, airado,
Al ofrecer al pueblo atribulado,
Entre rayos de luz, la ley de Dios!

Y al oir del *Pirata* airado acento,
Austero y grave cual la voz del viento
Que en alta mar su nave destrozó;
Y el ay! supremo de indecible pena
Que al pié de su cadalso *Ana Bolena*
Entre horribles tormentos exhaló!

Y de BELLINI, admiración del arte,
Humilde ante la tumba prosternarte,
Como al pié de su Dios un serafín;
Y en recuerdo del genio que te abona
Arrancar una flor de su corona
Para adornar la tumba de GUARÍN!

Ay! te comprendo, sí! — Márchate, artista
Tu noble aspiración proteja el cielo;
De Dios la mano y su bondad te asista
De clima extraño en el ajeno suelo;
Para tu patria y para tí conquista
Un nombre digno de tu ardiente anhelo!
Europa te dará lo que ambicionas:
América, al volver, sus mil coronas.

Bogotá, 1856.

BIENVENIDA

Á JOSÉ MARÍA GUTIERREZ DE ALBA

Bienvenido seáis á nuestro suelo,
Noble español! La tierra colombiana
Guarda en sus campos paz, luz en su cielo,
Y en cada corazón filial hossanna
Para acoger con amoroso celo
Á todo hijo de la tierra hispana;
La que otro tiempo fué campo de guerra
Hoy sólo amor, benevolencia encierra.

Y debe ser así. Tras recia lucha,
Cuando cesa el estruendo del combate,
Sólo una voz el corazón escucha,
Por sólo un noble sentimiento late;
Que aunque vertida fuera sangre mucha,
Ese mismo desangre la ira abate;
Y nunca son mejores los amigos
Que cuando han sido francos enemigos.

La tierra que pisáis, común osario
De la sangrienta lid, guarda amorosa
En fraternal y quieto santuārio
La sangre derramada; aquí reposa,
Cual en túmulo inmenso funerario,
El polvo de una raza valerosa:
Pisadla con respeto, que la nuestra
Está mezclada con la sangre vuestra.

Bienvenido seáis! Ya el trueno airado
De aquel recio huracán perdió su aliento;
Nuestro común amor lo ha sofocado,
Murió al impulso de contrario viento;

El pueblo colombiano alborozado
Vuestro saludo acoge, y su contento
Se descubre en los *hurras* populares
Con que aplaude, señor, vuestros cantares.

Y debe ser así. Ve en vuestras manos,
En vez de un arcabuz, lira sonora;
Mensajero no sóis de los tiranos
Que nos trajeron guerra asoladora;
No sólo amigos, nos llamáis hermanos,
Y nos dáis un afecto que enamora!...
Por eso halláis amor franco y sencillo
En este pueblo que oprimió Morillo.

Bienvenido seáis! Inmensa fama
Podéis ganar en esta patria mía;
Inexplorado campo que derrama
Riquísimo raudal de poesía...
Aquí la mente del cantor se inflama
Ante tántos tesoros de armonía...
Si así en nosotros la emoción se inquieta,
Qué no pasará en vos, noble poeta!

Templad la diestra lira que ha cantado
Del edén andaluz los mil primores,
Y consagrad un canto enamorado
A este jardín de primorosas flores.
Aquí hallaréis también, limpio, estrellado,
Vuestro cielo turquí, rico en colores;
El mismo sol, los mismos arreboles
Que enaltecen los cantos españoles.

Cantad nuestras leyendas, que el olvido
Á eterno sueño en su crueldad condena;
Dadles en vuestros versos colorido,
Prestadles esplendor ante la escena;
Reluzcan para el pueblo inadvertido
Tántos diamantes que arrojó en la arena...
Decidnos lo que somos, lo que fuimos,
Y cuánto vale el mundo en que vivimos.

Eso podéis hacer, y vuestra obra
Bendecida será de un pueblo entero :
Valor, poder, inspiración os sobra,
Es anchísimo y fácil el sendero;
No habrá obstáculo alguno, ni zozobra
Que no domine vuestro aliento ibero...
Tomad la lira en vuestra diestra mano,
Y que asombre su acento soberano!

Aquí hallaréis en profusión hermosa
Bellezas mil que esperan vuestro canto,
Que la mano de Dios fué generosa
Al dar á esta región prodigio tanto...
Naturaleza rica, esplendorosa,
Con un primaveral, eterno manto,
Dónde ostentan sus galas y primores
Piedras preciosas y silvestres flores.

Mirad sobre el perfil de la montaña,
Cabe robusta encina, á la palmera,
Cuyo verde penacho de luz baña
El rojo sol que en nuestra zona impera;
Ved en el llano la flotante caña
Que el fresco riego de la noche espera,
Y el manso lago de luciente plata
Dónde la luna su alba luz retrata.

Avanzad más allá. — La selva espesa
Os mostrará también su galanura;
Hermosura salvaje que interesa,
Como interesa siempre la hermosura :
Allí veréis en su ramaje presa,
Entonando mil cantos de dulzura,
A esa turba gentil, rica en colores,
De turpiales y lindos ruiseñores.

Seguid más adelante. — Altivas breñas,
Nido feliz del águila orgullosa,
Os mostrarán entre sus calvas peñas
La esmaltada y voluble mariposa;

Encontraréis allí frescas, risueñas
Las palmas de la agreste zarza-rosa;
Que en nuestro hermoso suelo hasta la piedra
Produce alguna flor en vez de hiedra.

Las dilatadas playas de los mares
Que sirven á mi patria de contorno,
Tienen galas marinas á millares,
Pintados caracoles por adorno.
Bien merecen, señor, vuestros cantares,
Siquiera en prenda de feliz retorno;
Siquiera porque son las que pisaron
Los que al Padre Colón acompañaron.

También de admiración os pide un canto
Nuestro Niágara undoso, el Tequendama:
Los colores del íris son su manto,
El ronco trueno en sus acentos brama;
Es un precioso horror con faz de encanto,
Es un bello, espantoso panorama
Que arroba, abisma, y nuestra vista asedia...
Ganáos la gloria vos de ser su Heredia!

Y por encima de grandeza tánta,
Teniendo por dosel tánta hermosura,
La dama colombiana se levanta,
Opulenta de gracias y frescura!
Cantad su majestad, que así se canta
La única reina de una estirpe pura;
Y decid á las damas españolas
Que en virtud y belleza no son solas.

Templad la lira, que ocasión y objeto
Á más egregio canto no harán falta;
Y os llenaréis de fama, lo prometo,
Porque sé que la empresa es grande y alta...
Nosotros ahogaremos con respeto
La insensata ambición que nos exalta;
Y al ver cantada nuestra hermosa historia
Creeremos nuestra vuestra inmensa gloria.

ogotá, 1870.

VACILACIONES

A JUAN DE S. MARTÍNEZ

Aquí me tienes como Cristo estuvo,
Crucificado y muerto entre ladrones;
Si él su divina majestad sostuvo,
Yo al fin sucumbo, hablándote en doblones.

Pero ni en chanza vayas á idearte
Que se trate de Géstas ni de Dímas;
Busca el símil cristiano en otra parte,
Mi Gólgota y Calvario en otros climas.

Vuelve la vista, y á mi diestra mira
La figura gentil de Filomena,
Y á mi siniestra la sin par Elvira;
Aquella rubia, — la de acá morena.

Allí el azul del mar riela en los ojos;
Acá dos chispas del infierno abrasan:
La rubia trenza, — auríferos manojos
Que ante el negro vellón brillantes pasan.

El oro y tul! — Combinación divina,
Si es que pudiera haber combinación!
Pero es el caso que la suerte indina
Puso cada elemento en su región.

No he podido jamás la razón darme
De ese egoismo estúpido de amor
Que permite de dos enamorarme
Y que á la vez me impide amar á dos:

No he podido explicarme qué misterio
Tiene en su letra del amor la ley,
Que hace á los hombres reyes de su imperio
Y reina sólo á la mujer del rey.

Si es el amor de estirpe soberana,
Si es luz y fuego y rayo en realidad,
¿Por qué sumiso ante la ley humana
Esclaviza su altiva majestad?

Si es la fuente del bién una belleza,
¿Por qué dos han de ser fuente de mal?
Si amar á una es de virtud proeza,
¿Por qué el amar á dos es criminal?

¡Raro misterio es el del bién amante
Que, uniendo bienes, no dá en suma bién!
Ante la ley de amor, agonizante
La ciencia de los números también!

Mírame, si no, á mí! — De mi calvario
Acepto y pido la amorosa cruz;
Me ofrezco al sacrificio voluntario;
Quiero morir por la salud común;

Y cual si fuera escoria de la escoria,
Pozo de crímen, gérmen de maldad,
Léjos de darme como á Cristo gloria,
Me acrimina cruel la sociedad!

Aquí en promedio de las dos estoy,
Centro de una incompleta Trinidad:
Ni el Padre Eterno, ni el Espíritu soy,
Tampoco el Hijo, mi querido Juán.

Ambas levantan su estatura enhiesta
Como dos palmas de agareno harén;
Senos turgentes donde Amor se apresta
A dar batallas y á vencer también.

Si hablamos de las manos... ¡Oh, qué manos!
Si hablamos de los piés... ¡Gran Dios, qué piés!...
No hay redención! — Triunfaron los tiranos,
Y la víctima inulta yo seré!

Gracia, belleza, donosura... todo!
Todo lo tienen con encanto, sí!...
No hallo manera, ni presiento el modo
De poder de las dos una elegir!

Elegir!... No concibo que se pueda!
No es dable, no es posible el elegir!
Vengan Caro, González y Arboleda,
Vengan Caicedo, Marroquín y Ortiz!

Vengan y ocupen el suplicio egregio
Que tortura mi pobre humanidad!
Que no basta encontrar cadalso regio
Para hacer del suplicio majestad.

Vengan aquí, — que Elvira y Filomena,
Escilas y Caribdis de esta edad,
Han puesto á la elección venda tan llena
Que al pensar ver mejor más ciega está.

Lo que es por mí, — ni elijo ni lo quiero;
Lo que quieran de mí que hagan las dos:
Si una sola me dan... esa prefiero;
Pero elegirla yo... líbreme Dios!

Antioquía, 1846.

EL TERREMOTO DE CÚCUTA

Á ARÍSTIDES GARCÍA HERREROS

No es daño — no es desgracia — no es catástrofe;
Tampoco es cataclismo. — La palabra
Que reclama ese mónstruo de infortunios,
No la encuentro en la lengua castellana.

Un pueblo... no era un pueblo! — Muchos pueblos,
De vida, más que vida, disfrutaban;
Exhorbitante plenitud de goces
Era el rico caudal de esas comarcas.

Minoraba el rigor de sus faenas
La luz de la salud, vigor del alma;
Y entre el placer, prestigio de la vida,
Y la labor, placer de la constancia,

Pasaban, de uno en otro, no sus días
Sino los años que su edad contaba,
Al grato susurrar de sus arroyos,
Y á los rumores dulces de sus palmas.

Era un Edén tendido en la planicie
Que el Catatumbo y Pamplonita bañan,
Cuya hermosa melena de verdura
Adornaba de aljófares el Táchira.

Era la Ondina cuyo hermoso cuello
Con sus perlas el Zulia engalanaba;
Mansa gacela que al amor dormía
De la alta sierra en la florida falda.

Pueblo de pueblos que su pan comía
Á la sombra del sol de las labranzas,
Haciendo gala de sus blandas risas,
De rico bienestar haciendo gala.

Vida que tantas vidas resumía,
Alma que daba aliento á tántas almas,
Era una zona, gala de esta zona,
Que es de la zona tórrida una gala.

Pero la muerte... No! — no ha sido una,
Que el poder de una sola no bastaba;
Cayeron á dar muerte á tánta vida
Las muertes todas que la Muerte guarda!

Ellas movieron en el valle hermoso
Todo el fuego prensado en sus entrañas,
Y corriendo la llama á los volcanes
Hízose mar de furibunda lava!...

Lo que pasó... no puede describirse!
Excede á la expresión lo que pasara!...
Fué un instante no más! — Fué un solo grito!
Un estertor común!... — Silencio y calma!

. . . .

Los pueblos todos del inmenso valle
Yacen por tierra, — y áun la tierra falta!
La inmensa pesadumbre de sus ruinas
Todo!... hasta el eco funeral apaga!

Los que mirar pudieron el abismo
Por dos veces sondaron sus gargantas,
Que es ménos mal morir de un solo golpe
Que dar la vida en ansias tras de ansias!

Morir, en el que exánime se duerme
Bajo las olas de betún y llamas!
Morir, en el que clama y agoniza
Bajo el pesado escombro de su estancia!

Eso es morir, por una muchas veces,
Es exhalar, por una, muchas almas;
Eso no tiene nombre ni medida
En la inmensa creación de las desgracias!

Por eso al maliciar lo que ha pasado
En tan risueños valles de la patria;
Al idear las tristes hecatombes
Que no podemos ni áun llorar con lágrimas;

Al presentir la masa de infortunios
Que ha hecho de pueblos su sangrienta masa;
Al columbrar la capa de dolores
Que á ese inmenso dolor sirve de capa;

Considero pequeño este gran duelo
Que ofrezco atribulado á tántas almas,
Y alzo mis ojos al Criador del mundo,
Y exclamo con fervor: « Él las ampara! »

Bogotá, 1875.

AL MAGDALENA

Á MANUEL MARÍA MADIEDO

Salud, mi viejo amigo! — Veinte años
Ausente de tus playas he vivido,
Y en ellos tántos cambios he sufrido
Que soy otro en aspecto y en edad.
Imágen de tu rápida corriente
Que al mar tántos raudales ha llevado,
En el mar de la vida yo he dejado
La savia de mi fresca mocedad.

Esa edad de mi ausencia, se ha teñido
En ambos con iguales impresiones:
Vientos contrarios, rudos aluviones,
Flujo y reflujo, calma y tempestad.
Unas veces rizando nuestras ondas
El tenue vientecillo de la aurora,
Otras domando tromba aterradora,
Fúnebre voz de horrible adversidad.

El color de tus aguas, — esos bosques
Que se elevan gigantes entre brumas,
Tus movibles arenas, tus espumas,
De tus tardes el límpido arrebol;
Esos huéspedes fieros que en tu orilla
Miedo y pavor inspiran á las gentes,
De tus cién tributarios los torrentes,
El abrumante infierno de tu sol;

Todo remeda de esos veinte años
El raudo torbellino : — mi amargura
Es el pardo color de tu agua impura;
Mis pesadumbres tus montañas son;
De mi vida los rudos contratiempos
La veleidad de tus arenas pinta;
Tu negra espuma es la indeleble tinta
Con que escribió el pesar su último dón.

Tus róseos tornasoles son las dichas
Que en mi hogar de familia he disfrutado;
Tu gavilla de fieras fué el nublado
Que en cruda lid mi sangre derramó;
El ímpetu espantoso con que corren
Los torrentes á tí, copia mi suerte;
Y ese rayo de fuego que el sol vierte,
Ese es mi corazón, — ese soy yo.

Ya ves, ¡oh Magdalena! que el recuerdo
De tu imponente majestad no olvido,
Que está el tuyo á mi sér tan adherido
Que en esencia y verdad no hay más que un sér.
No alza su nido en tus espesos bosques
La tierna alondra ni el vivaz canario,
Que en las palmas del cedro sedentario
Para un nido lugar no puede haber.

El hórrido fragor de tus tormentas
Todo ramo con flor troncha ó desgarra;
El fuego de tu ardiente Cimitarra
Deseca y quema cuanto cerca está.
No puede haber verdura en tus riberas,
Que el rastro del caimán la mataría;
Y del tigre feroz la garra impía
Tala el arbusto que á dar frutos va.

Lo mismo pasa en mí. — Rudos pesares,
Profundas amarguras absorbieron
La fresca savia que á mis años dieron
Los riegos de mi alegre juventud.

Hoy, oculta la llama en la ceniza,
Ni da calor ni con su luz fulgura;
Hoy mi mano, que enerva la tortura
No saca ningún són de mi laud.

Todo agotado está. — Ya en mi cabeza
Ningún esfuerzo el pensamiento mueve:
El calor se acabó bajo la nieve,
El placer se acabó bajo el dolor.
Las garras de mi propia pesadumbre
Hieren y sacan sangre de mi seno;
El cotidiano pan se hace veneno
Al tocarlo mi labio abrasador.

Salud, mi viejo amigo! — Veinte años
Han mudado la faz de mi existencia:
El mismo ya no soy: distinta esencia
Un hombre bien distinto hace de mí.
Vuelvo á trepar las crestas empinadas
De la alta sierra do la nieve impera,
Y al lado de mi hermosa compañera
Gratas memorias contaré de tí.

Adios, oh Magdalena! — En esta ceiba
Mi nombre en prenda de regreso escribo,
Un año más y mi raudal nativo
Volveré con ternura á saludar.
En tanto, sigue de tu curso eterno
La ancha, invariable, caprichosa vía:
Adios! Adios! — La despedida mía
Lleva en memorias á mi patrio mar.

Honda, 1875.

LA MADRE DE DIOS

« Si no existiera Dios, Voltaire decía,
Inventarlo preciso nos sería;
Porque es indispensable que haya un Dios! »

¿Quién esa confesión al labio airado
Del infernal y sabio renegado
Para salud del mundo arrebató?

¿Por qué tan necesario un Dios creía?...
¿Qué buscaba la loca fantasía
Del escritor blasfemo en ese Dios?...

¿Le buscaba Criador á lo creado?...
¿Ó al ver el cielo, mundo inexplorado,
La raza de los dioses comprendió?

¿Buscaba un Dios para ultrajarle acaso?
¿Alto rival para salirle al paso,
Y guerra abrirle, cual de igual á igual?

No se columbra la intención cuál fuera;
Pero él lo dijo, sí: « Si un Dios no hubiera,
Un Dios tuviera el mundo que inventar! »

¡La existencia de Dios!... Hé aquí el problema:
No hay doctrina, ni secta, ni sistema
Que niegue al mundo el Dios que lo creó!

Pero si existe un Dios; si ese fué el hombre
Que tomó nuestra carne y nuestro nombre
Y que su santa ley nos predicó;

Si vivió entre nosotros tántos años
Sometido también á los engaños
De la maligna y ciega humanidad;

Si se vió escarnecido, calumniado,
Por estúpidas gentes maltratado,
Bajo el infame yugo de un dogal;

Si fué el manso, amoroso Nazareno
Que apuró resignado agrio veneno,
Zumo amargo de amarga ingratitud;

Si pereció afrentado entre ladrones;
Si pagó su suplicio con pèrdones,
Ese es el Dios del mundo, ese es Jesús!

¡Bendita, oh Dios, la confesión del hombre!
Reconoce tu sér, sabe tu nombre,
Se prosterna ante tí, te alza un altar...

Y entre los pliegues de esa fé, escondida,
Va la voz que proclama esclarecida
A la Madre del Padre universal.

¡Salve, salve, purísima María!
El orbe preconiza en este día
Tu inmaculada y santa Concepción:

Si existe el Hombre-Dios... ese, Señora,
El Hijo fué de la gentil Pastora
De los cielos y el mundo admiración!

Bogotá, 1872.

MI REGRESO Á LA PATRIA

Á JOAQUÍN F. VÉLEZ

I

EN ALTA MAR

¡Fuego! — ¡Más fuego! que el vapor no vuela,
Como este impulso que batalla en mí!
Ver mi suelo natal el alma anhela,
Y tarda mucho, navegando así!

¡Más vapor! — ¡Más vapor! que ya esa bruma
Me fatiga y oprime el corazón!
Rompamos pronto el valladar de espuma
Que sirve á mi impaciencia de prisión!

¡Más vapor, capitán! — La mar batalla
Y opone á nuestro esfuerzo su furor:
Andemos más aprisa, que ya estalla
Mi ardiente sién en olas de sudor!

¡Andar! — ¡Andar!... ¡Así! — Que Dios dió al hombre
Poder supremo de abatir la mar!
Aunque la nave gima, no os asombre,
Que todo gime en el esfuerzo!... ¡Andar!

II

EL NIDO PATRIO

¡Cómo tiembla el vapor! La ancha caldera
Simula la honda entraña de un volcán:
Borrascosa la mar, brama cual fiera
Que siente sobre el lomo, en su carrera,
Peso que entraba su indomable afán.

¡Cómo cansa la vista esa llanura
Tán honda, tán inmensa, tán azul!
Ese abismo sin fín! — Esa amargura
De inquietas olas que de sal satura
Y orla de espumas el marino tul!

¡Cielo y mar por do quiera! — ¡No sé cómo
La estrecha y muda cárcel evadir!
La niebla pesa cual cendal de plomo,
Y hasta el ambiente que del aire tomo
Es como aliento que se va á extinguir!

Pero... ¡no es ilusión! — El horizonte
Muestra hosca faja en el azul confín...
¡Andar! — ¡Andar! y nuestro paso apronte
Más nutrido vapor! — ¡Ese es el monte
Que guarda las palmeras y el jardín!

¡No es ilusión! — Es tierra! — Bién cercano
Muestra su calva frente el monte rey!
¡Allí La Popa está!... No muy lejano
Se ve el cerco de muros do el tirano
Quebró su cetro y abatió su ley!

Allí nuestras murallas! — De CASTILLO
Ver me figuro la alta sombra allí!
Más allá se columbra aquel rastrillo
Que dió á PIÑANGO tán glorioso brillo
Y que ha hecho eterna su memoria aquí!

¡Andar! — ¡Andar! — Ya miro claramente
La torre humilde do aprendí á rezar:
Allí está el sol que calentó mi frente,
El nido patrio, do soñé inocente
Mis historias de niño: — ¡Allí mi hogar!

¡Gracias, mi Dios! — ¡El perenal deseo
De volver á mi patria ya cumplí!
¡Cómo adivino lo que ver deseo!
Y es tánto, tánto lo que ansioso veo
Que me confunde lo que pasa en mí!

¡Cómo refrescan de la patria el viento
Los recuerdos felices de otra edad!
¡Cómo se llena de vigor mi aliento!
¡Qué grato bienestar, cuánto contento
Guardaba para mí la gran ciudad!

Pero mi ausencia ha sido tán severa,
Tán larga, tán sin tregua... que quizá,
Extranjero en mi patria, ni siquiera
Los compañeros de mi edad primera
Podrán, al verme, conocerme ya!

¡Un siglo de por medio! — ¡Veinte años
De austera y gloriosa expatriación!
¡Qué proceloso mar de desengaños!
¡Cuántos semblantes, á mi vista extraños,
Harán latir de angustia el corazón!

Pero no importa, no! — ¡Gracias, Dios pío!
¡Volví á mi patria y en mi hogar estoy!
Todo cuanto me cerca es propio mío,
Que vive en mí, que adula mi albedrío,
Y por eso, mi Dios, gracias te doy!

Cartagena, 1875.

TRES TUMBAS

EN LA MUERTE DE LAS SEÑORITAS

CANDELARIA ARRAZOLA, ISABEL REBOLLO Y MATILDE MENÉNDEZ

Que perecieron ahogadas en Cartagena.

Allí están! — Son tres tumbas! — Silenciosas,
Guardan tres perlas que arrojó la mar;
Eran acaso demasiado hermosas
Y Dios por eso las mandó enterrar.

Allí están! — Son tres tumbas! — Blancas, junt
Semejan tres visiones desde aquí;
Tres novias son en realidad, difuntas,
Que su sueño nupcial duermen allí.

Con la onda inquieta de la mar jugaban,
Y sus blancas espumas confundían;
Del furor de las unas se burlaban,
Y al frescor de las otras se dormían.

Mas, pérfida la mar, quebró el halago
En tres gritos supremos de dolor!
Es indecible el horroroso estrago,
Es un cuadro de espanto y de pavor!

¡Perecieron las tres! — ¡Ni una siquiera
Del seno del abismo apareció!
Un monstruo de los mares, una fiera
La sangrienta hecatombe consumó!

Juntas pisaron la fatal ribera
Y al abismo fatal juntas corrieron,
Víctimas juntas de su saña fiera,
Abrazadas y juntas perecieron!

De belleza y virtud eran modelos,
Por eso es santa su inmortal memoria;
Llora el mundo por ellas, y aún los cielos
Ponen gasas de luto á su victoria.

Murieron en la edad de la inocencia,
En la éra rica de placer y amores,
Cuando el mundo agasaja la existencia
Poniéndole á su paso luz y flores.

Hasta la misma senda del calvario,
Les ocultó su escollo y sus espinas:
Las arenas del mar fueron su osario,
Su losa sepulcral conchas marinas.

Perecieron las tres! — El grito inmenso
De aquel inmenso duelo, se perdió
Del mar en los rumores; pero intenso,
En un paterno corazón sonó.

Léjos de la catástrofe un anciano,
Que vino de las tres en compañía,
Su caña de pescar con diestra mano
En los remansos de la mar tendía;

¡Pero era padre el infeliz! — Ansioso,
Cual rayo que la nube disparó,
Corrió al horrendo sitio y tembloroso
Miraba... y ¡nada sobre el mar halló!

¡Ni las plegarias de las tres!... Ni el lloro
De la angustia paterna fruto dán...
¡Bien estimó el abismo su tesoro,
Pues en guardarlo pone tánto afán!

El amor, la codicia, el trance fiero
Decidieron la lucha! — Y vióse al fin,
Convertido al anciano en marinero,
Del abismo bajar hasta el confín.

Y brazo á brazo, en pánico aislamiento,
Sin temer de las olas el furor,
Se hundió en el mar con valeroso aliento,
A disputar las prendas de su amor!

Y por amante instinto dirigido,
Toca en la entraña del conflicto atroz;
Sus ojos ven... percibe hondo gemido...
Y escucha de las víctimas la voz!

¡Bendito sea Dios! — Una aparece,
En los brazos del padre desolado!...
¿Será su amor?... — ¡Su rostro desfallece,
Y su mirada al cielo alza agobiado!

¡No era su hija! — La preciosa carga
Pone en la arena, y la encomienda á Dios!
¡Desparece otra vez!... ¡Qué inmensa y larga
Aquella lucha fué! — ¡Faltaban dos!

¡Y le falta su hija!... — Fatigado,
Revuelve el hondo abismo... ¡Otra encontró!
¡Esa sí fué su bién tán anhelado!...
Pero... ¿no adivináis lo que sacó?

¡El tronco inerte do guardó su vida,
Muertos los ojos do brilló su amor,
Pálida, macilenta y desteñida
La hermosa faz, sin luz y sin color!

¡La lucha concluyó! — ¡Ya no hay aliento,
Ni vigor en su alma, ni interés!...
El padre mató al hombre... ¡Su tormento
Vivo retrato del abismo es!

¡Candelaria, Matilde, Isabel bellas!
¡Flores que ornáis la frente del Señor!
¡Trinidad infeliz! — ¡Puras estrellas,
Que al cielo dáis más brillo y esplendor!

Permitid que os evoque contristado
Y que os llore al compás de mi laud,
Y que una flor consagre prosternado
En la tumba en que duerme la virtud!

Cartagena, 1844.

AL MAR

Á JUAN ANTONIO CALVO

Acalla ¡oh Mar! tu fragoroso acento,
Y del ausente la expresión escucha;
Refrena tu ardimiento,
Y el choque rudo, pertinaz, violento
Con que alimentas tan eterna lucha!

Tu bramido feroz ha despertado
Viejos recuerdos de mi edad de niño:
El mismo alborotado
Sonido de tus olas, cuando airado,
Llena la frente de flotante armiño,
De ardiente sol en roja luz bañado,
Con miedo te veía,
Y, abrazando tus aguas con cariño,
Mis temores vencía,
Y en tus quietos remansos me adormía!

No sé si allá en las fuentes de tu vida
Tiene el Recuerdo su escondido hueco;
Ni sé si complacida
La voz de la Memoria, tan querida,
Al verme aquí, despertará algún eco;
Porque yo soy un hijo de tus playas,
Perdido caracol de tus riberas;
No de indolente vayas
A hundir en los abismos do te explayas
Mis dulces esperanzas lisonjeras!

Yo no vengo á cantarte,
Que no es de ingenio humano esa tarea;

Inspirado por más humilde idea,
Me acerco á saludarte,
Y á ver de Dios la Omnipotencia suma
En el más leve efluvio de tu espuma.

Y aquí estamos los dos! — Soberbio y grande
Tú, segundo Luzbel, bramas de encono,
Y tu altiva ambición choca y se espande
De tu propia soberbia bajo el trono.
En tanto que, cual átomo perdido
En las altas montañas de tus olas,
Yo pequeño y humilde y abatido,
A tu playa he venido
A verte bién y á conversarte á solas.

Cuéntame ¡oh Mar! tu misteriosa historia,
Tán pródiga de historias y misterios;
Distrae mi memoria
Con los prodigios de opulencia y gloria
Que ocultas en tus hondos hemisferios.

Díme ¿por qué las aguas de tu seno
En esa eterna agitación ondulan;
Y cómo, estando lleno,
Léjos de desbordarse, el duro freno
Que les impuso Dios tascan y adulan?

¿Es que tu seno, como el seno humano,
Tiende al impulso, esencia de la vida,
Y un contrapeso, con potente mano,
Refrenando tu aliento soberano,
Te impone la quietud? — Esa medida
Que tu ola deja, cinta de alba espuma,
Tán bien marcada, tán igual, tán fija;
Ese manto de pluma,
Que el sol convierte en tán menuda bruma
Y que tu agreste desnudez cobija;
Esas orlas de záfiro y de gualda,
Y el fondo de esmeralda
Que recama de perlas tu reflujo;

Ese oriental y prodigioso lujo
Que vanidoso ostentas en tu falda;
Esos íris de luz, rica corona
Que, como dios del orbe, orna tu frente;
Esa regia coraza de amazona
Que la soberbia de tu estirpe abona
Y que hace gala de tu impulso ardiente;
Ese incendio espantoso, inmenso, bello
Que en tu vasto horizonte el sol refleja,
Cuando el rubio cabello
Humedece en el cálido destello
Que en el ambiente tu neblina deja;
Ese vago rumor de tus acentos
Que simula el clamor de las pasiones : —
Pesarosos lamentos,
Rugidos espantosos y violentos,
Y á veces dulces y apacibles sones...
Díme ¿qué son? — ¿Acaso en esa lucha,
La lucha humana tu pincel retrata?
El diverso rumor que en tí se escucha,
Revelará la mucha
Contrariedad que tu ímpetu arrebata?
Ese voluble giro, instable y vario
Que tu ambición y tu soberbia humilla,
Será, acaso, á tu vida necesario,
O bién, por el contrario
Será á tu gran poder grande mancilla?
Esa opuesta tendencia,
Será acaso el orígen y la esencia
De ese equilibrio misterioso y raro
Que hace que la existencia
Encuentre en él su misterioso faro!...

. . . .

Nunca ¡oh Mar! he podido comprenderte
Ni traducir la voz de tus pasiones;
Siempre indomable y fuerte,
El rugir de tu cólera me advierte
Que contra todo en rebelión te pones.

Si en plena calma tu raudal sereno
Se torna en lago de bruñida plata,
Pronto brama en tu seno
De horrible tempestad el ronco trueno
Que en los espacios la extensión dilata.
O, al mirar tu sosiego,
Tu misma calma asusta y entristece,
Recelando que ahora, ó quizá luego,
Reclamarás el riego
Que el dolor á tus víctimas ofrece.

Pero es tan raro el corazón humano
Que llega á amar hasta el peligro mismo :
Tus hijos, Ocëano,
Gozan con tu coraje soberano
Y les deleita tu profundo abismo!
Enamorados de tu esquivo ceño
Adulan tu furor y aman tus iras;
Y sobre frágil leño
Duermen contigo del amor el sueño,
Y al oirte bramar, creen que suspiras.

Los que han puesto su amor en tus riberas
Y hecho su hogar en tu raudal profundo,
Aman tan solo á tí, si aman de veras,
Y esquivan por insulsas y ligeras,
Las dulces complacencias de este mundo.
Perdidos en tus vastas soledades,
Hablan á solas, como yo, contigo;
Y pasan las edades,
Y ven secar sus frescas mocedades
Sin tener otro amor, ni más amigo.
Celosos de su fé, osan apénas
Su silencio romper, rudo y severo,
Para decir adios á las sirenas
Que en tus islas de arenas
Salen á ver su amante marinero.
Hijos del mar, aceptan esa palma
De constante labor, de agrio aislamiento :
Encallecida y sin temor el alma,

Si sopla tempestad, piden la calma,
Y, si en calma se vén, ruegan al viento.

Pero ¿qué es esto, Mar, tú silencioso
En ocultar te obstinas los arcanos
Que allá en tus antros guardas povoroso?
¿Qué me anuncia el reposo
En que están hoy tus hálitos insanos?
¿Quieres, como otro tiempo, que el anciano
Vuelva en tus olas á la edad de niño?
¿Quieres que, descuidado,
Venga á ser por sorpresa sepultado
En catacumbas de coral y armiño?

Cuando estás reposado, como ahora,
Gigante atleta que dormido sueña,
¿Te asalta halagadora
Memoria grata de esa edad traidora
En que el amor del corazón se adueña?
Cuando en calma te ves, ¿no te enamora
Ese otro mar de soles y de estrellas,
Que, como espejo de tu faz hermosa,
Refleja tu mirada cariñosa
Y de tus brumas las sonrisas bellas?

Cuando la luna, plácida viajera,
Hiere tus olas con su luz de plata;
Al mirar tan hermosa compañera,
¿No sientes en tu seno, placentera,
De amor y dicha la emoción más grata?

Cuando en tus horas de arrebato fiero,
Oyes el ¡ay! de un barco que zozobra,
Y del náufrago escuchas lastimero
El suspiro postrero...
¿No te atribula tu espantosa obra?
¿No hay en tu mundo séres compasivos
Que tus víctimas lloren y conduelan?
Esos monstruos marinos tan altivos,
Crueles con los vivos,

Al ver un muerto por su bién no velan?
¿Esos sepulcros que tu seno encierra,
No tienen luz que alumbre su misterio?
No, como acá en la tierra,
Léjos del vendabal que nos aterra,
Gozarán paz bajo tu santo imperio?...

. . . .

Tu osco silencio ¡oh Mar! hiela mis venas
Y me anuda la voz en la garganta!
¡Quiera Dios que, apacibles y serenas,
Las horas en que piso tus arenas
Dén dulce paz al que la tuya canta!

Y así como tu abismo tenebroso
No descubre ni el nombre del que muere,
Guarda también en sepulcral reposo
El nombre humilde del cantor añoso
Que eternizarlo en tí tan sólo quiere!

Cartagena, 1876.

RECUERDOS

Á LAS SEÑORITAS CATALINA Y TERESA MACIÁ

Venid, venid, recuerdos deliciosos,
Dulces memorias de la patria mía!
Episodios bellísimos, gloriosos,
De la heroica ciudad, ¡ay! vanidosos
Venid á enloquecer mi fantasía!

Airecillos fugaces que aspiráis
Del mar caribe el hálito salado;
Traviesos airecillos que robáis
A la modesta flor que acariciáis
Todo el aroma que su Dios le ha dado;

Airecillos, venid! — Tropa galana
De alados y preciosos trovadores,
Venid, — cantad el reverente hosanna,
Con que aduláis al sol de la mañana
Que, como rey de luz, tiñe las flores!

Venid también, graciosas nubecillas,
Viajeras de mi cielo tropical;
Sol caluroso que en mi patria brillas,
Sol que á los otros soles amancillas,
Vén y dame la luz de tu fanal!

Venid, venid, y en la región del hielo,
Al calor del recuerdo arda mi frente;
También, avaro, el corazón ausente
Guarda recuerdos de su edad feliz.

Yo tengo en la memoria, palpitante,
Tu imagen fiel, mi pobre Cartagena;
Gozo con tu placer, lloro en tu pena,
Y tu infelicidad me hace infeliz.

Tu sol, tu cielo, el himno de tus mares,
Tus dilatadas playas arenosas,
Tus altivas murallas, valerosas,
Tu noble aliento en la hora del dolor;

La abnegación heroica de tus hijos,
Su sangre por tus glorias derramada,
Tu nombre ilustre, tu beldad gastada,
De tu prístina edad el esplendor;

El mágico atractivo de tus bellas,
De talle enhiesto y continente altivo,
Cuyo ojo negro, rutilante y vivo
Encierra un mundo de inefable amor;

Soles en cuyo rayo resplandece
De espíritu y virtud la llama pura;
Ángeles de bondad, cuya hermosura
Brilla á la clara luz de su candor;

¡Todo se agolpa, todo! — En mi memoria
Grabado está por el buril severo
De mi amante cariño cuánto quiero,
Cuánto mi encanto y mi placer formó.

Airecillos, venid! — En vuestras alas
Traed recuerdos de la patria mía:
Yo mismo dejé muchos de agonía
Que no supe jamás quién los guardó!

Traedme esos recuerdos, que con ellos
El alma gozará, como anhelosa,
Al refrescar con lágrimas la losa
Que cubre algún recuerdo de dolor.

Traédmelos aquí, do aletargada,
Al aroma enervante de otra vida,
Tengo el alma al placer tan adherida
Que ha olvidado sus horas de rigor.

Pajarillos, ¡venid! — ¡Venid vosotras
Pintadas nubecillas de mi cielo!
Enriqueced mis horas de consuelo,
Mi opulencia de dicha haced mayor!

Dádme noticias de mi vieja amiga,
La que tánto me quiere y quiero tánto;
Decid si todavía vierte llanto
Por la ausencia del hijo de su amor?

Ni siquiera la nuevas olvidéis
De la fuente nativa y de la palma,
Do en sus horas de angustia hallaba el alma
Amiga sombra y plácido solaz;

Tampoco os olvidéis del viejo templo
Dónde amoroso y con filial cariño,
Ante el altar de Dios, cuando era niño,
Una oración por todos alcé en paz.

Recordadlos á todos, que la ausencia
Es abismo tán hondo y tán avaro,
Que devora con hambre y sin reparo,
Cuanto puede saciar su avarientez.

Todo lo que es de allá me pertenece,
Cuanto viene de allá lo juzgo mío;
Mi alma en su ambicioso desvarío,
Muestra, al ver que le dan, más avidez.

Traed recuerdos de la dulce patria,
Y en retorno llevad á las que quiero
El más preciado y fino y verdadero,
De todos mis recuerdos el mejor.

Decidles á esos astros de mi cielo
Lo que nunca á expresar mi labio alcanza:
Que allá están del ausente la esperanza
Y del pobre proscrito el patrio amor.

Bogotá, 1855.



LA CORONA DE LAUREL

AL JOVEN POETA NICOLAS A. GONZÁLEZ

(Estrofas leidas en el teatro de Guayaquil,
por el actor D. Modesto Santularia, al coronar al joven González, con motivo
de su primera obra dramática.)

Á orillas de la fuente de Helicona
Y en los verjeles mismos del Parnaso,
Las Musas han tejido una corona
Igual á la de Ariosto y la del Tasso.

No se ve en ella el ópalo preciado
Ni adornos de lujosa pedrería
Que el genio, en su humildad, nunca ha a
Coronas de orgullosa fantasía.

Lleven esas coronas los que han hecho
Verter la sangre y asolar la tierra;
Los verdugos del hombre y su derecho,
Los sanguinarios dioses de la guerra.

Coronas de metal, talco pintado,
Que al calor que los vértigos producen

¡La rama de laurel!... Esa es la gloria!
« Por esa, » dirás tú, « por esa lidio,
Que el laurel, como signo de victoria,
Nació en la tumba del divino Ovidio! »

Prosigue, joven, la inmortal carrera
Á que feliz tu ingenio te ha llevado;
Prosigue en ella, sí, que al fin te espera
Alto renombre con honor ganado;
La palma de laurel nunca prospera
Sinó en terreno fértil y elevado:
Pero si aliento tienes y fe viva,
Ella coronará tu frente altiva.

El Ariosto inmortal, — el gran poeta,
En tu preciosa obra enaltecido,
Astro sin luz, raquítico cometa
Sin ese noble aliento hubiera sido.
Luchó y venció... Por eso ves completa
La gloria que su nombre ha merecido..
Su esfuerzo imita, y las nativas playas
Su gloria aclamarán, bardo del Guayas

ıayaquil, 1877.

LA CRUCIFIXIÓN

Mirad cómo lo escupen,
Lo azotan, lo escarnecen,
De espinas y de abrojos
Corónanle la sien;
Al peso de un madero
Sus fuerzas desfallecen,
La veste ensangrentada
Desgárranle también.
No encontraron los verdugos en su satánica idea
Otra víctima en Judea para arrastrarla á morir,
Y el Santo por excelencia entre un populacho inmundo
Por la salvacion del mundo, va su espíritu á rendir!
La bárbara muchedumbre ríe feroz del sacrificio!
Que le arrastren al suplicio! va gritando el pueblo infiel,
Y con la frente inclinada por la calle de Amargura,
Conduce la zambra impura al Santo Dios de Israel!
Al tiro de una soga
Sus pasos apresura
Y contra duras piedras
Por siete veces dió!
Alzóse resignado
Y en sangre noble y pura
De su insegura planta
La huella humedeció!
Los aires ensordece
La heráldica trompeta
Que fúnebre precede
Los gritos del pregon!
El sol en occidente
Velado se sujeta,
Naturaleza entera
Se cubre de crespón!
Las olas irritadas
Salvaron la ribera,
Coléricos los mares
Unieron su raudal!
Su pecho alzó indignada
La vívora altanera,
Falaz habitadora
Del místico arenal!
Cruzaron por los aires
Sin cánticos ni arrullos,
Los tiernos pajarillos
Transidos de terror;
Las fuentes, los arroyos
Callaron sus murmullos,
Los campos y collados
Perdieron su verdor!
El cárabo tan solo,
Del Gólgota en la cima,
Su lúgubre gemido
Cuitado levantó!
Gemido que la muerte
Del Justo nos intima,
Agreste « de profundis »
Que el mundo no escuchó!
Silencio!... Murió Jesús!
Los verdugos le mataron;
Piés y manos le clavaron
Los inicuos en la cruz!
Y allí se ve del Gólgota en la cumbre,
Sin voz, ni vida... sin aliento ya!
INRI para la fiera muchedumbre!
Desleal Jerusalén, hélo... allí está!
La chusma salvaje del pueblo maldito
Dió fin á su obra... murió el Hombre-Dios!
Mas ¡ay! que con letras de fuego está escrito
Que vierte su sangre, quien sangre vertió!
No olviden los verdugos sus burlas ni sus risas,
Su grita afrentadora no olviden nunca, nó!
Que en breve entre montones de escombros y cenizas,
Verán acobardados la cruz de su expiacion!

LA LIMOSNA

Á MI HIJA

Oye, hija mía: cuando el pobre toca
De puerta en puerta mendigando un pan,
Nos lo pide por Dios, y el Dios que invoca
Es el mismo que á todos pan nos da.

El Padre universal tiene un consuelo
Para todo dolor; y cada bien
Con que socorre al pobre, sube al cielo
Y en densa lluvia tórnase al caer.

Por eso es su caudal inagotable;
Por eso cada bién abate un mal;
Por eso encuentra pan el miserable;
Por eso el desvalido encuentra hogar.

También la caridad en su eficacia
Da una limosna y la reciben dos:
El que la pide, un pan que su hambre sacia,
El que la da... la bendición de Dios.

Y el aturdido mundo no percibe
Quién en esa limosna gana más,
Si el mendigo infeliz que la recibe
O la mano piadosa que la da.

Pero en este dilema no hay razones;
Calcular es lo mismo que sentir:
Si das pan y recibes bendiciones,
¿La dádiva mejor no es para ti?

San Juán de Dios que avaro perseguía,
Para ofrecerle pan, á la orfandad,
Al ponerlo en su mano le decía:
« ¡Gracias por la limosna que me das! »

No olvides, hija mía, la enseñanza
Que encierra el dón magnífico de Dios:
Si de Fé se alimenta tu Esperanza,
Busca en la Caridad tu galardón.

Bogotá, 1879.

LA VISITA DEL ÁNGEL

EN LA MUERTE DE MI HIJO ENRIQUE

I

Angelito
Pequeñito
Que visitaste mi hogar,
¿Qué mal viento,
Qué elemento
Te hizo de rumbo cambiar?

Esa vida
No nacida
Que viviste ántes de ser,
Por ventura
Menos dura
No hizo tu llanto correr?

Pobrecito,
Mi angelito,
¡Cuál sufro al verlo llorar!
¿Quién tuviera
Y me le diera
Lo que no le puedo dar?

II

Mira, mi bella Anita,
Como se asoma
En el vecino nido
De la paloma.

Mariposa pintada
   De oro y carmín...
Mira como despliega
   Su airoso vuelo,
En fantástico alarde
   De ir hasta el cielo...
Mírala cual reflejo
   De un serafín.

Parece un meteoro
   Que allá en la altura
Tiñe de grana y oro
   Su lumbre pura
Y que pone su disco
   Sobre los dos...
Fíjate bien, mi Anita,
   Mira cual sube
En la copa blanquita
   De aquella nube...
Es un aviso triste
   Que nos da Dios!

Es el ángel risueño
   De ricas galas,
Que en nuestro amante sueño
   Batió sus alas
Y en fugitivo vuelo
   Nos visitó!
Ha rehusado, esquivo,
   Pisar el suelo;
Con anhelo furtivo
   Volvióse al cielo
Y en desamparo triste
   ¡Ay! nos dejó!

III

Pobrecito,
Mi angelito,
¿Por qué tan presto te vas?

¿Por qué dejas
Solo quejas
Á los que quedan detrás?

Tienes padre,
Tienes madre,
Tienes todo en nuestro hogar...
¿Qué motivo,
Fugitivo
Te hace otro mundo buscar?

Vuelve, niño,
Tu cariño
Á este valle de dolor!
Mira el llanto
Y el quebranto
De la madre de tu amor!

IV

Bajé inquieto la mirada
Y ví postrada en el suelo
A una madre desolada...
La alcé... y en nube rosada
Un ángel volaba al cielo.

Bogotá, 1875.

MÁRCOS PÉREZ ÚCROS

EN SU MUERTE

Murió en la juventud... joven, muy joven,
Cuando alegre y feliz se sonreía;
Se apagó, cual se apaga la bujía
Que pierde el aire al despedir la luz.
Murió en la fe de Cristo, en su presencia;
Clamando por su santo advenimiento;
Y al exhalar su postrimer aliento
Besó su faz y se abrazó á su cruz!

Todo acabó! Sus fúnebres despojos
En la última mansión depositamos,
Con lágrimas de duelo le lloramos
Y en su tumba pusimos una flor.
No hicimos nada más! Y al ver cerrada
Aquella humilde y triste sepultura,
Sentimos que cegaba la amargura
La fuente de aquel íntimo dolor.

Bogotá, 1876.

ECOS DE MI PRISIÓN

Á MI ESPOSA

¡Cuánto tiempo ha pasado! Yo el silencio
De esos siglos de tiempo bendecía;
Yo en ardiente plegaria á Dios pedía
Que alargase el silencio entre los dos.
Era tánto y tán triste y tán incierto
Lo que mi oscuro porvenir guardaba,
Que yo hasta de mí mismo lo ocultaba
Como secreta voluntad de Dios.

Hoy, mísera de tí, sabrás la suerte
Que aciaga para mí guardó el destino!...
Siempre punzante zarza en mi camino,
Siempre ante mí zozobra y lobreguez!
Cien días fueron de cóntínua lucha,
De fatiga y desvelo, horror y muerte...
Fortuna nos venció, que no el más fuerte,
Porque tuvimos fuerza y altivez.

Nos venció la fortuna... Dios lo quiso.
¡Su santa voluntad bendita sea!
Tarde ó temprano nuestra santa idea,
Sin nuevos sacrificios, triunfará.
Unos murieron al rigor del plomo;
Otros, tintos en sangre, sucumbieron;
Los más en busca de otros campos fueron;
Y hoy en su puesto cada cual está.

La paz fué el mito que el moderno Atala
Explotó con salvaje felonía;
Todo al dios de la paz se le ofrecía...
Bienes, derechos, libertad, amor...

Mas nada, nada la ambición del mónstruo
Pudo satisfacer... y audaz, blasfemo,
Quiso también quitarnos el supremo,
El inefable bién de nuestra fe!
Y no contento aún de nuestros hijos
Quiere el alma perder y, disoluto,
Del árbol de la ciencia daña el fruto,
Y pone la moral bajo su pié.

Que no bastando á su infernal intento
El dominio presente, quiere, insano,
Comprimir y amoldar bajo su mano
La noble inspiración del porvenir
Y á expensas del sudor de nuestras frentes,
Lleva de labio en labio su doctrina
Que todo cuanto toca contamina,
Que mata todo cuanto llega á herir.

Y, haciendo del idioma granjería,
En su maligno y criminal lenguaje,
Nos da por libertad, libertinaje;
Por amor, odio; crímen por virtud;
Toda mala pasión tiene en sus templos
Un rico altar y culto ilimitado;
Allí se ve el delito consagrado
Como fuente fecunda de salud.

¿Quién en infierno tal, inerte y mudo,
Resignará su cuello al sacrificio?
¿Quién la rodilla doblará ante el vicio?
¿Quién afrenta tán vil tolerará?
¡Ay! La nación lo sabe: el sufrimiento
Fué vaso estrecho para tánto ultraje!
La sangre, puesta al fuego, hizo oleaje
Y en su angosto crisol no cupo ya.

Si es la paz el oprobio, no queremos
Poner en sus altares nueva ofrenda;
Si es paz la esclavitud, que brille horrenda,
En vez del torpe dios, otra deidad!
¡Sacudamos el yugo, aunque en la pugna
Quede de sangre tinto nuestro cuello!
¡Corramos á morir, que es santo y bello
Morir por conquistar la libertad!

Si logramos vencer « ¡viva la Patria! »
Con indecible gozo exclamaremos;
Si nos vencen, altivos llevaremos
Del martirio común noble laurel!
Que en la tormenta que á la Patria aflige,
Antes que ser verdugo ó victimario,
Preferimos la senda del Calvario,
O aceptamos la muerte como Abel!

Cuartel del batallón « Bolívar, » en Barranquilla, 1877.

En esos tiempos de inocencia y calma
Cuando la pena y el placer se ignoran;
Cuando no piensa el pensamiento, y quieto
Yace dormido en su ignorancia propia;

Cuando la vista se confunde viendo
Esta inmensa creación, bella, asombrosa,
Sin poder comprender que es una nada
Que Dios reviste de variadas formas;

Cuando se mira en el azul del cielo
La blanca nube que el carmín colora,
Sin poder encontrar trás de su gasa
Radiante cifra de topacio y rosa;

Cuando se mira el horizonte ardiendo
En un incendio que en el mar se ahoga,
Sin ver allí de Dios la ancha pupila
Que gira en torno de su ardiente órbita.

En esa edad en que vejeta el hombre
Sin placer ni dolor, pena ni gloria;
Adormecido en indolente sueño
Del mundo artero en las oscuras sombras...

Ignorancia feliz! — ¡Oh edad amiga,
Nada del alma tus recuerdos borra!
Yo de esa edad conservo, madre mía,
Una página escrita en la memoria.

~~~~~~~~

Flores de mi juvuntud,
Recuerdos de mi niñez,
¿Qué os hicísteis, dónde estáis?
¿Por qué con tal rapidez
De mi lado os separáis?
~~~~~~~~

¿Qué se hizo de mis ensueños?
El paisaje... ¿Dónde está?
¿Mis encantos qué se hicieron?...
Conmigo también crecieron;
Pero ¡ay! que murieron yá!

Que esos instantes de dicha
Que nos mienten en la cuna,
Gérmenes de llanto son
Que matan una por una
Las flores del corazón.

Ya, señora, murieron esas flores,
Mi aliento envenenado las mató;
Ya no tienen ni aroma ni colores:
Flores marchitas de mi vida son.

Tú pusiste esas flores en mi frente
Con el amor de madre, yo lo sé;
Mas ¡ay! del mundo el ábrego inclemente
Las deshojó sobre mi propia sien.

Cruzar quise el sendero de la vida
Con mi corona de inocencia y paz;
Mas la brisa del mundo corrompida
La marchitó con su vapor letal.

De nuevos años el vigor ardiente
Hizo latir sin trégua el corazón,
Y un destello de luz hirió mi frente.
Y un fantasma cruel me deslumbró.

Y al despertar de aquel sopor de encanto,
Ví, como Adán, en nuestro edén de amores
La tentación cubierta en rico manto,
La sierpe oculta entre divinas flores.

Fijé los ojos y el gentil paisaje
De la hermosa creación ví fascinado:
Alfombra el césped, cúpula el celaje,
Lámpara el sol y sombras el nublado.

Por alegre festón de sus tapices
Los arreboles que en el iris flotan;
Brillante claro-oscuro en sus matices
Las pardas brumas que la luz embotan.

Ví la floresta ornada de colores,
Anchos espacios por la luz teñidos,
Con pluma tornasol los ruiseñores
En la palmera enhiesta suspendidos;

Y ví para tormento, madre mía,
La gran obra de Dios, su hermosa hechura,
La que hizo á imágen santa de María,
Si bella, casta; si amorosa, pura.

Ví la Mujer; y el corazón ardiente
Ante tánta belleza se extasiaba;
Y ví que la corona de mi frente
Al rayo de su sol se marchitaba.

Perdona, madre amada, mi juvenil desvío
Bastante sus estragos revelan mi dolor:
Castigo suficiente será éste desvarío
Que llena de amargura mi pobre corazón.

Si es cierto que olvidado del porvenir, mi vida
Dejé correr incauto del precipicio al fín,
Jurarte puedo al menos, oh madre tán querida,
Que el hijo de tu alma pensaba siempre en tí.

Ni el oropel del mundo, ni el delicioso encanto
Que ostenta con orgullo divina la mujer,
Adormecer pudieron la angustia y el quebranto
Que de tu ausencia el duelo me ofreció siempre fiel.

¡Oh! nunca, madre mía, tus ojos apagados
De lágrimas se inunden para llorar por mí;
De ingrato no me acusen, ni quieran despiadados
Mostrar su justo enojo á un hijo harto infeliz.

Perdóname, madre mía,
Si tu corazón aflijo;
También llorará tu hijo
Lágrimas de amargo afán;

También llorará sin tregua
De su pasado el tormento,
Tu justo resentimiento
Sus recuerdos vengarán.

Que los placeres del mundo,
Como todo goce humano,
Dejan el recuerdo insano
Para eterno torcedor;

Y en esas livianas fiestas,
Y al roce de esos placeres,
Pierden hombres y mujeres
La inocencia y el rubor.

Cielo bañado de aromas,
De colores decorado,
Por la roja luz bañado
Del sol de la liviandad,

Se cambia á impulsos del tiempo
En infierno pavoroso,
Do se aniquila el reposo,
La fé de la humanidad.

Agite la honda aflicción
Que despadaza tu alma:
Que vaya tu barco en calma
Y en calma tu corazón!

Tú dices que va contigo,
Para aspirar patrio aroma,
Un naranjo en flor que toma
Dulce apariencia de amigo:
Si la esperanza que abrigo
Se realiza en absoluto,
No durará mucho el luto
Por tu ausencia, pues es ley
Que el derecho se haga rey
Y que la flor dé su fruto.

Pronto el rudo marinero
Pondrá su barco en camino;
Ampare Dios tu destino,
Pobre pájaro viajero;
Pronto tu regreso espero,
Que es justo, aunque no lo quieras,
Que en las nativas praderas
Tu afecto filial consiga
Saludar la sombra amiga
Del que amaste tán de veras.

También *El pobre* reclama
La voz de la caridad;
¿Quién moverá la piedad
Que en su bien tu lira clama?
El pobre te ve, te llama
Y te da su triste adiós;
Yo descubro entre los dos
Algo que el vulgo no alcanza:
En pos de tí la esperanza,
Delante del pobre á Dios.

Tú á la patria volverás
Que en ella mucho te espera;

Aquí está tu compañera,
La que no olvidas jamás.
Tú lo has dicho : « la amo más
Que al suelo patrio el proscrito,
Más que la gloria el precito
Desde el fondo de su infierno!... »
Y ¿ese amor inmenso, eterno
Apagó en tu alma su grito?

¿Cómo no volver á ver,
Ántes de hundirte en los siegros,
Esos grandes ojos negros
De tan inmenso poder?
¿Cómo alejar el placer
De que estarás tan sediento,
De aspirar el grato aliento
De esa reina de tu alma,
« Más airosa que la palma
Remecida por el viento? »

En el extranjero hogar,
Choza estrecha del proscrito,
Devuelve en gloria el delito
Con tu divino cantar;
Así es noble castigar
Del opresor la ira avara,
Arrojándole á la cara
En bien el mal que causó :
Así el Tasso castigó
La ingratitud de Ferrara.

Cuando en solemne ocasión
El derecho defendías,
Tú, valeroso, decías
A la orgullosa facción :
« Si quieres contra razón
Acallar lo que concibo,
Mata este fuego en que vivo,
O córtame en tu odio inmenso
La cabeza con que pienso
Y la mano con que escribo. »

Esta enérgica expresión
Da de tu aliento alta idea:
Es llama en que centellea
Todo tu gran corazón:
El temple de tu razón
No ha perdido su ardimiento;
Hoy mismo un nuevo tormento
Afrontas para probar
Que el terror puede matar,
Mas no ahogar tu pensamiento.

Caro, al decirte mi adiós
El tuyo amargo recuerdo,
« ¿Quién me dará lo que pierdo? »
Decías... ¡Óigate Dios!
De su protección en pos
Irás por el mundo ileso;
Aquí tu recuerdo impreso
Queda en todo corazón:
La Patria y la Religión
Saludarán tu regreso!

Cartagena, 1850.

LA CENIZA EN LA FRENTE

Hizo bien el sacerdote
En poner sobre tu frente
El símbolo del creyente, —
La cruz, Elisa, la cruz!

Lástima que con ceniza
El signo santo te hiciera,
Y así tan fácil te fuera
Borrarlo con el capuz.

Porque has de saber, Elisa,
Que en ese simple *memento*
Se encierra el gran pensamiento
De la humana redención.

Es el recuerdo oportuno
Con que la Iglesia cristiana
Llama á la máscara humana
A santa meditación.

Tú misma advertirlo puedes,
Recordando la insanía
Con que olvidas en la orgía
La ley de la cristiandad.

En vez de adorar á Dios
En todo, y á todas horas,
Tú, culpable Elisa, adoras
Lo que no es Dios, en verdad.

La ley que Él dió á Moisés manda
No jurar su nombre en vano,
Y tú, Elisa, á toda mano
Juras y juras por Dios!

Llega el domingo, — la fiesta
Debe ser santificada,
Y tú, mujer endiablada,
Te vas de la fiesta en pos!

Honrar al padre y la madre
Con fervor y amante pecho,
Es lo *único* que has hecho
Y lo que más te honra á tí;

Pues estándote prohibido
Dar á tu prójimo muerte,
Estoy cansado de verte
Dándome la muerte á mí.

Luego viene un mandamiento
Ajeno de gente honrada,
Que no tiene que ver nada
Con damas de tu virtud;

Pero el siguiente, apesar
De tu prez y buena fama,
Que restituyas reclama
El caudal de mi quietud.

Tú me has robado el contento,
Mi bienestar, mi alegría;
Tú has robado, Elisa mía,
Mi paz y tranquilidad;

Y aún pudiérase añadir,
Con la fé del inspirado,
Que mucho más has robado,
Sin rubor ni caridad.

Manda el octavo precepto
No alzar falso testimonio,
Y á tí te tienta el demonio
Para alzármelos á mí.

Y además, para tu daño,
El mismo Luzbel te inspira,
Y á fuer de decir mentira
Haces que mientan de tí.

El noveno mandamiento
No corre con las mujeres,
Ese es el pesa-placeres
De la santa ley de Dios.

Es precepto masculino,
Único que tiene sexo;
Es un mandato inconexo
Que sólo castiga á nos.

El décimo, si no fuera
Porque habla del bién mezquino,
Yo señalara el camino
En que has codiciado mil:

Bién ajeno es mi reposo,
Bién ajeno mi ternura,
Bién ajeno es mi ventura
Y mi candor juvenil;

Ni tampoco es tuyo sólo
El caudal de mis amores,
Ni esas fresquísimas flores
Que crecen en nuestro edén.

No son nuestros, — son ajenos
Los dones que ambicionamos,
Y hasta el bien de que gozamos
Es bien ajeno también.

Vamos, pues! — Confiesa, Elisa,
Pero con santa franqueza,
¿Has puesto alguna fineza
En el santo altar de Dios?...

¿Piensas de buena intención,
Y con fe de penitente,
Hacer confesión vehemente
De las culpas de los dos?

. . . .

Ya ves, Elisa, cuán poco
Cumples con la ley divina;
Ya ves que no te encamina
De la religión la luz.

Por eso hizo bien el cura
En poner sobre tu frente
El símbolo del creyente:
La cruz, Elisa, la cruz!

Cartagena, 1840.

EL CANTAR DE LOS CANTARES

(IMITACIÓN)

Á JOSÉ CAICEDO ROJAS

¡Qué hermosa, qué linda eres,
Reina mía!
Tus ojitos de paloma
Donde juegan los placeres,
La alegría!
Esa boquita de aroma
Que es rosa de Alejandría!

Son dos cachos de granada
Tus mejillas;
Tu frente afrenta la nieve;
Provoca amor tu mirada;
Tu pié breve,
Como plumas de avecillas
Que encumbra el viento y las mueve!

Tu blanco cuello torneado,
De alabastro fabricado
Por la mano del placer;
Tu albo seno,
De amor y pureza lleno:
Ángel con faz de mujer,
Ígnea tempestad sin trueno!

Yo iré al monte de la mirra
Y al collado del incienso
Para verte;

Para con amor inmenso
Juntar mi suerte á tu suerte;
Para pensarte y quererte
Como te quiero y te pienso!

Vente del Líbano, ven!
Vente á mi risueña choza;
Ven, mi bien!
Mi espíritu se alboroza
Fingiéndose verte aquí!
Vente, Sulamita, y goza
Cuanto tengo para tí!

Mi corazón subyugaste,
Hermosa mía, mi esposa,
Dulce bien!
Mi albedrío esclavizaste
Con cadena poderosa;
Perla de Jerusalén,
Flor hermosa!

Panal que destila miel
Deliciosa;
Huerto que despide olores;
Nardo, azafrán y clavel;
Preciosa flor de las flores;
Mi esposa,
La reina de los amores!

Fuente sellada de amor;
Pozo del agua bendita;
Poma-flor!
De las cañas aromosas
Linda caña;
Rosa que náda entre rosas,
Palma que el Éufrates baña!

Perfecta, sola, escogida;
De todas la más querida,
Mi paloma!

Mensajera de alegría;
Engreida
Con su boquita de aroma
Que es rosa de Alejandría!

Hermosa como la luna;
Espléndida como el sol;
Nacarada
Como el alba en su arrebol;
Dulce como la fortuna,
Bienhadada
Sin mala ventura alguna!

Ven, mi Sulamita, ven,
Mi choza feliz te espera!
¡Tiene arcos de enredadera!
¡Linda choza!
¡Contigo será un Edén!
¡Ven, porque el alma no goza
Cuando el mal retarda el bien!

¡Que hermosa, qué linda eres,
Reina mía!
Tus ojitos de paloma
Donde juegan los placeres,
La alegría!
Esa boquita de aroma
Que es rosa de Alejandría!

Cartagena, 1839.

Á UNA ZARZAROSA

Cerca, cerca de mí, sobre mi pecho
Pasa tu vida, pesarosa flor;
Postrer regalo que el amor me ha hecho
No te apartes de mí, no, por favor!

No te apartes de mí, miéntras que dura
Quiera cebarse en mí la adversidad:
Calma este afán, mitiga esta amargura
Que acibaran mi vida sin piedad.

No me abandones nunca, que la suerte
Tan fieramente te ha ligado á mí,
Que eres mi vida toda, y en la muerte
Todo mi sér concentraráse en tí.

En tí que afable en tu corola escondes
El secreto fatal de mi dolor;
En tí que fina á mi clamor respondes,
Última prenda de mi dulce amor!

En tí, mi solo bien, de no ¿qué fuera
De mi vida sin tí, flor de pesar?
¿Quién sino tú mis ayes recogiera?
¿Quién me ayudara sino tú á llorar?

Tú el alivio serás de mis dolores.
De mi espíritu enfermo la salud;
Espejo en que veré de mis amores
La vida y el encanto y la inquietud.

Vivaz reflejo de un amor ya muerto,
Tú su dulce recuerdo evocarás;
Tú animarás el mísero desierto
En que conmigo agonizando vas.

El tinte alegre de tus bellas hojas
En mi doliente lira cantaré;
Las que ella nos causó tristes congojas
Con mi propia memoria endulzaré.

Tú mi númen serás, flor solitaria,
Fuente de luz, raudal de inspiración;
Tú le darás á mi final plegaria
De esta horrible amargura la expresión.

Retrato fiel de mi pasión doliosa,
Guárdame sus recuerdos, triste flor:
Tu corola es la imagen de mi hermosa,
Tus espinas los duelos de mi amor.

Yo te daré mis lágrimas por riego,
Mi seno por abrigo te daré;
Mas si te quema de mi llanto el fuego,
No te inquietes, mi flor, no lloraré.

No lloraré, lo juro: ni un suspiro
De mi oprimido corazón saldrá;
Tú eres el solo bién á que hoy aspiro,
Verte y amarte mi ambición será.

Y cuando el soplo de la muerte quiera
La luz de mi existencia aniquilar,
No olvides que mi túmulo te espera
Y que debes su cúpula adornar.

No lo olvides, por Dios! mi zarzarosa,
Te lo ruego, mi flor, de corazón;
Sé de mi triste y solitaria fosa
La cruz, el lema, la única inscripción.

Bogotá, 1848.

¡TOMA MI CORAZÓN!

(INSPIRACIÓN DE TOMÁS MOORE)

Mi corazón es tuyo, vida mía;
Tómalo, no lo dejes, tuyo es;
Guárdalo para siempre, mi alegría,
Que aunque me ausente de la patria un día
Tú cuidarlo sabrás con interés.

Guárdalo, sí, que nunca en este mundo
Amar podrá mi amor otra ilusión:
Lo juro por mi fé: mi amor profundo
En una sola aspiración lo fundo:
¡En tener junto á tí mi corazón!

Dicen que son felices los que tienen
Alegre corazón para vivir;
Si de tal fuente los placeres vienen,
Muy más felices los que no lo tienen
Para anidar las penas y sufrir.

Por eso yo no siento ni amargura
Al ver mi corazón que á tí se va;
Ni envidio á los dichosos su ventura,
Al ver que al tuyo en fuerte ligadura
Feliz mi corazón unido está.

¿Cuál mi suerte será? — ¿Cuál mi destino?
¿Dónde hallaré mi dicha ó mi pesar?
No me importa saber. — Sigo el camino,
Y arrojo lejos, como oscuro sino,
Todo peligro de volver á amar.

Si Venus, la alma Venus me pidiera
Mi tesoro riquísimo de amor:
« Es imposible! » á Venus le dijera,
Aunque despues la suerte me impusiera
Por cada halago tuyo un sinsabor!

Guarda mi corazón, — guárdalo amante
Que allá tranquilo y complacido está;
Y cómo nó si tiene por delante
La luz, la hermosa luz de tu semblante
Que destellos de amor brotando va!

Si el hado á mi fortuna corta el hilo,
Sufriré mi desgracia con valor:
Basta que esté mi corazón tranquilo,
Y hallar el dulce y generoso asilo
Que me ofrece en tus brazos el amor.

Yo no quiero más bién ni más fortuna
Que la usurera que tu amor me da,
Ni más tesoro ni riqueza alguna
Que lo que el alma en su avaricia aduna,
Si junto á tí mi corazón está.

Quibdó, 1845.

LA MUJER

Á LA SEÑORA EMMA A. DE PÉREZ

¿Qué fuera este pobre mundo,
Mujer, si tú no existieras;
Si animación no le dieras
Con tu belleza y tu amor?
¿Qué fueran sus yermas playas
Si el Criador de las estrellas
No hubiera sembrado en ellas
De tu hermosura la flor?

¿Qué fuera el infeliz hombre
Prisionero en su clausura,
Si sus horas de amargura
No endulzara una mujer?
¿Si no tuviera á su lado
Una dulce compañera,
Que de esta vida le hiciera
Una ilusión de placer?

¿Cómo la vida pasara
Con el alma helada, quieta,
Siempre á la angustia sujeta,
Indiferente al amor?
Sin gozar las emociones
De una pasión inocente,
Sin sentir sobre su frente
Un ósculo abrasador?

¿Ni cómo vivir pudiera
Contemplándose á sí mismo,
Perdido en el ancho abismo,
De la infinita creación?...

¿Sin ver los ojos que queman
Siempre vivaces, traviesos,
Y esos labios que dan besos
Que ruedan al corazón?

Oh, mujer, no hubiera vida
Si la tuya no existiera,
Y fuera el hombre una fiera
Si no te tuviera á tí:
Sin tí su salvaje planta
Los agrios montes hollara,
Y entre fieras habitara
Siendo cual ellas allí.

La misma naturaleza
Ningún encanto tuviera;
¿Su hermosura qué valiera,
Su luna, su cielo azul?
¿Qué importara la pradera
Cubierta de bellas flores,
Ni que variados colores
Le diera el sol con su luz,

Si tú, que eres la pureza
Reflejo digno del cielo,
La flor de mayor belleza,
La luz de más esplendor,
No hubieras venido al mundo
A endulzar nuestro quebranto,
A enjugar el triste llanto
Que nos arranca el dolor?

Oh, mujer, tú hiciste al hombre
Sabedor de su destino,
Tú del decreto divino
Le hiciste revelación;
Por tí se afana acucioso,
Por tí se agita y desvive,
Por tí su mente concibe
De otro mundo la visión.

No hay un sér en esta vida
Que no ligue su existencia,
Que no quiera verla unida
A la vida de otro sér;
Hasta la indómita fiera
Que vierte la sangre humana
Tiene con su compañera
Grato, inocente placer.

Y de no, ¿qué sensaciones
El alma sin tí gozara?
¿Qué fueran los corazones
Yertos, vacíos de amor?
¿Qué noble ambición moviera
Las acciones de la vida?
¿Cómo el hombre distinguiera
Entre el placer y el dolor?

Mujer! tú no has comprendido
Cuánto vale la existencia;
Dios te dió la omnipotencia
De partir un alma en dos!
Tú eres la gloria del mundo,
Su excelsa reina y señora,
Tú eres la luz de la aurora,
La obra completa de Dios!

Bogotá, 1846.

AL BAZAR DE LOS POBRES

EN SU ÁLBUM

Vamos á ver, musa mía,
Si apesar de tu vejez
Das de limosna esta vez
Una ligera poesía.

Poco importa lo que sea:
Oda, soneto, letrilla...
Cualquier cosa! — Carrasquilla
La exige bonita ó fea.

Lo que importa es respetar
El decreto promulgado,
Y por el cual se ha mandado
Limosnas en verso dar.

Ni te retraiga tampoco
Lo prosáico de mi oficio,
Que si hacemos el servicio,
Lo demás importa poco.

Comencemos... Pues, señor,
Ya no sé ni áun comenzar!...
« EN EL ÁLBUM DEL BAZAR...
LÁGRIMAS DE UN TROVADOR. »

Malo!... Títulos vulgares!
El primero es pleonasmo
Que bien puede causar pasmo
A uno, á dos y á tres bazares.

El segundo, á lo que advierto,
Está muy bien ideado
Para verse colocado
En el túmulo de un muerto.

¿Qué me pasa?... Una friolera!
Mis papeles se han mojado!
Tánto en rentas he viajado
Que ya soy *Renta viajera*.

¡Habráse visto jumento!
Ya, en vez de perlas y flores,
Sólo sé escribir: *Condores*
Del medio al uno por ciento;

Y *Renta sobre el Tesoro*,
Deuda de Tesorería,
Y que es una tiranía
Pagar la Aduana con oro;

Y si la *Deuda flotante*
Alza ó baja en el mercado;
Si el Gobierno no ha pagado;
Si *el crédito* está en menguante;

Si protestar las *libranzas*
De Aduana pésimo ha sido,
Porque *el crédito* ha perdido
Sus mejores esperanzas;

Si los *billetes* que tienen
Retrato de don Tomás
Van, como antes, para atrás,
O si *buen precio* mantienen;

Si los servicios prestados
Á la Confederación
Deben en ley y en razón
Mirarse tán mal pagados;

Si hay demanda ó no hay demanda
De la *Renta nominal;*
Si el *Impuesto seccional*
Anda bien ó si mal anda;

Si el pueblo, cual manso buey,
Debe tolerar callado
Que el Gobierno haya embrollado
La *plata de baja ley*...

¡Qué maldita algarabía!
Solicitar *Redenciones,*
Capitalizar pensiones,
Cobrar, que es perder el día;

Y si empiezo, como antes,
Un soneto Á LA INDIGENCIA,
Se entra algún diablo en la *Agencia,*
Buscando *Bonos flotantes.*

Si el estro en mi pecho exalta
Alguna noble pasión,
Me manda decir Pontón
Que *La Revista* hace falta.

Si á veces en santa paz
Medito, llega á mi oido
Un « ¿me presta usté un vestido
Para un baile de disfraz? »

Quiero al héroe de Tarifa
Escribir una canción,
Y entra Scarpetta ó Rincón
Diciéndome: « ¿qué hay de *rifa?* »

Y estar oyendo á los chinos
Preguntar si no hay *venduta,*
A un indio si compran fruta;
Ver ébrios á los vecinos;

Amén del *amolador*
Que en su *amolar* es tan *chinche,*
Que si *amuela* algún *agüinche*
Me *amuela* que es un primor!

Y ¿en esta brega podré
Complacer á Carrasquilla?
¿Ni una mala redondilla
Para los pobres haré?

Sepa bien ó sepa mal
Lo que hasta aquí dejo escrito,
Yo al *Bazar* se lo remito
Como *Revista industrial.*

Bien corta, escasa será
De sus lectores la lista;
Mas si la ve un agiotista,
De fijo... la comprará.

Bogotá, 1866.

—

Á MI HIJA PEPITA

Siempre que te oigo, hija mía,
Contar con labio inocente
La manera sorprendente
Con que Dios hijos me envía.
Diciendo con ufanía
Que Joaquín vino del mar,
Que Antonio se hizo encontrar
Bajo del arco de un puente...
Cruza un recuerdo mi frente
Que la anubla de pesar.

Luego refieres tu historia:
Y con interés prolijo,
Haces de mi último hijo
Idéntica aclaratoria;
Pero nunca á tu memoria
El fatal recuerdo llega
Del hermoso ángel que ruega
Por nosotros en el cielo...
Y cuya tumba en el suelo
Nuestro ardiente llanto riega.

Lázaro su nombre era.
Pero no resucitó:
Vino, nos vió y se volvió
A la celestial esfera;
Le pareció sucia y fiera
Nuestra terrenal mansión:
Se le oprimió el corazón
Al ver nuestro paraíso
De miserias, y no quiso
Su herencia de proscripción.

¿Recuerdas bien, hija mía,
La faz de aquel ángel bello?
¿Su crespo y rubio cabello?

¿Su franca fisonomía?
¡La memoria!... ¡Qué agonía!
¡Sólo y siempre la memoria!
¡La vida!... ¡Cuán transitoria!
¡La muerte!... ¡Santa es la muerte!
Ella en oro nos convierte
El orín de nuestra escoria.

Sigue contando tus cuentos,
Hija mía, que no tarde
El recuerdo que en mí arde
Amainará sus tormentos:
Estos mismos pensamientos
Que hacen mi tribulación,
Por el mar de la aflicción,
Envueltos en blanca bruma,
Traerán la esperanza suma
A mi pobre corazón.

Sigue contando, que yo,
Tus tiernos cuentos oyendo,
Voy de tus cuentos haciendo
Salmos que el duelo inspiró:
El ángel que nos dejó,
Arriba, en el cielo está,
Parte del grupo hace ya
Que alza á Dios sonoro canto...
Él allá en el coro santo
Esos salmos cantará.

Y quiera Dios que así sea!
Que la purificación
De mi sér y mi razón,
De mi materia y mi idea,
Cual solución gigantea
Pido en contrito dolor;
Quiero ofrecerla, Señor,
Como un milagro prolijo
Que en el ángel muestra al hijo
Y al padre en el pecador.

Bogotá, 1870.

Á ZOILA

Yo no sé, Zoila, si cumplir un año,
Si tener menos vida y más edad,
Deba tenerse por ventura ó daño
En nuestra pobre y triste sociedad.

Hoy te da el tiempo un año más de vida;
Pero ese ménos deberás vivir,
Que el año ido es como flor perdida
Que no embalsama el aura del jardín.

Por eso yo que te amo tán de veras,
No sé si pena ó si placer sentir,
Yo que quiero endulzarte las severas
Horas que deba junto á tí vivir;

Ansío que elijas tú, Zoila querida,
Lo que juzgues mejor para tu bien :
Hoy que brilla la aurora de tu vida,
Escoge, pesarosa ó complacida,
Pésame ó parabién.

Quibdó. 1845.

VOY Á PARTIR

Á ANITA

Valor mi corazón! — Unas tras otras
Cuenta las horas de tu acerbo afán;
Pesaroso reló del infortunio,
No aceleres tu péndulo fatal!

Pocas horas nos quedan! — Tú latiendo
Marcas el tiempo que se va veloz,
Y mi convulsa mano al comprimirte
Remeda tu agitada pulsación.

Pocas horas nos quedan! — De éste cielo
La esplendorosa luz voy á dejar;
Ay! yo lo amo como al cielo mío,
Porque mi estrella en él brillando está.

Pero debo partir! — Partir! — La angustia
Encadena fatídica mi pié;
Mi vista torpe, mi cabeza ardiendo...
Ay! cómo mata el sinsabor también!

Para aspirar aromas de la patria,
Caro llevaba su naranjo en flor,
Yo nada llevo... sí, llevo mis lágrimas,
Gotas de hiel que vierte el corazón!

Y hoy al decir adios á la que quiero,
Prenda que amo con sincero amor,
Náufrago sobre un mar de desventuras
Alzo mis ojos y bendigo á Dios!

Á Dios, que fuente de inmortal consuelo
Las olas encrespadas calmará;
A Dios clemente y bueno, á Dios benigno,
Que mi humilde oración escuchará!

Pero decir adios... no, no es posible!
Mi labio no lo acierta á pronunciar!
Decir adios á la que el alma quiere
No es cariño ni amor, — es crüeldad!

Por eso, en vez de trance tan amargo,
Escribo en despedida esta canción;
Últimos ayes del que te ama tanto,
Prenda inefable de inefable amor.

Y la escribo con lágrimas lloradas
Al impulso vehemente del dolor;
Lágrimas que ha arrancado la amargura
Del hondo manantial del corazón.

Yo sé que acogerás mi último canto
Como un humilde y doloroso dón
Que ofrece á la bondad y á la hermosura
Un desterrado y triste trovador.

Lejos, allá sobre la inmensa orilla,
Dónde ruge el atlántico león,
Yo verteré mis lágrimas ocultas,
Si aún me deja algunas el dolor;

Y esas lágrimas, frutos del esfuerzo,
Reliquias de mi ruda adversidad,
Convertidas en brumas por las olas
Que te amo mucho le dirán al mar.

Y unos tras otros pasarán los dias.
Y solo y triste, al recordar mi amor,
La espina de la horrible incertidumbre
Desangrará mi amante corazón.

Ó rendido en la lucha, íntima y fiera,
Que la mente del alma mantendrá,
En el piélago undoso de la duda
Mi esperanza y mi fé naufragarán.

Y tú, entre tanto, ¿qué amorosa ofrenda
Á este tu pobre amigo guardarás?
¿Lágrimas? — No. — ¿Recuerdos? — Vendrán tarde.
¿Coronas? — La de espinas tengo ya.

¿Compasión? — No la quiero! que la lástima
Es á veces el signo más fatal;
Es un veneno para el alma noble,
La máscara crüel de la piedad!

Solo una ofrenda en mi infortunio quiero,
Si es que no hubiere amor para mi amor:
Que hagas pedazos y que des al viento,
Convertida en cenizas, mi canción!

Bogotá, 1855.

LA MASCARILLA DE NAPOLEÓN I

Á LA SEÑORITA ELMIRA ANTOMMARCHI

Si me parece mentira!
Si lo miro y no lo creo!
Si me parece que sufro
La alucinación de un sueño!

Estoy viendo con mis ojos,
Y tocando con mis dedos,
Del Gran Capitán del Siglo
La faz modelada en yeso!

Y no es copia de otras copias,
Remedo de otros remedos;
Es la estampa original
Tomada del molde egregio!

Aquí están los trasudores
Que exprimió el último sueño;
Aquí están las quemaduras
De los postreros alientos!

Aquí están las impresiones
De ese combate supremo
En que se liberta el alma
De las prisiones del cuerpo!

Casi columbrarse pueden
Los agrios, salados besos,
Con que el mar de Santa Helena
Despidió á su prisionero!

Esta muda mascarilla
Modelada en frágil yeso,
Que sobrevive á los años,
Que no pulveriza el tiempo;

Que no se altera, ni sufre
Al sol, al aire ni al viento;
Que parece haber tomado
La entereza del modelo;

Tiene en todos sus contornos
El más intachable sello,
De ser la primera copia
Del que en todo fué el primero.

Aquí está la altiva frente
Dónde entraron y cupieron
De las grandezas más grandes
Los más grandes pensamientos.

Aquí están aquellos ojos
Que, al fruncir el entrecejo,
Producían tempestades
Como Austerlitz y Marengo.

Aquí están aquellos labios
Que, dando la voz de « fuego! »
Cubrieron de plomo al mundo
Y de asombro al Universo.

En fin, aquí está la faz
Del moderno Prometeo,
Que dió al buitre, con su sangre,
La sonrisa del desprecio.

En esa postrera lucha,
¿Quién ganó el mejor trofeo?
— Si es la víctima inmortal,
No fué el verdugo por cierto!

Guarda, muda mascarilla,
En tus facciones de yeso,
Del que fué Rey de los reyes
Las glorias y los recuerdos!

Bogotá, 1874.

TU NOMBRE

Á MARÍA DR JESÚS TEJADA

Quiero cantar tu nombre!
Unión feliz que concibiera el hombre
Para un nombre formar juntando dos;
Corona de dulzura y poesía,
Para quien nace á imagen de María,
Para quien brilla emanación de un Dios!

¡Qué bien te coronaron!
¡Qué bien tu porvenir adivinaron
Los que velaron tu primera luz!
María, por tu plácida hermosura,
Y por tu noble, angelical ternura,
El dulce sobrenombre de Jesús!

Al verte y al nombrarte,
En dos mi pensamiento se comparte
Y siente como dos mi corazón;
Que tu nombre recuerda á la memoria
De dos martirios la doliente historia:
Un milagro de amor — y una pasión!

Y no en vano buscaron
Corona para tí, que matizaron
Con las dos flores del primer Edén;
Digna señora de tu hermoso nombre,
Al verte y al nombrarte siente el hombre
Que al ponerte ese nombre hicieron bien!

La casta Nazarena,
Con su faz tinta en rosa y azucena,
Con sus divinos labios de rubí,
Con su mirar angélico y doliente,
Quiso hacernos de sí rico presente
Y su belleza reflejóla en tí.

Y el botón delicado,
Milagroso misterio consagrado,
El inocente Sabio — el Niño rey;
El Jesús que los mundos adoraron,
El Dios que en una cruz sacrificaron
Hombres infames, sin poder ni ley;

Ese también, donoso,
Puso en tu blanco pecho, candoroso,
Noble, leal, sensible corazón;
Y al soplo de su aliento soberano,
Guardó en tus lindos ojos el arcano
De arrebatar en pos la admiración!

¡Qué bien te coronaron!
¡Qué bien tu porvenir adivinaron
Los que velaron tu primera luz!
María, por tu plácida hermosura,
Y por tu noble, angelical ternura
El dulce sobrenombre de Jesús!

Que no le basta un nombre
Á la creación fantástica que el hombre
Mira como el ensueño de su Dios!...
Y los que vieron alumbrar tu aurora,
Felices ellos, que en tan buena hora,
En vez de un nombre te pusieron dos!

Bogotá, 1855.

EMOCIONES

Á JESÚS BUITRAGO

¡Oh! si te fuera dado, pobre artista,
Ver la ovación que al genio se tributa;
Si á traves de los bosques y los mares
Llegara á tí la voz que te saluda;

Si pudieras oir nuestros cantares,
La voz que llora el llanto de tu angustia;
Los sones deliciosos con que oprime
El aire patrio la doliente música;

Ó, como en otra vez, fijar pudieras
Tu mirada feliz, humilde y pura,
En el recinto augusto en que sonara
De tu dulce violín la nota última;

¡Oh! si pudiera ser, aquí encontraras
La mano amiga que tu mano busca,
Los hermanos de hogar que abandonaste,
La sonrisa y la voz que no se mudan.

¡Oh! si pudiera ser, no devoraras
La duda amarga que tu fé conturba,
Ni acusaras de olvido nuestro afecto,
Ni enlutara tu voz la desventura.

No lloraras la lágrima doliente
Que á nadie ablanda y que ninguno enjuga,
Ni en el yermo desierto de la ausencia
Te encontraras así, sin sombra alguna.

¡Vivir en ese centro de placeres
Donde el sol de los goces no se anubla!
¡Donde no alcanza para el bien soñado
La doble vida que el insomnio abulta!

¡Vivir en el festín de cien ciudades,
Bajo el incendio que la luz ondula,
Oyendo la explosión de esas mil voces
Que enroquece el placer y la locura!

¡Vivir en ese carnaval eterno,
En esa eterna y tentadora lucha,
Sin ser siquiera en ese mar de goces
De la emoción común ligera bruma!...

Deja, por Dios, artista, esos lugares
Que el fausto asedia y la mentira adula;
Regresa al seno de tu amante patria,
Que, al fin, como tu patria, es toda tuya;

Oye mi voz que siempre y sin descanso
Repugnó de tu ausencia la amargura;
« Díme, ¿por qué te vas? » yo te decía,
« Si todo aquí lo tienes, ¡ay! ¿qué buscas? »

Deja el farsante mundo en que agonizas,
Ese París, cuya molicie asusta;
Regresa al seno de tu amante patria,
Que, al fin, como tu patria, es toda tuya.

Bogotá, 1857

UN CONSEJO Y UN OBSEQUIO

Á ANITA

Este álbum será el arca en que guardados,
Bajo una llave fina más que el oro,
Tendrás de afectos nobles un tesoro,
De perlas y de flores un Edén.

Poëma de tus gracias y virtudes,
Preciosa historia de tu edad florida,
Bellísimos recuerdos de tu vida...
Otros recuerdos guardará también.

¡Nunca lo olvides, no! — La mano amiga
Deja que en él sus ricos dones guarde;
Deja brillar también de tarde en tarde
Del duelo amigo la doliente flor.

Deja al poëta que en tus lindos ojos
El fuego beba, y su canción te escriba;
Deja al pincel que de tu faz reciba,
Para pintar sus flores, el color.

Pero nunca permitas que sus hojas
Manche insidiosa tinta cortesana;
La adulación vulgar, — lisonja vana,
Áspid sería para cada flor.

Nunca ¡por Dios! la brisa venenosa
De alabanza falaz tu alma persiga;
Huye su torpe halago, dulce amiga,
Porque empañar pudiera tu candor.

Y cuando mires en tu hermoso libro
De una mala pasión la voz cualquiera,
Expresión ó palabra lisonjera
Que avance más allá de la amistad,

Rásgala, Anita. — La maleza nunca
Deja lucir en el jardín las flores,
Ni esa turba falaz de aduladores
Deja á la luz tender su claridad.

Bogotá, 1855.

LÁGRIMAS

Tu hermoso libro, amiga, en los momentos
En que debo partir, me causa pena;
Mi alma rebosa de pesares llena
Y en la hora amarga de la ausencia está.

Pero tú me dirás: « También yo sufro,
También empaña mi mejilla el llanto;
Cántame tus pesares, que tu canto
Mi espíritu afligido halagará. »

Te comprendo muy bien. — El duelo amigo.
El propio duelo con su roce calma;
¡Para el hondo pesar que aflige al alma
Las lágrimas son gotas de salud!

Pero las tuyas, lágrimas vertidas
Á impulsos de un dolor que aflige y mata;
Digno tributo, recompensa grata
Que consagra tu amor á la virtud,

No son como mis lágrimas, lloradas
De ruda adversidad en el despecho;
¡Gotas de pura hiel que entran al pecho
Como efluvios de plomo abrasador!

Las tuyas son el riego que fecunda
Ciprés que cubre funeraria losa;
Las mías riego de esa lluvia odiosa
Que abate y pudre la preciosa flor.

Sin embargo, lloremos! — Tú la angustia
Que tu abatido corazón lacera;
¡Llora, sí, llora la desgracia fiera
Que te impuso cruel la adversidad!

Yo también lloraré la desventura
Que por do quier persigue mi destino;
¡Sombra oscura que anubla mi camino,
Nube negra, crespón de tempestad!

Sin embargo, lloremos, que tu llanto
Dios lo recibe — tu filial tributo —
Prenda de un alma sumergida en luto;
Reliquia santa de inefable amor.

¡Pero mi llanto...! Lágrimas rebeldes,
Rencorosa protesta á mi destino,
Anatema lanzado en mi camino,
Último grito que me da el dolor!

Ese llanto, señora, lo condena
La sociedad que exije y no da nada;
¡Llanto de un alma de sufrir cansada,
Abominable fruto del pesar!

¡Y el mundo rie de ese noble llanto
Y sin piedad se burla del que llora!...
¡Pobre de él! que sonará la hora
En que el dolor también le hará llorar!

¡Lloremos, sí, lloremos! — Este libro
Será de nuestro duelo santüario;
Mi canto será un canto funerario,
Página escrita con amarga hiel!

Y al dejar estos aires y este cielo,
Muerta ya mi esperanza y mi ventura,
Este libro será su sepultura
Y su fúnebre lápida el papel!

Bogotá, 1855.

Á JULIA

¿Has visto alguna vez, cuando la aurora
Abre su rico manto de carmín,
Al pajarillo que con voz sonora
Las más preciosas flores enamora
En su vistoso harén, en el jardín?

¿Lo has visto los aljófares libando
En la marmórea copa del jazmín,
La humilde trinitaria desdeñando,
Y en un bosque de dalias retozando,
Besarlas todas, y volar al fin?

¿Lo has visto en su agitada fantasía,
Voluble trovador, falso galán,
Darle á la malva-rosa su alegría,
Robarle á una camelia su ambrosía
Y perfumar con ella á un tulipán?

¿Lo has visto en su fastática locura
Cantar del heliotropio la altivez,
Y adular con hipócrita ternura
De humilde violeta la dulzura,
Y de triste amaranto la viudez?

¿Lo has visto saludar con vuelo esquivo
Á la anémona, al lirio, al alelí...
Y ver con ojo rutilante y vivo
La hermosa flor de continente altivo,
La reina de corona carmesí?

¿Lo has visto entonces con el ala hermosa
Los sonrosados pétalos rizar,
Y darle el trino de su voz preciosa,
Y con cántiga dulce y amorosa
Rendirle culto en su aromoso altar?

Así, no yo, sino otro afortunado,
Digno cantor de Julia la gentil,
Volará en este Edén enamorado,
Viendo el inmenso césped matizado
Por la mano de Dios con flores mil;

Y al ver á Julia, flor esplendorosa,
Que luz y aromas lleva de sí en pos,
Pajarillo humillado ante la rosa,
Rendirá culto á la mujer hermosa,
Obra acabada del poder de Dios!

Bogotá, 1855.

¡QUÉ VIEJO SOY!

Á MI SOBRINA ANITA

¡Imposible creerlo! — Del bautismo
En la fuente sagrada ayer no más
Recibiste la unción del Cristianismo...
Tú, á buen seguro, no te acordarás.

Ayer no más, dormida en mi regazo,
Pimpollo sin olor, flor en botón,
La fe de Cristo te ofreció su abrazo
Y cubrió con su cruz tu corazón.

Yo abandoné la luz del patrio cielo,
Dejé el cariño de mi amante hogar,
Y en otro clima y en extraño suelo,
Ave sin nido, resolví volar.

Veinte años pasaron!... Hoy regreso
Cambiado, viejo ya, muerto al placer;
Y con abrazo esquivo, y sin un beso,
Saludo al ángel, hecho ya mujer.

¡Qué mudanza tan grande! — Los despojos
Tan solo traigo de lo que antes fuí,
Y encuentro ardientes en tus lindos ojos
El fuego y la expresión que ya perdí.

¡Cuál transforman los años! — ¡En sus alas
Baja y se eleva la mundana grey!
Hoy vistes tú sus primorosas galas;
Yo llevo su mortaja... — ¡Esa es la ley!

Se descubre en mi faz su helada huella,
Y al rigor de la edad llevo mi cruz...
Tú estás lozana y fresca, alegre y bella,
Y el sol de la ilusión te da su luz.

Esta es la vida, Anita. — Acá en la tierra
Los seres viven en perpetuo afán :
Nacen, crecen, batallan, y en la guerra
De esto que llaman vida, á morir ván.

Por eso tú, como lucero hermoso,
Tu luz confundes con la luz del sol;
Por eso yo, reflejo nebuloso,
No tengo luz, ni fuego, ni arrebol!

Dios sabe lo que hace. — El paraíso
Disfruta de tu fresca mocedad;
Mientras que yo, hastiado ya y remiso,
Sigo la senda de mi nueva edad.

Cartagena, 1875.

EN FAMILIA

Á MIS QUERIDOS HIJOS

Pues que estamos en tiempo
De los exámenes,
Traigo para mis hijos
El premio grande.
Y no exajero,
Que es un premio que vale
Lo que no tengo.

Vengan á disputarlo
Mis cuatro chicos;
Pero nada de zambra
Ni de alaridos:
Vengan en forma,
Sin más armas en mano
Que sus diplomas.

Aquí no hay distinciones,
Ni preferencias;
Que el amor de los padres
Justo es que sea;
Y hasta el adagio,
Que « obras son amores, »
Dice bien claro.

Vengan, pues, mis *cachifos*,
Uno por uno,
Que por hoy no conviene
Tenerlos juntos;
Sus libros traigan,
Que esos son los cañones
De esta batalla.

Á la lucha, muchachos!
    Sonó la hora
De poner en tortura
    Genio y memoria!
    Yo les ofrezco
Que se gana un tesoro
    Quien gane el premio.

Aquí lo tengo oculto
    Bajo el pañuelo;
No es cosa de oro ó plata,
    Tampoco es juego;
    Ni se figuren
Que son piedras preciosas
    Blancas ó azules.

Es como dijo « El Duende »
    Multum in parvo;
Cofrecito con joyas,
    Pero sin fausto.
    Su valor todo,
Es el valor intrínseco
    Que tiene el oro.

Vamos á ver, muchachos,
    Quién se lo lleva:
Yo le doy al que gane
    Cinco pesetas!
    Arriba, niños!
Aquí tengo tapado
    Todo un prodigio!

Pues, señor, allá viene,
    Muerta de risa,
Muy galana de bucles,
    Mi hija Pepita;
    Pero no crea
Que por su linda cara
    El premio lleva.

Tiene en la diestra mano
Doblado un pliego;
Es el primer diploma
De su colegio:
También presenta
Un escudo que dice:
« Por excelencia. »

Más allá, mesurando,
Viene tras ella
El mayor de mis hijos...
Justo es que venga!
Que él, más que todos,
Comprender puede el precio
De mi tesoro.

« — Ahora bien, Joaquincito, »
Le digo serio,
« Como el mayor de todos,
Como el primero,
Estoy seguro
Que traerá mil títulos
Para el concurso. »

Él entonces me entrega,
Medio azorado,
El diploma de estilo,
Todo dorado;
Y un libro bello
Con el nombre y la firma
De su maestro.

Iba á felicitarle
Por sus trofeos,
Cuando de un terremoto
La impresión siento:
Era mi Antonio,
Que de mis cuatro diablos
Es el demonio!

Es el tal un chiquillo
Que va á la escuela,
Más por tenerle lejos
Que porque aprenda.
Juzguen ustedes
¿Cómo dará al concurso
Lo que no tiene?

Sin embargo, presenta
Treinta y dos *buenos,*
Diez planas de palotés,
Y un libro nuevo
Que no se sabe
Por qué gracia le dieron
En los exámenes.

El menor de mis hijos
Es tán pequeño,
Que no sabe ni el cristus
Del alfabeto;
Por cuya causa
No podrá tomar parte
En la batalla.

Confrontando los títulos,
Y los diplomas,
Los palotes del uno,
Los de la otra,
El libro bello
Que el autógrafo tiene
De un buen maestro;

Y tomadas en cuenta,
Como es debido,
Las edades exactas
De cada niño;
Falló el Jurado
Que por los tres, vencido,
Quedaba el campo.

Hallando que los méritos
Eran iguales :
Aplicación, talento,
Porte y edades ;
Todos creimos
Que, á elección dar el premio,
No era debido.

Á la práctica vieja
De los sorteos
Ocurrimos entonces,
Como más cuerdo ;
Y en papelitos
Al punto los tres nombres
Fueron escritos.

Metidos los tres rollos
En mi sombrero,
Dije á mi buena Anita :
« Saca el primero !
Y sepan todos
Que el que primero salga
Gana el tesoro. »

Mete la mano Anita,
Con miedo horrible,
Porque el amor de madre
No tiene límites :
Ella querría
Sacar á los tres juntos...
¡Pobre de Anita!

Al fin, como picada
Por alacranes,
Saca la mano aprisa
Y el papel cae...
¡Cosas del diablo!
El diablillo de Antonio
Sale premiado!

Era de ver la cara
De mi Pepita,
Que por ser entre todos
La mujercita,
Tiene costumbre
De que todos la mimen
Y hasta la adulen.

De Joaquín... no se diga,
Se quedó mústio;
En tanto que el diablillo
Saltó de gusto:
La pobre madre
Vió marchitas las rosas
De su semblante.

Y hasta el más chiquito,
Viendo aquel cuadro,
Ni acertaba á reirse,
Ni á verter llanto.
El pobrecito
¡Quiere tánto á Pepita
Y á Joaquincito!

Viendo yo aquella escena
Tan lamentable,
Resolví dar al drama
Su desenlace:
Alcé el pañuelo...
Y mostré ante el concurso
Mi rico premio.

Era un pobre librito
De humilde traza;
Lomo de tela oscura,
Pasta ordinaria;
Y ni siquiera
Indicaban su título
Doradas letras.

Al ver los muchachos
Tánta pobreza,
De encontrados afectos
Hacen mil muecas;
Y hasta mi Anita
Exclamó con enfado:
« ¡ Qué porquería! »

Antonio, el agraciado,
Viendo aquel premio,
Nubló los arreboles
De su contento;
Y ni siquiera
Recibir lo ganado
Su mano intenta.

Yo, ante aquella mundana
Fotografía,
Como buen perro viejo
Solté la risa.
Abrí mi libro,
Y mostré á la familia
Lo que iba escrito.

Ni todo lo que brilla
Resulta oro,
Ni el harapo del pobre
Es mugre sólo:
Hay cierto mérito
Que no está en la corteza,
Sino por dentro.

Era mi pobre libro
Valioso obsequio
De un hombre virtuoso,
Sabio y modesto:
Su primer foja
De su puño contiene
Lo que va en copia:

« Para que usted lo obsequie,
Mi buen amigo,
Al que menos merezca
De sus hijitos. »
Y al pié su firma,
Que por sí sola vale
Más que la China.

¡Qué cambio tán notable
Tuvo el concurso!
¡Qué distintos afectos
Noté por turno!
El buen Antonio
Me arrebató su libro
Con alborozo.

Entonces á mi Anita
Le hice el recuerdo
De algo que yo le dije
Cuando soltero:
« Caja cerrada!
Que así juegan los niños
A la tapada. »

Si yo hubiera de darle
Al agraciado
Los tesoros de Creso
Tán ponderados,
Menos daría
Que dándole ese autógrafo,
Con esa firma.

Guarda, Antonio, tu libro
Como un tesoro,
Y si el tiempo lo rompe,
Guarda el autógrafo;
Que ante esa foja,
No hay Potosí que valga,
Ni Californias [1].

Bogotá, 1874.

1. La dedicatoria copiada tenía esta firma: « PEDRO FERNÁNDEZ]
Tal vez la última que puso de su puño este eminente americano.

VANIDAD DE VANIDADES

En una gran ciudad, centro ostentoso
Del lujo y la molicie cortesana;
De esas ciudades donde el sexo bello,
No sabiendo llenar su misión santa,
Se hace el demonio del hogar doméstico,
En vez de ser el ángel de la casa,
Rivalizaban en rumbosos trenes
De la alta sociedad dos ricas damas.

Si hoy Leonor ostenta en su tocado
De oro, perla y coral regia guirnalda,
Mañana Elena, su rival preciosa,
Pondrá en el suyo trenzas de esmeraldas.
La cachemira, el raso, el terciopelo,
El bramante de seda, la aérea gasa,
Los adornos de armiño, plata y oro,
El rico encaje y la florida falda,
Corpiños de tisú, flecos de seda,
Sobrepuestos de tul, vinchas de indiana,
Son recursos vulgares que en la lucha
Ni descubren esfuerzo ni dan fama.
Los diamantes, la turca, la amatista,
El ópalo y rubí, ya no son armas
Que en los recios combates del Orgullo
Den á la Vanidad triunfante palma.
Nada la Moda en su capricho inventa
Que no quemen las dos en sus batallas,
Y en el dosel do la Elegancia reina
Estrellas son que viva luz derraman.

Pero viendo melladas en la lucha
Las que el honor permite nobles armas,

A las que son vedadas, por indignas,
Coléricas y ciegas se avalanzan:
El soborno, la astucia, el torpe dolo,
La corrupción, la intriga y toda infamia
Se juegan como ardides en la guerra
De que Elena y Leonor son capitanas.

Versátil la Victoria se deleita
En agitar el fiel de su balanza;
Y si hoy corona de laurel á una,
A la otra de laurel cubre mañana.
En la éra de mi cuento el sol de gloria
Sobre el campo de Elena destellaba,
Y la infeliz Leonor se retorcía
En parasismos de vergüenza y rabia.
Los que conozcan esa fiebre ardiente
Con que el orgullo nos enferma el alma,
Podrán juzgar lo que pasaba entonces
De esa pobre mujer en las entrañas:
Su cabeza se ardía; por sus venas
Corría, en vez de sangre, fuego en llamas;
Sus ojos, dónde afluye aquel incendio,
Centellas de coraje disparaban:
« Cómo vencer? » decía, « ¿de qué modo
Podré á mi afrenta dar digna venganza?
¿Cómo humillar y escarnecer, rendida,
A esa odiosa mujer que me avasalla? »
Colérica é impaciente recorría
Los inmensos salones de su estancia,
Sudando á chorros el sudor del odio,
Tragando á tragos la saliva amarga
Que pone sobre el labio del despecho
La emoción y el calor de la desgracia.
Mas se detuvo al fin... El fresco labio
Mordió sin ira; vanidosa y franca,
Una aciaga sonrisa dió á su rostro
Todo el tinte feroz de la amenaza;
El fuego de sus ojos descubría
Todo el volcán que le abrasaba el alma.

« Hoy es lunes, » decía, « tengo tiempo
De dar y de ganar otra batalla;
En los seis siglos de amargura y mengua
Puedo lavar mi herida y áun curarla...
¡Que preparen mi coche! — Aceleremos
La hora feliz de mi feroz venganza! »
Y poniendo por obra sus designios
Recorrió calles, visitando fábricas,
Talleres de dibujos y modistas,
Almacenes y tiendas de gran fama,
Lapidarios, joyistas, peluqueros,
Ventas de novedad y de antiguallas...
No quedó del Capricho y de la Moda
Nada que esa mujer no escudriñara;
Todo prolijamente lo inquiría;
La intriga y el soborno puso en planta;
Y por fin descubrió que, entre mil dijes,
De gusto y de esplendor y de elegancia,
Recamado de rica orfebrería,
La victoriosa Elena preparaba
Un rico traje de preciosa tela,
Nuevo y raro color, pintas extrañas,
Para asistir á la ostentosa fiesta
Que debe dar Leonor esa semana;
Y allí, sobre su trono, y en presencia
Del cortejo de amigos que la ensalza,
Darle en el corazón tán honda herida,
Que todo nuevo esfuerzo la evitara.

« No habrá cuartel! » decía, y al instante
Del nuevo mundo en pos se puso en marcha;
La fe del gran Colón no fué más viva
Que la que puso fuego en aquel alma!
Compró los restos de la hermosa tela,
Los adornos compró que allí quedaban,
Y, encargando sigilo al fabricante,
Voló alegre y feliz para su casa...

¿Qué infernal pensamiento habrá prendido
En aquella cabeza atormentada?
¿Qué diabólico plan tendrá en su mente

Esa infeliz mujer que el vicio arrastra?...
Fué un misterio. — Llegó la ansiada noche:
Soles de inmensa luz todo lo abrasan;
Los estucos de mármol, bronce y oro
El resplandor reflejan de las lámparas;
Plegadas, caprichosas colgaduras
Quiebran el tornasol de las ventanas;
Anchos espejos de brillante luna
La rica faz de aquel edén retratan;
Mullidos muebles de escarlata y oro,
Festones de cristal, grupos de arañas,
Pebeteros de esencias exquisitas,
Bosques espesos de camelia y dalia,
Hacen de los salones santuarios
Destinados al dios de la Elegancia.
Ya se agrupa el concurso: todos miran
Con respeto y pavor la liza franca,
Dónde las dos rivales, muy en breve,
Van á librar su postrimer batalla.

De admirar era el plácido donaire,
La amable risa y la feliz mirada
Con que Leonor acoge á sus amigos,
Sin dejar traslucir temor ni ansia.

Un notable murmullo en el concurso,
Anunció á todos que el conflicto estalla:
La venturosa, la triunfante Elena
Va á oscurecer la luz de aquella Alhambra.
¡Qué felices contrastes descubría
En su lindo tocado! — ¡Cuánta gracia
En el regio vestido y los adornos
Que decoraban la elegante falda!
¡Qué primores de perlas y diamantes
En el turgente pecho y la garganta!
Al herirla la luz, monte de fuego,
Sol que su propio sol iluminaba,
Parecía esos grupos de luceros
Que alegran la alta noche y la acompañan.
Llegó risueña, con mirar templado
Y en ademán de paz... ¡Qué hermosa estaba!

Pero no bien en el sangriento campo
Con denuedo gentil puso la planta,
Cuando todos notaron que en sus ojos
Nubló la luz una emoción extraña:
Palideció su rostro y, contraido,
Mordió su labio en ademán de rabia;
Quiso avanzar... y se rindió al esfuerzo;
Quedó sin luz y tambaleó azorada;
Y al sofocante ambiente de la afrenta
Sintióse ahogar... el aire le faltaba!
Iba en tierra á caer, cuando sus brazos
La tendió su rival que la acechaba.

La confusión fué horrible! Pero inmensa,
Superior al conflicto la venganza!
La hermosa tela del hermoso traje
Era igual al tapiz de la ancha sala;
Igual á las plegadas colgaduras
Que quebraban la luz de las ventanas;
Los muebles todos, y aún la alfombra misma
Cubiertos ¡ay! con esa tela estaban!...
Cuando alzaron á Elena, parecía
Que todo en el salón se levantaba.

Honda, 1858.

¡VIVA COLOMBIA!

EN EL « LIBRO ESPEJO » DE LA SEÑORA Dª LASTENIA SOFFÍA DE SOFFÍA

« Viva Colombia! » tu graciosa mano
Imprimió en esta página, y en ella
« Viva de Chile la envidiable estrella, »
Agradecido exclama un Colombiano.

Cumpla el pueblo chileno su destino:
Orgulloso y feliz con su victoria,
Levante de la paz el blanco lino,
Oriflama de más perpétua gloria;
Mida con vara propia ajeno sino;
Brille por la clemencia su memoria;
I como noble pueblo americano
Alce y abrace al pueblo peruano.

Bogotá, 1881.

QUIEN MÁS MIRA, MENOS VÉ

Ver sin mirar es arte
De las mujeres;
Mirar sin ver defecto
Que el hombre tiene.
Cosa es sabida
Que en la mirada siempre
No está la vista.

Conocida estrategia
Del que batalla,
Es poner del contrario
La vista en Babia.
El mismo rayo
Nunca sigue la huella
De su relámpago.

Por eso en este mundo
Pierden la pista
Los que ponen directa
La puntería.
No es paradoja:
El que vé lo que mira,
Su vista acorta.

Si con mirar se viera,
No hubiera ciegos,
Que, sin ver, ellos miran
La luz del cielo;
Y en su ceguera,
Con los ojos del alma
Ven lo que anhelan.

Si yo hubiera de verte,
    Tu faz mirando,
La mirada y la vista
    Llevaran chasco;
    Que no es tu rostro
El espejo que muestra
    Lo más hermoso.

Por eso no te miro,
    Mi tierna Lola,
Que mirarte y no verte
    Me da congoja.
    ¡ Cosa inaudita !
Que do está la mirada,
    No esté la vista.

Bogotá, 1856.

CAPRICHOS DE NOVIA

Á EMILIA

Tu nupcial antojo, Emilia,
Me ha puesto fuera de quicio...
Sí, señor, es mucho oficio
Que con nada se concilia,
Pretender que así, en familia,
Y por distraer el rato,
Haga la tinta nitrato
Y máquina mi tintero
Para que, de cuerpo entero,
Saque tu lindo retrato.

Luego, ese blanco atavío
De las novias uniforme,
No está, Emilia, muy conforme
Con el aparato mío.
Pareces muerta de frio;
Opinión que en mucho abona
Esa pálida corona
Que pliega el blanco crespón...
¿Cómo podrá el colodión
Resucitar tu persona?

Además, yo no sé en dónde
He leido una conseja,
Que con enseñanza vieja,
A tu capricho responde :
Preguntóle á un viejo conde
Una joven desposada

Si, cual antes de casada,
Su hermosura conservó,
Y el conde la respondió
Con la siguiente balada :

« El espejo discreto
Para una esposa,
Cuando saber quisiere
Si áun está hermosa,
Es conocido :
Son los amantes ojos
De su marido. »

Bogotá, 1881.

EPITALAMIO

IMPROVISACIÓN

Liga el dios del amor dos corazones,
Y de dos voluntades hace una;
Hace común placeres y aflicciones,
Hace común desdichas y fortuna;
Y mezclando diversas emociones,
Que en emoción común funde y aduna,
Parodia una vejez, que es siempre nueva;
El idilio de amor de Adán y Eva.

De ésta hermosa parábola el ejemplo
Lo tenemos aquí. — Consustanciales,
Han fundido sus almas en el templo,
Al calor de sus votos terrenales:
¡Milagros del amor! Yo los contemplo
A la luz de sus júbilos nupciales,
Renovando, con fe de honrado pecho,
El mismo juramento que hoy se han hecho.

¡Quiera Dios que á la sombra de esa vida,
Que predice el amor y la fe alienta,
Podamos ver la predicción cumplida
Que la dulce parábola nos cuenta!
¡Felices, cuanto cabe en la medida
Del goce humano, que el encanto aumenta,
Derramen en nosotros, sin usura,
Lo que debe sobrar de su ventura!

Bogotá, 1875.

EL ADIÓS DEL PROSCRITO

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA ANA L. VILLAMIL

Tu libro en el instante doloroso
En que voy á dejar esta ribera,
Me ofrece la ocasión triste, severa,
De dar mi adiós á un pueblo generoso.

Aquí lo guardará tu álbum hermoso,
En esta muda página postrera;
Que el adiós de un proscrito bien pudiera
En un lugar mejor ser enojoso.

Un álbum es un cofre de primores;
De cariños y amor urna preciosa;
Es un ramo bellísimo de flores,
Puesto en el seno de una niña hermosa;
Y éste mi triste adiós, con sus dolores,
Será en tu ramo humilde zarzarosa.

Guayaquil, 1877.

YA NO TE QUIERO[1]

Un tiempo fuiste el alma de mi alma,
Mi primera pasión, — mi amor primero;
Hoy ya no tengo fe, no tengo calma:
Ya no te quiero!

El juramento que me hiciste, ingrata,
No fué, no ha sido, no será sincero;
Y yo por eso, aunque el pesar me mata,
Ya no te quiero!

Limosna hacerme de tu amor quisiste...
¡Era por cierto un don bien lisonjero!
¡Amor por caridad! — ¡Qué amor tan triste!
Yo no lo quiero!

Jamás olvido tu primer caricia,
Trasparente disfraz de un desdén fiero:
No más halagos, no; su agria delicia
Yo no la quiero!

No quiero amor verdugo del decoro,
Ni ser imán de un corazón de acero;
Si antes te amé, mi desencanto adoro:
Ya no te quiero!

Tú me dirás: «¿Qué importa? Yo tampoco
Te quiero ya; mi libertad prefiero.»
Quedemos libres, — la igualdad invoco:
Ya no te quiero!

Cartagena, 1838.

1. Sin desconocer la simplicidad de esta composición, la publicamos como **la muestra típica** del poeta niño.

LA CORONA DE ESPINAS

Basta, por Dios! Olvida que hubo un día
En que transido el corazón de amor,
Canté con alegría
Tu hermosura gentil, — la pasión mía,
Que fué, más que pasión, funesto error.

Olvídalo, Edelmira : — yo no quiero
Decir al mundo lo que hiciste tú :
Olvidarlo prefiero,
Que es el olvido sombra en dónde espero
Guarecer del naufragio tu virtud.

Tu virtud! — Yo no sé por qué hoy no brilla
Ese sol de salud sobre tu faz :
Pálida tu mejilla,
Parece reflejar de una mancilla
El tinte impuro y áun su roce audaz.

No sé que advierto en tí. — Cobarde, inquieta,
Tu mirada no encuentra donde estar :
Mal compuesto y ajado
El rico trén de espléndido tocado,
Parece luz que alumbra un funeral.

¿Qué ha pasado por tí? — ¡ Frunces el ceño
Y el blanquecino labio muerdes!... ¡ oh!
¡ Ojalá fuera un sueño!
¡ Ojalá en brazos de un indigno dueño
Te viera amante, pero impura... nó!

¿Qué tienes, Edelmira? — Esos sonrojos
Que llevan á tu faz su confusión,
El llanto de tus ojos,
No son del desamor tristes despojos...
De deshonra y vergüenza signos son!

Silencio! sí... silencio! — Que no sepan
Dónde la úlcera está que la ha matado:
Que no alcancen á ver su rostro ajado,
Que no alcancen á ver mudanza tal.

Ella no fué!... No fué! — Tamaña falta
No estaba en el crisol de su inocencia,
La corrupción del siglo hizo violencia
En el crisol del bien, y brotó el mal.

Atrás! — Atrás, impúdicas mujeres,
Que cual de igual á igual la estáis mirando;
Aun no ha muerto su fama. — Está brillando
De su propia desgracia bajo el sol!

Atrás! Las que con risas de desprecio
Pretenden castigar eso que ignoran:
Si sóis buenas, llorad! que las que lloran
Ganada tienen la mansión de Dios!

Honrad la desventura, que ella exije,
Como toda desgracia, su homenaje;
No alcéis al que sucumbe con ultraje,
Si luz de todo bien es la bondad.

El mismo Dios al amparar la adúltera
Dijo á la multitud: « Piedras afuera!
Tire, quien ose hacerlo, la primera;
Si es que impecables sóis, la prueba dad! »

Bogotá, 1857.

EN EL ÁLBUM DE SARA

Estabas tan preciosa anoche, Sara,
Que eras la luz, el son de nuestra fiesta;
Donde llegabas tú todo era vida,
Dónde no estabas tú — todo tinieblas.

Las otras compañeras de tu triunfo
Astros opacos á tu lado eran;
Si reflejaban luz — era la tuya
Que alumbraba su séquito de estrellas.

¿Pero acaso era sólo tu hermosura
Lo que daba prestigio á tu belleza?
Yo voy á ser el eco de mil voces
Y á decir, Sara, la verdad entera.

Muchos al escribir en este álbum
Graciosa te dirán, — te dirán bella,
Que en el rico cestillo de una hermosa
No poner una flor mal gusto fuera.

Pero, infeliz de mí! si yo tan sólo
Lo que ven los demás nada más viera,
Que ha puesto Dios en tu precioso seno,
Más que en tu hermosa faz, mucha belleza.

El vulgo encomiará tus ojos negros,
Tu suave tez de rosa y azucena,
La majestad de tu divino talle,
Y la sonrisa que en tus labios juega.

Pero yo que he mirado más adentro,
Que he visto el corazón tras la corteza,
Quiero ensalzar en íntimos cantares
Esos dones que sólo Dios dispensa.

Quiero cantar el alma de tu alma,
Su belleza gentil, mucho más bella
Que tu rosada tez, tus negros ojos,
Tu enhiesto talle y tu sonrisa leda.

Allí está, Sara, tu esplendor divino,
Esa luz pura que tu faz refleja;
Por eso quiero en el altar del alma
Poner, humilde, mi modesta ofrenda.

Medellín, 1845

Á DELINA

Perdóname, Delina, si acaso atribulado
Con lúgubres historias renuevo tu pesar;
Perdóname, si es cierto que al fin me has olvidado,
Que tu infeliz sosiego me atreva á perturbar.

¡Es tánto lo que sufro! — Son tántos y tán fieros
Los vértigos que asaltan mis horas de dolor,
Que llego á imaginárme que son menos severos
Cuando recuerdo á solas memorias de tu amor.

No pienses que es mi intento culparte de inconstante
Ni que de ingrata ó falsa la acusación te haré;
Yo sé cuánto padece tu corazón amante
Con los recuerdos tristes de nuestro amor... lo sé!

Yo sé que allá en tu pecho los hielos del olvido
No alcanzarán siquiera las llamas á entibiar;
Yo sé, preciosa mártir, cuán fina me has querido;
Yo sé cuánto padeces, Delina angelical!

Si en medio de sus penas, altivo y vanidoso,
Quisiera sus victorias contar mi corazón,
Muy fácil le sería, matando tu reposo,
Mostrar en tu semblante las huellas de tu amor.

Pero hay en nuestra suerte misterios tan profundos;
Son tan inesperados los golpes que nos da,
Que al ver que los redobla terribles, iracundos,
Me inclino ante la mano que mueve el huracán.

¡Oh! si mirar pudieras la dolorosa herida
Que sufre resignado mi corazón leal!...
Si vieras cuán amargas se pasan de mi vida
Las horas de la ausencia... tuviérasme piedad!

En esas horas tristes, sin luna y sin estrellas,
Me asaltan mil recuerdos, reliquias de tu amor;
Recuerdos venturosos de la época en que, bellas,
Mis horas alumbraba de tu cariño el sol.

Tal vez esos recuerdos que endulzan hoy mi vida,
Que encierran la esperanza de un porvenir mejor,
Serán para tí sombras de una época perdida,
Memorias olvidadas que ya no tendrán voz.

Tal vez... ¡Oh! no, Delina! — Perdona el arrebato
Que agita y enloquece mi espíritu febril:
Que ya me has olvidado, me dicen, é insensato
En la calumnia busco cadalso para tí!

Si llega por desgracia de inmolación mi día,
Si el tiempo borra airado mi nombre de tu altar,
Por compasión te pido que alivies mi agonía
Poniendo, en vez de olvido, tu enojo por dogal.

Así podré á lo menos mirar tus ojos bellos
Resplandecer airados de ciega indignación;
Pero esos resplandores, serán al fin destellos
De una pasión injusta... mas siempre una pasión!

Perdóname, Delina, si acaso inadvertido
Con lúgubres historias renuevo tu pesar;
Perdóname si acaso, por la sospecha herido,
Tus nobles sentimientos calumnio sin piedad.

Si sufres como sufro, — si sientes como siento,
Bendita la memoria de tan valiente amor!
Si ya me has olvidado... disculpa el sentimiento
Que pone en mi pupila su gota de dolor!

Antioquía, 1845.

LA LOCURA DE AMOR

Allí van : son dos gotas de rocío
Que el efluvio formó del Oceäno;
Dos ángeles gemelos
Que hacen pruebas de loco señorío,
Y dados de la mano
Quieren, sin alas, remontar los cielos.

Ella más que él audaz en la carrera
Va por el verde otero,
Como flecha ligera
Que arrojó el arco con impulso fiero;
Engreida y voluble mariposa,
Remontarse querría
A la altiva región de las estrellas,
Que como diamantillos
Forman el cerco de la luna hermosa,
Por ver si dos de ellas
Le sirven en su insana fantasía
De femenil adorno en sus zarcillos.

Parodia eterna de la eterna historia
Del Edén primitivo;
No hay una edad de más completa gloria
Para la raza humana; es la dulzura,
Sin mala mezcla, del placer esquiva;
Es ambrosía pura
Bebida en copa de naranjo y rosa;
Idilio tierno, amante,
Que nos trasporta de la tierra al cielo;
Época venturosa,
En que las flores que regala el suelo
Se vuelven al instante
Cadenas de opresión que el hombre lleva,
Como aquellas que á Adán le impuso Eva.

Allí van: son dos vidas que una vida
Resume en sus deliquios y quebranto;
En una alma otra alma confundida;
Dos lágrimas que llora un mismo llanto.
Dó quiera que va ella
Se ven dos cuerpos y una sola sombra;
Del césped en la alfombra
Se ve de ajenos piés la misma huella.
¡Insólito egoismo
Que de dos existencias hace una!
¡Milagros del amor que Dios bendice
En el nupcial bautismo
Que da á la humanidad forma y fortuna!...
¡Quiera Dios que esos lazos
No vuelva el desamor ¡ay! pedazos!

Dios y su voluntad los tiene unidos;
Amor y juventud los encadena;
En piélagos de dicha confundidos
Prefieren el naufragio á ver la arena
De la playa cercana;
En su dulce aislamiento
No piensan en ayer ni en el mañana;
Se figuran, ilusos, que en el mundo
No hay más placer, ni goces, ni contento
Que los que apuran en su mar profundo!...

. . . .

La unión que amor bendijo, bendigamos,
Hoy que es apenas de ilusión emporio;
Bendigamos mañana el lazo eterno,
Que el fastidio ha cambiado en purgatorio:
Pero más adelante no vayamos,
Porque al fin encontramos
Que el fino amor, no obstante ser tan tierno,
Suele hacer su reinado nugatorio,
Al convertirlo el diablo en un infierno.

Bogotá. 1855.

Á VICTORIA

Quien te puso ese nombre
Fué un adivino,
Que ese nombre de reina
Te era debido.
Cuando te veo
En los aires columbro
Corona y cetro.

Si tu nombre tomamos
En absoluto,
¿Quién no ve que te llevan
Siempre en triunfo?
Eres, Victoria,
Por activa y pasiva
Signo de gloria.

Lima, 1877.

MI ÚLTIMA PRENDA

Á ISABEL

Óyeme por vez postrera,
Mujer que yo quise un día,
Y á quien un tiempo decía
Dulces palabras de amor.

Si apesar de los agravios
Que me has hecho, y que perdono,
Mi última canción entono
Sin cólera y sin dolor,

Es que á pasados favores,
De época que olvidaremos,
Ambos, Isabel, debemos
Una memoria final.

Y yo, como el agraciado
Por tánta y tánta terneza,
Debo hacer una fineza
A mi éra primaveral.

Voy, pues, á darte un consejo,
Porque ese consejo sea
La más provechosa idea
Que ofrezca á mi desamor:

No hagas de tu falsedad
La gala que estás haciendo,
Porque así vas destruyendo
El caudal de tu pudor:

Si por un error ó cálculo
Fuiste ingrata á mis amores,
Cuida ganar en honores
Lo que en honor perderás :

Mantén oculto en la sombra
Y al calor del sentimiento
Todo nuevo juramento...
El que has hecho, y los que harás :

Tu hermoso nombre, tu fama,
Tu fama, que es lo primero,
No la des al aire fiero
De la mundana opinión.

Que allá en sus oscuros vórtices
No solo el deshonor mata ;
Pues también duele y maltrata
La úlcera del corazón.

Sin cólera y sin pesar
Te ofrezco mi adiós postrero...
¡ No recuerdes el primero,
Que es muy triste recordar !

Sigue, Isabel, el consejo
Que en gaje final te he dado :
Olvida lo que ha pasado
Sin cólera y sin pesar.

Cartagena, 1838.

ORIENTAL

EN UN ÁLBUM

Hay en el mundo un mundo fabuloso
Que tiene un cielo de ópalo y carmín,
Un sol de fuego, límpido y precioso,
Y una brillante luna que el reposo
De sus horas de amor vela sin fin.

Allí galana, eterna primavera
Duerme el más dulce sueño en el jardín;
Y en su rizada, alegre cabellera
Rien la risa de la edad primera
La turca rosa, el árabe jazmín.

Las auras de la tarde embalsamadas
Bañan de aroma el nítido cristal
De bulliciosas aguas destrenzadas;
Hebras de hilo de plata destinadas
Para lujo del sauce y del nogal.

Allí la voz de alegre pajarillo
Dulce concierto de los aires es;
Himnos de amor exhala el jilguerillo,
Ya en la risueña palma del tomillo,
Ya en la llorosa copa del ciprés.

Allí se ven de mármol, jaspe y oro
Alcázares de regia excelsitud,
Y entre los pliegues de obelisco moro
De seda y gasa osténtase un tesoro,
De perlas y diamantes multitud.

Allí se duerme en lecho recamado,
Sobre plumas de turca y ruiseñor;
Allí se duerme el sueño regalado
Que ofrece pebetero cincelado
En que se quema el ámbar del amor.

Allí se mira á la agarena hermosa
Muellemente dormida en un cojín;
Sobre cada mejilla hay una rosa,
Y en su mirada célica, donosa
Se refleja la luz de un serafín.

Allí se vé la altiva circasiana
Con su elevada frente de marfil:
Nieve en su cuello y en sus labios grana,
Brilla en sus ojos limpia y soberana
La ardiente luz de nuestro sol de abril.

Allí también la flor de Andalucía
Voluptuosa y gentil se ve brillar:
Tiene en su faz un cielo de alegría,
Y, reina del harén, lucha, porfía
Y hace al sultán postrarse ante su altar.

También allí modesta nazarena,
Triste, prendida al hierro del harén,
Destrenzada en el seno la melena,
Llora al triste compás de su cadena
El fruto de su indómito desdén.

Paraiso feliz! Bella guirnalda
Que se ciñe en la frente un musulmán!
Sus palmas son penachos de esmeralda
Que de la Alhambra en la lujosa falda
Sombra y frescor al Agareno dan.

Los bardos llaman á ese mundo Oriente,
Maravilla de lujo y de placer;
Y entre tánta grandeza y lujo tánto,
En su precioso, enamorado canto
Adorada cual dios es la mujer!

Mundo de Oriente, excelso panorama,
Tu orgullo, engaño : — error tu vanidad!
Ven á mi Oriente cuyo seno inflama
De ardiente sol la abrasadora llama
Para alumbrar al Dios de la Verdad.

Mundo de Oriente, ven, esta Granada
No es la Granada de tu rey Boabdil :
No tiene Alhambra de oro decorada
Ni muros, ni obeliscos, ni engastada
Se ve en un rey la efigie de un reptil.

No tenemos harém. — Nuestras doncellas
No son mudas esclavas de un sultán!
Si reinas hay en nuestro Edén son ellas,
De nuestro cielo fúlgidas estrellas
Que vida y luz á nuestros ojos dan.

Aquí está nuestra Córdoba. — Dormida
Al pié del alto Monserrate está!
La frente tiene de arrayán ceñida,
La arrulla el aire que su monte anida...
Despierta de tu sueño, Bogotá!

Ven, altivo Agareno. — De mi Oriente
Goza la luz. — Mi cielo en su esplendor
Va á halagar tánto tu glacial fiereza
Que olvidando tu Oriente y su grandeza
Confieses ya tu vanidad, tu error!

Ven, altivo Agareno. Ven y admira
Á Bogotá, nuestro modesto Edén;
Aquí el aroma de la flor se aspira
Mágico y puro, y la voluble lira
Del pintado turpial se oye también.

Ven, altivo Agareno. Ven y goza
En primavera nuestro cielo azul;
Ven á sentir esa emoción medrosa
Del ronco trueno en noche tenebrosa,
Rasgando el rayo el pavoroso tul!

Ven, altivo Agareno. Ven, inflama,
Nuestras aguas al ver, tu corazón!...
Manso arroyuelo duerme aquí en la grama,
Y el trueno allá del ronco Tequendama
Se estrella contra el rústico peñón!

Ven, altivo Agareno. La belleza
En rostro de ángel hallarás también;
Ven á admirar el celestial encanto
Del serafín en cuyo libro canto,
Eva gentil del bogotano Edén!

Ven y admira mi musa inspiradora,
Flor trasplantada, orgullo del pensil!
Nieve en su cuello y en sus labios grana,
Brilla en sus ojos limpia y soberana
La ardiente luz de nuestro sol de abril!

Ven á admirarla, sí! Púdica y bella,
Brilla en su faz un sol de juventud;
Reina de la elegancia y los amores,
Su casto seno es un verjel de flores
Que fecundiza el sol de la virtud.

Ven á admirarla, ven; y á ese tu mundo,
Á ese tu hermoso Oriente díle adiós!
Que para gloria de mi hermoso Oriente
Voy á ofrecer un turco penitente
Llevado por un ángel hasta Dios!

Bogotá, 1857.

EN EL ÁLBUM DE AURELIA

El mes entrante hará un año
Que á impulso de mi cariño,
Como prenda de regreso,
Puse mi firma en tu libro;
Y has sido, Aurelia, tan buena,
Que, á pesar de que la has visto
Al pié de una foja en blanco,
No te ha tentado el Maligno
Para escribir sobre ella
Lo que tú hubieras querido;
Y en blanco me la has guardado
Como un depósito mío.

Suponte que hubiera dado
Con uno de esos vestiglos
Que cansados de la paz
En el paternal abrigo,
Hubiera... ¡Dios me perdone!
En la foja blanca escrito
Un matrimonial contrato,
Ante notario y testigos,
En el cual constara, Aurelia,
Con todos sus requisitos,
Que á ser su presunto esposo
Estaba comprometido!...
¡Y mi firma al pié de todo
Para mi eterno martirio!

He reflexionado tánto,
Viendo mi firma en tu libro,
Que ya toda foja en blanco
Me produce escalofrío;

Y si hay pluma de por medio
Y algún tintero vecino,
Me da vértigos mi nombre
Y mi rúbrica ultra-tifo:
Si de esta logré escapar,
A favor de tu buen juicio,
No quiero por confiado
Arrostrar nuevos peligros:
Tú al fin me conoces bien,
Y sabes por eso mismo
Que mi firma puesta en blanco
Riesgo no corre en tu libro:
¿Qué hubieras hecho en efecto,
Aún tentándote el Maligno?
¿Girar una letra en contra
De mi anémico bolsillo?
Bien sabes tú que en metales
Somos tales los *Piringos*,
Que por honor al aseo
Cuidamos siempre de ir limpios.

¿Hubieras escrito acaso
Billete de desafío,
Arrojándome á las uñas
De algún espanta-pericos?
¡Qué chasco hubieras llevado
Por tan pícaro capricho!
Porque estoy tan aferrado
Al decálogo de Cristo,
Que he jurado no matar
Ni que me mate un mal vicho;
Quiero llevar á la tierra
Mi pobre y triste vestido
De piel, sin mancha ni roto,
Como hombre honrado y pacífico.

Á mi supuesto primero
Nunca hubieras ocurrido;
Porque tú, jóven y hermosa,
Con un porvenir tan lindo,
Por propia mano no hubieras

Preparado tu suplicio.
¡Escoger para tu novio,
Para tu cuasi-marido,
Un Colombiano que tiene
Treinta y dos años cumplidos!
Largo como un cocotero,
Como una patena limpio,
Y en ajuste personal
Medio ciego y medio vizco;
Novio, en verdad, que en amores
Nunca ha pasado del cristus;
Que en la ciencia del gran tono
Tan desaplicado ha sido,
Que en *redowa*, *straus* y *polkas*
Es otro nuevo Robinson!

Si encontrar en mí pensaras
Esmaltes de lechuguino
Te accidentaras, Aurelia,
Viendo mi ligero equipo!
¡Un cuello de porcelana
Sobre mi cuello!... ¡Dios mío!
Fuera morir de mal aire,
O emparedado en un nicho:
Los guantes de cabritilla,
Aunque de Jouvín legítimos,
Son para mis pobres manos
Dolores de reumatismo.
Los botines *in utroque*,
Esos de un punto al olvido,
Si cayeran en mis piés,
Cometieran pedicidio!
¡Qué guillotina de callos!
¡Qué prensa de lobanillos!

De *dandy* no tengo empaque,
Ni cosa por el estilo,
Soy Colombiano y muy rancio
De los de tuerca y tornillo;
Y ya ves que para novio
No corro ningún peligro.

Pero yo te prometí
Escribir *algo* en tu libro,
Y, apesar de los pesares,
Yo cumplo aquello que digo:
Vayan, pues, cuatro renglones,
Y perdona los que he escrito.

~~~~~~~~~~

Es mi cariño, Aurelia, de tal modo,
Tan grande, tan extremo y tan sincero,
Que queda dicho todo
Con repetirte, Aurelia, que te quiero!

Bogotá, 1856.
~~~~~~~~~~

Á DELINA

EN UN BAILE DE DISFRAZ

¡Qué bella estabas, Delina,
Con tu vestido oriental!
Nunca mora peregrina
Llevó con gracia más fina
Su turbante y su puñal.

Tu rostro de nazarena
Bajo el plegado atavío
De la incrédula agarena,
Se me figuró, bien mío,
La libertad en cadena.

¡Extraño capricho fué
Vestir el disfraz de mora!
Yo al punto reflexioné
Que eras mora sin la fe
Que tu fe tanto demora.

Y te juro, vida mía,
Que tus galas de agarena
No me dieron alegría;
Pues con ellas te veía
Mejor que de nazarena.

Y no hay quien con gusto pueda
Ver que una virgen cristiana
Arroja su alba de seda
Y en traje arabesco queda
Más hermosa y más galana:

Pero tú, según sospecho,
Dirás como Magdalena,
Dándote golpes de pecho:
« Mi intención, Señor, fué buena,
Aunque el hecho fué mal hecho. »

Fué un mal capricho, Delina,
Poner tu faz peregrina
De tan cristiana belleza,
Bajo la turca rudeza
De una hermosa bedüina.

¿Eres acaso sultana
Robada de algún harén,
O seducida cristiana
Que la gente musulmana
Llevaba para Salén?

¿Ó acaso eras, vida mía,
Modelo que para Oriente
La madre América envía,
Como bella fantasía
De esta tierra de Occidente?

Díme, por Dios, ¿qué pensaste
Al tomar ese disfraz
Con que tu fe calumniaste?...
¿Cuando ese puñal tomaste,
Lo hiciste con santa paz?

Que para echarla de mora
Ese arabesco vestido
Trajeras, ¡vaya en buena hora!
Pero esa arma matadora,
¿Con qué fin te la has ceñido?

De los extraños antojos
De tu capricho oriental
Sólo el puñal me da enojos;
Porque donde están tus ojos,
Está de más un puñal.

¿Ó es que el disfraz de sultana
Contagió tu corazón,
Y en odio á la fe cristiana
Te has hecho esfinge pagana
De maligna inclinación?

Arroja ese puñal fiero
Y áun ese disfraz también:
Yo Nazarena te quiero,
Que el santo aroma prefiero
De las flores de Belén.

Bella estabas, peregrina.
Con tu vestido oriental;
Pero mucho más divina
Es tu hermosura, Delina,
Bajo el cristiano sayal.

Guayaquil, 1845.

EN EL ÁLBUM DE ELVIRA

Mandas, Elvira, tu precioso libro
Para que guarde un pensamiento en él;
Pensamiento fatal de amargo duelo,
Porque te vas de mi nativo suelo,
Robándole una flor á su verjel.

Te vas, Elvira, y llevarás contigo
Al delicioso suelo á que te vas,
Recuerdos mil de gratas emociones,
Deliciosas y dulces impresiones
Que nunca ni por nada olvidarás.

Te vas! — Yo he sido en tu amistad el último,
En tu libro también último soy;
Fresca la tinta de mi canto llevas
Y palpitantes las sensibles pruebas
Que buen amigo en vez de adiós te doy.

El mismo siempre mi destino ha sido!
Va de mi dicha la desdicha en pos:
Mi adiós con mi saludo se ha juntado
Y en un rápido instante se ha pasado
Toda una eternidad.... Adiós! Adiós!

Cartagena, 1839.

AMÓ Y ESPERO

¡Ay! ¿Qué fuera de tí, corazón mío,
Si la esperanza no te alimentara?
¿Qué fuera de tu amor si no contara
Con ese sol, reflejo de otra luz?

¿Cómo vivir sin alentar la vida?
¿Cómo pensar si falta el pensamiento?
¿Cómo creer sin fe ni sentimiento?...
¡No se concibe redención sin cruz!

¡Vida sin esperanza... esa no es vida!
Que lo diga si no el pájaro errante
Que vuela y vuela, porque vé delante
La esperanza de sér, vivir, amar:

Sin la esperanza, — estúpida, indolente
La vida fuera; — caminar sin guía;
Hasta el mismo dolor se enervaría,
Hasta el mismo placer fuera un pesar.

Y el mundo ¿qué sería? — Vasto osario,
De muda y triste soledad cubierto;
Campo sin flor — erial en el desierto,
Cárcel sin luz — tribulación sin sol:

La luna de sus noches no alumbrara,
Su lucero mejor se eclipsaría;
Densa tiniebla fuera el claro día,
Espesa oscuridad su tornasol.

Esa misma belleza que enamora,
Que déspota domina tu albedrío,
¿Qué fuera para tí, corazón mío,
Sin la dulce esperanza del amor?

Te fuera indiferente: — la verías
Como se ve la flor en la pradera,
Como se ven las brumas en la esfera,
Como se ven la luz y el resplandor.

Todo sin la esperanza es humo, nada!
Todo con la esperanza resplandece!
Sin ella el sér en el no ser perece;
Con ella hasta el no ser causa ilusión!

La esperanza es el alma de las almas,
Soplo que anima el aura de la vida:
Acógete á la luz que ella despida,
Y cesará tu angustia, corazón!

Cartagena. 1840.

HOY ES TU DÍA!

Á DELINA

Hoy es la aurora de tu hermoso día!
¿Qué ofrenda digna de tu nombre hallara?
¿De qué modo, Delina, festejara
La luz preciosa que nacer te vió?

¿Qué podré darte yo, si todo, todo
Lo juzgo para tí pobre y mezquino?
¿Mis versos? — No! Que sufran su destino!
Ellos tal honra no merecen, no!

¿Qué podré darte yo? — Si ajeno fuera,
Te diera el voto de mi amor primero;
Te diera el dulce bien que amante quiero.
Te diera su sonrisa y su mirar!

Pero darte lo tuyo! — Cuanto tengo
En aras de tu amor lo he consagrado;
¿Si todo entero el corazón te he dado,
Ya qué me queda que poderte dar?

¿Coronas para tí? — No! — Ya tu frente
De virtudes y gracias tiene una;
En tu hermoso camino la fortuna
Sus dones todos pródiga regó.

En la vívida lumbre de tus ojos
Bello sol de salud su luz derrama;
No hay virtud que no mire su oriflama
En ese seno que el amor formó.

La sonrisa del ángel en tus labios,
Inocente y feliz, vaga perdida;
El dolor en las fuentes de tu vida
Es muy distinto del común dolor.

Sufrimientos á tí! — Si Dios lo quiso,
Fué como en burla del común quebranto;
Te dió sonrisas para ahogar el llanto;
Para herir los dolores te dió amor.

¿Qué podré darte yo, si cuánto tengo
Es gaje tuyo, — de tu afecto prenda?
¿Qué podré darte si mi amante ofrenda,
Por ser ya tuya, no te puedo dar?

Si nada tengo, que esa nada oculte
El sonrojo que sufro en este día:
Si yo tuviera... ¡tánto te daría,
Que te faltara para el dón lugar!

Antioquía, 1845.

Á LOLA

Lola, mi tierna Lola,
¿Quién lo creyera?
Que tan mala memoria
Me persiguiera!
¡Bien empleado!
Que en la falta el castigo
Yo me he llevado.

Repetido lo tengo,
Lola del alma,
Que en la edad de los viejos
Mi edad ya raya:
De otra manera
¿Cómo haber olvidado
Tan grata fecha?

Al saber que era viérnes
De los Dolores,
Descargué en mi cabeza
Tan fiero golpe
Que todos, todos
Exclamaban al verme:
«¡Se ha vuelto loco!»

Si mentir yo supiera
Te hubiera dicho
Que mi paje es un bestia,
Torpe borrico,

Que mi tarjeta
Llevó donde otra Lola
Gangosa y fea!

Pero yo siempre digo
La verdad pura,
Que no siempre el olvido
Revela culpa;
Y aunque así fuera,
Tú me perdonarías,
Mi Lola bella!

Bogotá, 1855.

EN EL ÁLBUM DE S. R.

La poesía es una arma mellada; los mejores versos son los que no se pueden hacer. — LAMARTINE.

Voy á manchar la página de un libro
Que otro y no yo pudiera engalanar
Con esas bellas cosas que se escriben
En lenguaje del alma, Soledad.

Yo debiera en obsequio de tu nombre
Dejarla limpia, — en blanco como está;
Que la callada página de un álbum,
Más que la escrita á veces suele hablar.

Y serán tántas, ¡ay! las que á porfía
Tus gracias y virtudes cantarán,
Que la que mancha mi tenaz afecto
Ni tú, mi amiga, la verás quizá.

Yo sé que no podré, como otros pueden,
Con colores vivísimos pintar
La luz preciosa que en tu faz refleja
El bello sol de tu primera edad.

De tu candor el merecido elogio,
De tu candor, herencia maternal,
La voz cuitada de mi pobre ingenio,
En su pobreza, díme, ¿qué dirá?

Nada digno de tí; nada que pueda
Ser digna excusa de mi necio afán;
La pobre foja en que mi obsequio escribo
Proscrita por las otras quedará.

Mas en el rico Edén donde descuellan
Preciosas flores de fragancia tal,
¿Qué te importa que oculta entre el follaje
Duerma la humilde sensitiva en paz?

En este libro que será tu historia,
Tu íntimo poëma, Soledad,
Mi voz será la voz de tus secretos,
Que tú tan solo comprender podrás!

Muda emoción, pero sincera y pura,
Gesto sin expresión, pero leal,
Lo que decirte quiero tú lo sabes,
No importa que lo ignoren los demás.

Es un enigma cuya clave encierra
Esta franca expresión de mi amistad:
Página en blanco donde tú tan solo
Puedes mi pensamiento adivinar.

Cartagena, 1852.

TE QUIERO TANTO!

Á AURELIA

Diez años han pasado! — Tú inocente,
En la edad infantil, graciosa y bella,
Levantabas la frente,
Con la corona del candor en ella.

Tierna flor por el céfiro halagada,
Rica en olor y esencia,
Entonces tu sonrisa y tu mirada
Reflejaban un cielo de inocencia!

Entonce, Aurelia, te quería tánto,
Con tan sincero amor, con tal cariño,
Que era mi dulce encanto,
Volver contigo á mi ilusión de niño.

Diez años han pasado! — Ya soy hombre,
Y tú en la edad de los placeres brillas;
Hoy, Aurelia, tu nombre
Lo pronuncia el respeto de rodillas.

La tierna flor abierta á los amores,
Fresca, lozana y aromosa y pura,
Envidia de otras flores,
Ostenta ya gallarda su hermosura.

Y áun llevas del candor la áurea corona
En tu frente graciosa,
Y el cielo de inocencia no abandona
De tu modesta faz la luz preciosa.

Y te quiero cual antes te quería,
Con sin igual cariño!
Sólo que ya no puedo, como un día,
Volver contigo á mi ilusión de niño!

Bogotá, 1856.

MI CORAZÓN Y YO

¿Qué tienes corazón? ¿Qué te entristece?
Tú que al amor indiferente estabas,
Que mirabas con tedio los placeres,
Lates violento y tus pesares callas?

Tú que fuiste señor de una belleza
Que con ciego delirio te adoraba,
Y á quien hiciste, por pueril capricho,
Verter de desamor acerbas lágrimas,

¿Te miras hoy esclavizado y triste
Suspirando al desdén de una tirana?...
¡Bien haya, corazón, tu pena llora,
Llora tu mal y tu inconstancia paga!

. . . .

Pero no, corazón, te compadezco!
Yo ví también la que mató tu calma;
Yo la ví enamorado, y desde entonces
Extraño fuego mi existencia abrasa.

Bella como las brumas matutinas,
Pura como la gota que da el aura,
Modesta como el lirio de los montes,
Sensible como el hielo de la escarcha...

¡Albricias, corazón! — Amar á un ángel
Que une á su estirpe la belleza humana,
Es la mejor misión que darte pudo
El Supremo Hacedor de tántas gracias.

Corozal, 1840.

EN TU ÁLBUM

Á CÁRMEN DEL RIO DE NARVÁEZ

« Toma tu cruz » le dijo á su discípulo
Al comenzar la redención Jesús;
Y desde entonces para toda lucha
El arma de las armas es la cruz.

De esa te armaste tú cuando el destino
Abrió su larga lucha para tí;
« Tomo mi cruz, » dijiste, y ese lábaro
Te hizo fuerte al principio y fuerte al fin.

Muchos sabrán honrar tu sacrificio;
Muchos harán justicia á tu valor;
Mas de seguro que de cada esfuerzo
El justo peso no han tomado, no!

El conjunto se ve. La mujer fuerte
Batalla en la desgracia, en el dolor...
Y al ver que triunfa en el feroz combate,
Palma de gloria le concede Dios.

Pero luchar sin tregua ni esperanza,
En lo oscuro, á la sombra, en pleno sol;
No recibir heridas en la lucha,
Sino quejas de amor, solo de amor!...

No ver sobre la frente del contrario
La enrojecida muestra del furor,
Sino el dulce semblante del que tiene
Para cada dolor resignación!...

¿Cómo llamar á la mujer que lucha
En ese campo en que has luchado tú?...
Con razón que imitando á tu Maestro,
Como él dijeras: « tomaré mi cruz. »

La lucha terminó. — Tu noble esfuerzo
La anhelada victoria no alcanzó...
Tu corona la forman tus recuerdos,
Tu misma fama te dará aflicción!

Que los combates que no dan victoria,
Que las victorias que no dan laurel,
Ni acrecientan la fama del que lucha
Ni le dan á su triunfo esplendidez.

« Ha llenado un deber, » dirán los unos,
Otros agregarán: « amó su amor, »
Y áun no faltará alguno que á tu nombre
Conceda su entusiasta admiración.

Pero ¿ser pueden para tánto esfuerzo
Tan mezquinas ofrendas galardón?
¡Cuánta virtud, en lucha ménos recia,
No recibe del mundo honra mejor!

Sin embargo, mi amiga, Dios lo ha visto;
Él sabe y pesa lo que hiciste tú;
El guarda una corona á tu martirio,
Enlazada en los brazos de tu cruz.

Deja que luzca su laurel festivo
La virtud que venció á la adversidad;
Que tú puedes decirle con orgullo:
« Mi corona de espinas vale más! »

Bogotá, 1870.

TU CANDOR

EN EL ÁLBUM DE D. A.

Brilla en ameno prado,
De alegre y verde césped esmaltado,
Rica de aroma la risueña flor;
Mas ¿qué valiera su corola hermosa
Si no guardara en ella misteriosa
La tinta del candor?

En su argentado coche,
Rueda la luna, reina de la noche,
Galana en su romántico fulgor.
Mas ¿qué valiera su ostentoso brillo
Sin ese velo místico y sencillo
De paz y de candor?

La tórtola que canta,
Que con su arrullo la floresta encanta,
Himno precioso de doliente amor!
¿Qué hiciera de sus tiernas emociones,
Si no diera á la voz de sus canciones
La magia del candor?

Ay! por eso, Dolores,
Al poner un abrojo entre las flores
Que llenarán tu libro de esplendor,
No canto de tus gracias la belleza,
Sino esa luz, la luz que en su pureza
Refleja tu candor.

Bogotá, 1850.

¡NACISTE EN MARTES!

Entre afán y congoja,
Mi bella Anita,
Me ha cogido la aurora
De tu gran día:
¡Cosas del diablo!
Que hasta en martes cayera
Tu cumpleaños!

Son los martes y viernes
Mi pesadilla[1];
Si yo agüeros creyese,
Recelaría
Que hasta mi muerte
Ha de ser, de seguro,
Martes ó viernes.

Pero cuántas inepcias
Estoy diciendo!
¿Es acaso tu santo
Fiesta de muertos?
¡Fuera pesares!
Y en placeres ahoguemos
Siquiera un martes.

Que se quede el trabajo
Para otro día,
Que hartos hay en el año
De gran fatiga:

1. El autor redactaba en esta época un periódico político que parecía los martes y viernes.

Venga el sombrero
Que á buscar para Anita
Voy un obsequio.

Ya en el mar de las modas
Me encuentro náufrago,
Sin hallar cosa digna
Pare un regalo;
Y soy tan bolo,
Que, de puro exquisito,
Lo malo escojo.

La medida no tengo
Para un anillo;
Crinolinas hay muchas
De alambre fino;
Pero no quiero
Que mi propio regalo
Me quite el sueño.

Una cruz para el pecho
No fuera malo,
Que una cruz en el pecho
Conjura al diablo;
Mas ¡ay! quién sabe
Si es que al diablo no quieres
Tú que se espante.

Trabajoso me encuentro,
Mi bella Anita;
Tanto enredo y no hallo
Cosa que sirva!
Tiendo la mano,
Para tomar á tientas
Ángel ó diablo.

Por fortuna he cogido
Caja cerrada:

Así juegan los niños
A la tapada.
Ábrela luego,
Y aunque pique en tus manos,
Ese es mi obsequio.

Y si alguno pregunta
Qué te he mandado,
Díle que diez mil pulgas
Dentro de un cacho;
Que mala ó buena,
Yo no quiero que nadie
Mire mi cuelga.

Bogotá, 1858.

EN EL ÁLBUM DE ISABEL

Escribir unos versos en tu libro,
Fuera hacer lo que todos, y yo quiero
Entresacar del vulgo de afecciones
Algo especial y digno de este obsequio.

Yo tengo un pensamiento — es uno solo,
Y á más de pensamiento es un deseo;
Y por verlo cumplido, en todo instante,
Hago fervientes votos á los cielos.

Ponerlo aquí sería profanarlo!
Si hubiera tinta de escribir secretos,
Lo escribiera, Belisa, lo escribiera
Y solo tú podrías comprenderlo.

Pero noto en tu risa y tu mirada
Que excede la malicia á tu talento;
¡Bien haya la intuición á tu alma noble,
Que adivina y comprende mi deseo!

¿Para qué, pues, poner en este libro
De mi pobre jardín ortiga ó brezo,
Si estoy leyendo en tus preciosos ojos,
En toda su extensión, mi pensamiento

Guárdalo, amiga, donde guarda el alma
El valioso caudal de sus afectos;
Pónlo á la sombra del cariño amante,
Y resguarda su aroma de los vientos.

Bogotá, 1847.

Á LA DISTINGUIDA DAMA CHILENA

DOÑA LASTENIA SOFFÍA DE SOFFÍA

Garcilaso en su trova más donosa,
Afirma en boca del pastor Tirreno,
Que la fruta más dulce y más sabrosa
Es la que nace en el cercado ajeno.

Y el afamado crítico Hermosilla,
Haciendo corro al vate toledano,
Pondera, cual la octava maravilla,
Eso que, á ser verdad, no es muy cristiano.

Yo que he juzgado siempre un cuasi crímen
Siquiera codiciar lo que es ajeno,
Siento vacilaciones que me oprimen,
Viendo esta confusión de malo y bueno.

Y hoy al tener entre las manos mías,
Brindándome esta página preciosa,
El libro de una dama que, en poesías,
Es, no diremos rica, poderosa;

Vacilante mi fé, de angustia llena
Mi enfermiza virtud, virtud de hombre,
Al ver tu libro, de la fruta ajena,
Sin cambiar la intención, se cambia el nombre.

¿Para qué querrá versos la que tiene
De su propia cosecha tanto bueno?
Y al decir *propia,* la expresión se aviene
Con lo de ser mejor lo que es ajeno.

Pues en tu mismo libro yo he leido
Una franca verdad que me ha encantado,
Y es que el verso más bello y aplaudido
Honra también al sér que lo ha inspirado.

Lo que equivale á confesar de plano
Que las glorias que alcanza toda lira
Son, por mitad, del vate soberano
Y de la bella musa que lo inspira.

De modo que, á ser cierto lo anotado,
Tu poética herencia es muy cuantiosa;
Pues si tu esposo mucho ha poetizado,
Lo ha inspirado también mucho su esposa.

Y él, no solo respeta tu derecho,
Sino que en mucho más le dió cabida,
Cuando te dijo con amante pecho:
« Tuyos mis versos son como mi vida. »

¿Á qué, pues, aceptar cristal de roca
Quien vé su cofre de diamantes lleno?...
Voy creyendo, por fin, que sí provoca
La insulsa fruta del cercado ajeno.

Bogotá, 1881.

LA HERMOSURA

Á SARA

En el ampo de nieve de tu frente
Puso el pudor su cifra recatada;
En el precioso sol de tu mirada
El verano gastó su fuego ardiente.

Bajo tu labio de carmín, rïente,
Las gracias ocultaron, nacarada,
Una sarta de perlas, que cuajada
Brotó en los golfos de la mar de Oriente.

La escarcha del abril, tan fresca y pura,
Bañó tu aliento, de ámbar saturada;
Toda luz de belleza y donosura
Se vé en tu faz de gracias coronada:
¿Cuál otro dón le falta á tu hermosura?
Uno tan solo: — estar enamorada!

Medellín. 1846.

EN EL ÁLBUM DE AGRIPINA MONTES

Hubo una edad risueña y generosa
En que, siendo feliz, pude cantar;
La maga de esa edad, maga engañosa,
Una lira me dió que osé pulsar;

Y saqué de esa lira muchos sones
Con que halagué mi alegre juventud;
Canté en ella el cantar de las pasiones,
Rendí culto al amor y á la virtud.

Pero fueron viniendo, menos bellos,
Los turbios tiempos de avanzada edad;
Se llenaron de nieve mis cabellos;
Se marchitó mi fresca mocedad;

Y, sin notarlo yo, rota, insonora
La hermosa lira de mis cantos ví:
En vano trato de pulsarla ahora,
Ya no tiene sonidos para mí.

Por eso he deplorado que tan tarde
Me pidas en tu libro una canción...
¿Cuál te he de dar, amiga, si no arde
Ni da una chispa en mí la inspiración?

¡No poder ensalzar á la poetisa
Ni lisonjear siquiera á la mujer!...
¡No quedarme otro dón que la ceniza,
Rezago triste del volcán de ayer...!

¡Mísera condición del que ha tenido
De fuego y emoción tánto caudal!
¡Lástima del tesoro ya extinguido!
¡Lástima de la fuente hecha arenal!

Y si es cierto, cual dicen, que la ausencia
Pondrá pronto su niebla entre los dos,
Se unirá otra desgracia á mi impotencia,
Dándote, en vez de canto, un triste adiós!

Bogotá, 1863.

EN UN ÁLBUM

Esto es hecho, Avelina ¡es imposible!
En vano lucha el pensamiento mío;
Todo cuanto me ocurre es mudo, frío,
Para aquello que pienso y quiero hacer.

Que al poner estas líneas en tu libro,
No debo, como el vulgo de cantores,
Decirte elogios, ni cantarte amores
Para adular tu orgullo de mujer.

Pues bien comprendo que tu noble espíritu,
Rico de luz y aspiración vehemente,
Ni pide, ni merece, ni consiente
La triste flor de adulación vulgar.

Tu libro es un tesoro en que guardadas
Querrás tener excelsas emociones;
No triviales y frívolas canciones
Que una emoción común puede inspirar.

Yo te comprendo, sí; no es la quimera
De necia vanidad la que te halaga,
Ni es con gotas de hielo que se apaga
De tu noble ambición la ardiente sed;

Yo sé, Avelina, que tu hermoso álbum
No es canastillo que mendiga flores;
Bien sabes tú cuán ricas y mejores
De tu ingenio las tienes á merced.

Por eso yo vacilo al consagrarte
El pobre pensamiento que concibo,
Y escribo y borro y nuevamente escribo
Buscando alguno digno de los dos.

Y brego y lucho y me fatigo en vano,
¡Y la página en blanco me tortura!
Pienso y pensando mi conflicto apura...
¡Triste y horrible posición, por Dios!

Yo te comprendo, sí; la alondra errante
Busca y persigue la canción distante
Que entona en la alta selva el ruiseñor;
Pero esquiva el arbusto, desdeñosa,
Donde levanta su canción llorosa
El Dios-te-dé, — fatídico cantor.

Yo te comprendo, sí; la alta viajera
Que hace brillar la noche en su carrera,
Tiene una estrella á la que da su luz;
Pero al lucero que su sombra hiere,
Lo deja como lámpara que muere
Al pié de humilde y funeraria cruz.

Yo te comprendo, sí; para agradarte
Y un pensamiento digno consagrarte
Es preciso un esfuerzo superior:
Talento, genio, aliento poderoso,
Para ofrecerte un cántico armonioso
Lleno de luz, de vida, de vigor.

Esas almas de fuego, en cuyas alas
El relámpago brilla con sus galas,
Y el hondo trueno con su ronca voz;
Uno de esos cometas peregrinos,
Que, como el rayo, se abren mil caminos
Y arroyos lanzan de su luz veloz.

Esos son los que pueden, Avelina,
Con los acentos de su voz divina
Tu alma mover, tocar tu corazón;
Pero tu pobre amigo... ¡Ay! generosa,
Cubra su triste canto y bondadosa,
Si la indulgencia no, — la compasión.

Bogotá, 1855.

EL RAMO SECO

Á EDELMIRA

Imagen de mi amor es ese ramo :
Nació, creció, se marchitó y ha muerto!
Lo destinaba á la mujer que amo,
De quien ya ni áun las lágrimas reclamo
Para dar vida á su cadáver yerto.

Guarda, Edelmira, el mísero esqueleto
De ese que bello fué ramo de flores;
Nada le falta, nada; — está completo!
Guárdalo con cuidado, con respeto,
Que van con él mis últimos amores.

Ya todo concluyó! — Cierra esa historia
Que hace tu orgullo y que mi afrenta ha sido!
Aquí yace mi amor! — Aquí tu gloria!...
Que ese ramo consagre su memoria
Sobre la losa eterna del olvido!

Ocaña, 1852.

CONTRASTES

Á JOSÉ MARÍA SAMPER

En la éra en que Polonia fué reinado
Por ley fundamental se disponía
Que proclamar un rey no se podía
Sin ser por la nobleza sancionado;
Pero era tal el voto estipulado,
Que si un noble cualquiera, sólo uno,
Al nuevo rey negaba su aquiescencia,
Quedaba el voto sin efecto alguno
Y el candidato electo sin regencia.

Por muerte del reinante, la corona
Iba á ceñir Uladislao, su hermano;
Pero uno de los nobles se apersona
Y le niega su voto al soberano:
La opinión general se desazona,
Porque en el nuevo rey tiene fe viva,
Y el Primado pregunta al gentilhombre
Si puede motivar su negativa;
Si hay falta alguna que oscurezca el nombre
Del aclamado rey; si razón tiene
Que justifique el voto inesperado;
Y el noble opositor dócil se aviene
Á complacer al pueblo amotinado.
« La razón de mi voto voy á daros,
Aunque de darla obligación no tengo:
No quiero hacerle rey, os lo prevengo!
Y siento vivamente disgustaros. »

Ante capricho tal de temer era
Que la ley la nobleza irrespetara
Y su elección el pueblo sostuviera;
Pero, ofreciendo una lección bien rara,
Y un raro ejemplo que imitarse debe,
El elegido príncipe declara
Que á violar el precepto no se atreve.

« Ante todo la ley! » dijo, « que en ella
La voluntad del pueblo se vé escrita;
Quien burla su precepto ó la atropella
Cometer mucho crímen necesita!
Que se cumpla la ley! — Y yo el primero
Ante su augusta majestad me inclino:
No es polonés, ni honrado y caballero
Quien se hace de la ley vil asesino!
Si mi mando quisísteis... eso os mando!
Esa es de vuestro rey la órden primera! »
Y el gentilhombre entonces admirando
Lección de patriotismo tan severa,
Tan austera virtud, ante el electo
Se prosternó de admiración vencido:
« Para ser un gran rey eres perfecto!...
Serás mi rey! » le dijo enternecido.
« Al negaros mi voto, yo quería
Saber si la Polonia libre era;
Y pues que áun libre es la patria mía,
Sé tú su rey — el trono ya te espera! »

~~~~~~~~~~~~~~

En presencia del hecho que refiero,
Yo que soy de Colombia ciudadano,
No de vergüenza, de pesar me muero,
Viéndome ante un reptil hecho un gusano.
Parte del pueblo-rey, del soberano,
Mi voto es irrisión, ludibrio y lodo;
Y el voto-rey del pueblo colombiano
Farsas y nada más — sarcasmo todo!
Allá el rey polonés ante la ley
~~~~~~~~~~~~~~

Sumiso dobla la rëal rodilla;
Aquí todo ambicioso se hace rey
Y ante él la ley con humildad se humilla:
Allá el electo rey la ley acata
Y ante UNA SÓLA voluntad se inclina;
Aquí el que no es electo la ley mata
Y el VOTO POPULAR cruel asesina.
Amarga decepción! — La monarquía
Hace mejor á un *súbdito* cualquiera
Que al *ciudadano* de esta patria mía,
República sin ley! — Grey sin bandera!

Bogotá, 1875.

TRES SONETOS Á LA ESPERANZA

¿Cuál es el bién que porque á todos toca
Ni emulación, ni envidia lo envenena?
¿Cuál la felicidad que causa pena
Al irse de las manos á la boca?

¿Cuál es esa ilusión que amante y loca
Mientras más nos engaña más nos llena?
¿Cuál el gozo que avaro nos condena
Al infernal suplicio de la roca?

¿Es algo en realidad, que así cautiva?
¿Alcanza mucho el que ese bién alcanza?
¿O es bomba de jabón que, fugitiva,

Brilla fugaz y en el no ser se lanza?...
Dicen que es un botón de siempreviva
La suspirada flor de la Esperanza?

Hay una luz que solo en sueños veo,
Y que despierto su fulgor me niega;
Luz que dista de mí, pero me ciega,
Aspiración que anima mi deseo.

Puede mentira ser, pero la creo;
Loca y vivaz, con mi existencia juega;
Y mientras más incertidumbres riega,
Más en sus confusiones me recreo.

Siempre me encanta más, mientras más vaga:
Su ala de mariposa me seduce;
Es una bella y aturdida Maga

Que en la alta noche sus esmaltes luce;
Luz de felicidad que no se apaga
Ni aunque su llama por las tumbas cruce.

¡Todo acaba en el hombre! Yo tenía
Rico caudal de bienes en mi mano...
El placer me adulaba cortesano,
El amor me miraba y sonreía...

Todo pasó! Mi loca fantasía
Víctima ha sido del orgullo vano!
El vigor de mi fe se hace liviano
Para los hielos de la duda impía...

Ya mi vista se apaga. Ni un suspiro
De mi apretado corazón se avanza...
Ya el anhelo murió... Ya á nada aspiro...

¡Qué edad tan triste la que á nada alcanza!
¡Un solo bién en lontananza miro!...
¡Es la luz inmortal de la Esperanza!

EL AVE DE PASO

Á MI HERMANA CONCEPCIÓN G. DE ORRANTIA

Dejar no quiero del risueño Guayas
Las benignas y plácidas riberas,
Sin contarte una historia que en sus playas
Me contó un viejo de las viejas eras;
Pero, por Dios, ni á imaginarte vayas
Que es un cuento de brujas ó hechiceras,
De esos que nos contaba, cuando niño,
La dulce voz del maternal cariño.

Me contó el viejo que una vez errante
Por los manglares de la hermosa ría,
Miró sobre una rama, sollozante,
Presa de una mortal melancolía,
A un pájaro extranjero; y anhelante
De saber la aflicción de que moría,
Se acercó paso y con amable acento,
La causa preguntó de su tormento.

« Pareceros podrá torpe quimera, »
Me dijo el viejo, « y hasta intento vano,
Pretender que aquel ave respondiera
A las preguntas de este pobre anciano;
Pero habrás de saber que ave parlera
No es de extrañar en bosque americano,
Pues es sabido que en el Nuevo Mundo
Sabe contar historias todo el mundo.

» El pájaro me vió, y en su mirada
Tanto su amarga pena descubría,

Que, en compasivas lágrimas bañada,
Encontró triste y comprendió la mía;
Su plumaje batió, y aunque cuitada
Alzó la faz y vió la luz del día,
Y al fin lanzó tristísimo graznido,
Como suspiro de alto bien perdido.

» Lejos, me dijo, tras del mar de Atlante,
Entre el follaje de una hermosa liana,
Dejé mi nido, donde hermosa, amante
Una turpial de estirpe soberana
Cuidaba, con amor siempre constante,
La tierna prole que me diera ufana;
Lo fabricó mi mano cariñosa
Con musgo seco y seca zarzarosa.

» El airecillo fresco y aromoso
Que al despuntar la luz besa la fuente,
Con ala blanda y hálito amoroso
Mi nido balanceaba dulcemente;
El sol, el mismo sol esplendoroso
Era en mi hogar feliz menos ardiente,
Que, al penetrar su luz, se quebrantaba
En la tupida red que atravesaba.

» De la empinada sierra el fresco riego
Formaba, al descender, una cascada
Que, herida por el sol, bañaba en fuego
El follaje sutil de la enramada;
Era de agua y de luz brillante juego,
De frescura y fulgor lluvia animada
Que adornaba con perlas de rocío
La seca paja de aquel nido mío.

» Pero una noche, al declinar la luna,
Densa la oscuridad nubló el ambiente;
Bramó la tempestad fiera, importuna,
Y abrasó con sus hálitos mi frente...
Puesto mi nido en tierra, una por una
Ví mis dichas morir súbitamente;

Y al desatarse el huracán reacio,
Ave sin nido, me lancé al espacio.

» Y volé lejos, y en extraño suelo,
Buscando hogar y patria en otro clima,
De región en región, de cielo en cielo,
Por hondo valle y por enhiesta cima,
El Ecuador crucé con raudo vuelo,
Y el mar del Sur y la opulenta Lima...
Y hoy, abatido y triste y fatigado
Sombra este mangle en mi orfandad me ha dado.

» Lejos están mis bosques de palmeras,
Mi hermoso sol y aquel Edén ameno,
Donde, del padre Funza en las riberas,
Sentí de amor el corazón tan lleno;
Se quedaron allá mis compañeras,
De aterradores rayos bajo el trueno...
¡Quién sabe de mi prole y de mi nido,
En medio á la borrasca qué habrá sido! »

. . . .
. . . .

« El pájaro calló... Sobre su cuello
Dobló con honda pena la cabeza;
Sus ojos no guardaban ni un destello
De su antiguo vigor y su entereza;
En todo él impreso estaba el sello
De una glacial, insólita tristeza...
Me condolí de tan inmenso duelo,
Y le ofrecí para su mal consuelo.

» Ven conmigo, le dije, que allá en frente,
Sobre la márgen de la opuesta orilla,
Tengo retamas secas al ambiente
Y una arboleda que lozana brilla;
Allí haremos un nido tan caliente
Como aquel que perdiste, ave sencilla;
Allí hallarás, como en tu propio nido,
Todo el caudal de dichas que has perdido.

» No lo creeréis; apenas hube dado
Unos pasos en pos del barquichuelo,
Cuando noté que el pájaro animado
Batió las alas y tendió su vuelo:
Yo, en ondas de la ría sepultado,
Él suspendido como alud del cielo...
¡Caprichos de la suerte! las figuras
Cambiaron de repente sus alturas.

» Yo bogando sin tregua y él volando,
Á la ciudad llegamos; — tarde era:
El sol sus rojas tocas desnudando,
Quebrantaba su luz en la ribera;
La brisa en la arboleda jugueteando,
Le robaba su aroma placentera,
Y hasta las ondas de la hermosa ría
Frescura regalaban á porfía.

» Rendido el viaje y con mi barca alada,
Andando cada cual en su elemento,
Fuimos á la mansión por mí anunciada
Como oásis feliz de aquel tormento:
Era una hermosa y plácida enramada
Edén de amor, — tesoro de contento,
Donde dos oropéndolas tenían
El rico hogar de paja en que vivían.

» No bien el noble par hubo sabido
La leyenda del ave infortunada,
Cuando alegre y feliz partió su nido
Y el abrigo que daba la enramada;
El sustento también fué dividido
Con mano generosa, y nada, nada
Se recató del pájaro viajero
Que vino á ser, no huésped, compañero.

» Era de ver cuán presto el libre ambiente
Su saludable influjo derramaba
Sobre el pobre proscrito: diligente,
Al asomar el sol, su luz buscaba;

Su plumaje, hace poco tan doliente,
La brisa del cariño reanimaba;
Y con erguido cuello y voz sonora
Los cantos patrios entonaba ahora.

» Era tal y tan dulce y tan de hermano
La acogida que tuvo en aquel nido,
Que el que dejó en el suelo colombiano
Ni fué más suyo, ni mejor partido;
De todo dueño, y dueño soberano,
Si bien el propio nunca dió al olvido,
Aquel nido de amor ligó su pecho
Con suave lazo, pero bien estrecho.

» Y pasaban las horas y los días
Sin alterar la dicha que gozaban
Aquellas aves... no las alegrías,
Porque á un proscrito su hospedaje daban;
Pero sí los deliquios y armonías
Del fraternal cariño que cambiaban...
Cuando llegó terrible, asoladora
De cruel separación la triste hora.

» ¡Qué cuadro aquel! Los ayes doloridos
Del infeliz proscrito contrastaban
Con los profundos, trémulos gemidos
Que las dos oropéndolas lanzaban...
Aun sus tiernos hijuelos, conmovidos,
Con la doliente escena que miraban,
Con un piar de fúnebre terneza
Daban al cuadro aquel mayor tristeza.

» Yo mismo, y á pesar de que mis años
Han hecho rudo mi carácter, vía
Que, á pesar de la edad y sus amaños,
Aquel cuadro tan triste me afligía!
La falsedad del mundo, sus engaños,
La aflicción de aquel nido desmentía,
Ofreciendo el cariño de las aves
A un hombre y viejo reflexiones graves.

» Al fin se separaron. Yo mi historia
Termino aquí. Tan solo me acobarda
El pensar que de un viejo la memoria
Para hacer un relato es siempre tarda;
Tampoco sé qué penas ni qué gloria
A cada cual en lo futuro aguarda...
Obraron bien, y Dios ha prometido
Pagar con sumo bién un bién cumplido. »

Esta la historia fué que, contristado,
Me contó el viejo, sin pensar siquiera
Que yo también proscrito, desterrado
Llegué infeliz á esta feliz ribera;
Que, ave de paso, yo también he estado
Sólo en la multitud; que también era,
Como el protagonista de su cuento,
Bruma perdida á la merced del viento.

Que también, como él, miré mi nido
Por airado huracán roto en el suelo;
Que también, como él, vagué perdido
En busca de un hogar bajo otro cielo;
Que también he llorado y he sufrido;
Que también, como él, hallé consuelo;
Que soy el ave de marchitas galas
Que á la voz del anciano abrió sus alas.

Guayaquil, 1877.

LA HERMANA DE CARIDAD

Á JUAN M. HERRERA UMAÑA

Miradla! No se ocupa en su provecho;
Vive para hacer bien á los demás:
Con la imagen de Cristo sobre el pecho,
Por ancho valle ó por sendero estrecho,
En pos de los que sufren, allá va.

Semejante á la blanca gaviota
Que cruza diligente el ancho mar,
Su toca blanca en el espacio flota,
Buscando en choza humilde ó tierra ignota
El pan de su insaciable caridad.

No preguntéis quién es; no tiene nombre...
Mensajera del Bién, ángel de Dios,
Cruza la tierra por servir al hombre,
Sin que haya sacrificio que la asombre,
Ni estorbo que detenga su intención.

No tiene patria. Donde el mal impera,
Donde hay duelos y llantos que aliviar,
Allí está la divina mensajera,
Repartiendo con mano placentera
Cosechas de abundante caridad.

Como hay madres que niegan á sus hijos
El calor de su seno maternal,
La Caridad los ve con ojos fijos
Y les brinda consuelos bien prolijos
En esta nueva madre que les da.

Como el demonio del linaje humano
No cabe en su caverna terrenal,
Mueve guerras de hermano contra hermano;
Y á ese campo de muerte va su mano
Las cóleras sangrientas á calmar.

¡Divina Caridad! Cuánto no debe
El mundo á tu santísima misión!
No hay bién que en hombros de tu cruz no lleve,
Desde el antro del fuego hasta la nieve,
Tu valiente y seráfica legión.

En remotas regiones la hidra impía
De torpe vanidad te calumnió...
Alguno te llamó Filantropía!...
Como si el astro de la noche fría
Diera la misma luz que irradia el sol!

Esa falsa deidad, ingerto vano
De necio orgullo y fatua ostentación,
Si alivia el mal con opulenta mano,
Nunca tiene la unción del dón cristiano,
Porque, aunque todo sobre, falta Dios!

No así la Caridad. Su pobre ofrenda
Se hace rica á la luz de la piedad;
Beneficio de amor, de amor es prenda;
La Fe la lleva por su hermosa senda,
Y, como allí está Dios, todo allí está!

Bogotá, 1882.

MI BIOGRAFIA

En los tiempos pacíficos
Fuí mercader,
Y lo poco que tuve
Lo eché á perder.
¡Cosas del diablo!
El caudal de San Pedro
Pasó á San Pablo.

En los tiempos de guerra
Fuí general;
Pero en toda batalla
Me fué muy mal.
Quedó probado
Que vocación no tengo
Para soldado.

Pasada la tormenta
Me hice impresor,
Y de culpas ajenas
Fuí redentor.
No se me olvida
Que, por poco, una noche
Pierdo la vida.

Cuando más aperreada
Mi suerte fué,
De agente de negocios
Plaza senté;

Pero el Gobierno
Principal y ganancias
Me tomó á préstamo.

Hoy por hoy, miscelánico
Tan solo soy;
Mandadero del público,
Si vengo, voy;
Y trasegando,
Como un negro del África,
Lo voy pasando.

Bogotá, 1877.

CUENTOS DE SELGAS

REMINISCENCIAS DE UN LIBRO

I

EL AMOR

Una niña á su amante preguntaba
¿Qué cosa es el amor? y él le decía:
« El amor es la vida, prenda mía;
Pero vida inmortal que nunca acaba! »
— « No acaba con la muerte? » replicaba
La niña con sarcástica ironía.
— « No acaba con la muerte! » respondía,
En tono sentencioso, el que la amaba.
« No es la vida del cuerpo, — es esa vida
Que de sangre inmortal el alma llena;
Luz de eterno esplendor, que, suspendida,
En los espacios del placer, serena,
Ni el huracán del odio la intimida,
Ni la eclipsa el nublado de la pena.
Luz de cielo que todo lo embellece,
Todo lo alumbra y lo fecunda todo;
Que, como el cielo, á su capricho ofrece
Cada celaje de distinto modo;
Que tiene, como el cielo, tempestades,
Sereno sol y tardes nebulosas;
Que tiene, como el cielo, claridades,
Días sin luz y noches misteriosas;
Que, como el cielo, esconde su horizonte
De otros más altos cielos en la bruma;
Que, como el cielo, da su luz al monte,
Y orla de plata de la mar la espuma;

Que, como el cielo, es uno, siempre el mismo,
De luz perpétua y eternal consuelo;
Porque allá en los secretos de su abismo
No hay más que un sólo amor y un sólo cielo.

II

EL MATRIMONIO

Nos cuenta Selgas que una vez comían
Cuatro *cachacos* de la piel del diablo,
Y en diálogo tranquilo discutían
La epístola famosa de San Pablo.

Pero advirtió sobre el mantel, serenos,
Cuatro grupos de copas diferentes,.
Que anunciaban que aquellos calvatruenos
Iban más tarde á ser menos prudentes.

En trasparentes, sendos botellones
De la vida feliz la sangre hervía;
Elixir para cuatro corazones
Que el tedio de los goces afligía.

Matusalém, de todos el decano,
Y el anfitrión de aquella alegre fiesta,
Daba su último adiós, — su adiós de hermano —
A un alma enferma que á morir se apresta.

Era Miguel bizarro y buen muchacho
Que en próxima ocasión iba á casarse;
Enfermo que, *in extremis*, de un empacho
De amor, de puro amor iba á enterrarse.

Eran los otros dos Pablo Medina
Y Gustavo Guillén, buen cirujano;
El primero bolsista, á quien inclina
Poner en bolsa extraña propia mano.

Conocidos los heroes de mi cuento
Ó del cuento de Selgas, que es lo claro,
Pasaremos por alto el suculento
Tren de manjares, que es chico reparo.

Vamos á lo esencial de nuestra historia,
Contando á mi lector lo que pasaba
En esta bacanal, donde la gloria,
En olas de Champaña se eclipsaba.

Como es de presumir, nuestro cuaterno,
Con solo una excepción, se dió al demonio,
Probando que el amor es un infierno
Que tiene por caldera el matrimonio.

Y como aquí la narración ya toma
Del elevado diálogo el coturno,
A fin de no omitir punto ni coma,
Pondré en escena al orador de turno.

MATUSALÉM

Pasó la mocedad! No somos niños
Y ya en la edad viril nos encontramos;
La infantil inocencia y sus aliños
De tiempo atrás en árboles colgamos.

Quedó ya lejos la época ominosa
De agrios estudios y forzosa escuela;
Del viejo pedagogo la éra odiosa
Como el tiempo pasó... y el tiempo vuela.

Somos lo que se llama cuatro hombres
Sin yerro ni omisión, faltas ni sobras;
Tenemos, y no es poco! cuatro nombres,
Y somos padres ya... de nuestras obras.

Naturaleza incorregible y ciega,
Á todo nuevo esfuerzo refractaria,
Del vapor y telégrafo reniega,
Y de todo progreso es adversaria.

Por eso, caminando en lo trillado,
Copias de tantas copias hemos sido;
Como el común del vulgo procreado,
De padre y madre por igual nacido.

¿Cuánto mejor no fuera que á la escena
Viniera el sér humano hecho y derecho,
Ahorrándole esa edad de angustia y pena
En que todo es raquítico y estrecho?...

Es una usurpación abominable
Contra el derecho electoral, privarnos
Del poder de elegir un padre amable...
O una madre gentil siquiera darnos.

Pero dejando al tiempo y los congresos
La indicada reforma como urgente,
No lo es menos dejar de ser traviesos
Y sentar plaza entre la honrada gente.

Ya somos hombres; y pensar debemos,
Siquiera para honrar á nuestras madres,
En dejar la careta que hoy tenemos
Y adquirir el derecho de ser padres.

Ruidoso aplauso y estupenda risa
Hicieron comprender al preopinante
Que los tres niños, que pintó en camisa,
Hombres iban á ser en adelante.

Un prolongado trago de Borgoña
Puso á aquella promesa ardiente sello,
Que es con riegos de vino que retoña
Del recto y sano juicio el árbol bello.

MEDINA

Derecho de ser padre no se adquiere
Sino aceptando la nupcial coyunda:
Es, como dicen: « si la sangre muere... »
O como dijo el otro: « palo ó tunda. »

Examinemos, pues, el lazo eterno.
¡Tres faces á la vez tiene el demonio!
Lo que hace ver que hay hueco en el infierno
Para vivir en santo matrimonio.

Tres faces, tres aspectos, en conciencia,
Tiene como contrato y sacramento:
La costumbre, el amor, la conveniencia,
Pues toda otra razón es puro invento.

Por costumbre se casa el rutinario;
El que se casa por amor es ciego...
Luego para casarse es necesario
Que entre la conveniencia en el talego.

Comprendo el matrimonio por costumbre
Allá en la patria boba... en la inocencia;
Cuando el tapete y club no daban lumbre,
Cuando ignoraba el mundo su potencia.

La vida patriarcal... bien la comprendo!
Los goces del hogar... los he soñado!
La paz de la familia... no la entiendo!
El placer del trabajo... me es vedado!

Los que de tanta dicha disfrutaban,
¿Qué de menos hacer sino casarse?...
Hasta las mismas aves que volaban,
Nada mejor hallaban que enjaularse.

Pasaban de las faldas de una madre
De otra madre más joven á la falda;
Bien pudieron nacer sin tener padre,
Como nace en la piedra la esmeralda.

Como si no pudieran vivir solos,
Sino al sabroso abrigo de una *ella,*
Se pasaban la vida esos Bartolos
Viendo que el sol se arrima á alguna estrella.

El matrimonio por amor se explica
En la edad de los Cides y Pelayos,
En que cada Jimena, pobre ó rica,
Tenía, como Júpiter, mil rayos.

Éra de trovadores y torneos,
En que, rey absoluto, honor mandaba,
Y el valor, acatando sus deseos,
Por su Dios y su dama se inmolaba.

Solo un vínculo enlaza el matrimonio
Con firme nudo y con eterno lazo:
El interés! — Resorte del demonio,
Que no da tregua ni consiente plazo!

Planteada la cuestión en mi terreno,
Casamiento es unión de dos fortunas;
Es negocio redondo, siempre lleno,
En interés de algunos ó de algunas.

Y en la categoría de un negocio,
Dejando así de ser una locura,
Trocando el tedio mundanal en ocio,
Puede labrar de ambos la ventura.

Aceptada mi tésis, poco importa
Que sea la mujer joven y bella;
Si alguna suma trae, larga ó corta,
Será, en lengua de amor, divina estrella.

En conclusión; buscadme una opulenta
Para ajustar negocio con su dote,
Y me caso ahora mismo, sin más cuenta,
Viniendo en orden: — suma y sacerdote!

MATUSALÉM

¿Acabaste?

MEDINA

Pues, hombre, ya lo creo!
Me parece que todo queda dicho.

MATUSALÉM

Tiene, pues, la palabra y lo deseo,
La ciencia de Guillén.

GUILLÉN

¡Vaya un capricho!
Yo no puedo negar que el matrimonio
Es higiénico; así Monlau lo explica;
Pero os puedo jurar, por San Antonio,
Que es la sarna mayor... la que más pica.
Yo he podido observar, con ojo austero,
Tanto el original como la copia,
Y opino que de males el más fiero
Es ese que se llama mujer propia.
El hombre y la mujer, seres distintos,
Con varios y áun opuestos pareceres,
Forman en sus enlaces laberintos
Que ata el hombre y desatan las mujeres.
Seres heterogéneos que se juntan,
Uniendo cantidades y valores,
Y las cifras sumadas que se apuntan
Forman ese dolor de los dolores.
Pero ustedes dirán, y lo anticipo,
Si heterogéneas son las cantidades,
Por más que sumo, resto y multiplico,
Me da el absurdo en muchas variedades...
Y es así la verdad. Pero el absurdo
Es tan antiguo como el hombre mismo:
¿Ni cómo fino hacer lo tosco y burdo,

Ni tomar por Edén el negro abismo?
Buscadme una mujer que no sea Eva,
Aunque tenga su gracia y su hermosura,
Un Paraíso sin manzana ó breva...
Y os juro hacer la postrimer locura.

MATUSALÉM

Sigue, Miguel.

MIGUEL

Corriente; y seré breve,
Porque quiero salir pronto del paso:
La mujer será falsa, inícua, aleve;
Pero, apesar de todo... yo me caso!

Una homérica, inmensa carcajada
Fué del brindis final digna corona!
Nada pudieron contestarle, nada,
Que la fiebre nupcial todo lo abona!

Matusalém, Guillén, Medina, todos,
Cada cual con la copa sobre el labio,
Dieron su aplauso de distintos modos
Y declararon á Miguel un sabio.

Bogotá, 1876.

LOS VICIOS Y LAS VIRTUDES

La doctrina cristiana
Del padre Astete
Dice que hay siete vicios,
Tan solo siete;
Y á más de eso
Pone siete virtudes
Por contrapeso.

Pero yo que he vivido
Cincuenta años,
He encontrado á las pesas
Muchos engaños;
Siempre pasiva
La virtud está abajo
Y el vicio arriba.

Por ejemplo, la Ira,
Que grita y manda,
Subyuga á la Paciencia,
Dócil y blanda:
La gran señora
Ha encontrado en la humilde
Su servidora.

En sus mesas la Gula
Tiene de asiento
Al humano linaje
Que es muy hambriento;
Mas la Templanza,
Si á un parroquiano sigue,
Nunca le alcanza.

Y ¿qué tal la Soberbia?...
Como es altiva,
Lleva al género humano
De comitiva:
Baja la ola,
Y la Humildad se muestra
Maltrecha y sola.

La Avaricia triunfante
Domina al mundo,
Que el avaro es un pozo
Ancho y profundo;
Y la Largueza,
Una vez que ha largado,
De hambre bosteza.

De la Envidia no hablemos,
Porque su imperio
Hace el ámbito estrecho
De este hemisferio;
Y, pobrecilla,
La Humildad vive, holgada,
Pobre buhardilla.

Por esto, con permiso
Del padre Astete,
Sostengo que los vicios
Son más de siete;
Y que, por eso,
Las virtudes no alcanzan
Al contrapeso.

Bogotá, 1874.

STOP!

¿Qué vas á hacer, anciano? ¿Cómo quieres
Poner la nieve junto á tanto fuego?
¿No ves que se derrite y corre luego
Por el muerto raudal de tus placeres?

¿No habrá en el torbellino de mujeres
Una capaz de tu amoroso ruego?...
Si es tan niño el amor y además ciego,
¿Por qué á la calma el huracán prefieres?

Tarde prendió la llama en tus pasiones,
Tarde incendió su fuego tu cabeza,
Tienen su edad de amor los corazones,

Cual su invierno glacial Naturaleza;
El que se casa viejo, en ocasiones,
Paga, haciéndose ciervo, su torpeza.

Bogotá, 1855.

LOS CORTESANOS

Á EMILIA

¿Ves ese pordiosero, en cuya mano
Brilla un anillo de diamante fino?
¿No descubre su porte, asaz liviano,
Todo el dejo glacial de un libertino?
¿No ves en su bajeza el triste sino
Á que puede llegar un ente humano?...
Pues ese, hermosa Emilia, es cortesano,
Mendigo de los clubs y del Casino;
Adular al que manda es su destino
Y al que priva envidiar su único arcano;
Mas, si el Mérito llega á soberano,
Al grito de ¡igualdad! se hace asesino.

¿Cómo dejan vivir en los salones,
Á la sombra de ricas colgaduras,
Con iguales obsequios y atenciones,
Seres de tan diversas cataduras?...
Ese inmundo reptil que asecha á oscuras
De calumniar y herir las ocasiones,
¿Por qué á subir alcanza á estas regiones
De santa paz y de emociones puras?...
¡Dios, al hacerle hueco á sus hechuras,
Puso en el bosque erial los culebrones!

Bogotá, 1854.

MALES DE AMOR

— ¿Qué tienes, Fabio? ¿Qué pesar aniega
De lágrimas tu faz? ¿Qué mal te infiere?
— Es que Anais me desprecia y no me quiere
Y en vano amante el corazón la ruega.

— Pero ese loco amor que así te ciega,
¿Ante tu herida dignidad no muere?
¿El amor propio que al desprecio hiere
No será el propio amor que al alma llega?...

Alza la frente, Fabio. — Tu locura,
Que otra cosa no es amor tan tierno,
Del alma desterrar, por Dios, procura.

¡Hay un mal más terrible, y que es eterno!
Si amar, sin ser amado, es desventura,
No amar ya, y ser amado, es un infierno.

Bogotá, 1857.

LA PASIÓN DE LOS CELOS

Principia en ceños y besando acaba,
Es una tempestad de un solo trueno,
Es un vacío que se siente lleno,
Grito de libertad de un alma esclava.

Es Cupido con flecha y sin aljaba,
Panal disuelto en zumo de veneno,
Culebra que se abriga en nuestro seno,
Aguda espina que el amor nos clava.

Fibra que artera la sospecha muerde,
Pesar que no da entrada á los consuelos,
Pasión que al alma en sus abismos pierde,

Maldición de la tierra y de los cielos...
¿Quién habrá que el suplicio no recuerde
De la espantosa noche de los celos?

Bogotá, 1858.

LA CALUMNIA

Vedla! Allí está. — De seda y terciopelo,
Recamada de rica orfebrería,
Luce en el mundo la Calumnia impía
Lujoso manto de color de cielo:

Cubre su faz de la mentira el velo,
Juega en sus labios la sonrisa fría,
Su ojo vivaz remeda el de la arpía;
Pájaro vuela, — sierpe azota el suelo:

Por ella el hombre á sus hermanos mata
Y á eterno duelo su heredad condena;
Por ella la Verdad su faz recata,

Y la Virtud la suya hunde en la arena;
Á ella debió Jerusalén la ingrata
Su torpe crimen y su eterna pena.

Bogotá, 1854.

MATILDE

ROMANCE HISTÓRICO

Á JUÁN MANUEL GRAU

I

EL 4 DE MAYO DE 1840

De la tarde á los fulgores
Entre flores
Retoza el céfiro audaz,
Y entre juncos espirales
Y zarzales
Corre arroyuelo fugaz.

La floresta sus olores
De mil flores
Al inquieto ambiente da,
Y respirando su aroma
La paloma
De su nido en busca va.

El clavel y la amapola
Su corola
Alzan en aquel Edén,
Y cual grupos de esmeralda,
Á su espalda,
Brillan las palmas también.

El travieso cervatillo
De un tomillo
Á la sombra se acogió,

Miedoso de la congoja
Que una hoja
Al moverse le causó.

Grata ostenta y hechicera
Primavera
Su faz de lirio y carmín:
Un cielo con mil colores
Seductores
Y un arroyo y un jardín.

Y un sol que inclina su frente
De Occidente
En el vago rosicler,
Y albas nubes caprichosas
Que afanosas
Van su luz á oscurecer.

Y en la plaza de la aldea
Se puntea
Arpa sonora y laud;
Y allí cuentan sus querellas
Esas bellas
Que han perdido su quietud.

Y unas bailan y otras cantan
Y levantan
Cántigas de paz y amor,
Y zagales amorosos
Van gozosos
Danzando á su alrededor.

Mas entre todas descuella
Linda, risueña, gallarda,
Con su delantal de flores
Y su sombrero de pascua,

Una beldad hechicera
Que pudiera ser llamada
La hurí de aquellos contornos,
De aquellos bosques la maga.
Tendido en dos largas trenzas
Que una cinta verde enlazan,
Su negro cabello ondea
Sobre el marfil de su espalda:
Ciñe su esbelta cintura
Un cordón de seda blanca
Que, más que ajusta, su talle
Al ojo inquieto señala,
Por encima de los pliegues
De un camisón de esmeralda;
Luce, prendida á su cuello,
Gargantilla nacarada
Que sobre su tez de rosa
Preciosamente resalta.
¡Aquellos traviesos ojos!
¡Aquellas dulces miradas!
¡Tan negros como modestos...!
¡Tan ardientes como varias...!
Ojos que rebosan vida
Y mortal veneno maman;
Ojos que despiden fuego
En que se nos quema el alma.

Tal es la divina, preciosa zagala
Que luce en la sala que el bosque adornó:
Ninguna belleza su mérito iguala!
Modesta zagala,
Campestre modelo de gracia y candor!

Su tímido acento seduce armonioso,
Si canta dolioso quejido de amor;
Su negra pupila fulgura brillante
Llorando al amante
Con himno sentido de pena y dolor.

¡Donosa zagala! — ¡Renuevo precioso
Del árbol frondoso que vida te dió,
Benévola acepta mi canto de amores,
Mi ramo de flores,
Y el voto ferviente que amor me inspiró!

Recibe la ofrenda de cítara humilde,
Graciosa Matilde, recíbela, sí!
Que el canto que ofrece laud peregrino
Al trono divino
Se eleva, y bendito de Dios vuelve aquí.

Así en bulliciosa fiesta,
Así en inocente zambra,
Aquellas gentes gozaron
Placeres que yo envidiaba...
¡Tántos jóvenes pastores
Que la emoción trasportaba!
¡Tántas bellas, pudorosas,
Interesantes zagalas,
Llenos los labios de risa
Y de pureza las almas!
¡Aquella de negros ojos...!
Entre todas descollaba,
Como brilla entre los brezos
Humilde la trinitaria:
Allí estaba con su risa,
Con su inocencia allí estaba,
Con su delantal de flores
Y su sombrero de pascua.

Así en bulliciosa fiesta,
Así en inocente zambra,
Aquellas gentes gozaron
Placeres que yo envidiaba,
Cuando ya por el Oriente,
Entre celajes de grana,
Asomó de triste adelfa
La nueva luz coronada.

Pasaron las fiestas, los goces pasaron,
Los sones callaron,
El canto cesó;
Y hora tras hora la luz apagaron
Y el último rayo su Ocaso marcó.

Cortina de luto vistieron los cielos,
Con diáfanos velos
Cubierta también,
En lo alto prendida mostraba la luna
De negros crespones vestida la sien.

Las cañas sonantes, la ceiba frondosa,
La mata de rosa,
La flor del jabón,
Sus copas alzaron de bellos matices,
La tromba afrontando de fiero aquilón.

Retumban los quicios, la ruda techumbre:
Sucede á la lumbre
Tiniebla y pavor:
La nube inflamada sacude sus truenos,
El éter alumbran centellas de horror.

La noche sus sombras de luto presenta:
Horrible tormenta,
Feroz huracán,
Levantan al aire celajes de polvo,
Los cielos parecen inmenso volcán.

Las aguas que arrastra corriente sonora
Pesadas ahora
Se miran correr;
Y turbias se miran, que enturbian las aguas
Las negras cenizas del rayo al caer.

La blanca paloma su arrullo suspende:
Los aires no hiende
Cantando de amor,
El pájaro lindo de pluma pintada;
Callado en el tronco se está el ruiseñor.

Los truenos arrecian : — Feroz, cenicienta
La nube revienta
Y un rayo cayó...!
Y allá entre los pliegues del viento deshecho
Un grito de muerte su voz apagó.

Momento medroso, silencio solemne...!
Postradas de hinojos
En santa oración
Se miran las gentes de aquellos contornos,
A Dios implorando consuelo y perdón.

Pasaron las fiestas, los goces pasaron,
Los sones callaron,
El canto cesó :
Y hora tras hora la luz apagaron,
Y el último rayo su Ocaso marcó.

Es alta noche. — El pabellón del cielo,
Se ve de luz y estrellas coronado,
Alumbrando, rompida y por el suelo
La gasa funeral que se ha quitado.

Brilla la luna. — Las cortinas dobles
Con que al mundo las nieblas revistieron
Yacen rasgadas, y en los altos robles
Su oscuridad fatídica escondieron.

Reina la paz. — La ceiba majestosa
Al cielo alzó sus palmas colosales,
Y lozana y tranquila está la rosa
Suspendida en los tallos desiguales.

Todo pasó. — Tan solo prevalece
El llanto de aquel pueblo atribulado;
Llanto infeliz que en su amargura ofrece
Por tributo á su Dios que lo ha salvado.

II

EL 5 DE MAYO

En la iglesia de la aldea
Doblan tristes las campanas,
Y el canto de los difuntos
De un féretro al pié levanta
Un anciano venerable
Con voz medrosa y ahogada:
El pueblo en tumulto acude
De llanto la faz bañada;
Allí de luto vestidas
Se arrodillan las zagalas,
Con lágrimas en los ojos
Y con tristeza en el alma...
¡Oh! ¿qué será? ¡Grande, inmensa
Deberá ser la desgracia
Que hace entonar esos cantos
Y derramar esas lágrimas!
¿Será el padre de la aldea
Cuya vejez centenaria
Rindió su postrer aliento
Por el rayo electrizada?
¿Será alguna pobre madre
Que de sus hijos se aparta?
¿Será algún benefactor
Que con mano hospitalaria
La orfandad y la indigencia
Generoso consolaba?
¡Oh! ¿qué será? — ¡Grande, inmensa
Deberá ser la desgracia
Que hace entonar esos cantos
Y derramar esas lágrimas...!
Con lento paso recorro
La estrecha nave enlutada,
Y de la luz al reflejo,
De pavor cubierta el alma,

Me acerco al pié del sepulcro
Que el triste secreto guarda,
Y... ¡oh dolor!... de mustia adelfa
La yerta sien coronada,
Sobre un cojín de crespón,
Inerte y amortajada,
Con la sonrisa en los labios,
Con su inocencia, sin alma...
La hurí de aquellos contornos,
De aquellos bosques la maga,
Plácida, hermosa, riente,
Su último sueño gozaba...
No muerta, sino dormida,
Su espléndida faz mostraba;
Que al ser por la muerte herida,
Mucha vida la amparaba!
Era alegre hasta el sudario,
Risueña hasta la mortaja,
Con las galas de la fiesta
Su postrer sueño gozaba...
Con su delantal de flores
Y su sombrero de pascua.

Cartagena, 1844.

LA ENVIDIA

Vedla! Allí está. — Del bienestar ajeno
Labra el dogal de su profunda pena;
Ni el bién presente su ambición enfrena,
Ni el bién futuro, de ilusiones lleno.

¿Qué avaro manantial habrá en su seno
Que tánto absorbe y su caudal no llena?
¿Cuál la fuente será que así envenena
La flor más rica del Edén terreno?

Vedla! Allí está. — Del propio bién hastiada,
El bién de los demás la causa enojos;
De hosco carmín sobre sus labios rojos

La risa de la insidia está pintada;
La torpe emulación brilla en sus ojos,
Y el sol de la codicia en su mirada.

Cartagena, 1855.

ANÉCDOTAS

(ORIGINALES É IMITADAS)

I

CUENTO LIMEÑO

Hubo un capitán Piñérez
Bizarro, apuesto, marcial,
Que llegó á ser general
Sin dejar de ser *alférez*;

Pues no hubo fiesta ó función
En que él no hiciera el *encierro*.
Ni hubo banquete ó entierro
Del que no fuera anfitrión.

Ahora bien : el capitán,
Vencedor en Ayacucho,
Fué muy celebrado, mucho,
Como valiente y galán.

Y además de tales dones
Tenía otro magnético :
El famoso dón poético
Que inspira dulces canciones.

Su charla era sin igual,
En la tertulia, ocurrente,
En la tribuna, elocuente,
Ante la tropa, triunfal.

Bien pues. — Un mancebo tal
De dones enriquecido,
Fué un subalterno querido
De Córdoba el general.

Córdoba como Piñérez
Era bizarro y marcial,
Y también fué, general,
Sin dejar de ser *alférez*.

Una tarde, de paseo,
En Lima, bella ciudad,
Vió Córdoba á una deidad
Que arrebató su deseo.

« — ¿Quién me presentara ¡oh!
Á ese cielo de belleza? »
Dijo, y con mucha presteza
Contestó Piñérez : « — Yo! »

« — ¿Está usted relacionado
Con esa familia? » « — Sí. »
« — Pues preséntente usté á mí. »
« — Dése usted por presentado.

» Esta noche, á la oración,
Luego que pasemos lista,
Daré con esa entrevista
Retreta á su corazón. »

Dicho y hecho. — Se colaron
En la casa de la bella,
Y con la madre de ella
En el salón se encontraron.

La dama se sorprendió,
Que á ninguno conocía;
Pero por cortesanía
Asiento les ofreció.

« — Señora, tengo honor mucho, »
Dijo en tono militar
Piñérez, « de presentar
A un valiente en Ayacucho;

» Capitán de cazadores
Soy, señora... él... general!
El que dió el grito inmortal
De *¡A paso de vencedores!...* »

En tan dramática escena
Córdoba y doña María
Pasaban de la alegría
Al asombro y á la pena.

Por fin, Piñérez calló,
Y, repuesta la señora,
Con voz clara y bien sonora
A Piñérez contestó:

« — Venga el señor en buenhora;
Pero á usted ¿quién le presenta? »
« — Nadie. Vine por mi cuenta,
Pero me retiro ahora. »

Respuesta tan ocurrente
Celebró doña María,
Y agregó: « — Su compañía
No será un inconveniente.

» Tiene usted donaire y mucho;
Siéntese usted, capitán,
Que á usted presentarán
Sus glorias en Ayacucho. »

Hé aquí cómo el capitán
Dió á su general entrada,
Y al emprender retirada
Ganó gloria, prez y pan.

Lima, 1877.

II

Por un puente de París
Un filósofo pasaba
Y con lástima miraba
A un labriego del país,
Que desnudo, y vis á vis,
Un crudo invierno sufría,
Y ante el mal que presentía
Le dijo : « ¡ Oh, amigo mío!
Desnudo con este frío
Que congela el alma mía? »

El pobre le contestó,
Con marcada indiferencia :
« Vuestra cara su Excelencia
¿Por qué desnuda sacó? »
Pero aquel le replicó,
Sin que su rostro ocultara
Gesto de admiración rara :
« ¡Yo nunca mi cara abrigo! »
Y el pobre agregó : « ¡ Ay, amigo,
Yo he sido y soy todo cara! »

III

Un alguacil conducía
Preso á un inglés marinero
Por no sé qué desafuero
Que en Cartagena hizo un día :
Un negro que le veía
Resistiendo la prisión
Le dijo en tono zumbón
Y con su acento de allá :
« *Hombe, déjate llevá*
Que tú ar fin eres nación. »

IV

En el templo de Talía
Se daba en cierta ocasión
Una chistosa función
De que el público reía;
Y yo, al ver que Rosalía
No daba al chiste tributo,
Que algo la aflige computo,
Y al tratarlo de inquirir
Me dijo : « — ¡ Cómo reir
Estando de medio luto! »

V

Una bonita joven, ya casada,
Sin más defecto que su escasa vista,
En ocasión solemne fué encontrada
Besando á Migel Ángel, no el artista;
Y como por desgracia iba á la pista
El mismo Belcebú,
Es decir, el marido de la hermosa,
Díjole con furor : « ¡ Sierpe engañosa!
¿Así traicionas á quien te ama tanto? »
Y ella le contestó, bañada en llanto :
« Perdóname, José, creí que eras tú. »

VI

Voy á contar una anécdota
De los borrascosos tiempos
En que los escarabajos
Se adueñaron del gobierno.

Dictó un mandarin de entonces
Un enérgico decreto,
Mandando que todo el mundo
Se alistase en el ejército.

Pero como letras muertas
No mandan ni hacen efecto,
Dispuso que en un domingo,
Santificando el precepto,

Fuesen llevados, por fuerza,
Á los claustros de un colegio
Los godos y liberales
Remisos al mandamiento.

Entre la gente cogida
Fué reclutado un gallero,
Que ocultaba con su capa
Al gallo « Guzmán el Bueno. »

Tan luego como el concurso
Fué numeroso en extremo,
Llegó el mandarín al circo
Y en voz alta dijo esto :

« Señores, como emisario
Del Gran General, Supremo
Director de paz y guerra,
Y Jefe actual del Gobierno,

» Debo hacer saber á todos
Que, forzados, no queremos
Tener un sólo soldado
En las filas del ejército :

» En tal virtud, los que sean
Enemigos, desafectos
Del actual órden de cosas,
Quedan del servicio exentos ;

» Y para remover dudas
Y precaver todo yerro,
Los indicados podrán
Dar un paso sobre el centro. »

Un joven que allí se hallaba,
Hijo menor del gallero,
Maliciando una celada,
Dijo al padre : « — ¡ Estése quieto !

» Que ese es un ardid infame
Para tomar prisioneros
A cuantos hoy se declaren
Enemigos del Gobierno. »

« — ¡ Arre allá ! » dijo indignado,
Y con ademán severo,
Sofocando la intención
Del joven, el noble viejo :

« ¡ Aunque aquí me fusilaran !
Si yo mi partido niego,
Éste gallo me cantara
Como el gallo de San Pedro. »

Y dando un paso adelante,
Probó su noble ardimento ;
Pero al punto el mandarín
Lo puso en un cuartel preso.

VII

Paseaban la Sabana
Varias *cachacas* bonitas,
De esas blancas, rosaditas
De alma pura y fe cristiana ;
Cuando la más campechana

Vió un corderito, que atado
Conducía un concertado,
Y exclamó : « ¡no tiene cacho! »
A lo que dijo el muchacho:
« No, mi amita, no es casado. »

VIII

Un ciego, sin lazarillo,
Que por la calle pasaba,
A tiempo que se escapaba
Del rejo un bravo novillo;
Al sentir el airecillo
Convertido en huracán;
Que unos vienen y otros van;
Y, en fin, que el pánico estalla,
Su peligro en la batalla
Comprendió, no sin afán.

« No habrá en esta confusión
Una alma buena, » decía,
« Que me dé su compañía
Y me arrime á algún rincón? »
El novillo á la sazón
Pasó con ciega avidez,
Le arrojó con altivez,
Y el ciego, al verse lejano,
Exclamó : « Por Dios, hermano,
Menos dureza otra vez! »

IX

Un retrato de Berrío,
El renombrado antioqueño,
Veía con agrio ceño
Y con marcado desvío

Una dama que, lo fío,
Era una ultra-liberal,
De esas de gesto feral,
Que al verlas sus adversarios
Rezan dos y tres rosarios
A la corte celestial.

Notó, y es mucho notar!
Que en hombre tan distinguido
Denotase en su vestido
Un desaliño ejemplar;
Y tratando de picar
A la godísima Elisa,
Exclamó : « ¡Si causa risa!
¡Caramba! Un hombre tan grave,
Tan importante!... y no sabe
Abrocharse la camisa? »

Elisa, se sonrió
Y en tono amable y chancero
« ¡Es un infeliz *maicero!* »
A su amiga contestó :
« Es cierto que él humilló
De los *rojos* las legiones;
Mas no sabe esas nociones
De abrocharse la camisa..... »
« — Entonces, qué sabe, Elisa? »
« — Abrocharse los calzones! »

X

El tonel de las Danaides
Dicen que nunca se llena,
A pesar de que mil cosas
Incansables manos echan.
Pues bien! — Exacta parodia
Es nuestra pública *Hacienda*,

Pues vemos que cada día
La nutren chorros de *rentas,*
Y apenas llega la noche
Chorros de *sueldos* la secan.

Una vez en el *Senado*
La más clara inteligencia
Quiso sacar del marasmo
Nuestra mal parada *Hacienda;*
Y despues de mil desvelos
Dando *á su ingenio* ancha suelta,
Redactó una larga *ley*
Que ante el *Senado* presenta.

Estupefactos oimos
La exposición de la idea,
Al presentir que muy pronto
Iba á morir la miseria:
El *patriotismo* se expande,
El *patriotismo* se encela,
Y todos ansían oir
La *solución del problema.*

Llegó el momento solemne
De abrir al anhelo puerta;
El *acta* ha sido aprobada,
Sin observación siquiera;
Se altera el *orden del día;*
La comisión de la mesa
Omite la larga lista
De *sustanciales* faenas;
Y oimos que el *Secretario,*
Con voz estentórea y hueca,
Al asombrado concurso
El gran secreto revela:
« Artículo..... Desde hoy,
Para doblar *la riqueza,*
Tanto *pública y privada,*
Como de dentro y de fuera,
Cada peso valdrá dos,
Cada real una peseta. »

Ante el *estupendo rayo*
De tan *estupenda idea*,
Todo el *Senado* quedó
Como un Senado de piedra.
Las *barras*... no hay que decir,
Contra su costumbre vieja,
Lejos de hacer alboroto,
Y convertirse en gallera,
Cariacontecidas, mustias,
Tristes, extáticas, serias,
Fiel trasunto parecían
Del Purgatorio de Viedma;
Pero, al fin, uno de tántos
Que sudan sal de la lengua,
Quebrantando aquel silencio
Del *Senado* y la *barrera*,
Exclamó : « — ¡Todo es igual!
Doblados los *sueldos* quedan,
Y cada *valor* se dobla
Por un real una peseta!
Siempre, y por más que se afanen,
Pobre estará nuestra *Hacienda*,
Soltando en chorros de *sueldos*
Las gotas que entren de *rentas*. »

XI

Á un letrado profesor
Un *cachifo* preguntaba
Qué era lo que se llamaba
Obra póstuma? El doctor,
Enseriando su exterior,
Contestó con aire experto:
« Es una obra que ha muerto
Quedando vivo su autor. »

XII

Hubo un Antioqueño aquí
De talento muy picante,
Que en tertulia era un diamante
Y en los bailes un rubí.

Tan ocurrente y jocoso,
Tan listo y tan campechano,
Que el Quevedo colombiano
Le llamaba el sexo hermoso.

Una noche el chocolate
En cierta casa tomaba
Y á su taza vueltas daba
Con la inquietud de un Orate.

Y creyendo la señora
Que aquella perplejidad
Fuera tal vez cortedad,
Dijo á su amigo, en mal hora:

« ¡Vamos! Á ¿qué viene eso?
Tómelo con confianza! »
Y él contestó, como en chanza,
« ¿No fuera mejor con queso? »

XIII

Un joven se confesó
En vísperas de casarse,
Y notó, ya al retirarse,
Que el clérigo descuidó,
O á lo menos olvidó

La penitencia : al instante
Advirtióselo, y picante
Le replicó : « No os casáis?
Pues, hijo, en eso lleváis
La penitencia bastante. »

XIV

De su *ranga*[1] desmontó
Á un pobre indio un caballero,
Porque su caballo overo
En la cuesta se cansó :
El indio se resistió
Cuanto pudo y le fué dable;
Pero no teniendo un sable,
Ni *revólvers,* ni puñal,
La expropiación fué cabal
Y el despojo inevitable.

Llegaron á Bojacá
Y el indio pidió justicia;
Pero el otro en su malicia
Quiso avanzar más allá :
En disputa el *ranga* está,
El juez no sabe qué hacer,
Cada cual pretende ser
Del *ranga* dueño presunto,
Y el pleito llega hasta el punto
De dudar y no saber.

Para obtener la verdad,
Abrióse á prueba la causa;
Pero el indio era de Tausa
Y vivo con terquedad :

1. Nombre que en el interior de Colombia dan los labriegos á los caballos de mala raza.

Cubrió con celeridad
Los ojos de su cebruno,
Y dijo al señor : « — *So tuno,*
Mi *ranga* es tuerto... ¿de cuál? »
« — Del derecho. » « — Pues no tal ;
Porque no lo es de ninguno. »

XV

El general Bonaparte
De su médico inquiría
Si esa cosa que ejercía
Era un oficio ó un arte ;
El doctor, haciendo en parte
Un inmenso sacrificio,
Dijo al general : « Mi oficio
Tiene de todo, señor,
Viniendo á ser en rigor
Un verdadero arti-ficio. »

XVI

Suscitóse un altercado
Entre un par de comerciantes,
Porque en puja los bramantes
Habían abaratado :
« — Yo, dijo el uno, he entrampado
Mis telas al extranjero,
Vienen *por alto ;* al mulero
Le rebajo..... » « — Tonterías! »
Contestó el otro, « las mías
Las entrampo por entero! »

XVII

Cárlos á Hortensia le dió
Palabra de casamiento;
Mas Cárlos su juramento
Con daño y burla olvidó.

La desventurada Hortensia,
Al ver su fiera desgracia,
Puso toda la eficacia
De su fe en la penitencia.

Una noche predicaba
El párroco de las Nieves
Contra esas burlas aleves
De que Hortensia se quejaba;

Y era tánta la energía
Con que el crimen condenaba,
Tal vehemencia desplegaba,
Que en su arrebato decía :

« El que engaña á una mujer
Con tan infames amaños,
Responde á Dios de los daños
Que esa mujer pueda hacer.

» Sus faltas son de los dos,
Y, como causa primera,
De toda su vida entera
Responde ante el mundo y Dios. »

Al escuchar esto Hortensia
Exclamó : « ¡ Dios soberano !
Yo haré que sufra el villano
Cotidiana penitencia;

» Y pues mis nuevos desvíos
Puedo á tu cuenta imputarlos,
Yo vengaré, infame Cárlos,
Uno tuyo con cien míos! »

XVIII

En un baile de disfraz
Buscó á Cosme Dorotea,
Que es la muchacha más fea
Que ha cubierto un antifaz.

La esfinge el papel hacía,
Con primor, mas sin limpieza,
Del Génio de la Pobreza,
Y una limosna pedía.

Á Cosme el turno tocó,
Y, creyéndola una diosa,
Limosna bien fastuosa
En una onza le dió.

La dádiva del doncel
Interesó á la doncella:
Él encantado con ella,
Ella encantada con él.

No podía darse ya
Más amante frenesí;
Se buscaban por allí,
Se encontraban por acá;

Pero al fin, como mujer,
La piadosa Dorotea
Cuanto le ha dado desea
A punto fijo saber.

Y aprovechándose ella
Del ruido y confusión,
Llamó á su primo Ramón
Y le mostró la onza aquella:

Él, con pasmosa ansiedad,
Pesó al tiento... era una balsa!
La onza de Cosme era falsa,
Y falsa su caridad.

Furiosa aquella mujer
Pierde la calma, se ofusca,
Y vuela de Cosme en busca,
Sudando... que era de ver!

Era tal sofocación
La que asaba á Dorotea,
Que estaba *repluscuant* fea,
Y roja como un piñón.

Echó á tierra el antifaz,
Secó el sudor de su frente,
Y con semblante inclemente
Busca y rebusca al falaz.

Al fin y al cabo le halló,
Y con aire adusto y fiero
Le dijo: « ¡Mal caballero!
¿Juguete vuestro soy yo?

» Si es que á vuestra caridad
Algo de rubor le queda,
Dadme una buena moneda,
Y la onza falsa tomad;

» Que, pues falsa la merced
Resultó, debéis cambiarla! »
Y él le replicó, al mirarla,
« Y ¿quién me la cambia á usted? »

XIX

Un galán enamoraba
Á dos damas á la vez,
Y su amante intrepidez
Ningún escollo encontraba;
Pero un día en que se hallaba
De las dos en compañía,
Una de ellas le decía,
Hondo suspiro exhalando:
« Si nos viera usted ahogando
¿Cuál primero salvaría? »

El galán, medio corrido,
Un rato reflexionó
Y « á ninguna » contestó,
Alarmado y confundido:
En ambas sintióse herido
El orgullo batallar,
Y él, tratando de enmendar
Dislate tan estupendo,
Logrólo, al fin, añadiendo:
« Porque yo no sé nadar. »

XX

Un ministro peruano,
Cortesano y muy galante
Nos dió un baile asaz brillante
En *El Club Americano.*

Y fué la tal reunión
Centro de damas tan bellas,
Que en rico cielo de estrellas
Fué convertido el salón.

Por desgracia aquel jardín
De flores tan delicadas
Tenía algunas pintadas
Con albayalde y carmín.

Una de éstas al retrete
De descanso se allegó,
Y al espejo retocó
Los golpes de colorete.

À su regreso encontróse
Con el mimado anfitrión
Y le dijo: « Su función
Es, ministro, el acabóse!

» ¡Qué espléndida concurrencia!
¡Qué escogido señorío!
Le aseguro, amigo mío,
Que no tendrá competencia.

» De fijo, usted estará
Como el lirio entre las rosas,
Que al buscar las más hermosas
De indecisión morirá! »

« — Señorita, hay hermosuras, »
El ministro respondió,
« Que no puedo juzgar yo.....
Porque no sé de pinturas. »

La dama palideció,
Más que de color, de gesto;
Volvió el ministro á su puesto,
Y ella á su asiento volvió.

XXI

En la austera procesión
Del Viérnes santo, un beodo
Iba perturbando todo
El orden de la función :
El cura de Nemocón,
Por desacato tamaño,
Le fulminó su regaño,
Y el borracho dijo : « Adiós!
Cuando muere todo un Dios,
¿Que yo caiga será extraño? »

XXII

Un profesor de inglés á su discípulo
Con extrema dureza reprendía,
Porque al dar la lección le descubría
Falta de aplicación y de interés.

« Sabe usted, perezoso, por qué sobra
El tiempo para todo á los ingleses?... »
Y el mozo interrumpió y dijo : « Sandeces!
Porque no tienen que aprender inglés. »

XXIII

Las playas de California
De tánto oro están llenas,
Que un Chileno me contaba,
Ponderando sus riquezas,
Que una tarde, de paseo,
Un puntapié dió en la arena,

Y una pepita saltó
Que pesaba libra y media:
Aturdido con el cuento,
Y más aún con la pesa,
Exclamé: « — ¿Llamáis *pepita*
Veinticuatro onzas completas? »
Y él replicó con donaire
Y marcada indiferencia:
« — ¿Cómo, pues, debí llamarla? »
« — ¡Mi señora doña Pepa! »

XXIV

Preguntóle Rosalía,
Que es curiosa y preguntona,
Al hijito de Ramona
La edad fija que tenía;
El niño, con sangre fría,
Y sin ver el más allá,
Dijo, mirando al papá
Que es enemigo de engaños:
« Cuando estoy solo, diez años,
Y seis, si voy con mamá. »

XXV

En esta buena ciudad
Un *cachifo* del Rosario,
Al pasar el Seminario
Exclamó: « — ¡Qué oscuridad! »
Y con mucha propiedad
Un ciego que le escuchó
Al niño le contestó,
En puro acento labriego:
« Mi amito, *vusté* está ciego
Y vé *escuro* como yo. »

XXVI

En la vecina labranza
Quiso una flaca perrilla
Comerse mi pantorrilla,
Que no es muy parca pitanza:
No bien me embistió, la lanza
Le escondí en el flaco pecho,
Y, negando mi derecho,
Me dijo Pancho Cancino:
« Ha hecho usted muy mal, vecino,
Porque hubo exceso en el hecho. »

« ¡Cómo exceso! » repliqué
« ¿Acaso debí dejarla? »
« — No tanto; pero espantarla
Con el asta ó con el pié. »
« — Su consejo seguiré
En algotra batahola;
Por hoy que corra la bola,
Y de geremiadas basta:
Yo le daré con el asta
Cuando embista con la cola. »

XXVII

Un *patojito,* sirviente
De un general colombiano,
De esos que de llano en llano
Y sin ningún accidente
Han sentado el precedente
De no pagar deuda alguna,
Entró, por mala fortuna,
Al colegio de Ramón,
Donde enseñan Religión
De cada seis tardes, una.

En la presente ocasión
Nuestro héroe desocupaba
La casa, pues no pagaba
El arriendo á su patrón :
Y el chico al dar la lección,
Teniendo que responder
Por qué Adán tuvo que ser
Echado del Paraíso,
Contestó : « Quizá no quiso
Pagar ningún alquiler! »

XXVIII

Una pobre campesina
Tuerta, á causa de una nube
Que la pupila de un ojo
Completamente la cubre,
Quiso rogar peregrina
A nuestra Madre de Lourdes,
A fin de que recobrara
El ojo tuerto sus luces :
Vendió su collar de oro
Y unos zarcillos azules,
Dos anillos de tumbaga
Y un rosario con tres cruces.
Preparados los avíos
Como tienen de costumbre,
Emprendió su carabana
Al amanecer de un lunes.
Componían su cortejo,
Que era de escaso volumen,
Un sirviente de la estancia
Y dos *guarichas* de Une,
Un mastín de Pueblo-viejo
Y dos mulas de alto empuje.
Muy complacida venía
Haciendo dengues y puches
Nuestra pobre campesina,
Cuando una punta de chusque,

Hiriéndola el otro ojo,
La dejó ciega en resumen.
Eran de oir los clamores
Y de ver las actitudes
Con que la infeliz mujer
Lloraba su pesadumbre!
¡Qué espantosa confusión!
¡Qué sufrimiento la aturde!
¡Cuál la asustan las tinieblas
Que por do quier la circuyen!
La más ligera esperanza
Ve que la abandona y huye,
Y, á pesar de todo, sigue
Con la luz que la fe infunde
Hasta la santa capilla
De nuestra Madre de Lourdes.
Llega, se postra de hinojos,
Y su aspiración resume
En esta vehemente súplica,
Síntesis de los que sufren:
« Madre! si yo no merezco
Que más de una luz me alumbre,
Quede perdido el primero.....
Pero *volveme* el que *truje!* »

XXIX

En la iglesia protestante
Metían, cubierto, un cuadro,
Y con asombro una vieja,
Creyendo que era algún santo,
Al conductor preguntaba
Si era San Pedro ó San Pablo;
Pero el porta-cuadros era
Un pobre inglés tan cerrado,
Que no entendía ni jota
Del idioma castellano.
La vieja, de necia, urgía
Por saber qué era el retablo;

Y el pobre inglés la miraba
Atento, pero alelado:
« *Mi no entende,* » la decía,
« *You spaek inglish?* » — « San Cipriano?
Pero ese Santo es ya hereje
En el rito colombiano:
Muéstreme, muéstreme á ver..... »
A ese tiempo cayó el paño,
Y del Presidente Grant
Quedó á la vista el retrato.
« Ave María purísima! »
Dijo la vieja, « ese santo
No tiene unción, ni su traje
Es del Imperio Romano:
Ab renuncio, Satanás,
Tiene casaca de paño,
Y botones de metal,
Y presillas y bordados:
Ese santo es general,
Es decir, excomulgado:
Tápelo, tápelo pronto
No sea que por contagio
Quieran muchos generales,
Que también se llaman Santos,
Que los pongan en capilla
Y les recen un rosario. »
El inglés que no entendía
El *guirigay rabilargo*
De la beata, se entró
En la capilla exclamando:
« *He is very well, my friend,*
Mi no entende, casteliano. »

XXX

Á Santa Rita de Casia
Se encomendaba Isabel,
Que su corona de azahares
Muy pronto cambiada ve

Por la maternal corona,
Que tiene zarzas también.
¡Pobre la novia del Funza!
Sus mejillas de clavel
Son dos grandes azucenas,
Tan blancas como el papel.
En el duro, horrible trance
De dar la vida á otro sér,
Casi en la muerte su vida
Náufraga y perdida ve.
¡Qué diluvio de dolores!
¡Qué padecimiento aquel!
La noche de un tercer día
Daba su sombra á Isabel,
Sin que el conflicto brotara
Para tanto mal, un bién.

La pobre niña una vela
Hizo á la santa encender,
Sin que algún despreocupado
Vaya por esto á creer
Que la misma Santa Rita,
Bajando de su dosel,
Trajo y encendió la vela
En su honra y para su bién;
Digo que la pobrecita
Hizo la vela encender,
Rezando porque abogara
En el imposible aquel;
Y fué tánta su vehemencia,
Y tan fervorosa fué,
Que hizo ofertas indiscretas
Y aún juró, á fe de Isabel,
No provocar otro trance
Como aquel trance cruel.

Es posible que la Santa,
Lo que es fácil de creer,
Abogando *el imposible,*
Hiciera *posible* el bién;

Pero lo cierto es que un niño,
Como el astro de Belén,
Inundó de resplandores
El semblante de Isabel:
Los claveles de la novia
Cobraron su rosicler,
Y el calor de la sonrisa
Dió vida al labio también;
Y apenas cesado habían
Los agrios tragos de hiel,
Apenas la tempestad
Dió á la bonanza el laurel,
Reconocida á la Santa,
Pero ingrata con la fe,
Dijo con acento débil,
Viendo cerca á su Gabriel:
« Apaguen pronto esa vela,
Por si se vuelve á ofrecer. »

XXXI

Hoy salió don Polidoro
Del Banco de Bogotá;
Alegre á su casa va,
Llevando casi un tesoro;
Pero no es plata ni oro
Lo que lleva en los bolsillos,
Son mugrosos papelillos
Con firmas de gente rica,
En cuyo texto se explica
Lo que valen en cuartillos.

Pero bien poco hubo andado,
Cuando una recia tormenta
A nuestro hombre amedrenta
Por lo que lleva guardado:
Llega á su hogar, medio ahogado,
Y á su hija dice: « Tomad!

Esos billetes guardad!
Ya casi tengo cefálico!
Guárdalos, porque el metálico
Atrae la tempestad! »

XXXII

Á traves del ruidoso Magdalena
Un pobre boga, de palanca armado,
Desde un pueblo vecino, en su barquilla,
Para un vapor llevaba á un literato;
Y ya fuera por burla ó petulancia,
O quizá por matar el sobresalto,
Distrayendo con algo bien distinto
Ese miedo cerval que inspira el paso,
Este le preguntaba á su barquero
Lo que en seguida nos dirá un buen diálogo:

« — ¿Sabes filosofía? »
« — *Ni la he vito*
Aquí en er Magalena en tantos años;
Ni ecuché nunca que jablara arguno
De esa señora. »
« — Pues, amigo, malo!
La mitad de tu vida se ha perdido! »
« — *No sea chusco, señó; yo soy mulato,*
Y no sé sensias ni pisé la ecuela,
Por ma que er viejo Roque, mi padrato,
Me desía: Camilo, aprende letra,
Deja la orqueta y er champán y er palo. »

« — ¿Sabes astronomía? »
« — *No se burle*
De su probe boguita de San Pablo,
¿Astromía? ¿Qué fruta será esa?
¿Es de tierra caliente? »
« — Desgraciado!
¿Tampoco has penetrado en los misterios
Que rigen y dan leyes á los astros? ,

Entonces has perdido de tu vida
La cuarta parte! »
« — *No geringue, branco!*
Ante dise la gente que es letraa
Que en sabé lo que saben se acabaron;
Que er mucho etudio los mató en la ecuela,
Y que gieren á muerto! »
« — Te engañaron!
El hombre sabio, su preciosa vida
Multiplica, por uno, muchos años;
Goza con la Creación que le rodea,
Comprende á Dios, descubre sus arcanos,
Y en su afanoso viaje por el mundo
Deja de su saber brillante rastro! »

Magnetizado el boga y distraido,
Tomando por las hojas aquel rábano,
La buena dirección de su barquilla
Hubo de descuidar, y en un mal paso
La barca zozobró, volcó su carga,
Interrumpiendo el diálogo intrincado.

El boga contemplaba sonriendo
Las angustias del pobre literato,
Confiando, tal vez, en que su ciencia
Le sacara feliz de aquel naufragio;
Pero viendo que más y más se hundía,
Siguiendo la corriente en su desmayo,
Le preguntó : « — *¿ Sabéi naar?* »
« — Ni jota, »
Dijo en voz apagada el literato.
« — *Toa la via entonce habéi perdío,*
Porque la sensia aquí se muere á trago. »

ELVIRA

LEYENDA HISTÓRICA

Á MANUEL POMBO

I

EL CONVENTO

Por sobre altos edificios,
Casi á las nubes tocando,
Con bellísimos jardines
Y antiguas fuentes de mármol;
Con extensas galerías
De blanco y puro alabastro,
Cuyas paredes tapizan
Bellos y bíblicos cuadros,
En cuyos marcos relucen
Oro bruñido y amianto;
Con ciento treinta columnas
Que sostienen el pesado
Pórtico, en cuyos relieves
Están en piedra tallados
Los sencillos pescadores
Del divino apostolado;
Con cinco torres macizas
Y altísimos campanarios,
Cuyas agujas se pierden
En las brumas del espacio,
Levanta su erguida frente
Un convento hospitalario,
Donde en penitencia austera,

Lejos del concurso humano,
Las religiosas del Carmen
Entonan místicos salmos
A los acordes süaves
Del órgano centenario.

Allí la vejez cansada
Bajo el peso de los años,
Aligera con sus rezos
La hoya de tierra ó guijarros,
Donde encontrará bien pronto
Su último, eterno descanso.
Allí está la juventud
Sin oropel y sin fausto,
Separada del bullicio
Y del tentador contacto
De los placeres del mundo,
Que hacen del mundo el encanto!
Allí está sin esas galas,
Sin los adornos fantásticos,
En que volantes de blonda,
De diamantes salpicados,
Contrastan con las diademas
De perlas, oro y topacio.
Allí está sobre la brecha,
En su sublime calvario,
Bajo el sayal religioso,
Bajo el austero tocado
Que da á las formas del ángel
La aureola de los santos.
Allí está la juventud
A la sombra del descanso,
Bajo la terrible llave
De un voto ante Dios prestado!
Allí se la vé incansable
Sus encantos marchitando
A la impresión del cilicio
O al rigor de los trabajos.
Allí se la ve rendida,
Enferma, flaca, espirando,
Muerta la luz en sus ojos,

Muerta la risa en sus labios.
Allí está, sin voz ni vida,
Sin diferencia en los años..,
Que en aquel santo recinto
Todo aparece igualado
Bajo los inmensos pliegues
De aquel religioso manto.

II

ELVIRA

Mañana, al sonar las diez,
Un año cabal espira,
En que, llorando tal vez
Del mundo la brillantez,
Entró en el convento Elvira.

La joya de San Germán,
La reina entre las hermosas,
¡Cuánto sus rezos valdrán!
Yo sé que húmedos irán
De lágrimas dolorosas.

¡Elvira bajo una toca!
¡Elvira bajo un sayal!...
¿Así temeraria y loca
De Dios el juicio provoca
De un templo ante el santo umbral?

¡Oh! ¡qué raro talismán
Habrá obrado este portento
Que todos admirarán!
¡Ver reclusa en un convento
La joya de San Germán!

¡La perla de los salones.
La reina de la elegancia,
Rinde armas y pendones,
Y en estas santas regiones
Abate así su arrogancia!

¡El embalsamado ambiente
De su retrete gentil,
Cambia así modestamente
Por el aroma inocente
Que da este agreste pensil!

¿Cómo condenó al olvido
Los deliquios de sus fiestas?...
¡Pobre paloma sin nido!
¿Qué influjo desconocido
La robó de sus florestas?

¿Cómo ha podido olvidar
El tornasol de sus plumas,
Y ese proceloso mar
Que hace diamantes brotar
Y perlas de sus espumas?

Reina de estirpe real,
¿Do está tu magnificencia?
¿Qué hiciste de la oriental
Diadema, en donde el coral
No hizo al rubí competencia?

Reina de castos amores,
¿Qué has hecho de tu pasado?
¿Quién marchitó tus colores?
¿Qué aliento secó las flores
De tu precioso tocado?...

Silencio! — Ya son las diez!
Un año cabal espira,
En que, llorando tal vez
Del mundo la brillantez,
Entró en el convento Elvira.

III

FELIPE IV

Es un salón. — De terciopelo y oro
La ancha extensión se mira tapizada;
Hace brillar la aurífera techumbre
La inmensa luz de las inmensas lámparas.

Alzan enhiestas sus cornisas dobles
Las columnas de mármol fabricadas,
En cuyos broches de oro cincelado
El más rico tapiz plega sus galas.

Iris reflejan de colores varios
En sus blancos cristales las ventanas;
Y á través de las naves de granito
Luce el jardín su manto de esmeralda.

Ricos paisajes en su centro animan
Las bélicas leyendas de la España;
Y al recuerdo ostentoso de sus reyes
Sirven de testimonio cien estátuas.

Sobre un rico dosel, que no es el trono,
El escudo real muestra sus armas;
Y espléndido sitial de plata y oro
La majestad de su señor reclama.

Todo en aquellos sitios es boato,
Regio esplendor en la anchurosa sala;
Que es allí donde el rey Felipe cuarto
Acuerda citas y sostiene pláticas.

Y allí don Felipe está,
Y con él un personaje,
Que denota por su traje
Que algo de su rey será.
Habla con ruda llaneza,
Y con franqueza bien rara;
Pues, mirándole á la cara,
Cubierta está su cabeza.

REY. Pero nada en conclusión,
¿Á nada accede, Rugiero?

RUGIERO. Señor, jura que primero
Se arrancará el corazón.
¡Oh! sí, si la viérais vos
Tan enferma, tan postrada!...
Es imagen de la nada,
Un cadáver ante Dios.
La luz del cirio sagrado
Su austeridad engrandece;
Busto de mármol parece
Sobre una tumba tallado.
Y sin embargo, señor,
¡Qué incontrastable energía!

REY. ¡Maldita suerte la mía
Si no conquisto su amor!
¿Qué mérito hay en reinar
Sobre Castilla y España?
Ni qué en la valiente hazaña,
Ni en el amor popular!...
¿Qué importa que humana ley
Venga de mi ley en pos,
Si en los altares de Dios
Soy yo vasallo y no rey?
¿Qué gano con ser galán,
Generoso y caballero?
¿Qué me vale ser primero
Por mi valeroso afán,
Si el galardón que ambiciono

Excede á mi valimiento,
Si prefieren un convento
Al esplendor de mi trono?...
¡No, Rugiero, no! Se engaña!
Díle á esa monja inclemente
Que arrancaré de mi frente
La corona de la España,
Si al rayar la última luz
Mi ardiente volcán no apaga!...
¡Díle, díle que lo haga
Por el que murió en la cruz!

RUGIERO. ¡Señor! ¿Por qué así se abate
Vuestro orgullo altivo y fiero?
No es de un experto guerrero
Librar expuesto combate.
¿No hallaréis en los primores
De nuestro andaluz jardín
Flores de mayor carmín
Y de más ricos olores?
¿No tendrá el cielo español
En su constelación bella,
Una más luciente estrella,
Otro más vívido sol?...
La ruda tenacidad
De esa insensata mujer,
¿Logrará entenebrecer
Tan brillante majestad?
¿Así su Alteza malgasta,
Por capricho ó empeño vano,
La savia, el vigor lozano
De tanto amor?

REY. ¡Basta! ¡Basta!
¡Harto su altivez impía
Mi vanidad avasalla!
¡No la irrites, que ya estalla
Con colérica osadía!
Monja que roba mi fe,
¡Yo la robaré del templo!
¡Será un horroroso ejemplo
Que á mis vasallos daré!

RUGIERO. Pero, señor...

REY. ¡Está dicho!
Á mi ira nada prevale!
Ella sabrá cuánto vale
Del rey de España un capricho!
Vuelve al convento, Rugiero,
Y advierte á esa desgraciada
Que una fiera enmelenada
Marcha en pos de mi sendero;
Que su indómita esquivez,
Lejos de domar, aumenta
De mi enojo la tormenta,
De mi pasión la altivez:
Díle que su obstinación
Mil desgracias la atraerá,
Qué, después, no bastará
Ni el llanto del corazón!
Díle más — díle que yo,
Si es que se aviene á escucharme,
Podré salvarla y salvarme,
Pero que más tarde... no!
¡Díle que basta un aliento
A mi coraje de rey
Para robarla á su grey,
Y aniquilar su convento!
Que mire lo que ha de ser
Antes que el rigor comience
Que mi voluntad no vence
El desdén de una mujer!

RUGIERO. Así, mi rey, lo diré;
Y ¡ojalá que menos fiera,
Menos esquiva y severa
Nuestra hermosa monja esté!

REY. Está bien. Adiós, Rugiero,
Que es hora de audiencia ya.

RUGIERO. Dios guarde á su Majestá.

REY. Con impaciencia te espero.

Aprisa el paje salió,
Y el rey, de angustia abrumado,
Sobre su sitial dorado
A meditar se sentó.

IV

LA ENTREVISTA

Cantó las once el sereno,
Al dar un reloj las once:
Desiertas están las calles,
Mudas las habitaciones;
Espesa y como de invierno
Está nublada la noche.
Todo es silencio. — La luna
Su faz argentada esconde
De las apiñadas nubes
Tras de los nevados montes;
Las elevadas techumbres,
Los pesados paredones,
La ronca voz de los vientos
Con roncos ecos responden:
En lontananza una luz,
De una lámpara de cobre,
Que allá en la esquina del Pez
Arroja sus resplandores,
Es lo único que brilla
En esta lóbrega noche,
Velando, con lumbre escasa,
Un retablo de San Roque.
Triste, muy triste está el cielo,
Revestido de crespones;
Es un manto funeral
Que sus pliegues desencoje,
Y la risueña creación
Bajo sus tinieblas pone.

Y apesar de la pavura
De tan honda oscuridad,
Dos bultos cruzan esquivos
De San Plácido el umbral,
Con lento y cuitado paso,
Y con un despacio tal,
Que no hacen huella en la sombra
Ni ponen ruido en su andar:
Cubre el embozo los ojos,
Y el impaciente ademán
Indica que lo que esperan
No se da prisa en llegar.
Por fin, como quien resuelve
Entre cansancio y afán,
Suben la plaza hácia arriba,
Vuelven la vista hácia atrás,
Y por una puertecilla
Que abrieron, no sin bregar,
Al interior del convento
Los dos incógnitos van.

~~~~~~~~

En una celda estrechísima,
Cuyos únicos adornos
Son una cama de tabla
Y un tosco reclinatorio,
Orando una monja está
Con aire asaz fervoroso:
Apoyada en el altar,
Postrada á su pié de hinojos,
El débil cuerpo sostiene
Con trabajo fatigoso:
Pálidas ambas mejillas
Y desencajado el rostro;
Las ojeras de la muerte,
Triste fruto del insomnio,
Sombrean con cerco oscuro
La densa niebla en los ojos,
Que la enfermedad descubre
~~~~~~~~

De un alma que aniega el lloro.
A la luz casi apagada
De un cerillo, los contornos
Se ven de una hermosa virgen,
La cual, en aire medroso,
Y en muy sentida plegaria,
Pide en su angustia socorro:
Un bendito escapulario,
Bordado de seda y oro,
De vez en cuando á sus labios
Lleva con gesto amoroso.

Sigue en oración la monja
Con incansable fervor,
Y ya dentro de la celda,
De escasa luz al favor,
De los dos el de más brío
Embozado apareció.
Allí postrado y contrito
Está el ángel de su amor;
Y ya sea que faltase
Arrojo á su corazón,
O que la santa quietud
Le diese santo temor,
Allí quedó como estátua
Sin movimiento y sin voz,
Sofocando con las manos
Los golpes del corazón:
Sus rasgados ojos brillan,
No de fe, sí de pavor;
Su rubio cabello eriza
La miedosa indecisión:
Inmobles están sus labios,
Pálido y triste el color,
Quieto se está como un poste,
En íntima rebelión,
No ya con sus ardimientos,
Sino con el santo horror

Que imprime al alma el delito
Cuando dél camina en pos.
¡Vedlo! — Es un busto de mármol,
Sin movimiento y sin voz,
Que oprime con ambas manos
Los golpes del corazón.

Dejó por fin sus rezos la postrada
Y el ara santa con fervor besó;
Pero al volver inquieta la mirada,
Ahogando un grito, exánime cayó!

Los dos se conmovieron al mirarse,
Y al verse frente á frente se temieron;
Y, cual sombras que quieren ocultarse,
Al esfuerzo común se descubrieron.

Alzó el mancebo, con ardor profano,
Á la esposa de Dios de espanto herida;
Y en su loco delirio pensó ufano
Al calor de su labio darle vida.

Mas temiendo ofender en su desvío
El blanco velo y la sagrada toca,
Mató en su mente el pensamiento impío
Y apartó de su faz la impura boca.

Pasó un instante de silencio austero,
De santo miedo y religiosa paz.....
Latió de Elvira el corazón severo
Y horrible espanto retrató en su faz.

Ya alienta al fin! — Con apagado acento
Ruega al mancebo que su estancia deje;
Que no insulte el sagrario del convento,
Llevando á cabo tentación hereje.

Que respete de Dios los santos fueros,
Y el velo por Dios mismo consagrado;
Que huya lejos y evite los senderos
Que el crimen, no el amor, le ha señalado.

~~~~~~~~~~~~

REY. Óyeme, Elvira: mi pasión burlando,
Tirana te ocultaste bajo el velo;
Y yo que amante y fiel te voy buscando,
Juré seguirte hasta el umbral del cielo.
¡Ya por fin te alcancé! — Preciso era
Que Dios término diese á mi dolencia,
Y que apiadado al fin te me volviera,
Para endulzar la hiel de mi existencia.
¡Ya por fin te alcancé! — Pídeme ahora
Cuanto conciba tu ambicioso anhelo;
¡Pero salir de aquí! — ¡Venga en buena hora
Sobre los dos la maldición del cielo!

ELVIRA. ¡Pues bien! Si no salís, mi voz airada
Amparo clamará contra el delito;
Y no seré por cierto abandonada
A vuestro amor sacrílego y maldito!
Si no salís, las auras del convento,
Del escándalo mismo voz tomando,
Con fuerzas nuevas y mayor aliento
Vuestro crimen al mundo irán contando.
¡Y el mundo lo sabrá! — Que el rey de España
Su pueblo engaña y por su bién no mira;
Que hace de insidia vil valiente hazaña,
Y gloria y prez de deshonrar á Elvira!
Tánto y tánto dirán.....

REY. ¡Por Dios, señora!
Que diga el mundo cuanto mal quisiere;
Que mi pueblo español piense, en mal hora,
Lo que su altivo rey pensar no quiere!
¿Que importa que irritado se conjure
Y se allegue hasta mí de odio embriagado,
~~~~~~~~~~~~

Si hacer yo puedo que el veneno apure
Y que muera á mis piés en su odio ahogado?
¿Qué importa, sí, que todos me maldigan
Si tú me das tu amor?...

ELVIRA. ¡Empeño vano!
Los amores, señor, nunca se abrigan
Bajo los pliegues del sayal cristiano.
Ya no puedo ser vuestra; un juramento
Del siglo y sus placeres me apartó;
¡Dejadme! — No al capricho de un momento
Inmoléis la que amásteis..... y os amó!
¡Piedad, mi rey! — ¿Qué goces, qué fineza
Buscáis en mí, si todo está agotado?
¿Qué encantos hallaréis en mi belleza,
Si al riego del dolor se ha marchitado?
¿Qué os importa el amor de una difunta
Á quien la fosa funeral reclama?
¡El hielo de las tumbas no se junta
Con la ardiente de amor vívida llama!
Dejad, señor, que el rezo y los cilicios
Mi ingrato desamor fieros castiguen:
Hartos mis males son! — ¡Hartos suplicios
Este escombro mortal rudos persiguen!
¡Dejadme, por piedad!

REY. ¡No! — ¡Nunca, Elvira!
¿Así mi amor y mi constancia pagas?
¿Cómo quieres que ofrezca una mentira
Que hará sangrar mis dolorosas llagas?
¡Qué te deje de amar! — Aunque supiera
Que muerte, en vez de amor, encontraría,
Con mayor interés, con ansia fiera
Tu amor ó mi sepulcro buscaría!

ELVIRA. ¡Inexorable sóis! — ¡Sóis inhumano!
Ni súplicas ni lágrimas os mueven!
Me prometéis amor... y cruel, tirano
Mis desventuras véis y no os conmueven!
¿Queréis amor? — Dejad que su veneno
Se haga camino y me inficione el alma;

Yo siento todavía que en mi seno
Relucha por matar mi santa calma.
Mas debemos dejar que se abra paso,
Por expontáneo esfuerzo y libre senda,
Hasta extirpar el fuego en que me abraso,
Y que mi propia fe mi amor defienda.
Dadme una tregua. — Meditar quisiera...
Sin que creáis que abuso de dominio,
¿Si os pidiera un favor?...

REY. Se concediera...
¡Aunque fuera del mundo el exterminio!

ELVIRA. ¡No tánto, no! — Quisiera que tres días
Me diéseis de quietud.

REY. ¿Tres solamente?...
Sé que han de ser tres siglos de agonía,
De mudo desamor, de ansia impaciente;
Pero no importa, Elvira! — ¡Juramento
De respetar tu santa paz yo hago!
¿Qué me importan tres días de tormento,
Si siglos de placer vendrán en pago?

ELVIRA. ¡Pues bien, salid! daos prisa!... ¡Ved que llega
Con su raudal de luz el nuevo día!...
¡No hagáis que esta pasión que así nos ciega
Vierta en el santo hogar su llama impía!
¡No hagáis, señor, que manche la inocencia
La sacrílega falta de los dos!

REY. ¿Quién osará dictar una sentencia
Donde su rey está?

ELVIRA. ¡La ira de Dios!

REY. ¡Oh! nunca, Elvira; tus umbrales dejo
Aunque de ellos se quede el alma en pos!
Quiero, siendo obediente á tu consejo,
Alguna vez obedecer..... Adiós!

Esto dijo, y saliendo de la estancia
Con leda faz que la esperanza aviva,
Cubrió el embozo y con su inquieto amigo
Cruzó por las desiertas galerías.

Quedó la monja en soledad austera,
Como un cadáver que la sangre anima,
Y al extremo pavor, cayó de hinojos
Ante la imagen santa de María;
Y allí medrosa renovó entre llantos
La plegaria anterior interrumpida,
Pidiéndole á la Madre de Dolores
Para tánto dolor una sonrisa.

V

EL RELOJ

Está el rey Felipe cuarto
Sentado en su gabinete:
Capotillo carmesí
Prendido á los hombros tiene;
Rizado el blondo cabello,
Erguida la regia frente;
La luz de su íntimo goce.
De esos goces inocentes,
Que en puras alas de ángel
Van á un infierno á perderse,
Arroja sus resplandores
En la faz de un rey alegre.
Sus ojos son dos centellas
Que alumbra un sol de placeres;
No se alcanza á maliciar,
Y menos puede saberse,
De tan extraño contento
La causa real que lo mueve.
Tiene en la mano cogido
Y desdoblado un billete,

Que besa con entusiasmo
Por una un millón de veces;
Y, cual si no lo entendiera,
Afanoso lo relee.

Á tiempo de estos extremos
Que un grande y raro accidente
Revelan, entróse afable,
Rugiero, en el gabinete;
Y, saliéndole al encuentro,
Con ademán diligente,
El rey Felipe, trabaron
Conversación de esta suerte:

REY. Un nuevo triunfo, Rugiero:
¡Mi dicha se afirma y crece!
¡No lo creerás! — ¡Es de Elvira!

RUGIERO. ¡Señor!... ¡De ella un billete!
No puedo explicarme...

REY. Mira:
Á mi anhelo consecuente,
Y dando al voto que hicimos
Ratificación solemne,
Hoy una súplica nueva
Dirige á quien la obedece.

RUGIERO. ¿Qué solicita?

REY. Un reloj
Para su conento quiere,
De dimensiones humildes,
Pero cuyos timbres suenen
En són gemebundo y triste,
Cual si doblaran á muerte.
¡Es un capricho!

RUGIERO. Señor,
Es bien sabido que siempre

Por sus extraños caprichos
Se hacen notar las mujeres;
Pero... me da mala espina
Sobre esos caprichos, éste.
¡Cuánto mejor no sería
Que diera un sonido alegre!

REY. Sin embargo, de mi Elvira
Los caprichos serán leyes.
Id y decidle á Olivares
Que extienda inmediatamente
Una orden para que al punto,
Y en el término más breve,
Se cumpla la voluntad
De la reina de los reyes!
Quiero que en sus dimensiones
Sea colosal; que quede
Del convento de San Plácido
En el bastión de occidente,
A fin de escuchar bien cerca
Las horas del *Miserere*.

RUGIERO. Cumpliré vuestro mandato;
Pero decidme, ¿qué suerte
Correrá esa pobre monja,
Cuando su convento deje?

REY. Será la reina de España...
Y, ¡pésele á quien le pese!

RUGIERO. ¡Felipe cuarto!...

REY. ¡Está dicho!
Mas vé que el tiempo se pierde,
Y ansío que oiga Madrid
Horas que doblen á muerte!

Lleno de asombro salió
Rugiero del gabinete,
Y el rey don Felipe cuarto,
Entusiasmado y alegre,
Volvió á llevar á sus labios
El misterioso billete.

VI

EL PANTEÓN DE SAN PLÁCIDO

Hora tras hora pasaba,
Y el reloj las demarcaba
Con incansable interés:
Un día tras otro acaba,
Y pasàron hasta tres.

En vano doce sonidos
Una alta campana dió,
El rey no los escuchó;
De su pecho los latidos
Le sirvieron de reló.

Salieron de nuevo los dos personajes
De oscuros embozos cubiertos también;
Y en pasos más raudos, con faz más alegre,
Volvieron el mismo camino á coger.

Callados se alejan: — ninguno interrumpe
Del eco nocturno la muda quietud;
Callados caminan y pronto saludan
Del viejo convento la rústica cruz.

Doblaron el pórtico, la puerta encontraron,
Y vieron que al punto su entrada franqueó;
Entróse el más joven, y el otro, al seguirle,
Notó que la puerta su entrada cerró.

De loco entusiasmo la mente agitada
Tan raro accidente Felipe no vió;
Y, llena la mente de miedo y asombro,
Su extraño percance Rugiero calló.

Cruzaba los claustros el rey don Felipe,
Causándole mucha y extrema impresión,
Las luces alzadas que alumbran las naves,
Colgadas de luto con negro crespón.

Abiertas y solas encuentra las celdas;
Entró en la de Elvira... desierta también!
Y en éxtasis fiero, de espanto transido,
Remece el cabello, comprime la sién.

Recorre los claustros, las luces mirando;
« ¡Elvira, mi Elvira! » gritó en su dolor;
Y allá entre los pliegues de un manto de muerte,
« ¡Venid á mirarla! » responde una voz.

Frenético, airado se lanza en las naves,
Siguiendo la huella de aquella expresión,
Y al fin, persiguiendo los ecos de un canto,
Llegó á los umbrales del gran panteón.

Allí están las monjas de luto vestidas,
Sin tocas ni velos, en santa oración;
Los cirios de muerte sostienen sus manos,
Las lágrimas tristes derrama el dolor.

Se acerca : demente, recorre las filas,
Los rostros mirando — buscando una voz;
Y al fin, sin hallarla, sus manos juntando,
Al cielo dolientes sus ojos alzó.

Volvió á las hermanas, con aire abatido,
Postróse de hinojos y humilde exclamó :
« ¿Qué se ha hecho mi Elvira que no me responde? »
« — ¡Venid á mirarla! » repite la voz.

Un túmulo humilde, de negros adornos,
Que apenas alumbra la luz del dolor,
Sustenta un sepulcro cubierto de flores,
Que guarda en su centro la más pura flor.

Allí, con la frente de azahar coronada,
Teniendo en sus manos la imagen de Dios,
La joya de Francia, la gala del mundo,
Su sueño postrero risueña durmió.

No adorna su frente corona brillante
De ricos diamantes, de perla y rubí;
Sus ojos preciosos su fuego apagaron,
Ya es pálido el labio rival del carmín.

¿Qué se hizo la reina de tántas hermosas?
¿Qué se hizo la diosa, la esposa de Dios?
Aquí está dormida, sin toca y sin velo,
Con su hábito oscuro y un blanco cordón.

El rey don Felipe volvió á su demanda,
La faz descompuesta y ahogada la voz:
« ¿Qué se ha hecho mi Elvira que no me responde? »
« — ¡Venid á mirarla! » la voz repitió.

Y saliendo de las filas
La entristecida abadesa,
En cuya rugosa faz
La amargura se refleja,
Toma de la mano al rey,
Y acercándole por fuerza
Al pié del fúnebre túmulo
Que el rico tesoro encierra,
Quita del sepulcro el velo,
Alza la luz en su diestra,
Y..... « ¡aquí la tenéis! » le dice,
Con voz terrible y severa.

Cayó de hinojos el rey
Al pié de la santa huesa,
Y, ahogado, el nombre de « Elvira, »
Mal articuló su lengua :
Bajó los ojos, y humilde
Dobló la regia cabeza :
Juntas apretó sus manos
Demandando á Dios clemencia,
Como al gran Rey de los reyes,
Como al Dios de cielo y tierra.

Al mismo tiempo las monjas
Doblaron la oscura reja,
Y entonando el *De profundis,*
Con voces de honda tristeza,
Se perdieron del convento
Por las lóbregas revueltas.

VII

CONCLUSIÓN

Un año apenas trascurrido había,
Después de aquella singular desgracia,
Cuando ya en el convento de San Plácido
Alto reloj su frente levantaba.

Y se notó que al señalar las horas
Doblaba á muerte la fatal campana,
Y que al oir su fúnebre sonido
El rey Felipe cuarto se inmutaba.

Cartagena 1845.

LA MAGA

FANTASÍA

Á BARTOLOMÉ CALVO

PARTE PRIMERA

I

Es la estación deliciosa
Del risueño mes de abril;
Las flores en el pensil
Dan su ofrenda cariñosa
A la primavera hermosa
Que, lozana de verdura,
La esmaltada vestidura
De los campos engalana,
Dando luz á la mañana
Y á la noche su aura pura.

Sobre la palma orgullosa
Que orna el monte y lo embellece
Viajero turpial ofrece
Sus cánticos á la rosa;
La última luz amorosa,
Alumbra el Edén terreno,
Y el manso arroyo en su seno,
Vida dando á su alba bruma,
Con perlas de blanca espuma
Corona el éter sereno.

Por entre el vago arrebol,
Con róseas tintas galanas,
Corren las nubes ufanas
A despedirse del sol;
Y buscando el girasol
De su luz la ancha pupila,
Altivo en su tallo oscila,
Mostrando al dios de los montes
Los risueños horizontes
De su áerea mansión tranquila.

En la colina distante,
Por la sombra fatigada,
Se escucha la voz ahogada
Del pobre viajero errante;
Y esa canción espirante
Por los espacios perdida,
Es quizá el ¡ay! de una vida
Que se muere en la amargura,
Alma que aflige y tortura
Alguna profunda herida.

La luna su faz de plata
Por la cordillera asoma,
Y la tímida paloma
De las sombras se recata;
Fajas de viva escarlata
Sobre el azul cortinaje
Como menudo plumaje
Se descuelgan sobre el lecho,
En donde el sol, satisfecho,
Descansa al rendir su viaje.

En esa época lucían
Quince abriles en mi frente;
Rayos de entusiasmo ardiente
Mis pasiones encendían;
Ya en mi corazón bullían
Los amores de otra edad;
Y mi alegre mocedad

Rindiéndoles vasallaje
Rasgó mi infantil ropaje
Antes de la pubertad.

En vano, con loco empeño,
De ese porvenir que lloro,
De esas mentiras de oro,
De ese más allá risueño,
Quise renovar el sueño
De amor y felicidad...
La espantosa realidad
Me infligió penas crueles,
Siguiéndome, siempre fieles,
La amargura y la orfandad.

II

¡Cuán bello es contemplar el panorama
De un inmenso vergel de flores lleno,
Donde el sol de la tarde nos derrama
Todo el caudal de luz que hay en su seno!

¡Ver á la margen del arroyo manso,
Sobre las frescas palmas del tomillo,
Volar sin dirección y sin descanso
Travieso trovador, á un pajarillo!

¡Mirar sobre la límpida corriente
Sin destino flotar la flor del agua,
Virgen que vela su argentada frente
Só la palma gentil de la damagua!

¡Respirar el ambiente embalsamado
Que exhala en torno la montuosa falda,
Cuando el agreste dios tiende en el prado
Su manto de carmín y de esmeralda!

¡Y oir el tierno adiós que reverente
Le da á la luz naturaleza entera,
Al ver que el sol reclina su ígnea frente
En el lecho de sombras que le espera!...

Esto gozaba yo, cuando mi oido
Súbita hirió melódica armonía
Que anegó en un placer desconocido
El extinto raudal del alma mía.

¿Quién cantaba, Señor, esas canciones
Que envidioso el espacio arrebataba?
¿Quiénes eran, Señor, esas visiones
Que en lontananza el arrebol mostraba?

¿Quiénes eran?... No sé. — Lauro de flores
Coronaba el raudal de sus cabellos;
El sol de la salud y los amores
Velaba de esplendor sus ojos bellos.

El modesto carmín de sus mejillas
Contrastaba, en lo casto y ruboroso,
Con el túnico blanco, que á hurtadillas,
Dibujaba sus formas, vaporoso.

¿Era acaso, Señor, tu coro santo
Que en pos de mi ilusión mostrarse quiso,
Cual Eva se mostró rica de encanto,
En el mágico Edén del Paraíso?

Yo las miraba como ver solemos
La nube blanca que la brisa mueve;
Como esas brumas que en los campos vemos
Siguiendo el rumbo de airecillo leve.

Yo las miraba, sí; y áun fascinado
Por curiosa emoción seguí sus huellas,
Y al borrarlas mi pié... ví que era el prado
Cielo inmenso de tul, mas sin estrellas.

¿Qué se hicieron, Señor? — Como el encanto
De un ensueño de amor desparecieron...
¿Qué se hicieron los ecos de aquel canto?...
Tus célicas vestales ¿qué se hicieron?

Todo se evaporó! Plácida noche
Las sombras alumbró con sus estrellas,
La comprimida flor rompió su broche
Del arroyuelo manso á las querellas;

Quebrando á trechos el tupido manto,
Que en luz cubría el sol y la alta cima,
Las sombras proyectaban el espanto
De esos espectros que la muerte anima;

En la alta ceja que dibuja el monte,
Abriendo paso á la vertiente pura,
La ténue luz de pálido horizonte
Parece incendio que el descenso apura;

La tropa de palmeras cimbradoras
Que, cual verde dogal, ciñe la fuente,
Al contacto del viento, arpas sonoras,
Quejas remedan de un amor doliente;

Y allá de la cañada en la honda zanja
Lanzan las ranas su quejido eterno,
Bajo el negro crespón de la ancha franja
Que da misterio y sombra á aquel infierno.

Raro conjunto, do en contraste vemos
La hermosura idëal y la fiereza;
Lucha de emulación que sostenemos,
Ávidos de poder y de grandeza!

. . . .

Misterio y soledad! — Miedosa el alma,
Ante aquella pasmosa aparición,
En vano reclamó su antigua calma
Y la turbada luz de la razón.

Nada pude entender. — Negro, profundo,
Impenetrable abismo me cercaba;
La escasa y débil luz que alumbra al mundo
A tanta oscuridad no penetraba.

Toqué mi corazón... estaba quieto!
¡Y era la hosca quietud que da el espanto!
Requerí mi razón... y fué incompleto
Su poder pretensioso para tanto!

Sobrevino el sopor, y fatigado
Por el íntimo esfuerzo de mi mente,
En un alto peñasco reclinado
Ví ponerse la luz en Occidente.

¡Qué espectáculo aquel! Un mar de fuego
Sierra, collado y montes absorbía;
De la cascada el salpicante riego
Un penacho de fuego parecía.

El medroso silencio en la llanura
Era apenas y á trechos quebrantado
Por el dulce suspiro de ternura
Que el viento daba al arrullar al prado.

La fatiga venció. — Fresco el ambiente
Á mis párpados dió tranquilo sueño,
Con sus auras de paz bañó mi frente
Y me hizo al fin de mi reposo dueño.

¡Qué sueño tan feliz! Ni el de la infancia
Me regaló tan plácidas visiones!
Mi lecho saturaban de fragancia
De mis sueños de amor las ilusiones!

Mas súbito estalló de la alta esfera
Rayo de inmensa luz que hirió mi frente...
Abrí los ojos y admiré, hechicera,
Una hermosa visión resplandeciente.

Ya no era ilusión. — Ante mis ojos,
Claro y distinto, desplegó su encanto,
Sus rizados cabellos en manojos
Recamaban de oro el albo manto.

No era faz de mujer la faz aquella,
Ni era de humano sér su porte airoso;
Si los ángeles son como era ella,
Mi aparición fué el ángel más hermoso.

. . . .

Yo la miraba fascinado y loco,
Sin poderme explicar aquella escena,
Y ella, teniendo mi estupor en poco,
Conservó su quietud, muda y serena.

« ¿Quién eres, » dije al fin, « ángel del cielo,
Que has venido á ofrecerme compañía?
¿Qué extraña potestad te trajo al suelo
Para dar vida á la esperanza mía?
¿Quién te mostró la rústica cabaña
Del hijo del dolor? »

MAGA. Tu propia mano.
La potestad de Dios nunca es extraña;
Por ÉL te ves del mundo soberano...
Por ÉL, pobre cantor, puede tu mente
Llegar al sol por entre densa niebla,
Y poseer la magia omnipotente
Que de luz y color los mundos puebla.
No extrañes su poder! — Si grande el hombre
Se siente alguna vez; si en la memoria
Del mundo puede eternizar su nombre,
Y fama conquistar y honor y gloria,
Es por ÉL, cuya mano poderosa
Toda grandeza y todo bién encierra;
Foco de toda luz, — luz prodigiosa,
De las alturas Dios, Dios de la tierra!

POETA. Pero, díme ¿quién eres? Saber quiero
Tu nombre, tu misión, tu alto destino...
¿Serás ángel del bien para el viajero,
O espíritu del mal en su camino?

MAGA. Seré tu compañera.

POETA. Pero, díme
¿Qué designio te induce á bondad tanta?...
Que el infeliz que la desgracia oprime
Recela mucho de mover la planta.

MAGA. Yo velaré por tí.

POETA. ¡Triste promesa!
El ángel de mi guarda hace otro tanto,
Y sin embargo mi pesar no cesa,
Y sin embargo me atribula el llanto!

MAGA. Buscaré tu fortuna.

POETA. Hace bastante
Que en la propia labor gasto mis años,
Y sabe que, versátil, inconstante,
Si algo me da son tristes desengaños!

MAGA. Yo fijaré su rueda.

POETA. Empeño vano!

MAGA. Al fin la alcanzarás.

POETA. Hará lo mismo.

MAGA. Iremos á su hogar.

POETA. Está lejano.

MAGA. ¿Sabes dónde se oculta?

POETA. Es un abismo!

Pero deja, por Dios, á la fortuna
Que dé á sus predilectos cuanto quiera;
Yo sufrí su desdén desde la cuna
Y hoy me persigue inexorable y fiera!
No importunemos más, que es poco digno
De un alma noble cortejar ingratas;
Si con mi adversa suerte me resigno,
¿Por qué otra vez de alucinarme tratas?
Dí ¿cuál alto poder, qué oculta mano
En mi senda infeliz ponerte quiso?...
¿Quién pudo, Eva gentil, dar en lo humano
A este pobre cantor un paraíso?
¿Quién eres, por favor?

MAGA. ¡Pobres cantores
Que la lira empapáis de acerbo llanto,
Que gemís del festín sobre las flores
Y una queja exhaláis en cada canto!
Los que miráis la humanidad cubierta
Con los harapos de miseria y duelo,
Y, por amor de Dios, pedís abierta
Para vosotros la mansión del cielo!
Los que tenéis un mundo en la cabeza
Risueño, encantador, rico y florido;
Mundo ideal do brilla la belleza,
Pura como el armiño del vestido:
Donde cada mujer es vuestra amiga,
Donde cada hermosura es vuestra amada,
Donde el aroma de la flor hostiga,
Porque aspiráis alguna más preciada!
¡Pobres cantores! ¡Ay! á vuestra ciencia
No es dado comprender vuestro destino,
Atravesáis la edad de la inocencia
Y ni una flor dejáis en el camino!
El fresco riego de la edad primera
Refresca y vigoriza vuestra frente,
Y cual si eterno, inagotable fuera
Lo disipáis con mano diligente...

. . . .

Quieres saber quién soy, y en tu ansia loca
Eva gentil me llamas, luz y flor,
Y en tus ensueños la ilusión me evoca
Como bién, como mal; — goce y dolor!
Voy á quitar la niebla de tus ojos,
Por ver si logras conocerme al fin:
Soy la que en tu camino los abrojos
Y las zarzas quité de tu jardín;
Yo soy la que el albor de la mañana
Corono de diamantes y rubí;
La que canto á la aurora dulce hosanna
Para ensalzarla y agradarte á tí;
Yo doy al bosque tintes y frescura,
Y al alegre celaje su arrebol;
Doy al arroyo su corriente pura,
Su canto al ave y su lumbrera al sól;
Yo soy la inspiración fecunda, ardiente,
Que pinta al cielo de ópalo y carmín;
La que derrama perlas en la fuente
Y aromas de la Arabia en el jazmín;
Soy la luz de tu sér, fe de tu suerte,
Soy la vida y esencia de tu amor,
La musa que ha venido á engrandecerte,
La savia que da fuerza á tu vigor.
Unido está mi sér á tu existencia,
De tu primera edad gemela soy;
Sin mí la tempestad de la impaciencia
En tu alma ardiente reventara hoy.
Si acaso hermana no, tu compañera
En la senda seré que has de cruzar;
Y si ofrendas te exigen, la primera
Seré de tu fortuna en el altar;
Y de tu lado al verme desprendida,
En triste desamparo y soledad,
Siendo ya inútil mi cansada vida
En la muerte hallaré la libertad...
Separados entonces... ¡Ay! no debo
Ocultar los peligros que vendrán,
Que es la primera edad sabroso cebo
Para los riesgos que llegando van.
Cuando te haya dejado... ronca y fiera

Tu vida asustará la tempestad;
Serás como la alondra que, viajera,
Se halla al regreso en mísera orfandad.
Artera la ambición roerá tu pecho,
El falso amigo minará tu paz,
El amor de una infiel, con lazo estrecho,
Te anudará sacrílego y falaz!
Hastiado de la vida y de sus goces
Será el tedio tu único placer;
Como esos frutos sin sazón, precoces,
Verás tus ilusiones perecer.
Entonces por el áspero camino
La oculta zarza sangrará tu pié;
Los cantos del canario peregrino
Los lamentos serán del Dios-te-dé;
Los ricos arreboles de la aurora
Ni encanto ni riqueza mostrarán;
Las perlas de la fuente bullidora
Algas y negra espuma cubrirán;
Del crepúsculo vago á semejanza
Verás la lumbre de ese ardiente sol;
Tus ensueños de amor y de esperanza
Remedarán su pálido arrebol.

. . . .

Al ver tan brusco cambio acaso quieras
Tender tu mano y comprimir la mía...
Pero ya entonces cubriránme fieras
Las densas nieblas de la tumba fría.
Cuando te haya dejado, nunca esperes
Que lo que he sido vuelva á ser contigo;
Pues cuando muera yo, dichas, placeres,
Y cuanto tengas morirá conmigo.
Apresúrate, pues. — Yo darte puedo
Cuanto tu orgullo y tu ambición envidie;
Yo haré que tu poder imponga miedo
Al que rebelde y en su contra lidie;
Poderoso te haré; — pondré en tu frente
La corona triunfal de rey del mundo,
Y haré que el vulgo aplauda complaciente

La majestad que en tu provecho fundo.
¡Cuánto te ofrece el porvenir! Ligera
Tu juventud resbalará entre flores;
Pero olvidar no debes que te espera
La rugosa vejez con sus horrores.

III

Dijo; inclinó la blonda cabellera
Con sonrisa gentil y esbelta gracia,
Como de un niño en la sagrada cuna
Ledo se inclina el ángel de la guarda;
Sus labios aplicó sobre mi frente,
Y al fuego de aquel beso, dentro el alma
Sentí el incendio que de entonces fiero
Como un volcán mi corazón abrasa.
Extático quedé, cual si de un sueño
De horrible conmoción me despertara;
Quise expresar lo que oprimió mi mente,
Quedéme sin acento ni palabras...
Quise volver á verla, y de la nube
Ví sobre el éter la neblina blanca...
Pretendí detenerla... asirla quise,
Para echarme de hinojos á sus plantas...
La seguí... la alcancé... tendí los brazos...
¡Y era sombra no más, ah! sombra vana!

IV

No eran ciertamente sueño
Las escenas que relato,
Ni visión de un insensato
Mi porvenir halagüeño;
De entonces acá risueño,
Me mostró galas el mundo;
Un sol de vida, fecundo

En placeres y emociones,
Puso fuego á mis pasiones
Del alma en lo más profundo.

Toda ambición satisfecha
Nueva ambición despertaba,
Que satisfacción que acaba
Va á la aspiración derecha;
Del amor la aguda flecha
Desangró mi corazón;
Pero la misma efusión
Tanto el vigor renovaba
Que el desangre fecundaba
Alguna nueva pasión.

La mundana vanagloria
Fué mísero efluvio vano;
Pobre, mezquino, liviano
El lauro de tanta gloria;
No hubo una sola victoria,
Por espléndida y completa,
Que nivelase la meta
De mi insaciable deseo...
Siempre de ambiciones reo,
Mi mente pugnaba inquieta.

Cuando el sol en el Oriente
Mostraba su faz galana
Ví que su pompa era vana
Ante el brillo de mi frente;
Rica, lozana, impaciente
Crecía mi vanidad;
Con loca temeridad
Avivaba sus pasiones,
Y, al probar sus emociones,
Me hastiaba la saciedad.

Tan alto y grande me vía
Que ufano con mi ventura,

En alardes de mi altura
A las montañas subía;
En ellas mi fantasía
Cobraba nuevos alientos;
Eran de ver los portentos
Que la ilusión me forjaba...
Sol que los orbes viajaba
Sobre el ala de los vientos!

PARTE SEGUNDA

V

¡Cuán presto pasaron mis años de vida!
Mi infancia querida cuán presto pasó!
La dicha del alma... también ya perdida!
Mi planta cansada!...
Cuarenta años tiene mi frente arrugada,
Mi vista nublada, caduca mi voz!

Con palmas y espigas del bosque agostado
Otoño ha adornado su faz de dolor!
Sus últimos rayos el sol ha lanzado,
Y al ténue fulgor,
La fresca arboleda que orlaba la fuente
Se muestra doliente, — sin rama ni flor!

La enhiesta montaña su pompa ha rendido;
Al roce aterido del ábrego atroz,
Su seco follaje remeda el quejido
De su última voz;
Y allá en la montaña se escucha perdido
El ronco bramido del tigre feroz.

No alegran la triste y opaca llanura
Ni flor ni verdura, ni aromas ni luz;
En la honda cañada, tortuosa y oscura,
Se mira al trasluz
La choza cuitada que abriga en su cueva
Al pobre que lleva su mísera cruz.

No hay más en el llano. — Tan mudo está el eco
Que de uno á otro hueco ni el viento da voz!
Silencio y misterio! — Los fúnebres velos
Que enlutan los cielos me causan pavor;
¿Qué intensa amargura
De la alma natura la faz eclipsó?...

¡Oh tarde de Otoño! — Tu faz macilenta
La faz me presenta de mi íntimo afán:
La misma tortura, la misma tormenta,
El mismo huracán!...
El sol de mi vida, cual astro eclipsado,
Declina apagado su extinto volcán!

¡Cuán presto pasaron mis años de vida!
Mi infancia querida cuán presto pasó!
La dicha del alma... también ya perdida,
Mi planta cansada!...
Cuarenta años tienen mi frente arrugada,
Mi vista nublada, caduca mi voz!

VI

Tan triste y tan pesarosa
Como la naturaleza
Está mi alma; — los años
Dejaron profunda huella
En mi semblante; — mi pecho,
Lacerado por las penas,
Ni el bién ni el mal ya distingue

En su impasible indolencia.
Muerta la luz de mis ojos,
Mi fe y mi esperanza muertas,
El cadáver de mi vida
Busca con ansia su huesa.
¡Quiera Dios en sus bondades
Hacer que nazca la yerba,
Para que oculten sus ramas
Una sepultura nueva!

¡Qué triste es llevar la vida
Por la desolada senda
De la desgracia! Parece
Que cargáramos á cuestas
Un fardo pesado, inmenso,
De lágrimas y miserias.

Así triste meditaba
Al pié de marchita ceiba,
Donde en tiempos más dichosos
Sombra y frescor recibiera;
Del arroyo cristalino
La margen está desierta;
Ni una flor, ni un verde ramo
Se columbra en la ribera;
Y un estanque pantanoso,
Circunvalado de piedras,
Es hoy la hermosa vertiente
Que se desataba en perlas...
¡Todo pasó con los años
Que en alas del tiempo vuelan!

¡Quién al ver este desierto
Estar mirando creyera
De aquella tarde de abril
La rica naturaleza!...
Los copos de oro y de grana
En que el sol su faz hundiera;
De tantas preciosas flores

Las combinaciones bellas;
Los vuelos del pajarillo
Suspendido en la floresta;
La trenza de plata pura
Que, al rodar, se cubre en perlas;
¿Quién de mis primeros años
La alegre faz descubriera?...
¡Todo pasó como pasa
La brisa sobre la arena!

En este mismo lugar
Mi imaginación recuerda
Las huríes que danzaban
Sobre la verde pradera...
Creo ver las blancas flores
En sus rubias cabelleras;
El carmín de sus mejillas
Quemando su tez morena;
El resplandor de sus ojos,
Ardiente cordón de estrellas;
¡Ay! parece que las oigo
Cantando la Primavera...
¡Todo pasó!... ¡La memoria
Solo en tormento nos queda!

Estos risueños recuerdos
Asaltaron mi cabeza,
Cuando del vecino monte,
Por la escabrosa vereda,
Ví venir, paso entre paso,
A una anciana de la aldea,
Agobiada por los años
Y quizá por la miseria.
¡Qué sorprendente contraste,
Qué cambio, qué diferencia
Con aquella hermosa tarde
De vida y encantos llena!...
Entonces era yo joven,
Entonces estas riberas,
Bajo festones de lirios

Y bosque de enredaderas,
A la diosa de las aguas
Daban flotante diadema...
¡Todo se fué con el tiempo
Que, en vez de caminar, vuela!

Sumido en cavilaciones,
Ante tan triste mudanza,
Viendo que la tarde avanza
Y que agonizaba el sol,

Sobre el viejo y seco tronco
De un nogal, del rayo herido,
Mi cuerpo desfallecido
Muelle descanso encontró.

Del indeciso crepúsculo
Los dormidos arreboles;
La ténue luz de los soles
Que alumbran la oscuridad;

El airecillo süave
Que arrulla el sueño del prado;
Y aquel silencio obstinado
Que guarda la soledad,

Pusieron sobre mis ojos
Auras de dulce beleño,
Olas de tranquilo sueño
Y de grato bienestar...

Soñaba con mis amores;
Soñaba con mi pasado,
Con mi Maga, con mi prado,
Con mis goces, con mi hogar!

Y qué feliz con mis sueños
En esos momentos era!
Retoñaba en primavera
Mi marchita juventud!

Los enfermizos colores
De mi loca adolescencia,
Ante la reminiscencia
Recobraban su salud;

Y hasta el vigor de mi alma,
Vencido por la desgracia,
Renacía á la eficacia
Del sueño reparador...

¡Qué deliciosas visiones
Poblaban mi fantasía!...
¡Cómo brotaba y reía
Mi loco ensueño de amor!

Mis aventuras pasadas,
Mis pueriles desvaríos,
Mis ansias, mis amoríos,
Mis locuras... todo, en fin,

En festivo cosmorama
Desfilaba por mi mente
Arrullado suavemente
Por las auras del jardín.

Era feliz! — En el sueño
Mi vida se aniquilaba,
Y de su tumba se alzaba
La otra vida que pasó...

Esa que guarda en sus pliegues,
De musgo y polvo cubiertas,
Tantas ilusiones muertas,
Tanto malogrado amor!...

¡Dormir! — Precavida y sabia
Colocó la Omnipotencia
Junto al sér de la evidencia
El no sér de la ilusión!...

¡El sueño junto á la vida!
Para que, al roce halagüeño,
Se torne la vida en sueño
Y el sueño en animación.

Yo dormía!... Yo soñaba!...
Y mi vida renacía,
Porque soñaba y dormía...
Y soñar siempre es vivir.

Pero como el sueño es frágil
Y el ensueño nebuloso,
Poco pudo aquel reposo
La tempestad encubrir.

Una voz ronca... (Parece
Que la escucho todavía)
Una voz pronunció impía
Mi nombre en la soledad!...

Y con torpes carcajadas
Y groseros movimientos
Dió ocupación á los vientos,
Sonido á la inmensidad.

Desperté. — No comprendía
Lo que á mi lado pasaba,
La voz que así me llamaba
Me recordaba otra voz...

Pero aquellas carcajadas
Que los montes repetían,
Mi recuerdo desmentían
Con su algazara feroz.

¿Quién así mi nombre aclama,
Y lo burla y lo escarnece?
¿Quién así, cobarde, ofrece
Nueva pena á mi aflicción?

¡Despertarme de la vida
Á los sueños de la muerte!...
Crueles!... ¿Quién de esa suerte
Prueba mi resignación!...

Pero á tiempo que yo hacía
Mis confusas reflexiones,
Por distintas direcciones
La carcajada sonó!...

En la llanura se oía,
En la quebrada, en los montes,
Hasta allá en los horizontes
El eco la repitió!...

El viejo vigor del joven
Sentí que en mi sangre ardía;
La ira rejuvenecía
La vida en mi corazón;

Y por las sendas del valle,
Persiguiendo el eco errante,
Corrí bastante, bastante,
Ciego de la indignación!

Y en fin, al pié de la cima
Que está del valle cercana,
Encontré á la pobre anciana
Que iba... como tantos van.

Tendí mi vista al espacio
Y nada más se veía...
Y aquella anciana seguía
Su camino, sin afán.

La detuve; y sin enfado
La dije: « ¿No habéis oido? »
Y ella, lanzando un quejido,
Dijo secamente: « No. »

Pero como en la llanura
No había más que la anciana,
Era consecuencia llana
Que ella aquel grito lanzó.

Perdí la calma, y osado
Aparté con mano fiera
El capuz... ¡Quién lo creyera!...
¡Era la Maga falaz!...

La que en mis años primeros
Se burló de mi inocencia;
La que minó mi existencia,
La que perturbó mi paz!

En los combates del mundo
Quemó su fresca corona;
Pero así seca, ella abona
La espantosa identidad!

Sus vestidos en girones
Y su planta desangrada,
Descubren bien la jornada
De nuestra primera edad.

¡Qué cambio aquel! ¡Qué mudanza!
No era ni áun sombra de ella!...
La que fué sol... ni áun de estrella
La escasa luz conservó.

Las malezas del camino
Y del tiempo los rigores
Mataron todas las flores
Con que Dios la embelleció!

Y en tanto que me esforzaba
Por reconocerla, ella,
Cautelosa, el labio sella
Y al suelo inclina la sien...

Pero engañar no es posible
Los del alma claros ojos;
En escombros, en despojos
Penetran ellos y ven.

Es ella! — La Maga artera
Que con melosos amaños,
Asesinó á desengaños
Mi inexperta juventud!

La que destiló en mis labios
Toda la hiel de la vida;
La que gastó, sin medida,
El caudal de mi salud!

« ¿Adónde vas? » la dije, « tú pensaste
Huir de mi presencia y mi venganza;
De mi lado, traidora, te apartaste
Quemando en flor mi dicha y mi esperanza:
Mi corazón de niño envenenaste,
Dándole, en vez de fe, dolo y mudanza;
Y por cada ilusión de amor me has dado
Agenjo puro en pura hiel mezclado!
Ya por fin te encontré... Pídeme ahora
Para tus falsos dioses sacrificios;
Ensalza con tu labia engañadora
La tropa infame de los torpes vicios;
Llévame por la senda tentadora
De engaños y de insidia y de artificios...
Maga embustera, búscame en tu mundo
Un infierno mayor y más profundo!
¿Qué intentas hoy de mí? »

MAGA. ¿Qué intento? — Nada.
Vengo á decirte adiós... ese es mi intento.
No me sorprende ver conmigo airada
Tu ingratitud, que con el alma siento.
Ya se acerca mi fin; — ya estoy cansada;
Me agobian mi dolor y tu tormento...
¡Ay! quiera el cielo que tu edad futura
Compense con su paz tanta amargura!

POETA. La paz!... La paz!... Ya tengo aquí en el alma
De esa hipócrita paz la eterna huella!
Ningún martirio me negó su palma,
Ninguna tentación nubló su estrella!
Y hoy que le pido á Dios reposo y calma,
Convulsa agitación me ofrece ella...
¡Maldición para tí, que odiosa has hecho
Hasta la fe de mi cristiano pecho!

MAGA. Perdona ¡Oh Dios! su cólera y su engaño,
Que la falta de luz le tiene ciego;
No le tomes en cuenta ni en su daño
Su injusta maldición ni su reniego;
Pon en su corazón el desengaño

Y alienta su alma con tu santo fuego :
Su obcecación y ceguedad corrige;
Que harto, Señor, su desamor me aflige!
Me maldices, ingrato! — Ese es el fruto
Que das en pago de mi amor vehemente :
Desolación, miseria, ultraje y luto
Han puesto sus arrugas en mi frente;
Hoy me das, como mísero tributo,
De tus pasiones al infierno ardiente;
Y tras de tanto afán ¡ay! ni siquiera
Tregua has querido darme en la carrera!
Ya me tienes aquí. — También gastado,
Al roce del esfuerzo, se ha rendido
Mi pobre cuerpo de correr cansado;
También acá en mi pecho se ha extinguido
El vigor de otro tiempo; y angustiado
Mi pobre corazón ha envejecido...
¿Por qué enojarte así, si en común pena
El corazón de entrambos se envenena?

i. Y lo pregunta la cruel! — Acaso
Satisfecha no esté de su obra infame;
No estará lleno el espantoso vaso,
Y aguarda, aleve, que el licor derrame;
No bastará este infierno en que me abraso
Y nuevas furias en mi contra llame ...
¡Y aún habla de su amor y de sus dones,
Que, dice, disiparon mis pasiones!
¡Tu amor!... ¡Tus dones!... ¿Dónde están, traido
¡Muéstrame, por favor, uno siquiera!
¿Qué se hizo la tarde encantadora
De eterna, inmarchitable primavera?
¿Dó la colina está que el sol colora
Con los fulgores de su luz postrera?
¿Esos dulces recuerdos del pasado
En qué tumba su encanto han sepultado?
Y me dice: « Aquí estoy!... — Tristes despojo
De la hermosa visión que me encantaba!
« Voy á quitar la niebla de sus ojos... »
Me decía falaz... y me cegaba!
« Soy la que en tu camino los abrojos

Aparto » dijo, y más los apilaba!
La que, al precioso albor de la mañana,
Cantaba para mí preces y hosanna!
¡Mentira y nada más!... ¡Ay! si pudiera
Olvidar todo lo que allá dijiste!...
Pero aquí la memoria fiel, severa
Con fuego me grabó lo que ofreciste...
¡Bien quisiera olvidar!

MAGA. También quisiera
De mi mente borrar, turbada y triste,
Los que formaron mi placer, mi gloria,
Los felices recuerdos de tu historia.
¡Lo que fuí para tí!... Tú no lo sabes,
Ni saberlo podrás mientras yo viva:
He sido como el vuelo de las aves,
Como vida fugaz de sensitiva...
Pero, fiel á tu amor, tormentos graves
Han matado mi sér; — mi planta esquiva,
Ya no puede seguirte en el sendero
En que tú te envejeces y yo muero.
Vengo á decirte adiós!... Vengo á abrazarte
Por la última vez!

POETA. ¡Atrás, villana!
Me causas miedo... horror me da mirarte!
Tu faz rugosa, tu cabeza cana,
Tu mirada sin luz, sin fe, sin arte;
El desgreño asqueroso con que, ufana,
Quieres en la vejez engalanarte;
Tu voz sin expresión... todo me inspira
Coraje, indignación, desprecio, ira!
« Sin mí la vida no te fuera grata
Ni sus dulces encantos gozarías;
El mismo bién que tanto mal recata
Con sangre de tu sangre empaparías!... »
Esto en mi alegre mocedad, ingrata,
Con acento risueño me decías...
Y yo ¡necio de mí! con fe sincera
Creí cuanto decía la embustera!
Ella juró seguirme en la espesura

Del monte agreste y la empinada sierra;
Ofreció darme sueños de ventura,
Y poder y riquezas en la tierra;
Me prometió endulzar toda amargura,
Y hacer á toda pena cruda guerra;
Llorar si yo lloraba; y si sufría
Juntar su angustia con la angustia mía!
¡Tánto, y tánto ofreció!... con tánto quiso
Adular mi ambición y alzar mi orgullo,
Que, grato á sus favores, fué preciso
Doblar la frente al seductor arrullo!
El mundo era un Edén, un Paraíso,
Y la vida fantástico murmullo
De un rico manantial, do reposaba
Todo el caudal que mi alma ambicionaba!
¡Mentira todo, y dolo, y torpe engaño!
¡Sarcasmo y burla... torcedor sangriento!
En vez de tantos bienes, en mi daño,
Las furias sublevó del sufrimiento!
Hizo el placer á mi existencia extraño,
Y en estéril vagar cansó mi aliento;
¡Todo se evaporó, cual humo vano,
Al contacto impaciente de mi mano!

¿Con que nada quedó? — ¿Ninguna huella
El pasado esplendor dejó en tu seno?...
Tan triste, tan funesta fué mi estrella
Que tu caudal de dicha hundió en el cieno?...
Y hoy que tu airada voz mi labio sella,
Hoy que en silencio el matador veneno
De fiera ingratitud sumiso apura...
¡No tienes ni aún piedad de mi amargura!
¡Qué injusto eres! — No por culpa mía
El bién ganado disipaste luego;
¿Tengo la culpa yo, si tu alegría
Voraz quemaba de tu impulso el fuego?
Recuerda que afanosa te decía,
No solo con amor, sino con ruego,
« No tan aprisa vayas, que el sendero
Es demasiado largo y muy severo. »
Si era tuyo el afán y la premura;

Si solo á tu capricho obedecías;
Si en fatigarme hallabas tu ventura,
Y en hacerme sufrir tus alegrías;
¿Por qué hoy quieres hacer en tu locura
Fruto tus penas de falacias mías?
Tú, por andar aprisa, me empujabas...
Y así, al hacerme andar, también andabas.
Me maldices, ingrato! — Bien pudiera
Pedirte cuenta del Edén perdido!
Recuerda que te dije: « Cuando muera,
La tempestad asustará tu oido;
Será como la alondra que, viajera,
Se halla, al regreso, huérfana y sin nido;
El monte verde, que ahora ves galano,
Tendrá mañana su cabello cano.
Hastiado de la vida y de sus goces,
Roerá la inquietud tu helado pecho;
Los ímpetus del mal, siempre feroces,
Serán espinas que tendrá tu lecho;
Duelos de la vejez, tristes, precoces,
Inundarán tu corazón, que, estrecho,
Ni manará de sí, ni dará entrada
A noble inspiración ni á fe elevada.
Y al ver tan brusco cambio, acaso quieras
Tender la tuya para asir mi mano;
Quizá entonces tus ansias lisonjeras
Necesiten quietud... Empeño vano!
Porque ya entonces cubriránme fieras
Las densas sombras del abismo humano,
Do la vida se hunde y se anonada
Primero en polvo y á la postre en nada.
Apresúrate y goza, que ligera
Tu juventud resbalará entre flores;
Y nunca olvidar debes que te espera
La rugosa vejez con sus horrores;
Que tu abundante y negra cabellera
Blanquearán la edad y sus rigores;
Y que cuando en mi sér la vida acabe,
Lo que será de tí... nadie lo sabe! »
Ahora bien, infeliz. — Si tu memoria
Recuerda mi palabra y mi advertencia,

¿Por qué echar sobre mí la impura escoria
De tu liviana y loca adolescencia?
Si á tu instinto cedió, tuya es la gloria
De haber envenenado tu inocencia;
Yo fuí menos cruel; yo resistía
Matar tu vida y acabar la mía!

Pero díme quién eres? — Bien pudiera
La savia del amor darnos la vida;
Ven y disipa la tormenta fiera
Que aquí en mi corazón brama escondida;
Quiero saber quién fué mi compañera
En esa edad tan bella y tan querida...
Díme ¿por qué te vas, y abandonado
Dejas á aquel que amaste y que te ha amado?

Quieres saber mi nombre, y yo no puedo
Revelártelo aquí... más tarde acaso!
El fuego de tu amor me causa miedo,
Y es tuyo todo el fuego en que me abraso;
Si te miro sufrir y no me quedo
Es que mi sol se eclipsa ya en su Ocaso...
Ten lástima de mí... Yo bien quisiera
Ir contigo hasta el fin de la carrera.

¡Con que no puedes!... Bien! Calla en buen hora
El nombre que infamó la hipocresía!
Ya te conozco bien, Maga traidora,
Ya no me causa miedo tu falsía!
No hace falta tu nombre, engañadora,
Que harto lo sabe la venganza mía!
Mentira, insidia, engaño, dolo infame...
Dí, ¿con cuál de éstos quieres que te llame?

Elige tú.

Me asombra ese reposo
Que hace con tu labor sangrientó juego!...
Hallaste á un infeliz, bien candoroso,
Que hizo tuya su fe; que incauto y ciego
Te siguió en el camino fragoroso

Que endurece la nieve y funde el fuego;
Y te dijiste en tu interior: « Ya es mío!
Yo ludibrio le haré de mi albedrío!...
Y para hacer más fácil mi victoria
Y su desilusión más espantosa,
Le ofreceré, si lucha, la victoria;
Si le inclina el amor... alguna hermosa;
En su lecho pondré sueños de gloria
Que haga su paz dormida bien dichosa;
Y cuando se despierte de ese sueño
Se verá esclavo y servirá á su dueño! »
Bien lo comprendo, sí! — Llegó la hora
Del triste despertar, y siento llenas
Mis pupilas de lágrimas que llora
Mi pobre libertad puesta en cadenas!...
Mas no blasones, no, de vencedora,
Ni hagas alarde de mis duras penas,
Que, antes que mi cerviz oprima el yugo,
Acusador seré, juez y verdugo!
Tus promesas!... Conservo en lo profundo
Del alma herida su recuerdo hirviente:
« Poderoso te haré!... De rey del mundo
La corona triunfal pondré en tu frente!...
La majestad que en tu provecho fundo
Haré que el vulgo aplauda complaciente!... »
Las espinas, la caña, el *inri* fiero
Con que afrentó á su Dios un pueblo entero!...
¿En dónde están la pompa y el boato
Del rey sin reino, de este dios sin ara?...
Tú la culpa no tienes... Yo, insensato,
Que quise hacer mi inexperiencia cara!...
Yo que, necio de mí!...

MAGA. ¡Silencio, ingrato!
Y escucha la verdad, que, altiva y clara
Quiere, en bién de los dos, darte su ofrenda,
Rasgando de tu error la triste venda!
Ódiame cuanto quieras! — Yo te he dado
Mayor suma de bién que la ofrecida;
Tanto ha sido el amor que has apurado,
Que hoy su miel te parece desabrida;

Tesoros de valor has malgastado;
Puse en tu sién diadema bien florida;
Yo te quité el sayal de la pobreza
Y te vestí con lujo y gentileza.
Respóndeme, infeliz, de ese tesoro
De bienestar, de dicha y de alegría
¿Qué has conservado? — La opulencia, el oro,
Que abundante mi mano te ofrecía
¿Qué se hicieron, ingrato? — Ni el decoro
De tan alto esplendor te detenía!
Voluntarioso y disipado has hecho
Nido de sierpes tu enfermizo pecho.
¿Dónde dejaste tu candor de niño,
Y de tan bella edad las esperanzas?
¿En qué infierno quemaste tu cariño,
Que hoy respiras tan solo odio y venganzas?
¿Dónde arrojaste tu cendal de armiño?
¿Dónde las saludables enseñanzas
Que la fe maternal, tierna y amante,
Pone siempre en el alma del infante?
El panorama de tu edad primera,
Aquel bello paisaje tan florido,
Aquella inalterable primavera,
La ténue lumbre de aquel sol dormido,
La cascada que alumbra la pradera,
Como diamante que la luz ha herido...
Tánto primor, frescura y lozanía,
¿Por qué han pasado como flor de un día?
Respóndeme!

No más! — Ya mi paciencia
Ni permite ni quiere explicaciones!
¿Qué ganas con probarme tu inocencia?
¿A qué esa larga lista de tus dones?
¿Por qué acusar mi ciega inexperiencia,
Ni acriminar la fe de mis pasiones?...
Si yo la culpa tuve, en hora buena!
Bendigo mi dolor y amo mi pena.

Aplaudo tu valor.

Yo tu descaro.

MAGA. Santa resignación!

POETA. ¡Triste ironía!

MAGA. ¡Quiera Dios consolar tu desamparo!

POETA. ¡Quiera Dios perdonar tu alevosía!

MAGA. Él te alumbre el sendero.

POETA. Está bien claro.

MAGA. Llévate mi alma en pos.

POETA. Basta la mía.

MAGA. Yo tu amiga seré.

POETA. Yo tu enemigo.

MAGA. Yo bendigo tu amor.

POETA. Yo lo maldigo!

MAGA. Perdónale, Señor. — Ese reniego
Se lo dicta el furor, — no está en su alma;
Las tinieblas del mal le han vuelto ciego;
Y en funesto huracán turban su calma...
Pon en su corazón tu santo fuego;
Cobíjale del bién bajo la palma;
Hazle bueno y feliz; — su edad futura
Colma, Señor, de dichas y ventura!
Si el hielo de la escarcha le ha mojado,
Seca sus ropas y su cuerpo abriga;
Si el rigor del camino le ha cansado,
Dale largo reposo á su fatiga;
Si el vicio su inocencia ha deslumbrado.
Haz que el perdido lustre ella consiga...
Acompáñale al fin de su carrera,
Ya que á dejarle va su compañera!

Pero ¿quién eres, dí, visión maligna,
Que con mi amor y con mis odios juegas?
¿Qué furia del Averno te designa
Para afligir mi corazón á ciegas?
¿Qué fe, qué instinto, qué pasión indigna
El impulso te da con que así bregas?...
Díme, por Dios, ¡quién eres, y ese alarde
De obstinado silencio deja!

Es tarde!

Aquí mi mano está; ven y reclina
Sobre mi pecho tu marchita frente...
Noto que el brillo de tu faz declina
Y que en tus ojos ya no hay luz ardiente...

Esa es la vida humana, que camina,
Paso entre paso, á la vejez doliente;
Y, al mirar el nublado, lenta y tarda,
Que quiere alejar un fin que le acobarda.
Ya me tienes aquí! — Yo soy aquella
Que el hombre encuentra, sin buscarla acaso,
Esta que ves ya sombra, fué la estrella
Que no pudo arrojar sobre el Ocaso
Tu afanoso huracán; — fué la centella
Que iluminó de tu carrera el paso...
Por eso, entre placeres y amarguras,
Vine con viva luz, regreso á oscuras.

Pero díme ¿quién eres, que al oirte
Mi admiración subyugas con tu acento?
¿Debo dejarte ir?... ¿Debo seguirte?...
Ni lo que digo sé, ni lo que siento!
Me aflige ver que solo sé afligirte,
Que de cada placer hago un tormento...
Perdóname, por Dios, dame tu guía,
Y anima tu existencia con la mía.

Es tarde!

POETA. No repitas, te lo ruego,
Esa frase fatal que me horroriza!
¿Por qué tarde ha de ser, si aún brota el fuego
Bajo el blanco crespón de la ceniza?

MAGA. Te engañas, infeliz!

POETA. ¿Estaré ciego?...
Esto que pasa aquí ¿qué patentiza?
Si es cierto que me quieres y te quiero...
¿Qué nos detiene, pues?

MAGA. Que yo me muero!
Mira cual se refleja en mi semblante
De un moribundo sol la luz postrera;
Mi vista ya se apaga vacilante;
Mi planta se ha cansado en la carrera;
Opreso el corazón suspira amante
Por el grato reposo que le espera...
Ya se extingue mi voz... Pronto, bien mío,
Seré á tus ojos un cadáver frío!

POETA. No lo permita Dios! — Ven á mi seno
Y al calor de mi sér vuelve á la vida;
Siento de fuego el corazón tan lleno
Que alcanzará, por más que lo divida!...
Esta inmensa zozobra en que me apeno
Quizá le dé vigor á tu alma herida...
Ven á mis brazos, porque en ellos, fuerte,
Puedas luchar y rechazar la muerte!

MAGA. Vive tú!... Vive tú!... Yo no podría,
Aunque me diera Dios mi antiguo aliento...
Mi espíritu ha perdido su energía...
Cansada y sin valor el alma siento...
A tí te espera el mundo.

POETA. ¡Qué ironía!
¡Me espera el mundo cuyas garras siento
Que desangran las carnes de mi vida,

Haciendo eterna su profunda herida!
¡El mundo!... cortesano que deifica
El delito feliz... su infame herencia;
Aventurero vil que santifica
La obra inicua y audaz de la impudencia;
Juez que todo lo aprueba y justifica;
Verdugo que agarrota la conciencia;
Eco de la calumnia y de la envidia;
Voz de la iniquidad, tul de la insidia!
¡Me espera el mundo! — ¿Para qué lo quiero,
Si estoy ya de sus farsas tan hastiado?
¿Qué puede prometerme un pordiosero,
Que tan solo miserias ha heredado?...
¡Mendigo con disfraz de caballero
En este carnaval desvergonzado!
El mundo!... El mundo!... Lo desprecio tánto
Que le he dado mi adiós, sin verter llanto!

Fíjate bien en mí: — sombra perdida,
Nada me queda de la edad pasada;
Hoja seca del árbol desprendida
Y en la hoguera del mundo devorada,
No dejo por recuerdo de mi vida
Sino ceniza en lágrimas mojada...
Despojos de una mísera existencia
Que el fuego aniquiló de tu impaciencia.
Si tú hubieras querido, no tan breve
En su Ocaso mi sol se reclinara;
De prematura senetud la nieve
Mis cabellos de niña no empapara;
Ni el dardo fiero de la muerte, aleve,
Mi juventud feliz así matara...
« No camines aprisa, » te decía,
Y nada!... nada tu impaciencia oía!

Me matan tus recuerdos!

No los hago
En daño del amor de mis amores;
Con su recuerdo apenas satisfago

Al más duro y cruel de mis dolores,
Al recibir de mi cariño en pago
Y de todos mis íntimos favores,
Duras acusaciones y reproches
Que han hecho de mis días tristes noches.

POETA. ¡Por ese santo amor, por esa santa
Resignación que tu virtud abona;
Por la sangre que viertes de tu planta;
Por la espina mayor de tu corona;
Olvida ese recuerdo que me espanta
Y generosa mi maldad perdona!...
Si antes te hice apurar hiel y veneno,
Toma hoy la miel de mi amoroso seno.

MAGA. Es tarde ya!...

POETA. No es tarde! — La clemencia
Del que lo puede todo no se agota...
¿Cómo no ha de curar nuestra dolencia
Quien de una piedra, rica lluvia brota?...
¿Cómo no restaurar una existencia,
Quien todo un mundo á la existencia bota?...

MAGA. Pero, si bien clemente, Dios es fuerte
Y nueva vida da, cuando da muerte!

POETA. Tus palabras me espantan.

MAGA. Yo lo siento.

POETA. Aun podemos salvarte.

MAGA. No lo esperes.

POETA. Me horroriza en la muerte tu contento.

MAGA. Solo en la vida afligen los placeres.

Abrázame otra vez.

Y dos y ciento!

Pero tu nombre, por piedad!... ¿Quién eres?...
¿Por qué en la tumba ha de quedar oculto,
Sin que mi amor le rinda ardiente culto?

No puedo por mi mal. — Dios ha querido
De este imposible hacer mi mayor pena;
Te he dado con mi amor cuanto has pedido,
Hasta ver tu ambición del todo llena;
Pero darte mi nombre... me es prohibido!
Naturaleza misma así lo ordena...
Por tu propio interés callarte debo
El bién inmenso que en mi nombre llevo.

Necesito tu nombre!

Empeño vano.

Lo arrancaré de tu cadáver yerto!

No tan audaz me pareció tu mano.

Lo pido por tu amor!

Es tarde! — Ha muerto.

¿Quién me descifrará tan hondo arcano?...

¡El selvático espejo del desierto!
Él te dirá lo que en el mundo he sido...
Y entonce advertirás lo que has perdido.

Dijo... y cayó en mis brazos desplomada,
Reclinando en mi faz la suya yerta...
En vano la abrasé con mi mirada,
Que estaba ¡ay Dios! completamente muerta!...
Aparté sus cabellos, y animada
Ví la visión de abril!... Viva!... Despierta!...
Remozada su faz!... Frescas las flores
Que llevaba en la edad de los amores!
No era loca ilusión!... Blanco y ligero
El plegado ropaje la cubría,
Velando, enamorado y traicionero,
Las mismas formas que ocultar quería...
Por el nevado pecho, lisonjero,
Su rizado cabello descendía,
Como en taza de mármol se desata
La trenza de espumosa catarata!
El asombro aumentó! — De horror transido,
Bajo el poder de una emoción severa,
Ví caer, de mi seno desprendido,
El cuerpo de mi hermosa compañera,
Que en sus tumbos formó extraño ruido
En la muda quietud de la ribera...
Fué como el roce de las secas hojas,
Como alarido ahogado entre congojas.
No sé qué fué de mí. — Volví los ojos,
Para no ver aquella horrible escena
De inanimados, míseros despojos
Rodando de los riscos á la arena;
Pero al opuesto lado, los rastrojos,
Se ahogaban en un mar de agua serena
Que descendiendo de la enhiesta altura
Bañaban el boscaje y la llanura!
¡Qué repentino cambio! — La cañada,
Convertida en remanso, parecía
Inmensa luna de cristal, bañada
En la azogada luz de un bello día;
El plumaje sutil de la cascada
Cual polvo de diamante relucía...
Todo estaba cual antes, como era
En esos tiempos de mi edad primera.
Quise acercarme más, y una luz pura

Daba su claridad, plácida y leve...
Fijé la vista y ví... qué desventura!
¡Nada quedaba de la Maga aleve!
Solo mi faz rugosa y sin frescura,
Mi cabellera convertida en nieve!...
¿Era acaso el terror que me ofuscaba,
O era que en realidad tan viejo estaba?...
Volví á mirar. — El mismo espectro fiero
La luna del remanso repetía...
Retiraba mi faz... y traicionero
El espectro su faz también huía!...
Hice un tercer ensayo... fué el postrero,
Y el mismo viejo espectro aparecía!...
Todo lo comprendí... La Maga yerta
Era mi JUVENTUD que estaba muerta!!

1845.

OBRAS DRAMÁTICAS

EL GONDOLERO DE VENECIA

DRAMA EN CUATRO ACTOS

Y EN VERSO

A IGNACIO C. ROCA

Es ley y justa razón
Que el que muere olvide agravios
Y no salgan de sus labios
Sino voces de perdón.

J. J. MILANÉS.

(1855).

PERSONAS

El conde Capello.
La condesa Blanca, su hija.
Un desconocido.
Juliani, presidente del Consejo de los Diez.
Rugiero.
Beppo, Martelli, Spadafro, Petrucci, espías del Consejo.
El tio Pablo.
Casini.
Magdalena.
Pietro.
Graciani, posadero.
Un jugador.
Un paje.

Miembros del Consejo de los Diez, senadores, nobles de Venecia, guardias del Consejo, bateleros, hombres y mujeres del pueblo.

Los apartes van entre paréntesis y las indicaciones de la acción en letra bastardilla.

La escena pasa en Venecia, en 1457.

ACTO PRIMERO

Galería de la casa de Juliani, en cuyo fondo, y á través de tres grandes puertas, se ve un salón de baile. — Varias parejas enmascaradas recorren el salón.

ESCENA PRIMERA

JULIANI

Calma, Juliani. La calma *(Entrando.)*
Es luz del entendimiento; *(Sentándose.)*
Ella alumbra el pensamiento
Y da la quietud al alma. *(Quitándose la careta.)*
Vanos han sido hasta aquí
Los esfuerzos del Consejo;
Mas no puede á un zorro viejo
Burlar un gallina así.
(Levantándose y examinando los salones.)
Goza bajo tu disfraz,
Pobre, aturdida Venecia,
Que, si la tormenta arrecia,
No será tu fiesta en paz!
Al fulgor de las bujías,
Y al calor de los placeres,
Brillen tus lindas mujeres
Entre locas alegrías...
Baila, insensata ciudad,
Que aquí está quien por tí vela;
Y al llegar mi tarantela...
Llegará tu Eternidad!
(Pasan enmascarados por el fondo.)
Los disfraces!... Cómo engaña
La careta al que la lleva!

Siempre el Carnaval nos prueba
Lo que la molicie daña!
Bajo ese duro cartón
Y ese traje fastüoso,
Se agita un rostro lloroso,
Gime triste un corazón!
Allí está la multitud
Bebiendo á tragos los goces,
Sin notar que en esos roces
Se deslustra la virtud!...
Y nuestro hombre... allí está,
En jaula de oro cogido...
Por sí mismo se ha metido...
Y... por Dios que no saldrá!

ESCENA II

JULIANI y MARTELLI

MARTELLI. ¿Estamos solos?
JULIANI. Martelli...
(Martelli se quita la máscara.)
Impaciente te aguardaba:
¿Seguiste al desconocido?
(Martelli hace un gesto afirmativo.)
Y ¿has averiguado?...
MARTELLI. Nada...!
JULIANI. Qué extraño misterio!... Dime...
Y ¿sigue al lado de Blanca?
MARTELLI. Sí, señor; siempre á su lado.
JULIANI. ¿No le oiste cuando hablaba
Pronunciar su nombre?
MARTELL. No...!
JULIANI. Si alguno le acompañara...
MARTELLI. Nadie, señor. Anda solo...
Es, más que hombre, fantasma.
JULIANI. ¿No le has visto nunca?
MARTELLI. Nunca,

Si habláis de verle la cara;
Pues lo que hace á la persona
La vemos cada mañana
Rodando por nuestras calles
En su góndola enlutada.
Sin embargo, me prometo
Que, á favor de una celada,
Demos con su nombre.

.IANI. ¿Cómo?

.RTELLI. Tiene la señora Blanca
Una nodriza... algo vieja...
Su rostro es una borrasca,
Capaz de imponerle miedo
A la marina italiana;
A pesar de esto el adagio
Dice que por la peana
Se besa al santo.

JLIANI. *(Enfadado.)* Y á fe,
Que no entiendo lo que hablas!

[ARTELLI. Ella debe haber oido,
Pronunciado por su áma,
El nombre de ese galán.

ULIANI. Y bien!

[ARTELLI. Y bien!... Ya tomadas
Tengo todas mis medidas...
Martelli á la vieja ama;
Y una cita le ha pedido...
Cita que no fué negada;
Bien comprenderéis, señor,
Que el que besa la peana...

ULIANI. Te comprendo!... ¿Estás seguro
De hacerla hablar?

[ARTELLI. Vaya! vaya!
Una vieja enana y fea
Que de limosna es amada,
¿Qué es por cierto?... un maniquí
Que hace lo que se le manda.

ULIANI. Está bien! Estos cequíes *(Le da un bolsillo.)*
Te ayudarán en la farsa;

Si sale bien... otro tanto,
Mi buen Martelli, te aguarda.

MARTELLI. Gracias, señor! (No es mal premio
Para la obra empezada,
Que enamorar á una vieja
Que ha sido nodriza... vaya!
Es preferible tomar
Por asalto una muralla.)

JULIANI. Y de las demás personas,
¿Qué has averiguado?

MARTELLI. Nada...
Intriguillas de mujeres!

JULIANI. Vuelve, Martelli, á la carga...
Suspicaz y diligente
Observa, inquiere, repara...
Discurre por los salones
Do más animación haya;
Toma nota de los nombres,
La filiación de las máscaras,
Memoria de cuanto digan,
Recuerdos de cuanto hagan...
Todo con cuenta y razón.

MARTELLI. Contabilidad bien rara!
¿Los lances de amor también
Os inquietan?

JULIANI. Obra y calla.

MARTELLI. Obedeceré, señor.

JULIANI. Todo, sin volver la espalda
Al hombre desconocido.

MARTELLI. Estoy, señor.

JULIANI. Vigilancia!

(Martelli se cubre y entra al salón; se confunde entre la multitud. — La música se oye lejana.)

ESCENA III

JULIANI

Raro misterio por cierto!
Hace muchísimos días
Que un hombre desconocido
De Venecia el suelo pisa...
El Consejo de los Diez
Cubre su sombra de espías,
Le sigue por todas partes,
Pregunta, inquiere, medita...
Y siempre el mismo misterio!
En vano mi astucia fina
Abre al placer los salones
Y á toda Venecia invita...
El hombre desconocido
De su careta confía...
Y concurre á nuestras fiestas,
Y cara á cara nos mira!
Su nombre... nadie lo sabe,
Su existencia... es un enigma;
Su habitación... el Adriático;
La multitud... su familia.
Según las inquisiciones,
Llegó aquí en el mismo día
Que Blanca Capello... Acaso
Esas relaciones íntimas
Con la hermosa veneciana
Envuelvan alguna intriga...
Dicen que la ama y que ella
Le ama también... A fe mía
Que si una mano bien diestra
No toma prontas medidas,
Ese amor será un veneno
Que mate á Venecia un día.
Juliani... ¡ay si te duermes!
¡Ay de tí, si ves perdida

La huella de ese fantasma
Que te inquieta y martiriza!...
¡No haya cuidado, Venecia,
Velaré... duerme tranquila!

ESCENA IV

JULIANI y el conde CAPELLO

JULIANI. ¿Qué haces, conde?
CAPELLO. El placer sigo.
¿Qué hacer en función tan bella?
Me divierto, gozo en ella.....
Y te felicito, amigo.
¿Hoy Venecia por ventura
En tus salones no esconde
Lo más escogido...
JULIANI. *(Con fingida modestia.)* Conde...
CAPELLO. En nobleza y hermosura?
No exagero... esta función
Ha sido tan exquisita,
Que hasta de un viejo se agita,
Aturdido, el corazón.
¡Qué esplendidez!... ¡qué belleza!
¡Qué hermoso vergel de flores!...
¡Cuál contrastan los colores
De rica naturaleza!
Toda descripción es vana...
La máscara menos bella
Es, si no sol, una estrella
De belleza sobre-humana!
JULIANI. Razón tienes, buen Capello;
Pero es tu Blanca entre ellas
La estrella de las estrellas,
El claro sol de mi cielo!
CAPELLO. Galante estás.
JULIANI. No, á fe mía...

Digo lo que siente el alma:
Dar á quien debo la palma,
Conde, no es, galantería.
¿Ha estado contenta?

CAPELLO. Y mucho!
Tanto su contento ha sido,
Que hace poco la ha afligido
Mi orden de marcha.

JULIANI. Qué escucho!

CAPELLO. Á tí ¿qué te ha parecido?...

JULIANI. Lo contrario.

CAPELLO. ¿Qué advertiste?

JULIANI. Que está preocupada, triste.

CAPELLO. ¿La causa?

JULIANI. No la he sabido;
Pero, conde, la sospecho.
Cuando una hermosa se aflige
La experiencia nos exige
Buscar la causa en el pecho...
La edad de los veinte años,
Y de un ángel la hermosura
Arrastran la sombra oscura
De amores y desengaños!...
Blanca en su precioso abril,
De tantas gracias dotada,
Es la flor más codiciada
Del veneciano pensil!...
Flor que coronan de espumas
Las olas de nuestros mares;
Flor que convierte en azahares
Del Adriático las brumas;
Pero esa flor, por ser bella,
Es por lo mismo envidiada...

CAPELLO. Juliani!... *(En tono sorprendido.)*

JULIANI. *(Con fingida humildad.)* No he dicho nada.

CAPELLO. Tengo confianza en ella!
De noble estirpe nacida,
Y por mí mismo educada,

Yo mi palabra empeñada
Prometo dejar cumplida!

JULIANI. ¿Te has enojado?

CAPELLO. No, á fe...
Pero acaso tu sospecha...

JULIANI. Lleva, conde, bien derecha
La expresión que aventuré!
No es extraña la sorpresa
Que mi lenguaje ha podido
Causarte; pero no ha sido
Sin motivo: la condesa...
Tal vez no lo habrás notado,
Con uno solo pasea,
Solo él la galantea,
Solo con él ha bailado...
Y el que goza la fortuna
De verse así preferido
Es, conde, un desconocido
Sin nombre ni seña alguna!

CAPELLO. Juliani, tu avilantez *(En ademán de irse.)*
No la sufro, vive el cielo!...

JULIANI. En nombre os hablo, Capello,
Del Tribunal de los Diez.

(Le muestra el número que lleva al pecho, Capello se inclina respetuosamente. A invitación de Juliani se sientan.)

La altiva y noble Venecia,
A quien ese amor ofende,
Bien lo sabéis vos, defiende
Aquello que mucho aprecia!...
No basta que su pendón
Muestre San Marco, altanero,
Ni que en el campo guerrero
Venza y otorgue perdón;
Que hay nombres, conde Capello,
Tan preciosos para ella,
Que quien su honra atropella
No pisa impune su suelo!...
De su nobleza el honor,
Es cristal que ha confiado

Al exquisito cuidado
De un consejo protector!...
¿Qué os parece mi altivez?...
Altivo me hace la ley!
En otras partes... un rey...
Pero en Venecia... los Diez!

PELLO. Conozco bien los deberes
Que mi posición impone,
Y no hay hecho que no abone
Mis lëales procederes:
Sé muy bién que hasta el amor
Es un asunto de Estado,
Y á mi hija la he entregado
Al Consejo protector...
Ya dispuso de su mano
Y á Barbarini la dió... *(Enternecido.)*
Ya Capello procedió
Como noble veneciano!...
Blanca, mi hija adorada!... *(Muy conmovido.)*
Mi hija!... lo que más quería!...
La luz preciosa que guía
Mi vejez atribulada!...
(¡Horrible ley del destino!
Con tan fiero proceder,
Un hombre honrado ha de ser,
No padre, sino asesino!)

LIANI. El Consejo de los Diez,
Justicia y honor os hace,
Dando con tan bello enlace
Apoyo á vuestra vejez;
El esposo que prepara
Para Blanca, es un guerrero
Que ha ganado con su acero
Laureles mil en Ferrara!...
El, por desgracia, no es
De la patria que defiende,
Y su protección le vende
El astuto genovés...
Por eso muestra el Estado
Su interés, el más prolijo,

En captarse un nuevo hijo
Que tanta fama ha ganado.
Y á fe que el esfuerzo apura
Dando en premio á sus amores
La hermosa flor de sus flores,
La reina de la hermosura.

CAPELLO. Ya os dije que está cumplida
Mi honra como Veneciano.
¿Qué más debe un ciudadano
A su patria? — Prometida
Mi hija al valiente guerrero
Su anhelo el Consejo llena...
La angustia, la horrible pena, *(Conmovido.)*
Son para mí... las espero!
Dentro de un año...

JULIANI. Es muy tarde!

CAPELLO. ¿Cómo...?

JULIANI. Lo que os dije, os digo!...
Un poderoso enemigo
Hace de ventaja alarde...
Venid... ¿véis aquellos dos?...

(Llevándole al fondo. Le señala dos enmascarados que se aproximan á la puerta de la derecha.)

CAPELLO. Es imposible!

JULIANI. Son ellos.

CAPELLO. La ira encrespa mis cabellos,
Me ahoga, que os guarde Dios!
(Trata de irse; Juliani le detiene.)

JULIANI. ¿Queréis convenceros?

CAPELLO. Sí!
(Cuál la rabia me devora!...
Blanca, mi Blanca traidora!)

JULIANI. Ocultémonos aquí.

(Se colocan detrás de una columna, á la vista del público. Rugiero y Blanca, enmascarados, entran sin notar en ellos.)

ESCENA V

Dichos, **RUGIERO** y **BLANCA**

RUGIERO. ¡Cuánto más bella eres,
Gacela mía,
Lejos de esas mujeres
Y de esa orgía!
Ay! cómo es cierto
Que abrió el amor sus ojos
En el desierto!
Pero, ¿qué tienes, Blanca?...
¿Penas ó enojos?
¿Qué es lo que así le arranca
Llanto á tus ojos?

BLANCA. No sé qué siento;
Pero tiemblo cual rama
Que agita el viento!
La soledad me aterra,
La luz me ofende...
Es la perpetua guerra
Que amor enciende!
Porque te quiero,
Apesar de mis penas,
Mucho, Rugiero!

RUGIERO. Disipa, Blanca mía,
Necios temores!
La luz de mi alegría,
De mis amores,
Temer no debe
Ni el huracán airado
Que el mar conmueve!

Que tiemble en hora buena
Pasión culpable;
Que sufra amarga pena
La miserable;
Pero en tu cielo

No hay una sola mancha,
Blanca Capello!

CAPELLO. Es ella, sí!

JULIANI. Prudencia!

BLANCA. Cuánto padezco!

RUGIERO. Respetar tu inocencia,
Blanca, te ofrezco!
¡Maldito el hombre
Que ose empañar siquiera
Tu hermoso nombre!

BLANCA. ¡Cuánta calma y dulzura
Tu voz derrama!

RUGIERO. ¡Cuánto en la sombra oscura
Mi amor se inflama!
Blanca hechicera!

BLANCA. Pero al baile volvamos...
Mi padre espera.

BUGIERO. ¿Eso á mi amor responde
Tu indiferencia?
Volver al baile!...

JULIANI. *(Conteniendo á Capello.)* Conde!

BLANCA. Ya nuestra ausencia
Se habrá notado...

RUGIERO. Necio del que en mujeres
Ha confiado!

BLANCA. No te irrites, Rugiero,
Baste de enojos!...
¡Dice que no le quiero!...
Mira en mis ojos
Copioso llanto!...

CAPELLO. Basta de afrenta!

JULIANI. Vamos. *(Desaparecen.)*

BLANCA. Te quiero tanto! *(Acariciándole.)*

RUGIERO. « ¡Volver al baile! » dice,
Con fría calma,
Sin ver que á un infelice

Desgarra el alma!
¡Yo que creía
Que la ingrata me amaba!...
¡Qué felonía!

BLANCA. ¿Con qué mi amor es fábula *(Enojada.)*
Que en duda pones?

RUGIERO. ¡Volver deshecho en lágrimas
A esos salones!

BLANCA. ¡Qué injusto eres!
Si tal duda te asalta...
Ya no me quieres.

RUGIERO. Blanca!

BLANCA. Mi nombre olvida!
Todo fué engaño!...

RUGIERO. Perdóname, mi vida.

BLANCA. Si ves que baño *(Llorosa.*
Mi faz en lloro,
Es que engañarte quiero...

RUGIERO. Blanca, te adoro!
Si el huracán airado
De mis furores
El enojo ha causado
De mis amores,
Perdón te pido
De mis quejas injustas
Arrepentido!

(Aparecen en el fondo Juliani y Capello.)

Es que el amor extremo
Mata la calma...
Y este en que yo me quemo
Me abrasa el alma!

BLANCA. Por Dios, Rugiero!...
Regresemos al baile...

RUGIERO. Blanca... no quiero!

BLANCA. Mira que nos espían... *(Mirando al fondo.)*

RUGIERO. Qué horrible lucha!

BLANCA. Acaso nos oían...

No hay una sola mancha,
Blanca Capello!

CAPELLO. Es ella, sí!

JULIANI. Prudencia!

BLANCA. Cuánto padezco!

RUGIERO. Respetar tu inocencia,
Blanca, te ofrezco!
¡Maldito el hombre
Que ose empañar siquiera
Tu hermoso nombre!

BLANCA. ¡Cuánta calma y dulzura
Tu voz derrama!

RUGIERO. ¡Cuánto en la sombra oscura
Mi amor se inflama!
Blanca hechicera!

BLANCA. Pero al baile volvamos...
Mi padre espera.

BUGIERO. ¿Eso á mi amor responde
Tu indiferencia?
Volver al baile!...

JULIANI. *(Conteniendo á Capello.)* Conde!

BLANCA. Ya nuestra ausencia
Se habrá notado...

RUGIERO. Necio del que en mujeres
Ha confiado!

BLANCA. No te irrites, Rugiero,
Baste de enojos!...
¡Dice que no le quiero!...
Mira en mis ojos
Copioso llanto!...

CAPELLO. Basta de afrenta!

JULIANI. Vamos. *(Desaparecen.)*

BLANCA. Te quiero tanto! *(Acariciándole.)*

RUGIERO. « ¡Volver al baile! » dice,
Con fria ca
Sin ver que

Desgarra el alma!
¡Yo que creía
Que la ingrata me amaba!...
¡Qué felonía!

BLANCA. ¿Con qué mi amor es fábula *(Enojada.)*
Que en duda pones?

RUGIERO. ¡Volver deshecho en lágrimas
A esos salones!

BLANCA. ¡Qué injusto eres!
Si tal duda te asalta...
Ya no me quieres.

RUGIERO. Blanca!

BLANCA. Mi nombre olvida!
Todo fué engaño!...

RUGIERO. Perdóname, mi vida.

BLANCA. Si ves que baño *(Llorosa.*
Mi faz en lloro,
Es que engañarte quiero...

RUGIERO. Blanca, te adoro!
Si el huracán airado
De mis furores
El enojo ha causado
De mis amores,
Perdón te pido
De mis quejas injustas
Arrepentido!

(Aparecen en el fondo Juliani y Capello.)

Es que el amor extremo
Mata la calma...
Y este en que yo me quemo
Me abrasa el alma!


BLANCA. Por Dios, Rugiero!...
Regresemos al baile...
Blanca no quiero!
'an... *(Mirando al [illegible]*

No hay una sola mancha,
Blanca Capello!

CAPELLO. Es ella, sí!

JULIANI. Prudencia!

BLANCA. Cuánto padezco!

RUGIERO. Respetar tu inocencia,
Blanca, te ofrezco!
¡Maldito el hombre
Que ose empañar siquiera
Tu hermoso nombre!

BLANCA. ¡Cuánta calma y dulzura
Tu voz derrama!

RUGIERO. ¡Cuánto en la sombra oscura
Mi amor se inflama!
Blanca hechicera!

BLANCA. Pero al baile volvamos...
Mi padre espera.

BUGIERO. ¿Eso á mi amor responde
Tu indiferencia?
Volver al baile!...

JULIANI. *(Conteniendo á Capello.)* Conde!

BLANCA. Ya nuestra ausencia
Se habrá notado...

RUGIERO. Necio del que en mujeres
Ha confiado!

BLANCA. No te irrites, Rugiero,
Baste de enojos!...
¡Dice que no le quiero!...
Mira en mis ojos
Copioso llanto!...

CAPELLO. Basta de afrenta!

JULIANI. Vamos. *(Desaparecen.)*

BLANCA. Te quiero tanto! *(Acariciándole.)*

RUGIERO. « ¡Volver al baile! » dice,
Con fría calma,
Sin ver que á un infelice

Desgarra el alma!
¡Yo que creía
Que la ingrata me amaba!...
¡Qué felonía!

BLANCA. ¿Con qué mi amor es fábula *(Enojada.)*
Que en duda pones?

RUGIERO. ¡Volver deshecho en lágrimas
A esos salones!

BLANCA. ¡Qué injusto eres!
Si tal duda te asalta...
Ya no me quieres.

RUGIERO. Blanca!

BLANCA. Mi nombre olvida!
Todo fué engaño!...

RUGIERO. Perdóname, mi vida.

BLANCA. Si ves que baño *(Llorosa.*
Mi faz en lloro,
Es que engañarte quiero...

RUGIERO. Blanca, te adoro!
Si el huracán airado
De mis furores
El enojo ha causado
De mis amores,
Perdón te pido
De mis quejas injustas
Arrepentido!

(Aparecen en el fondo Juliani y Capello.)

Es que el amor extremo
Mata la calma...
Y este en que yo me quemo
Me abrasa el alma!

BLANCA. Por Dios, Rugiero!...
Regresemos al baile...

RUGIERO. Blanca... no quiero!

BLANCA. Mira que nos espían... *(Mirando al fondo.)*

RUGIERO. Qué horrible lucha!

BLANCA. Acaso nos oían...

RUGIERO. Reniego!...

BLANCA. Escucha...
Cuando se ama...
Debe amarse ante todo
La honra y la fama!

(En ademán suplicante.

¡Por ese amor ardiente
Que nos devora,
Evítale á mi frente
Mancha traidora!...
Rugiero mío!...

RUGIERO. ¿Por qué tan desgraciado?
Por qué, Dios pío!

(Con marcado reposo.

Vete, Blanca... me quedo...
La luz me irrita... *(En tono delirante.*
Tengo á esas gentes miedo...

BLANCA. ¡Vírgen bendita!

RUGIERO. Mira... detesto
Cuanto puede ocultarme
Tus ojos bellos!

CAPELLO. Qué suplicio, Juliani!

BLANCA. Ten esperanza.

RUGIERO. Pero ¿cómo tenerla
Cuando te apartas?...
Yo quiero verte
Como el cielo á los mares...
Constantemente!

BLANCA. Es imposible!

RUGIERO. Oye...
De tu palacio
Altos balcones miran
Al atrio santo...
Su puerta misma...
Con la Santa Madona
Se comunica...
De la noche al misterio...

BLANCA. Oh!... calla!... calla!
El coraje me ahoga!

RUGIERO. Qué tienes, Blanca?

BLANCA. Ira, vergüenza
De escuchar de tus labios
¡Tales propuestas!

RUGIERO. Blanca!

BLANCA. Dios mío!

RUGIERO. Blanca!

CAPELLO. Démonos prisa.

BLANCA. Tú no sabes, ingrato,
Cuál me asesinas!

JULIANI. Calma, Capello!

BLANCA. ¿Para qué pasión tánta
Me diera el cielo?

RUGIERO. Si propuestas infames
Hice en tu agravio;
Si mi labio las hizo.....
Miente mi labio!

BLANCA. Por la Madonna.....
Déjale á mi inocencia
Su alba corona!

RUGIERO. Querida Blanca mía,
Luz de mis ojos,
No aumentes mi agonía
Con tus enojos!

BLANCA. Pues bien, Rugiero.
Págame en obediencia
Lo que te quiero!

JULIANI. *(Se quita la careta y entra.)*
¿Hasta cuando eclipsado,
Blanca Capello,
Deja el sol de Venecia
Su hermoso cielo?

BLANCA. *(Encubriendo la sorpresa y sonriendo.)*
De eso trataba.....

De nublar los salones
Con mi fantasma.

(Rugiero se mantiene en silencio y á distancia.)

JULIANI. Tenga yo la fortuna,
Preciosa Blanca,
De volver á mi fiesta
La luz que falta.

(Ofreciéndole el brazo.)

BLANCA. Gracias, amigo,
Aceptándoos el brazo.....
Honra recibo.

(Entran : al pasar por el fondo, Capello se les incorpora. Rugiero sigue con la vista á los tres. Pausa.)

ESCENA VI

RUGIERO

Se vá... se la lleva... Infame!
¿No sabe que ella es mi vida?...
¡Dios de Dios! tu auxilio dame,
Y cuando te la reclame...
Mi horrible crímen olvida!

(Desunda su puñal, lo oculta en su capa y se precipita por el fondo.)

ESCENA VII

CAPELLO y **JULIANI.** *(Salen por la derecha.)*

JULIANI. Te convenciste ya, Conde Capello?...

(Capello se cubre el rostro atribulado.)

CAPELLO. Qué vergüenza, gran Dios!

JULIANI. Ya lo has oido?

CAPELLO. ¿Qué culpa, qué delito, Santo Cielo,
Este infeliz anciano ha cometido?

JULIANI. Ya no podrás dudar...

CAPELLO. No, ya no dudo!...
Mi horrible afrenta se mostró cumplida!
Su pánico pregón yo escuché mudo!...
¡¡Y el pregonero se quedó con vida!!

JULIANI. Conde Capello, la prudencia exige
Que el más hondo secreto...

CAPELLO. *(Con ironía.)* Ya os comprendo
Un noble corazón, cuando se aflige,
Debe mostrarse al mundo sonriendo!...
Un padre, un noble viejo, un Veneciano,
Debe mirar con risa ajar su honra;
Debe ser indolente... que en lo humano,
Un pergamino cubre una deshonra!...
Dices muy bien, Juliáni! Sí; el secreto
La mancha odiosa generoso encubre;
Mas la reciente herida... sin respeto,
Por las manchas de sangre se descubre!
Un hombre infame!...

JULIANI. *(Mirando al fondo.)* Mira, buen Capello,
Que ya los ojos hácia ti dirigen...

CAPELLO. ¿Conoces á ese hombre?

JULIANI. ¡Oh, vive el Cielo!...
¿Así los nobles al dolor se afligen?

CAPELLO. ¿Conocéis al infame?

JULIANI. No! Imposible
Nos ha sido saber cómo se llama...
Siempre bajo la máscara...

CAPELLO. Es horrible
Lo que pasa por mí!... ¡Y ella le ama!
Cómo impedir...

JULIANI. Ya todo está previsto,
El consejo me dió sus instrucciones;
Lorenzo Barbarini estará listo
Y dentro de tres días...

CAPELLO. *(Sorprendido.)* ¿Qué propones?

JULIANI. Yo no propongo nada!... Es el Consejo
El que lo ordena todo... Ya os lo dije...
Un enemigo audaz...

CAPELLO. Mísero viejo!

JULIANI. Más que otro alguno... vuestro honor lo exige!

CAPELLO. Bien! Obedeceré...

JULIANI. Ya desposada,
Vuestra hija será feliz esposa;
Y Venecia, á su turno, respetada,
Será por ella, grande y victoriosa;
Pero importa, Capello, que entre tanto,
Ignore Blanca la fatal sospecha
Que nos ha sugerido... Con su llanto
He de dejar tu honra satisfecha!...
Tres días nada más. En el camino
Se encuentra Barbarini...

CAPELLO. *(Con alegría aparente.)* Oh!... Gracias, gracias!
¡Cuánto te debo, noble florentino!

JULIANI. Muéstrate, Conde, grande en las desgracias!
Mucho has sufrido, buen Capello, mucho...
Pero al fin te verás...

CAPELLO. Lo sé; vengado!

JULIANI. Díle á tu hija...

ESCENA VIII

DICHOS y BLANCA. *(Saliendo con la careta en la mano y en ademán alegre.)*

BLANCA. Qué? yo misma escucho,
Mensajera mejor no habríais hallado.

CAPELLO. Blanca!
(Con reprimida indignación, que Blanca no nota.)

JULIANI. Me habéis oido?... Á vuestro padre
Daba una nueva para vos, Señora.

BLANCA. No me habéis dicho nada, padre mío.

CAPELLO. (Oh! qué infierno, gran Dios!)

JULIANI. Oid. Las tropas,
Que á la guerra de Génova marcharon,
A favor de la paz, vuelven ahora...
Y con nuestros valientes...

(Blanca se inmuta. Rugiero aparece en la puerta del fondo embozado.)

BLANCA. Ya os comprendo.

JULIANI. Y bien! Tras de esa nueva viene otra.
Lorenzo Barbarini... *(Blanca se inmuta.)*

CAPELLO. *(Reprimiendo la cólera.)* Entre otros muchos
Llegará pronto... ¿Lo entendéis ahora?

JULIANI. *(Interrumpiéndole.)*
No prometáis de un bravo los despojos
Ni la llegada del ausente. *(A Capello.)* Importa
Que ignore nuestro plan. *(A Blanca.)* Tal vez Lorenzo
Demore un algo más. Piettro Viccosa
Permanece rebelde, y Barbarini
Es el que debe someter sus tropas.

BLANCA. Perdonad si yo acaso inadvertida.....

JULIANI. Me debéis esta noche, Blanca hermosa!..

(La toma del brazo.)

CAPELLO. (Cómo duele la herida de una afrenta!)

BLANCA. No venís, padre?

CAPELLO. No!

JULIANI. Él viene ahora.

ESCENA IX

DICHOS y RUGIERO

RUGIERO. (El todo por el todo jugar debo!)

(Blanca apoyada en el brazo de Juliani se dirige al salón del baile. Al ver á Rugiero se inmuta.)

CAPELLO. Qué horrible situación!

RUGIERO. *(Al oido de Blanca.)* La noche próxima...

BLANCA. Entremos por aquí, Conde Juliani...

(Indicándole la puerta de la izquierda; al dirigirse hácia ella hace con la mano una señal de asentimiento á Rugiero.)

CAPELLO. Qué vergüenza, gran Dios!

RUGIERO. *(Interponiéndose al paso de Blanca.)*
En la Madonna!

(Rugiero desaparece; Juliani y Blanca se confunden en la multitud.)

CAPELLO. No haya piedad!... la afrenta pide sangre...
Solo la sangre lavará mi honra!

(Entra precipitado al salón.)

ACTO SEGUNDO

Muelle de la Madonna. A la derecha, la capilla de la Virgen; á la izquierda la portada del palacio Capello; en el fondo el Adriático.

ESCENA PRIMERA

BEPPO, SPALATRO y PETRUCCI

(Entran por derecha é izquierda embozados y con los sombreros hundidos hasta los ojos. Traen linternas ocultas.)

SPALATRO. La laguna está tranquila...
Qué hay por allá?

BEPPO. Nada! El muelle
He recorrido á lo largo
Y ni una paja se mueve.

PETRUCCI. Pues por lo que hace al palacio
Se puede jurar que duermen.

BEPPO. Una noche más en blanco.

PETRUCCI. O en negro para el que vele.

SPALATRO. El terralillo está frio.

PETRUCCI. Estas excursiones tienen
Mucho de raro, Spalatro;
Si la soledad tuviese
Cuerpo tangible, quizá
Eso cayera en las redes.

SPALATRO. O si aprisionar pudiéramos
A la Madonna...

(Todos vuelven la cara á la Capilla y se tocan el sombrero.)

BEPPO. Sandeces!
Solo blasfemar sabéis...
Cuidado, amigo, no os pese!

SPALATRO. Son chanzas.

BEPPO. Chanzas pesadas,
Que al mismo chancero ofenden.

(Se acerca al muelle y lo recorre.)

PETRUCCI. Saber quisiera, Spalatro,
Qué se proponen los jueces
Del Tribunal de los Diez,
Con tenernos como duendes
Por aquí?... De los Capellos
Nada sospecharse puede...

BEPPO. Curioso sóis, á fé mía!
Y vuestro oficio requiere
Ser sordo-mudo... Entendéis?

SPALATRO. Oyelo y ténlo presente:
Al servicio de los Diez,
Mi buen Petrucci, se pierden
Dos de los cinco sentidos,
Y cuando el lance es urgente,
Nos quitan los otros tres
Y quedamos...

BEPPO. Cinco meses
Hará que el antecesor
De Petrucci, hombre muy fuerte,
Dió en echarla de curioso...
Supiéronlo al fin los jueces,
Y tanto se fastidiaron
Del espía impertinente,
Que lo echaron...

PETRUCCI. *(Aterrado.)* Á prisión?

BEPPO. A la prisión de los peces!
El Adriático es su tumba.

PETRUCCI. Cáspita!

BEPPO. El consejo tiene
Golpes de suma maestría.....

(Recorre el muel

ATRO. Por eso es que todo cede
A su poder soberano :
Dice en cifras lo que quiere...
Y si el que debe cumplir
Le murmura ó no obedece,
A un nuevo gesto que hace,
Miles de brazos se mueven
Y al fondo del mar le arrojan...

UCCI. Fresca debe ser la muerte
En el Adriático!

O. Vamos,
Lo que es por hoy, me parece
Tiempo perdido. La hora
Ha pasado ya; del muelle
La apacible soledad
Nada inquieta. Mis retenes,
Por San Márcos velarán,
Con el esmero de siempre...
Vamos á su encuentro...

UCCI. Acaso,
Entre los nichos del puente,
Ménos tontos que nosotros,
En vez de platicar, duermen.

os siguen por la derecha de la Capilla; se oye ruido ano de remos y se alcanza á ver en el fondo una góndola gra, que atraca al muelle : Rugiero en traje de gondo-o salta á tierra.)

ESCENA II

RUGIERO

Qué oscura está la noche !
Qué mansa la laguna!
Gracias, Dios mío, por haber oido
Clemente y bueno mi vehemente súplica!
Blanca, mi hermosa Blanca,
Luz que mi estrella alumbra...

Me dijo al despedirse :
« Allí me encontrarás al dar la una... »
Oh! yo no sé porqué, pero en su acento
Noté tánta amargura!...
Su mirada era lánguida, su rostro,
Alegre y bello, se eclipsó de angustia!...

(Una pausa.)

(Ve la Capilla, se descubre y arrodilla.)

¡Oh tú de los que viven
Expuestos de los mares á la furia,
Consuelo y esperanza!...
Santa Madonna, mi plegaria escucha!...
Pon á la sombra de tu augusto manto,
De Blanca la ternura...
Único bien que sobre el mundo tengo...
Yo que no tengo más que desventuras! *(Se alza.)*

(Pausa.)

La muda soledad de estos lugares
Mi atribulado corazón preocupa!...
Yo velo y ella duerme!... Qué contraste!
Este es el mundo... *(El reloj de palacio da la una.)*
(Sorprendido.) Qué sonó?...

ESCENA III

RUGIERO y BLANCA

BLANCA. *(Saliendo del palacio.)* La una!
RUGIERO. No es ilusión... ella es!
BLANCA. Rugiero! *(Acercándosele en ademán receloso.)*
RUGIERO. ¡Blanca! *(Abrazándola.)*
BLANCA. Bien mío!
RUGIERO. Qué tienes?
BLANCA. El hado impío
Nos persigue!...
RUGIERO. Blanca!...

NCA. ¿Ves
Cuán pálida está mi frente!...
¿No sientes tremblar mi mano?...
Temo...

IIERO. Tu temor es vano!

NCA. Tu corazón no presiente?...

IERO. Nada! Altivo y satisfecho
A la suerte desafía!...
¿Qué ha de temer, Blanca mía,
Si amante contra él te estrecho?
Gracias, Blanca : mi ventura
Es hoy completa!... ¡Cuán bella
Es de Venecia la estrella
En la soledad oscura!...
Mi sueño ya está cumplido!

NCA. Rugiero!

IERO. Me hablas... te veo!
¡Oh! Cuán dulce es un deseo
Por otro correspondido!...
Acércate más... así!...
Tu aliento junto á mi aliento!...

NCA. Oye, por Dios!...

IERO. Sí, me siento
Muy satisfecho de tí!

NCA. No es eso, por Dios, no es eso!
Escúchame...

IERO. Tu mirada
Tiene mi frente abrasada...
Siento el corazón opreso...
Tócalo, Blanca...

NCA. Rugiero!
Un presentimiento horrible
Lo agita triste!

IERO. Imposible!
Ni lo temo... ni lo espero!...
Un presentimiento?... y cuál?

NCA. Horroroso!

RUGIERO. No comprendo...
BLANCA. La adversidad está hiriendo
Nuestro amor...
RUGIERO. Blanca!... no tal!
Verme así en tus brazos bellos
Ha sido mi afán constante...
Angel mío, ya tu amante
Rey de tu amor es en ellos!
BLANCA. Tu voluntad es mi ley...
Te amo tánto! *(Le sonríe.)*
RUGIERO. Qué sonrisa!
BLANCA. Mi gloria es verme sumisa
En los brazos de mi rey! *(Le abraza.)*
RUGIERO. Suprema felicidad!...
¿Quién osará interrumpirla?
BLANCA. Calla!... que ha venido á herirla...
RUGIERO. Habla!
BLANCA. La fatalidad!
RUGIERO. Desventurado de mí!
BLANCA. Es cierto... desventurado!...
Mi palabra han empeñado...
RUGIERO. Para ser de otro?...
BLANCA. Sí...
Mi padre...
RUGIERO. Piensa tal vez...
BLANCA. Por su deber obligado,
Mi destino ha confiado
Al Tribunal de los Diez...
Y ese infame Tribunal,
A quien no amo, me entrega!
RUGIERO. Oh! la cólera me ciega!...
Tengo en el cinto un puñal
Cuya hoja cortante y fina...
BLANCA. Qué pensamiento, Rugiero,
Un crímen?...
RUGIERO. Sí, sí... lo quiero!

:A. Un valiente no asesina!

:RO. Que vengan!... yo los provoco!...
Que toquen tu orla siquiera!...
Mi cólera los espera,
Y mi puñal!

:A. Estás loco?... *(Corta pausa.)*
Ellos inocentes son...
Que aquí la culpable ha sido
La esclava que te ha ofrecido
Como libre, el corazón!...
Un medio solo, en rigor,
Nos queda, que emplear espero.

:RO. La fuga?

:A. *(Con rapidez.)* Calla, Rugiero,
La infamia no es el amor!...
Tú eres noble...

:RO. (Qué tormento!)

CA. Mi padre no es una fiera...
Hablémosle, bien pudiera
Fascinado por tu acento...

:RO. ¡Ay, Blanca... cómo deliras!

CA. Díle que de noble cuna,
Con títulos, con fortuna...

:RO. Blanca! *(Con fiereza.)*

CA. Ay!... por qué me miras
Con ese ceño severo?

ERO. Porque soy tan desgraciado!...

CA. Díle que así disfrazado
En traje de batelero...

ERO. Eso, Blanca, es imposible!...

CA. Iremos juntos...

ERO. ¡Qué horrible
Situación!

CA. Por Dios, Rugiero!...
Demos pruebas de valor!...
Qué importa un riva?... quimera!

No basta que yo te quiera?...
Si ya te he dado mi amor,
Si idólatra, con delirio,
Ante tu querer me inmolo...
Si solo á tí... si á tí solo
Quiero en el mundo!...

RUGIERO. ¡Oh martirio!

BLANCA. Por qué entristecerte así?...
Noble y grande, aunque proscrito,
Amarte no es un delito...
Tal vez mi padre...

RUGIERO. ¡Ay de mí!

BLANCA. Viendo llorar á una hija
Que demuestra querer tánto...

RUGIERO. Delirio!

BLANCA. Al mirar mi llanto,
De nuestros males se aflija!...
Bien sabes tú que me adora!...

RUGIERO. Te engañas, Blanca... no cede...

BLANCA. Tú no sabes cuanto puede
Una mujer cuando llora!...
Imploremos su bondad!

RUGIERO. Y bien, qué vale implorarla?...
Qué haremos con alcanzarla,
Si es impotente, en verdad?

BLANCA. Impotente!... por qué?... dí!...
No basta que él quiera?...

RUGIERO. No!

BLANCA. Pues de quién dependo yo?

RUGIERO. Y el Tribunal?

BLANCA. Qué horror!... sí!...

RUGIERO. El Tribunal de los Diez,
De la nobleza tirano,
Ha vendido ya tu mano...
Y tu corazón tal vez!

BLANCA. Rugiero!

RUGIERO. Blanca, perdona
Si mi amargura te ofende.

BLANCA. Su corazón nunca vende
Quien, cual yo, de amor blasona!

RUGIERO. Huyamos, Blanca... la suerte
Nos hirió con dardo fiero...

BLANCA. No digas eso, Rugiero,
Antes que el crimen... la muerte!

RUGIERO. Lo quieres?... sea en buenhora...
No más moveré tu enfado...
Ya mi sentencia he escuchado,
Y haré mi deber, Señora! *(Trata de marcharse.)*

BLANCA. Aún de los Diez apelar
A la clemencia podemos.

RUGIERO. Clemencia!... no malgastemos
Nuestro tiempo en delirar!...

BLANCA. Dios que nuestra angustia mira
Nos enviará desde el cielo
La clara luz del consuelo!

RUGIERO. Blanca!... Blanca!... (¡Cuál delira!)

BLANCA. Qué medio nos queda?

RUGIERO. Uno!..
El único, Blanca mía!
¿Lo comprendes?

BLANCA. ¡Qué agonía!

RUGIERO. Pues qué otro medio?

BLANCA. *(Con dignidad.)* Ninguno!

RUGIERO. Ninguno!... dices verdad!...
Adiós, pues, Blanca Capello,
Aguarda la voz del cielo
Y cumple su voluntad!
Nada nos liga á los dos...
Tu amor murió para mí...
Sea de mi rival... sí...
Que os haga felices Dios!
En pos de la adversidad
Corra el pobre gondolero...

Busque una tumba.

BLANCA. Rugiero!

RUGIERO. En la horrible tempestad!...

BLANCA. No, no, mi bien... por piedad!...
No te vayas... no podría
Vivir sin tí... ¿qué sería
De tu Blanca en la orfandad?...
Oh! si te vás, moriré!

RUGIERO. La muerte á mi amor prefieres?. .
Quién lo creyera!!

BLANCA. Qué quieres?

RUGIERO. De tí... nada!... nada, á fé!
Si algo forzoso me fuera
Pedirte, con mano impía
La lengua me arrancaría
Primero que tal hiciera!
Ya para tí no hay amor
Aquí... te engañas, te engañas!...
Se ha fundido en mis entrañas,
Al fuego de mi furor!
Creelo... no hay amor en mí...
Odio salvaje me ciega!...
Mi amor de tu amor reniega!...
Véte!... qué buscas aquí?

BLANCA. Qué bien castigas, cruel,
El sacrificio que hoy hago
Por tu amor!... ¿Ese es el pago
Que reservabas ..?

RUGIERO. Infiel!

BLANCA. Porque una mujer se mira
En su honor, y lo precave
De sospechas; porque sabe
Amarse y amar...

RUGIERO. ¡Mentira!

BLANCA. Basta! Si en nada estimáis
El caudal de amor que os doy...
Recordad bien lo que soy...
Y ved cómo me tratáis!...

RUGIERO. ¡Ay! Insensato de mí
Que osé audaz alzar el vuelo
Para subir hasta el cielo,
Para llegar hasta tí!
¡Insensato que creía
Que el amor que me jurabas
Era el mismo que apurabas
Sobre mis labios, un día!
¡Qué ciega credulidad!...
¡Y ese amor me envanecía..
Cuando lo que ella sentía
No era amor, sino piedad!

BLANCA. Piedad!... la muestra en su amor
Quién con delirio te amara?...
Corsini, grande en Ferrara,
No recibe... que hace honor!
(Rugiero se inmuta.)

RUGIERO. Blanca!!

BLANCA. *(Aterrada)*. Tu faz se inmutó!...
Por qué tiemblas?...

RUGIERO. Porque infiero...
Que al noble amas en Rugiero,
Pero al gondolero... nó!

BLANCA. Oh! qué ingrato eres á fé!
Cuándo, rey de mi belleza,
De tus títulos te hablé?...

RUGIERO. Oyeme, Blanca, y responde:
Si en vez de ser caballero,
Fuera un pobre gondolero
Sin familia y sin hogar...
Si otra cosa no tuviera
Y osara decirte aleve:
« Soy un hijo de la plebe...
Blanca, me amas así? »
Qué respondieras?

(Blanca inclina cariñosamente la frente en el pecho de Rugiero.)

(Abrazándola.) Perdona
Si osé dudarlo un momento!...

Mi tormenío y tu tormento
Me tienen fuera de mí!
Te amo tánto!...

BLANCA. Yo te adoro!...
Oye:... Le hablaré á mi padre...
Por la tumba de mi madre
Le rogaré... por los dos!

RUGIERO. Y cuándo sabré?...

BLANCA. Mañana...
Aquí... á la misma hora...

RUGIERO. Y si una mano traidora...

BLANCA. No lo temo.

RUGIERO. *(Abrazándola.)* Blanca, adiós!

(Blanca se separa de los brazos de Rugiero y se dirige á la puerta del palacio; pero oye pasos y regresa aterrada cerca de su amante.)

BLANCA. No sientes pasos...?

RUGIERO. Sí, sí!

BLANCA. Quién será...?

RUGIERO. No temas nada!
(Si fuera alguna celada!...)

BLANCA. Donde ocultarnos?...

RUGIERO. *(Mostrado la capilla.)* Aquí.

(Los dos amantes se refugian en un ángulo de la capilla.)

ESCENA IV

Los mismos y MARTELLI (*embozado*).

MARTELLI. Ay! si alguno contemplara
Esta nocturna excursión
Sin duda que me creyera
Un amante trovador
Que, orillas del mar Adriático,
Lanza al aire su canción!... *(Pausa.)*

Ah! Tribunal de los Diez!
Solo por servirte estoy,
Como humilde penitente,
Acechando una ocasión,
Para hablar á mi vestiglo
Que peina cincuenta y dos.
Más que enamorada, fea;
Pacienzuda más que Job!...
No es extraño que olvidada
Duerma hasta salir el sol!... *(Pausa corta.)*
El hombre desconocido,
Dormirá como un lirón,
En tanto que yo descubro
De mi vetusta al favor,
Su rango, su nombre, patria...
(Se acerca á la puerta.)
Pero, qué miro...? el portón
Del palacio se halla abierto...!
Oh! cuán injusto que soy!
La vieja no se ha dormido;
Vamos, vamos, corazón...
No es esta la vez primera
Que das pruebas de valor!

(Entra al palacio y cierra poniendo el aldabón. Rugiero y Blanca vuelven á la escena.)

ESCENA V

RUGIERO y BLANCA

BLANCA. Se habrá ido ya...?
RUGIERO. Ya se fué.
En vano escuchaba atento...
BLANCA. Qué horrible susto me ha dado!
Es ya tarde... Adiós, Rugiero.
RUGIERO. *(Abrazándola.)* Adios! Blanca! En la Madonna
Que es nuestro amparo, fiemos!

(Blanca se dirige nuevamente á la puerta, se persuade que está cerrada; cubierta de espanto retrocede á la escena.)

Blanca. Está cerrada...! Por favor, Dios mío...
(Corre á la capilla y cae prosternada.)
Madre de Dios... ampárame, Señora!

Rugiero. Qué sucede? Infeliz! ..
(Levantándola.)
Destino impío!

Blanca. Ya de la adversidad sonó la hora!
Sálvame, por piedad!

Rugiero. Sí, Blanca, huyamos,
Mi góndola en la orilla nos espera...
(Trata de llevarla.)

Blanca. Huir?... Oh!! No, no...

Rugiero. Pues bien, muramos
Al furor de los Diez!...

Blanca. Yo la primera,
Como la más culpable morir debo!

Rugiero. Blanca, por compasión! Ven...tu honra pura
Pueden manchar infames...

Blanca. Oh! ya llévo
Para eterno baldón la mancha impura!...
Mas tú me salvarás...

Rugiero. Sí, te lo juro;
Ven, que ante el ara santa prosternados
Un juramento indisoluble y puro
Dejará nuestros votos consagrados!

Blanca. Huyamos... pronto... huyamos...

Rugiero. Siempre ella!...
Siempre el amor, mi Blanca generosa!...

Blanca. Si así es preciso, seguiré mi estrella!
Ay! cuál me deslumbró su luz odiosa!

Rugiero. Vamos, que ya amanece.

Blanca. Oh! padre mío!
Quién, ay! tu llanto enjugará mañana!...
Quizá este golpe del destino impío,
Matará el juicio en tu cabeza cana!
(Rugiero la alienta y sostiene.)

RUGIERO. Blanca, por Dios!... La fiebre y el delirio...

BLANCA. Adiós, Venecia... patria en que naciera,
Tu flor más bella la secó el martirio...
Ferrara la acogió más lisonjera!

(Rugiero y Blanca se dirigen al muelle.)

De hoy más Blanca Corsini...

(Rugiero se detiene aterrado y deja caer la mano de Blanca.)

Oh!... Dí, qué tienes?
Qué súbito temblor tu cuerpo embarga?
Por qué á ese nombre tu mirar se anubla?...
Revela ese misterio que me espanta!
No eres Corsini...? Dí, Blanca Capello,
Tu esposa no será?...

RUGIERO. Oh! Blanca, Blanca!
¡Prosigamos la huella que el destino
Señaló inexorable á nuestras almas!

BLANCA. Rugiero, por piedad! Díme quién eres?...

(Rugiero esquiva su mirada.)

¡No me respondes!.. Te pregunto... y callas...

RUGIERO. Va á amanecer, señora.

BLANCA. Que amanezca,
La luz del sol alumbrará mi infamia!
El oprobio, la afrenta... los prefiero
A esta horrorosa duda que me asalta!

RUGIERO. Oh! qué abominación!

BLANCA. Dime, quién eres?...
O clava ese puñal en mis entrañas!...

RUGIERO. Mi silencio, señora, es el misterio
Que vuestro labio respetar juraba!

BLANCA. Pero dime á lo ménos: « tengo un nombre
Que en nada al tuyo su esplendor rebaja... »

RUGIERO. Insensato de mí que soñé... necio!
Que el amor al orgullo superaba!

BLANCA. Mírame aquí á tus piés!...

RUGIERO. ¡Qué mal hiciste
En parecérme humílde!... Tú la causa

Serás de que otra vez la hiel plebeya
Aquí en mi corazón hierva irritada!...
No quiero amor, que para ser sincero
Timbres exige y de blasones habla!
Si no es nobleza la virtud severa,
Si un alma noble para amar no basta...
Yo me declaro indigno de tu afecto...
Reniego de tu amor!...

BLANCA. Cielos! qué habla?
No eres Corsini?...

RUGIERO. No; yo te he mentido
Mi humilde condición...

BLANCA. Aparta!... aparta!...
El que insidioso miente un falso nombre.. ;
Miente también al protestar que ama!

RUGIERO. Tenéis razón, señora, no merezco
Sino oprobio y desprecio.

BLANCA. Y yo, insensata!...
Que le amé tanto y con pasión tan loca!...

RUGIERO. ¡Harto, señora, castigáis mi falta!...

BLANCA. Pero, decid, quién sóis?

RUGIERO. Hijo del pueblo,
Ni aun conozco el orígen de mi raza :
Un pobre gondolero, que no tiene
Otra cosa en el mundo que su barca!...
Humilde pescador, vendí mis redes
Para obtener el traje que en Ferrara
Me ofreció, como grande á vuestros ojos ..
Soy el Ícaro altivo de las aguas...
Subí hasta el cielo de tu amor y hoy caigo
En los hondos abismos de la infamia!...
Huérfano y desvalido... yo no tengo
Ni nombre... ni familia.

BLANCA. (Sus palabras...
Queman mi corazón, cual plomo hirviendo!)

RUGIERO. El pobre gondolero no alcanzaba
A donde estabáis vos... grande y hermosa!...
Por veros bien de cerca... hasta su alma

Vendido hubiera!...

BLANCA. Por piedad, Rugiero!...

RUGIERO. Era con tal delirio que os amaba!...
Que, más que amor, adoración y encanto,
Frenética pasión...

BLANCA. Rugiero... calla!

RUGIERO. Si es crímen amar tanto... nadie, nadie
Más criminal que yo... Pero ay!

BLANCA. Acaba!

RUGIERO. Esa pasión idólatra me indujo
A echar sobre mi nombre oscura mancha;
Y hoy comprendo mi error y arrepentido
Vuestro perdón imploro! *(Cayendo de rodillas.)*

BLANCA. *(Después de un momento de vacilación)* No!... levanta!
¡Qué importa ser plebeyo por la cuna,
Si en nobleza y virtud rebosa el alma!

RUGIERO. Señor!... Señor!...

BLANCA. Lavanta!... Soy tu esposa!...
Si mi amor te ennoblece... ¿ qué te falta?...

RUGIERO. Qué sueño tan hermoso!...

BLANCA. No es un sueño!...

Sálvame, por piedad!

RUGIERO. Es cierto, Blanca?

BLANCA. Sálvame, por favor, que ya amanece!
(Levantándolo.)

RUGIERO. Señor!... Señor!... Señor!... yo te doy gracias!

(Rugiero cae en brazos de Blanca; pero observa luces en los balcones de Capello, y dominando su emoción se lanza con ella al muelle, y se embarcan : la góndola se aleja de la orilla, y al tocar en el fondo del teatro se abre el palacio de Capello, y salen el Conde, Martelli y criados con teas encendidas.)

ESCENA VI

CAPELLO, MARTELLI y criados

CAPELLO. Blanca, hija mía, Blanca!

MARTELLI. Mirad!... la góndola negra...
El hombre desconocido
Os la roba! *(La góndola se pierde de vista.)*

CAPELLO. Ábrete tierra!...
Y de este infeliz anciano
Cubre la ominosa afrenta!

ACTO TERCERO

(Posada en Ostiglia. Muchas mesas y bancas de madera están ocupadas por gentes del pueblo, divididos en grupos. Una de las mesas, á la derecha, estará preparada para jugar á los dados. Puertas al fondo y á la isquierda.)

ESCENA PRIMERA

CASINI, MAGDALENA, el tio PABLO, PIETTRO, hombres y mujeres del pueblo

PABLO. Magdalena, una canción.

MAGDALENA. No sé ninguna.

(Magdalena mira á Casini con intención.

PABLO. Bribona!
Á mentir te han enseñado?...
Pues no eras tan desdeñosa
Cuando en Milán nos cantabáis
Como una calandria.

PIETTRO. Otra
Era entonces Magdalena!

PABLO. Se ha vuelto... así... melindrosa...

CASINI. Entonces hacer podía
Lo que quisiera.

PIETTRO. Y ahora?...

CASINI. Solo lo que yo le mando.

PABLO. Dí que cante... es una alondra!

CASINI. Digo que no cantará.

PIETTRO. Pobre muchacha!... está loca
Por soltar su grito al aire.

PABLO. Una pregunta curiosa:
Usted va á Venecia ó viene...?

BEPPO. Ni voy ni vengo!...

PABLO. Esta es otra!
Con que... cae de las nubes..?

BEPPO. O del infierno!... qué importa?

PABLO. Pues, señor, hoy la posada
Se ha vuelto una Babilonia;
Todos son tigres feroces!

BEPPO. Eh!... Posadero!

PABLO. ¡Qué roncas!!...
¿Si será algún gran señor?...

BEPPO. Canallas! ¿No hay quien responda?

ESCENA III

DICHOS y GRACIANI

GRACIANI. ¿Quién llama?... *(Con sorna.*

BEPPO. Quien necesita!

GRACIANI. Pero alborotar la fonda...

BEPPO. No os llamo para un sermón!

PABLO. ¡Gasta pocas ceremonias!

GRACIANI. Queréis tomar algo?

BEPPO. Nada!

GRACIANI. ¿Y entonces?...

BEPPO. Quiero otra cosa!
(Conduce á Graciani á un extremo.)
¿El límite de Venecia
Es Ostiglia?

GRACIANI. En Sierra-hermosa
Terminan nuestros Estados...
Muy cerca de aquí.

BEPPO. Responda
Con más laconismo! ¿Hay
Alguna senda remota
Para salir de Venecia?

GRACIANI. Ostiglia, señor, no hay otra.

BEPPO. ¿Qué hay á la derecha?

GRACIANI. Cieno.

BEPPO. ¿Y á la izquierda?

GRACIANI. Monte y rocas.

BEPPO. ¿Y en frente, qué queda?

GRACIANI. El río.

BEPPO. ¿Y por aquí no hay más fonda
Que la tuya?

GRACIANI. No, señor.

BEPPO. Está bien. *(Queda reflexionando.)*

PABLO. ¡Qué sospechosa
Es la facha de este dómine!

GRACIANI. ¿Se le sirve alguna cosa
A su señoría?...

BEPPO. Nada.
Pero dime... ¿qué personas
Han pasado hoy por aquí?

GRACIANI. Su Escelencia me perdona;
Pero yo no soy espía...
Tal vez las gentes curiosas...

(Beppo toma del brazo á Graciani, le lleva más al extremo, se desemboza y le muestra el número que lleva en el pecho. Graciani se descubre aterrado, y exclama:)

Mandad!

BEPPO. Guárdame el secreto
Y como te mande obra.

GRACIANI. Perdone Vueseñoría;
Pero un pobre siempre ignora...
El Consejo de los Diez...

BEPPO. Oye y la calma recobra;

¿No has visto pasar á un jóven
Que acompaña á una señora?

GRACIANI. No, monseñor; hace tiempo
Que no frecuentan personas
Estos desiertos... la plebe
De la gente pescadora...
Y alguno que otro labriego...

BEPPO. Basta!... Por hoy, en la fonda
Pueden entrar... pero nadie
Podrá salír, sin que nota
Me dés de su nombre... oyes...?
De todas estas personas
Me darás cuenta y razón...

GRACIANI. ¡Vírgen y Santa Madonna!

BEPPO. Para dar una respuesta,
Si alguno aquí te interroga,
Fijarás en mí la vista...
¡Mi gesto será tu norma!

GRACIANI. Pierda Vuesencia cuidado...
Obedeceré...

BEPPO. Y ahora,
Como si yo no estuviera ..
Recompensa generosa
Te dará el consejo... Adiós!

(Sentándose cerca de la mesa de juego.)

GRACIANI. Os traen algo?...

BEPPO. Cualquier cosa.

GRACIANI. Pan y vino...

BEPPO. Eso es bastante!

PABLO. Ah! Vívora ponzonosa!
Si piensas picar á alguno...
Será á quien no te conozca.

(Beppo saca y examina los apuntamientos de una cartera; se levanta y se acerca á una luz distante de los grupos.)

BEPPO. Señas mortales, por cierto!
Y aunque una duda me acosa...
No haya miedo!... Apenas lleguen,

Salgo en busca de mi tropa,
Y cojo en un mismo nido
Al milano y la paloma.

(Entran en la posada dos embozados, sosteniendo á una mujer cubierta con un espeso velo.)

ESCENA IV

DICHOS, RUGIERO, BLANCA y un desconocido.

BEPPO. *(Acercándose á Graciani.)* No conocéis?...

GRACIANI. Á ninguno.

BEPPO. Por mi cuenta sobra un hombre.

(Rugiero y el desconocido sientan á Blanca á distancia del grupo.)

RUGIERO. ¿Hay caballos, posadero?

(Graciani mira á Beppo que le hace un gesto negativo.)

GRACIANI. No, señor ..

PIETTRO. Topo á Usté...

JUGADOR. Doces!

RUGIERO. Pues que los busquen!...

(Arroja sobre la mesa dos monedas de oro; Graciani mira la cara de Beppo, que repite el gesto negativo.)

En tanto,
Traenos de beber...

(Graciani entra y saca botellas, que pone en la mesa de Rugiero, Beppo ocupa la contigua.)

PIETTRO. Bribones!
Me ganáis con dado falso?...
Venga mi plata .. ó á golpes!...

JUGADOR. ¡He ganado legalmente!

GRACIANI. Vamos, haya paz, señores!

PABLO. Á vocinglear á la calle...

PIETTRO. Son dados llenos de azogue...

JUGADOR. Los que ha dado el garitero.

PIETTRO. Me dáis mi plata... ó los bofes
Os hago arrojar... *(Se agarran.)*

BEPPO. *(Interponiéndose.)* Amigos,
Mirad que hay gente que os oye.

JUGADOR. El que pierde se conforma.

PIETTRO. No he perdido. *(Golpéandolo.)*

BEPPO. *(Separándolos.)* ¡No haya golpes!...
¿Cuánto vale la jugada?

JUGADOR. Tres botellas.

BEPPO. Jugadores,
Yo pago las tres botellas;
Podéis traerlas, buen hombre.

(Graciani entra y las trae.)

PABLO. Vamos, muchachos, bebamos
Á la salud de este jóven
Que galante nos obsequia...
(Llenan los vasos.)
Salud, amigo, y doblones! *(Beben.)*
(A Casini y Magdalena.)
Parecéis á Aminta y Delio
Meditando en sus amores!...
Qué!... ¿no jugáis ni bebéis?...
Os estáis sin rey ni Roque.

(Se sienta junto á Magdalena.)

CASINI. No nos gusta la bebida.

MAGDALENA. El juego tiene ocasiones .. *(Separándose.)*

PABLO. ¡Qué arisca estás, Magdalena!

BEPPO. Tan linda y huye á los hombres?

CASINI. Ella no es de la nobleza!

BEPPO. Y qué... es preciso ser noble?
Las muchachas deben ser
Todas por un mismo corte.

PABLO. En Venecia es otra cosa;

Otro donaire, otro porte!...
Allá la gente se entiende...
¿Qué nuevas noticias corren
Por la reina del Adriático?

Poco ó nada : los rumores
De una intriguilla de amor.

Esa es moneda de cobre :
Los amores en Venecia
Se dán silvestres...

(A Magdalena.) Lo oyes?
Solo la Magdalenita
A palo seco los corre.

Pero bien, cuál es la intriga?

NA. ¿Es entre duques ó condes?

Hay de todo... la robada
Es una preciosa jóven;
La mejor flor de Venecia,
Y á más de eso... rica y noble.

(Rugiero y Blanca se inmutan.)

NA. Y el raptor?

Es un fantasma,
Á quien ninguno conoce...
Se habla de bailes, disfraces...
Citas, góndola, canciones...
Y para colmo de todo
El rapto á la media noche...

¡Qué lance tan novelesco!

NA. ¿Quién es ella?... entre los nobles
Habrá quedado proscrita.

Es hija de un viejo Conde.

NA. } Su nombre?

Blanca Capello.

dobla la cabeza sobre ambas manos; el desconocido za sobre Beppo.)

DESCONOCIDO. Mentís!

BLANCA. Oh! no me abandones,
Dios mío!

DESCONOCIDO. ¿Quién de los Capellos,
Con calumnias tan atroces,
Mancha la honra?... Villanos!

RUGIERO. Quien toma en su boca el nombre
De una mujer y lo insulta,
Es un infame!..

(El desconocido vuelve á su puesto.)

PABLO. De un noble
Nada se puede decir,
Sin que una legión de gozques...

DESCONOCIDO. Léjos de aquí la canalla!...

(Todos, ménos Beppo y Graciani, salen de la venta, haciendo gestos de indignación.)

ESCENA V

RUGIERO, el desconocido, BLANCA, BEPPO y GRACIANI

BEPPO. Perdonadme, caballeros;
He dicho lo que me han dicho,
Sin saber si es ó no cierto:
Tal vez los que me contaron...
Trocando los nombres...

DESCONOCIDO. Bueno!
Pase por hoy... pero nunca
Manchéis el honor ajeno,
Por díceres de la plebe.

BEPPO. (No queda duda... son ellos..
Yo ví el ademán de Blanca
Que suplicaba á los cielos.)

GRACIANI. ¡Qué borrascosa se ha visto
Mi posada!...

RUGIERO. Posadero,
Tardan mucho los caballos?
(Graciani observa á Beppo.)

GRACIANI. Un muchacho fué corriendo
Hasta Illota ..

RUGIERO. (¡Cómo tarda!)

BEPPO. En la duda yo prefiero,
Coger á los tres... más tarde
Se verá quiénes son reos.)
(A Graciani.)
Cuidad que no salga alguno
De esos tres... os vá el pescuezo!
(Beppo sale, y Graciani le sigue aterrado.)

ESCENA VI

RUGIERO y **BLANCA**: *el Desconocido (Este último recorre la fonda en todas direcciones.)*

BLANCA. Yo he visto en alguna parte
Á ese hombre.

RUGIERO. Sí, tal vez...

BLANCA. Nos habrá reconocido...
Huyamos!...

RUGIERO. No puede ser;
Estás cansada...

BLANCA. Un esfuerzo
Para proseguir haré...
¡Este lugar me dá miedo!...
Es tan público!... tal vez
Apoyándome en tu brazo
Tanto no me esforzaré...
Ya está cerca la frontera...
Vamos...

RUGIERO. Oh! qué palidez!...
Pero hay que pasar el río.

BLANCA. Está bien... lo pasaré.
¿No habrá puente? Nos dijeron
Que uno distante... *(La toma de la mano.)*

RUGIERO. En Rostén...
Quizá nuestro compañero... *(Se le acerca.)*
Decidme, amigo, podré
Pasar por el puente hoy? ..

DESCONOCIDO. ¿Estáis loco?... Desde ayer
Su camino habéis dejado.

RUGIERO. (¡Maldición!)

BLANCA. (¡Qué padecer!)

RUGIERO. ¿Á mucha distancia?

DESCONOCIDO. Cerca
De una milla... mas podéis
Pasarlo en breve, si halláis
Una barca...

RUGIERO. *(En ademán de irse.)* ¡La hallaré!...

BLANCA. Oh! No, no me dejes sola!

(El desconocido vuelve á sus observaciones.)

RUGIERO. No temas nada, mi bién;
Nos urge pasar el río
Antes que anochezca.

BLANCA. Y bien...
Si entanto vuelve ese hombre!...
¿Quién me defiende?...

RUGIERO. Oh! ¡cruel,
Dura situación la mía!...

(Se detiene reflexivo, luego se dirige al desconocido.)

Señor... sóis un caballero...

DESCONOCIDO. ¿Qué me queréis?

RUGIERO. Oh! yo espero
Deber á vuestra hidalguía
Otro favor... nos hallásteis
En el camino...

DESCONOCIDO. Bien! sí...

RUGIERO. Como á dos millas de aquí...

DESCONOCIDO. Cierto.

RUGIERO. No nos preguntásteis
Quiénes éramos... ni adónde
Nuestro paso nos guiaba;
Vísteis que un ángel lloraba
Y acudísteis...

DESCONOCIDO. No se esconde
Á nadie que la amargura
Os hace infelices.

RUGIERO. Cierto!
Huérfanos por el desierto,
Una y otra noche oscura,
A la intemperie velábamos...
Nuevo sol nos sorprendía
En nuestra eterna agonía...

DESCONOCIDO. ¡Pobres!

RUGIERO. Y así caminábamos...
Ya la habéis visto, señor!...
Gracias!... me la habéis cuidado...
Se fatigó y le habéis dado
Vuestro caballo... favor
Que nunca olvidar podremos...

DESCONOCIDO. Lo que ha pasado... olvidad...
Si puedo en algo... mandad!

RUGIERO. Temo, señor, que abusemos
De esa generosidad!...
Pero para hombres honrados
Servir á los desgraciados
Es grande placer...

DESCONOCIDO. Hablad!

RUGIERO. Vamos prófugos, señor,
Y á tierra extraña partimos...
Delito... no cometimos,
Que no es delito el amor!
Léjos, bien léjos de aquí
Otra patria nos espera;
En Venecia horrible y fiera
Brilló nuestra estrella... sí...

No amaneció nunca un día,
Que nos mirara sereno...
Puñal, astucia, veneno...
En cada hombre un espía...
Cada mirada un acecho...
Cada casa una prisión...
Ay! señor, el corazón
No reposaba en el pecho!...
¡Vida de intranquilidad!...
Venecia! Maldita tierra!...
Siempre en lucha, siempre en guerra...
¡Triunfó la fatalidad!... *(Pausa.)*
Eso dejamos, señor,
Tras de los pasos que damos...
Mas si pronto no llegamos
Todo es perdido... el furor
De nuestros perseguidores
Todo respeto atropella...
Yo muriera... pero ella!...
El ángel de mis amores,
Mi estrella, mi luz, mi vida...
Si á caer llega en sus manos,
Me la matan los tiranos!...
Abreviar, pues, la partida
Es nuestro anhelo... Escuchadme...
Si por desgracia una hora
Más pasamos, sin demora
Somos perdidos... Salvadme!...
La barca voy á buscar,
Mas es nuestra suerte impía
Tan funesta, que podría
Alguno en mi ausencia osar...
¿Me habéis comprendido?

DESCONOCIDO. Sí;
Pero no temáis la ofensa:
Yo tomaré su defensa...
Fiaros podéis en mí! *(Le aprieta la mano.)*

RUGIERO. Gracias, gracias, caballero!...
¡Qué bien me habéis comprendido!...

DESCONOCIDO. Nada temáis...

RUGIERO. Ved que os pido
Ayuda en todo!...

DESCONOCIDO. Mi acero,
Y mi vida, os guardarán
Vuestro precioso tesoro.

RUGIERO. ¡Es lo único que adoro
Con tánto, con tánto afán!...

DESCONOCIDO. Marchad!... No tengáis cuidado...
Soy jóven.

RUGIERO. Y sóis valiente!...
Escrito está en vuestra frente
Que sóis todo un hombre honrado!

DESCONOCIDO. No temáis!...

RUGIERO. Confío en vos. *(Abrazándole.)*

BLANCA. Te vás?

RUGIERO. *(Abrazándola.)* Mas no tardo nada.
(Al desconocido apretándole la mano.)
Una palabra empeñada
Es todo!... que os guarde Dios!

ESCENA VII

El DESCONOCIDO y BLANCA

BLANCA. Qué noble sóis, caballero!

DESCONOCIDO. Y vos cuán afortunada!...

BLANCA. ¿Os burláis?

DESCONOCIDO. ¿Por qué burlarme?...
Vuestra fortuna es bien clara...
Ese hombre á quien amáis
Tiene de diamante el alma!...
Quisiera fuese mi hermano.

BLANCA. Solo á un hermano consagra
El hombre toda su sangre;
Lo sóis para él.

DESCONOCIDO. Gracias!... gracias!
Mas en breve nos debemos
Separar... Tal vez mañana
Me habréis olvidado...

BLANCA. Nunca!...
¡Jamás olvida quien ama!...
Ángel de nuestra ventura,
Vuestra acción noble, gallarda,
No podremos olvidar...

DESCONOCIDO. ¿Y á qué punto de la Italia
Váis á vivir?...

BLANCA. No lo sé!...
Le seguiré donde él vaya.

DESCONOCIDO. Tal vez pudiera ofreceros
Asilo en vuestra desgracia.

BLANCA. Vos?...

DESCONOCIDO. Un asilo seguro...
Mi familia hospitalaria
Muy bien os recibiría
Al ver que os recomendaba...
A las orillas del Arno,
Entre bosques resguardada,
Tengo una quinta, y en ella,
Léjos del mundo y su saña,
Podéis vivir... Vuestro amante...

BLANCA. ¡Gracias, caballero, gracias!

DESCONOCIDO. Está cerca de Florencia,
Tiene al Oriente montañas
Que, en caso extremo, podrían
Ocultaros de la rabia
De vuestros perseguidores...

BLANCA. ¡Dios os pague bondad tanta!

DESCONOCIDO. El Conde de Barbarini...

(Blanca se levanta aterrada; el Desconocido la observa

BLANCA. Barbarini!...

DESCONOCIDO. ¿Qué os espanta?

Es el nombre de mi padre;
Mi familia... así se llama.

anca trata de coger la puerta del fondo; el desconocido, ó ea Barbarini, lo impide cerrándole el paso.)

.NCA. No es nada... no es nada... Voy...

IBARINI. (Oh! qué sospecha me asalta!)
Oidme, señora, yo sigo
A la tierra veneciana
A recibir por esposa...
A Blanca Capello...

NCA. *(Como enajenada.)* ¿Á Blanca?...

BARINI. Vosotros huís de Venecia...
Cuando ha poco esa canalla
Insultaba á los Capellos
Vuestro amante se indignaba...
Y vos... vuestra palidez...

NCA. Dejadme, señor.

BARINI. Tapada!...
Y aunque os viera... fuera inútil...
No ví, ni conozco á Blanca?...

usa. Blanca trata de acercarse á la puerta del fondo, y arbarini se lo impide.)

Decidme, quién sóis?

NCA. Señor...
¿Así cumplís la palabra
Que empeñásteis?... Oh! dejadme...
Soy mujer... soy desgraciada!

BARINI. ¡Cuál me inquieta su silencio!
¡Cómo queman sus palabras!
Quitad del rostro ese velo!...
(La toma de la mano.)
Si no sóis ella... ¿qué causa
Hace ocultar vuestro nombre?

NCA. ¿No lo sabéis?... La desgracia!
Soltadme, señor!...

BARINI. No, nunca!...
¡Pobre de vos... si sóis Blanca!

BLANCA. Rugiero!... vuela!... Rugiero!!
Sálvame de tanta infamia!
Soltadme!

BARBARINI. Venid, señora!...
(La arrastra á la puerta de la izquierda y la encierra)
Lo que es tesoro se guarda.

ESCENA VIII

DICHOS y RUGIERO *(que entra con suma agitacion)*.

RUGIERO. ¿Qué sucede, gran Dios!... ¿Dónde está ella?
Mi Blanca dónde está? *(Recorre la escena.)*

BARBERINI. (Destino impío!)
No me engañaba yo!... ¡Qué horrible estrella!)

RUGIERO. ¿Dónde está mi tesoro?

BARBARINI. *(Señalando la puerta.)* Allí!... Ya es mío!
(Rugiero se precipita y Barbarini se interpone.)

RUGIERO. Blanca!

BARBARINI. No habéis oido ..? Ese tesoro
Me pertenece ya!

BLANCA. Me han encerrado!
(Adentro forcejando con la puerta.)

RUGIERO. Abridme paso!...

BARBARINI. No, que yo la adoro!...
El bién que me robabas te he quitado...
Soy Barbarini... tu rival! *(Sacan sus puñales.)*

RUGIERO. Villano,
Tu sangre verteré, si ese es tu anhelo!...
(Se lanza sobre Barbarini : trábase un combate cuerpo á cuerpo; Barbarini cae herido por el puñal de Rugiero.)

BARBARINI. Asesino!...

BLANCA. *(Dentro.)* ¡Gran Dios!

Rugiero. Hombre inhumano!
Perdone tu maldad benigno el cielo!

(Rugiero derriba la puerta y se precipita en busca de Blanca.)

Rugiero. Huyamos!

Blanca. *(Viendo á Barbarini.)* Qué horror!

Rugiero. Huyamos!

(Al salir son detenidos por Beppo y su gente.)

ESCENA IX

BEPPO. RUGIERO y BLANCA

Beppo. Dáos presos!

Rugiero. *(Retrocediendo.)* Qué avilantez!

(Trata de buscar su puñal y observa que ha quedado en el cuerpo de Barbarini.)

Blanca. Cielos! Perdidos estamos!

Beppo. Nosotros de orden obramos
Del Tribunal de los Diez!

(Los espías se apoderan de Rugiero, Blanca da un grito de horror y cae en los brazos de Beppo.)

ACTO CUARTO

Sala en el palacio de Capello, con puerta en el fondo y una gran ventana á la derecha. Muebles de la época. El Conde aparece sentado junto á un velador. Es de dia.

ESCENA PRIMERA

El conde **CAPELLO** (*Levantándose*)

Hay en el fondo del horrible cáliz
Más amarguras que apurar, Dios mío!
De mi destino impío
El horóscopo fiero
Dime, Señor, se habrá cumplido entero?

ESCENA II

CAPELLO y un **PAJE**

PAJE. El conde Juliani.
CAPELLO. Cielos!...
¿Más desgracias todavía?...
PAJE. Me dijo que urgentemente...
CAPELLO. Dile que éntre... y vigila.
(*El paje sale y entra Juliani.*)

ESCENA III

CAPELLO y JULIANI

JULIANI. Conde Capello, perdona:
Sé que hoy tu pecho afligen
Graves pesares...

CAPELLO. Juliani,
Lo que sufro es indecible!

JULIANI. Lo comprendo, y es por eso
Que á darte consuelo vine.

CAPELLO. Gracias.

JULIANI. ¿Y Blanca?

CAPELLO. La misma.

JULIANI. Pobre niña... siempre triste!

CAPELLO. Siempre, Juliani; no hay
Consuelo para ella!

JULIANI. ¿Insiste
En no dejar á Venecia?

CAPELLO. Que la dejará, me dice,
Muy pronto...

JULIANI. Bien! En Florencia,
El aura de los jardines...

CAPELLO. Pero en cambio de la tumba!

JULIANI. Eso es horrible!...

CAPELLO. Sí, horrible!...
¡Desventurada hija mía!

JULIANI. El plazo que me pediste...

CAPELLO. Está cumplido... lo sé...

JULIANI. Barbarini...

CAPELLO. Oh! cuán terrible
Corroe el dolor mi pecho!
Juliani, de un infelice
Ten compasión.

JULIANI. Oh! mal haces
Noble conde, en afligirte!

CAPELLO. Ya lo ves... ella no quiere;
Pero el Tribunal...

JULIANI. Lo exige!...
El hombre desconocido,
Que audaz á Blanca persigue,
De la prisión de Los Plomos,
Que es la prisión más terrible
Por dos veces ha tratado
De fugarse... es muy posible
Que tu honra, una vez más,
Se ponga en lucha y peligre!

CAPELLO. La tumba será mi amparo!...

JULIANI. Eso un Veneciano dice?...
La tumba no dá reposo,
Ni en ella duerme apacible
Quien en su losa de mármol
Honrado nombre no escribe!
Antes que morir sin honra
Matar la deshonra es timbre.

CAPELLO. Juliani!

JULIANI. Valor, Fernando.
Hablaré á Blanca.

CAPELLO. (Insensibles!)

JULIANI. Pásale aviso.

CAPELLO. Juliani!...
Está tan enferma!... dime
¿Hás visto como yo he visto
Unos tras otros hundirse
En el polvo del sepulcro
Esposa y tres hijos...? dime,
¿El pobre viejo qué hará,
Al ver que al dolor se extingue
La única luz que le alumbra?...
¿Qué hará cuando martiricen
Su edad los remordimientos?...
El Tribunal!... ¿Cómo exige

Que un padre mate á su hija?...
¡La obediencia, no es el crímen!

JULIANI. Haz que me llamen á Blanca!...
Yo de su alma sensible
Me prometo...

CAPELLO. Bien, Juliani.
(Tienen corazón de tigres!)
Está bien! haré que venga;
Pero un anciano te pide
Que respetes sus pesares,
Que tengas piedad de un triste!

JULIANI. De acuerdo; pero si ella
Orden tan alta resiste...
Si por ese amor culpable
Tu amor y el nuestro proscribe,
No dejaré que tu honra
En lucha infame peligre...
Pero si obediente acata...

CAPELLO. Juliani, no se maldice
Al que nos roba la bolsa,
Al que la vida nos pide,
Al que nos mancha la honra...
Como al tirano que oprime
Y asesina nuestro amor!

JULIANI. *(Enojado.)* ¡Que llamen á Blanca, dije!

CAPELLO. Muy bien, morirá en tus manos...
Pero su padre la sigue!...

(Toca una campanilla y aparece el paje.)

Decidle á Blanca que venga...

(El paje se regresa.)

¡He aquí los nobles!... los libres!...

ESCENA IV

CAPELLO, BLANCA y JULIANI

BLANCA. Padre, que me queréis...? ¡Cielos. Juliani!
(Se apoya temerosa en el umbral. Capello y Juliani la conducen á la escena.)
CAPELLO. Hija mía!
JULIANI. ¿Qué tenéis?
BLANCA. ¡Oh! me tortura
La vista de un extraño... me avergüenza...
JULIANI. Extraño me llamáis?... Oh! Sóis injusta!
Desde la infancia la amistad nos liga...
Goces, deleites, penas y amarguras
Nos han sido comunes... Dè Juliani
El palacio Capello fué la cuna...
Que lo diga Fernando... Siempre, siempre
Que el puñal venenoso de la angustia
Hirió su corazón, me vió á su lado
Cariñoso y leal... Oh! siempre juntas
Nuestras dolientes lágrimas corrieron!
BLANCA. (Cómo nos miente la serpiente astuta!)
JULIANI. Y hoy, al saber que el infortunio airado
Su alma desgarra con sangrienta furia,
He venido á ofrecerle mis consuelos
Y á compartir mi vida con la suya.
CAPELLO. (Qué tormento, gran Dios!)
(Se sienta atribulado junto al velador.)
BLANCA. Gracias; Juliani!
JULIANI. Gracias, por qué? La antigua, noble y pura
Amistad que nos liga, eso reclama;
¡Pagar lo que se debe... es cosa justa!
La noble frente dó el honor brillaba...
Oscura mancha de pesar la enluta;

El último varón de los Capellos,
Orgullo de Venecia, rama última
De un árbol tan frondoso... languidece,
Alver que el sol que su follaje alumbra,
Por extraña influencia desviado,
Su luz le niega y su esperanza burla!

BLANCA. Por piedad, por piedad!

JULIANI. Él me lo ha dicho...
Que vos no la tenéis de su amargura!

BLANCA. Es verdad, es verdad, padre del alma!
Mucha razón tenéis... sí... mucha, mucha!

(Blanca le abraza. Capello en toda esta escena se muestra atribulado; al soltar los brazos de Blanca cae en su sillón rendido por el dolor.)

JULIANI. Al veros entregada á otros afectos
Su corazón de padre se atribula!...
Una palabra vuestra...

BLANCA. ¡Una palabra!...

JULIANI. Llena de amor...

BLANCA. De amor?...

JULIANI. Si, de dulzura...
Una tan solo de esperanza llena...

BLANCA. De esperanza?... No, no...

JULIANI. ¿Queréis que sufra?
Hay en el corazón de nuestros padres
Un inmenso tesoro, una fortuna:
Inagotable amor, amor sin límites
Que nunca miente ni se acaba nunca!
¿Cómo es posible que ese amor tan grande,
Ante un culpable amor así sucumba?
Es preciso olvidar... vos... á ese hombre...
Y vuestro padre... vuestra enorme culpa...
Yo ayudaré ese olvido... y á Rugiero
No le veréis jamás.

BLANCA. Lo sé; mi angustia
No es el vano pesar que finge el mundo
Para engañar al ídolo que adula...

No es la emoción de un sueño pesaroso
Que en vano al despertar la visión busca:
Yo sé muy bien que el llanto que derramo
Riego es apenas de su humilde tumba.
Cavada en el suplicio de Los Plomos.
En castigo... no sé...

JULIANI. De su locura!
Pero os comprendo. Blanca; ese artificio
Es red inútil que mi planta burla;
No pueden las astucias de una niña
Burlar de un zorro viejo las astucias!
Vos acaso sabéis...

BLANCA. *(Con serenidad.)* Que desgraciada,
Prematura viudez mi frente enluta.

JULIANI. Ese acento tranquilo... esa mirada...
Algo, que no comprendo, disimulan.

BLANCA. También vuestras palabras me revelan
Negras visiones que mi mente ofuscan.

JULIANO. No más vacilación!... ¿Sabeis acaso
Que vive el seductor?

BLANCA. *(Delirante.)* Jesús!

CAPELLO. Qué angustia!

BLANCA. Es verdad?... Es verdad?... Decidme... Vive
El hombre que mató mi amante furia?
Vive?... No me engañáis?...

JULIANI. Sí, Blanca, vive
Para eterno baldón!

BLANCA. Ay!... Dios me ayuda!
No podéis comprender de cuanto peso
Me acabáis de aliviar!... ¡Cómo se frustran
Los perversos designos con que ufanos
Pretendieron manchar mi fama pura!...
La hoja del árbol no se mueve sola...
¡La mirada de Dios en todo alumbra!

JULIANI. No blasfeméis, señora... Dios no quiere
Que un padre como el vuestro llore y sufra
Bajo el peso oprobioso de un delito
Que su honra infama y que su nombre insulta!

Dije que vuestro cómplice vivía;
Pero bien pronto se abrirá su tumba!

BLANCA. Inútil amenaza!

CAPELLO. Qué suplicio!

JULIANI. Vos la culpa tendréis!

BLANCA. Tendré la culpa;
Pero no alcanzo á comprender, Juliani,
Qué se propone vuestra estéril furia...
Muerto yá Barbarini...

JULIANI. No, no ha muerto...
Vuestro amante no pudo...

BLANCA. Oh!!.. Qué fortuna!

JULIANI. No os comprendo, señora.

BLANCA. Ni es posible
Que comprender podáis tánta ventura!...
¡Vive mi amor sin mancha ni delito!

JULIANI. Vertió su sangre.

BLANCA. En valerosa lucha!...
Cuerpo á cuerpo, Juliani, combatieron...
Si herido le rindió... no tuvo culpa.

JULIANI. Pero por fin, señora... ¿qué escogéis?
¿Vuestro enlace... ó su muerte?

BLANCA. ¿Aún cabe duda?...
¿Vosotros no sabéis que yo le quiero...
Que yo le quiero y no le olvido nunca?
Si tan plebeyo amor es un delito
Que mi honra infama y que mi nombre insulta;
Si es un amor que arrastra oprobio y mengua,
¿Por qué vuestro furor me lo disputa?...
Si el hombre á quien yo amo es tan indigno,
¿Por qué objeto le hacéis de vuestras furias?...
Dejádmelo que viva... y vuestro enojo
Descargad sobre mí, que la cicuta
De tan horrible afrenta apurar hago
Al noble unciano que meció mi cuna.

JULIANI. En vuestra mano está que viva ó muera.

BLANCA. ¡Hombre cruel... el cielo te confunda!

JULIANI. Ya la piedad, señora, es un delito...
¿Seréis de Barbarini?

BLANCA. Nunca!... Nunca!
Si hoy adoro mi amor en las prisiones,
Muerto mañana adoraré su tumba!

JULIANI. Pues que así lo queréis... Adiós, señora;
En él tan fiera voluntad se cumpla!
Vivió feliz en sus primeros años
Del ronco mar sobre la blanca espuma...
Era inocente entonces... Sus amores
Cifraba con estoïca ternura
En esas frescas islas que el Adriático
En sus quietos remansos acumula,
En esa estrella que al marino guía
En la borasca de una noche oscura...
En su barca... en sus redes... rica herencia
Que el paternal cariño hiciera suya...
Amores castos, Blanca, que no hicieron
Sus lágrimas verter en la amargura!
Pero os vió y os amó... De vuestros pasos
Como perro leal la huella busca...
Los sigue de Ferrara hasta Venecia...
Es vuestra sombra... su careta muda
Os habla solo á vos... á vos sonrie...
Solo á la vuestra su mirada busca...
Y náufrago en el mar de estos amores
Inconciente y sin luz las olas cruza!...
Llegó por fin del desengaño el día...
Trabóse al fin desesperada lucha...
Alegre carnaval le ofreció encantos
A los dulces acentos de la música,
Y en red de flores y en prisión de aromas
El desencanto le mostró su tumba!

BLANCA. Habéis dicho muy bien, conde Juliani,
En él mi fiera voluntad se cumpla!...
Pero habéis de saber...

JULIANI. ¡Blanca Capello!

BLANCA. Que no será esa víctima la única!...
La humilde fosa que sus restos guarde
Será también mi humilde sepultura!

Capello. ¡Blanca!

Juliani. *(A Capello.)* ¿La habéis oido?... Del Consejo
Yo soltaré la reprimida furia!

(Hace ademán de irse. Blanca le detiene.)

Blanca. Sed humano, señor, ¿Por qué inocente
De la hija ingrata pagará la culpa?
Salvadle... sí... salvadle!... os lo suplico...
Si algún amor tenéis...

Juliani. La mano tuya
Su muerte guarda ó su destierro... Elige!

Capello. Que viva!... sí... ¡que viva!...

(Abrazando á su hija.)

Blanca. ¡Qué tortura!

Capello. Sin noble abnegación no hay amor noble!

Blanca. Mi sacrificio. ¡Oh! Dios! acepta y juzga!

(Ligera pausa.)

Que viva, sí...

Juliani. Pero obedeces?

Blanca. *(En vacilante lucha.)* ¡Cielos!
(Para él la vida... para mí la tumba!)
Bien... obedeceré.

(Capello al notar su tribulación la abraza.)

Capello. Ven, hija mía,
Y aquí en mi seno tu dolor oculta!

Blanca. Yo la esposa seré de Barbarini...
Pero él libre será.

Juliani. No abriguéis dudas;
Si su destierro acepta... se irá libre.

Blanca. Lo aceptará, señor... He aquí la pluma...
Escribid pronto... y que la luz del cielo,
Que el bién y el mal eternamente alumbra,
Sobre su libertad y mi desgracia
Lo más aprisa y para siempre luzca!

(Juliani escribe la órden.)

Que me diga su adiós... y que se vaya...
Lejos... muy lejos de esta tierra injusta,

Donde el amor se paga con el odio,
Donde la luz de la bondad no alumbra,
Dó la inocencia entre cadenas gime
Y el negro cáliz de la muerte apura!

(Dando á Blanca la órden.)

JULIANI. Al dar este papel le veréis libre...
Pero que pronto de Venecia huya!

BLANCA. ¡Ay! cuando libre esté... mi amante pecho
No podrá contener tanta ventura!

JULIANI. Hoy mismo, Blanca, Barbarini llega.

BLANCA. Que venga, si... seré la esposa suya!

(Juliani se despide de Capello; dirige una mirada recelosa á la Condesa Blanca, que con delirante entusiasmo besa la órden, y sale.)

ESCENA V

BLANCA Y CAPELLO

BLANCA. Escucha, padre mío, bondadoso

(De rodillas ante su padre.)

Mi súplica postrera! *(Capello la levanta.)*
Tu pobre hija de tu amor espera
Que noble y cariñoso
Su propósito cumplas, generoso!
En el horror de una prisión oscura
Se encuentra el hombre á quien tu Blanca adora...
Corre allá sin demora,
Rompe su ligadura,
Y ofrécele consuelo en su amargura!
Díle que parta... que se ausente... lejos...
Muy lejos de la Italia... y que me olvide...
Díle que esto le pide
Sumida en el horror y la agonía
Una infeliz mujer... que le quería!

CAPELLO. Hija del alma, reposa...
Esa amargura cruel...

BLANCA. No olvidéis que este papel
Es mi contrato de esposa!
¡Sabéis lo que me ha costado!...
Por mejor precio, á fe mía,
Mi sangre lo compraría...
¡Y más que mi sangre he dado!

(Capello hace un gesto de dolorosa impaciencia.)

No burlaréis mi esperanza...
Padre del alma!

CAPELLO. *(Abrazándola.)* ¡Hija mía!

BLANCA. No le digáis mi agonía...
Ni el caro precio á que alcanza
Su libertad...

CAPELLO. ¡Qué tormento!

BLANCA. Decidle que no le olvido...
Y que su nombre querido
Queda aquí en mi pensamiento.

CAPELLO. Hija, mitiga el quebranto...

BLANCA. No! la novia no hará falta. *(En tono de seguridad.)*

CAPELLO. ¡Cómo su mente se exalta!

BLANCA. Yo reprimiré mi llanto
Y mis penas ahogaré...
Idos pronto.

CAPELLO. *(Contrariado.)* ¡Blanca mía!

BLANCA. Dadme otro abrazo!... Este día
Por nada lo olvidaré!

(Capello toma la orden y sale.)

ESCENA VI

BLANCA

Ministro de los Diez! Marcha gozoso
Y á tus cómplices cuenta tu victoria!

Mas ¡ay de ti! que el ángel bondadoso
En demonio tornándose espantoso,
Desgarra y pisa tu laurel de gloria!
(Saca del seno un pomo de cristal.)
Venid, hombres crueles... Ya os espero...
El velo me poned, blanco y ligero...
Llevadme del altar al ara santa...
Brindaréis una hermosa á un caballero...
Y la hermosa será... sombra que espanta!
(Apura el pomo y se reclina en un diván.)

ESCENA VII

BLANCA y el CONDE CAPELLO

CAPELLO. ¡Ya no hay quietud para mí!...
¡Infames!... quieren matarme!
BLANCA. Qué nueva venís á darme
Que os desesperáis así?
CAPELLO. Toma, toma ese papel...
Cuyo contacto me abrasa! *(Lo arroja.)*
BLANCA. Pero decidme... ¿qué pasa?...
CAPELLO. No hay necesidad de él!...
Lo oyes?... Lo que tiene escrito
No es la libertad de un hombre!...
BLANCA. Pues qué?...
CAPELLO. Ya tiene otro nombre...
Es pregón de tu delito!
BLANCA. Señor!...
CAPELLO. Se quema mi frente!
BLANCA. Mi falta aún no está expiada?...
Pues qué... ¿no sirve de nada
Ser, como he sido, obediente?...
¿No basta que ahogue en mi pecho
Este amor que me devora?...

¿Qué más pretendéis ahora?...
Decid... ¿no estáis satisfecho?...
Me ofrecisteis, hace poco,
Romper sus duras cadenas...
Y, en cambio, aumentáis mis penas...
Y mi dolor!

CAPELLO. Estoy loco!...
Blanca, tu honor y mi honor
Están en riesgo inminente!...
Tu corazón no presiente?...

BLANCA. Oh! no, lo ha muerto el dolor.

CAPELLO. Bien, pues... comprende mi afrenta!...
Tu seductor... ha fugado
Desde ayer!...

BLANCA. *(Con extrema fiereza.)* ¡¡Me han engañado!!
Mi cabeza se revienta!...

CAPELLO. Blanca!

BLANCA. ¡Qué infame traición!...
¡Juliani!... ¡Demonio impío!..,
Robarme un amor que es mío...
Y romper mi corazón!..,
Ay!... No comprendéis, señor,
Todo el mal que me habéis hecho!...
Luchan, rugiendo, en mi pecho
La indignación y el dolor!

CAPELLO. Sois vos la que no sabéis
Todo el mal que habéis causado...
Por vuestra culpa enlutado
El suelo nativo véis!...
Todo el oprobio por vos,
Por vos sus gritos de guerra!...

BLANCA. Ya nada tengo en la tierra...
Y en el cielo... solo á Dios!

CAPELLO. Blanca! Blanca!... Así olvidada
De mi amor y tus deberes,
Desleal, ingrata, quieres
Ver nuestra honra infamada?...

BLANCA. Señor! Ya lo habéis oido...

Ofrecí á ese hombre inhumano
Sacrificarle mi mano
Y aceptar cualquier marido!...
Venga Barbarini... sí...
Lo anhelo ya... no os asombre ..
Juro olvidar á ese hombre
Que se ha inmolado por mí!...

CAPELLO. (Me aflige su amargo acento!)

BLANCA. ¡Qué dichosa voy á ser!...
Padre!... no lo has de creer...
Voy á morir... de contento!...

CAPELLO. Blanca!... (Su dolor la agobia!)
No olvides que hoy es el día
De tus nupcias, hija mía...
Anda... tus galas de novia...

BLANCA. Oh!... Sí... ¡qué olvido fatal!...
Perdona, padre, perdona... *(Sonriéndose.)*
Voy á buscar mi corona...
Sí... mi corona nupcial!
(Entra en su habitación.)

ESCENA VIII

EL CONDE CAPELLO

No sé qué presentimiento
Avasalla mi albedrío!,..
No me abandones, Dios mío!
Que en tan horrible tormento
Solo en tu auxilio confío!

(Cae en un sillón.)

ESCENA IX

CAPELLLO, JULIANI, BARBARINI y nobles de Venecia

JULIANI. Salud al Conde Capello.
BARBARINI. Señor...
CAPELLO. Sed bien venidos!
JULIANI. En la capilla inmediata
Los Diez, el dux y un ministro
Esperan en este instante
Á los esposos... cumplidos
Quieren mirar sus deseos!
CAPELLO. Lo serán, amigo mío.
Blanca, avisada de todo
Cuanto ayer nos ha ocurrido,
Sus promesas, hace poco,
Ratificó en este sitio,
Y acaba de ir á ponerse
Sus nupciales atavíos...
Pero, ay! descubre en su acento,
Melancólico y sombrío
Graves pesares, que tienen
Atribulado mi espíritu!
JULIANI. Recuerdos que el tiempo borra!
CAPELLO. No me comprendes, amigo...,
Son profundas amarguras...
Intenso... crudo martirio!
BARBARINI. Juliani... yo deseara
Oir de su labio mismo
La expresión de lo que sufre...
Vamos á quedar unidos,
Y tal placer... no quisiera
En tormento convertirlo!
JULIANI. Os preocupáis demasiado
De un malestar que es vestigio
De anteriores sufrimientos...

Capello mismo lo ha dicho...
Blanca empeñó su palabra
Espontáneamente!

BARBARINI. El vínculo
Que debe ligarnos pronto
Es eterno!...

JULIANI. Lo concibo...

BARBARINI. Si á Blanca aflige la ausencia
De otro afecto que ha perdido,
Yo aceptar no debo nunca
Un amor lánguido, frío...
Que puede trocarse en odio,
Y hacer la vida un suplicio.

JULIANI. No malgastemos el tiempo
En imaginar peligros...
Ese hombre funesto, acaso,
Á los suyos reunido,
Pretenda de sus guaridas
Salir y á traición herirnos...
Nuestras tropas, por desgracia,
Según recientes avisos
No han dejado la frontera...
Importa, pues, andar listos!...
Que al volver sobre Venecia
Sepa que su amante ídolo
No puede pertenecerle!

BARBARINI. ¿ Habláis del desconocido?...
No haya temor!... dejó el golfo,
Y en alta mar se ha perdido!...
Además, siguen sus barcas
Nuestros valientes navíos!...
Y, con la ayuda de Dios,
Pronto sufrirá el castigo!

JULIANI. Sin embargo, importa mucho
Dar á Blanca enlace digno.

CAPELLO. Ella se acerca. *(Sale á su encuentro*

ESCENA X

Dichos y **BLANCA** (*en traje de novia.*)

BLANCA. Señor...
(¡Mi venganza está cercana!)

JULIANI. Venid, noble veneciana,
Y confirmad vuestro amor
Al ilustre florentino,
A quien se os ha destinado...
Y que ansía ver ligado
El suyo á vuestro destino.

CAPELLO. Nadie con él en grandeza
Competir puede, hija mía;
Nadie en gloria y nombradía...
Nadie en valor y nobleza!

JULIANI. Joven, rico y estimado,
Y de la patria caudillo...
Nadie, Blanca, con más brillo
Para ser de vos amado.

BLANCA. Unión tan bien concertada

(*Con amargura irónica.*)

Nada, señor, atropella!

JULIANI. Venecia será por ella
Respetable y respetada!

BLANCA. Muy bien!... lo será, señor,
Si es que mi amor vale tanto...
No hagáis caso á mi quebranto,
Ni os preocupe mi dolor...
Todos os váis á admirar... (*Sonriendo.*)
Mi llanto trocaré en risa...
Nunca esposa más sumisa
Se ha postrado ante el altar!...

(*Con amargura.*)

Ninguna más venturosa!

CAPELLO. ¡Tal cambio en ella me espanta!

BARBARINI. Venid... y ante el ara santa...

BLANCA. Sí... sí... seré... vuestra esposa!

(Le toma de la mano. Se oye ruido lejano de armas.)

Qué ruido!...

JULIANI. No haya temor!...
Es el pueblo alborozado,
Que el matrimonio anhelado
Quiere celebrar.

(El ruido se acerca por la derecha. Blanca, como asustada por una idea, trata de asomarse á la ventana, y Juliani, interponiéndose con rapidez, la cierra el paso. Voces del pueblo.)

BLANCA. Señor!...

BARBARINI. ¡Esa agitación!...

JULIANI. *(Ocupando la ventana.)* Mirad.
Cuál se agolpa presuroso
A contemplar del esposo
La inmensa felicidad!

BLANCA. Vamos!...

(Con impaciencia y dirigiéndose á Barbarini.)

JULIANI. Ya habéis escuchado
Sus votos de amor ardiente...
Nupcial corona en su frente
El amor ha colocado... *(Ruido más cercano.)*

CAPELLO. Mi hija no mintió jamás!

BARBARINI. Lo sé... (Mi temor es vano.)
Blanca, espero vuestra mano.

BLANCA. Aquí está, señor!

(Todos se disponen á salir por el fondo; pero son detenidos por Rugiero y gente del pueblo, armados de cuchillos. Toque de rebato. Tiros de fusilería.)

ESCENA XI

Dichos, **RUGIERO** y Pueblo.

RUGIERO. ¡Atrás!! *(Todos retroceden.)*

BLANCA. ¡Rugiero! *(Se arroja en sus brazos.)*

RUGIERO. ¡Blanca!... Yo soy!...
A tus nupcias he venido...
Todo está ya prevenido...
Faltaba yo... y aquí estoy!

BARBARINI. Para llegar hasta ella
Es forzoso atravesar
De sangre un profundo mar!
(Desnuda su espada y se dispone á salir.)

RUGIERO. Lo sé, Conde... esa es mi estrella!...
En sangre habéis de nadar!...
Pero antes que sepáis quiero
Que no soy ya el gondolero
Sin fortuna y sin hogar!...
El humilde pescador,
Haciendo su arpón espada
Abre sangrienta cruzada
Contra el infame opresor.
(Fuerte rumor del pueblo.)

JULIANI. Y esa canalla soez
¿Qué piensa en su ira demente?

RUGIERO. Castigar ejemplarmente
Al Tribunal de los Diez!...
Sí!... Venecia la plebeya
Quiere ser libre... ó morir!...

(Cañonazos lejanos. Ruido de armas y voces al pié de la ventana; el pueblo grita: « ¡Venecia y libertad! » « ¡Viva Venecia! »

Quiere con sangre escribir
Su redentora epopeya!

BLANCA. Calla!... calla, por favor!...
La venganza es la vileza!...
Véngate de la nobleza
Como un plebeyo de honor!
Así más digno te harás
De mi amor y mi ternura...
Y mi humilde sepultura
Dignamente así honrarás! *(Desfallece.)*

RUGIERO. ¡Tu sepultura!!

BLANCA. Sí... sí...
Me aguarda la tumba fría...
Yo... ocultártelo... quería...
Un veneno! toca... aquí...
Aquí... me abrasa... inhumano...

(Voces y vivas.)

RUGIERO. ¡Maldición!

TODOS. ¡Envenenada!!

(Capello cae en un sillón.)

BARBARINI. ¡Por Dios que seréis vengada! *(Trata de salir.)*

JULIANI. ¡A mí, pueblo veneciano! *(Trata de salir.)*

BLANCA. ¡Juliani! *(Airado, y tratando de incorporarse.)*

RUGIERO. ¡Cerrad el paso
Al verdugo de mi amor!

GONDOLEROS. ¡Atrás!!

JULIANI. *(Retrocediendo.)* ¡Me ahoga el furor!

(Vivas y gritos de alegría.)

RUGIERO. ¡Juliani!... llenóse el vaso
De mi fiera indignación!...
Tu hora postrera ha llegado...
En ella has asesinado
Cruelmente mi corazón.

(Nuevas gentes del pueblo conduciendo al Consejo de los Diez. Hachas encendidas aparecen en el fondo.)

BLANCA. ¡Piedad tu Blanca te implora!

RUGIERO. ¡No puedo tener piedad!!

BARBARINI. ¡Nuestro exterminio ordenad!

RUGIERO. ¡Lo haré!... sonó vuestra hora!

(Desnuda su puñal y se arroja sobre Juliani y Barbarini; pero Blanca, incorporándose con energía, se interpone.)

BLANCA. ¿Vas á envilecerte así?
Bien, pues!... tu obra vil empieza!
¿Debe morir la nobleza?...
Noble soy!... mátame á mí!...

RUGIERO. Pero, ay!... ¿deberé perderte?

BLANCA. En la eternidad te espero...
Allá... á su sombra... Rugiero...
Nos desposará... la muerte!

(Cae en brazos de Capello, que corre á sostenerla.)

CAPELLO. ¡Blanca!...

RUGIERO. ¡Blanca!

BLANCA. *(Con dulzura.)* ¡Por mi amor!...
Por mi martirio cruënto!...
Por las angustias que siento!...
¡Sé clemente vencedor!

RUGIERO. ¿Tú lo quieres?

BLANCA. « Es razón...
Que el que muere olvide agravios...
Y no salgan... de sus labios...
Sino voces... de perdón... »
No más... no más desconsuelo...
No más iras... no más guerra...
Perdona.. tú aquí... en la tierra...
Que Dios... lo hará allá... en el cielo...

(Muere.)

CAPELLO. ¡Ha muerto!

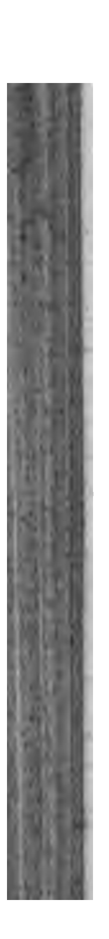
TODOS. ¡Muerta!...

RUGIERO. ¡Gran Dios!
¡Dale paz allá en el cielo!

CAPELLO. ¡Hija!

RUGIERO. ¡Ya murió, Capello!...
Llorad!... Lloremos los dos!

(Se postran ante el cadáver.)



¡Ella lo quiere... perdón!

(Postrándose ante el cadáver y levantando la acción al

LA CORDELERA

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y UN PRÓLOGO

Á JULIO ARBOLEDA

PERSONAS

JUANA, reina de Nápoles.
TERESA.
JUDIT.
FRANCISCO DE AREZZO.
GUILLERMO MONREAL.
NICOLÁS LORENZO.
TADEO ANCIFA.
Conde LAUDO.
LOVERO.
MINORBINO.
CONRADO.
FERRIMALLA.
ROBERTO.
PIOMBINO.
Guardias de arqueros y alabarderos; hombres y mujeres enmascarados.

La escena pasa en los Estados de Italia, el siglo XIV. — Del prólogo al primer acto trascurren diez años.

Los apartes van entre paréntesis, y las indicaciones de la acción en letra bastardilla.

PRÓLOGO

Arrabal de los Acueductos, en Carpentrás. Del fondo, hácia la derecha, corre el rio Ausón, cuya orilla está amurallada. A la izquierda, los restos de una vieja fortificación, y una cabaña entre los dos primeros términos.

ESCENA PRIMERA

TERESA y JUDIT sentadas en el muelle; FRANCISCO, NICOLAS y GUILLERMO detrás de la fortificación.

GUILLERMO. No queda duda, Francisco,
La vieja es bruja.

NICOLÁS. Y la otra
Una bella criatura.

GUILLERMO. El busto es de una madonna.

(Judit arroja al rio puñados de arena y luego cuenta y pone sobre el muro las cartas de un naipe. Teresa la vé atentamente.)

JUDIT. *Authos-ausstros-noxio-bay-gloy-apen.*

FRANCISCO. ¿Habéis oido?

NICOLÁS. Bien claro.

GUILLERMO. Habla como una doctora.

FRANCISCO. Es una fórmula bíblica.

NICOLÁS. Nada!... Es pura gerigonza.

GUILLERMO. Palabras sacramentales.

FRANCISCO. Repito que es una fórmula.
En toda buena ventura
Recitan las mismas cosas.

TERESA. ¿Qué te resulta?

JUDIT. Lo mismo...
¡Siempre las mismas tres sotas!

TERESA. ¿Las de ahora rato?

JUDIT. Las mismas:
Bastos, Espadas y Copas.

NICOLÁS. ¿Nos habrá visto la vieja?

FRANCISCO. No sé cómo.

GUILLERMO. Poco importa.

TERESA. Pero ¿me dirás al cabo
Qué significan las sotas?

JUDIT. Los círculos que en el agua
Los granos de arena forman,
Indican un tres por siete:
Estas tres pintas en sotas
Presagian tres caballeros,
Cuya suerte misteriosa
Irá á la tuya ligada.

TERESA. Judit, hoy estás muy tonta.
La ventura de los otros
Muy poco ó nada me importa.
Yo quiero saber la mía.
Nada más.

JUDIT. Mira. La forma
Que en glóbulos toma el agua
Cuando la arena remoja,
Es signo infalible... observa...
Voy á repetir la fórmula.

(Judit renueva la operación de la arena y los naipes, repitiendo las mismas palabras.)

¿Lo estás viendo?... Ya no hay duda...
¡Siempre las mismas tres sotas!

GUILLERMO. ¡Vieja gitana!

NICOLÁS. Es el diablo!

JUDIT. ¡La lucha será espantosa!

TERESA. ¡Estás hoy insoportable!

JUDIT. Quiero ver más, y me estorban *(Ensimismada.)*
De tres bizarros mancebos

Las abigarradas sombras;
Sus horóscopos y el tuyo
Oyen ellos de mi boca...
¡Nada oculta vuestro síno!
¡Ellos son tres y tú sola!...
Serás la vid que en tres olmos
Tenderá su rama hermosa.

TERESA. ¡Judit!...

NICOLÁS. Estas alusiones
Son personales.

GUILLERMO. Y próximas.

JUDIT. Todos tres te amarán mucho.

TERESA. ¡Caramba! ¿Te has vuelto loca?

JUDIT. Esos tres hombres serán
Amenazas de tu honra;
Y más de un crimen tu pluma
Teñirá, blanca paloma;
Por todos tres á porfía
Disputada, tu corona
De humildad y de inocencia
Verás marchitada y rota...
Cada cual dará á su turno
Lo que tenga: el ladrón joyas;
Valimiento el poderoso,
Y el humilde paz y sombra.

TERESA. ¿Y sigue la letanía?

JUDIT. Tén paciencia, y no desoigas
De mi predicción severa
Ni una palabra. La loca
Vanidad será tu flaco;
La vanidad, niña hermosa,
Te hará correr desalada
En pos de oropel y pompas,
Para morir en su fuego
Como inquieta mariposa.

TERESA. ¿Estás delirando acaso?
Mi corazón no ambiciona
Sino salir de este barrio...
Verdad... no quiero otra cosa.

JUDIT. Los tres hombres en el mundo
Harán ruido...

TERESA. ¿Te mofas?

JUDIT. Todos tres... Óyelo bien,
Tendrán valimiento y honras;
Investirán dignidades;
Tocarán á una corona;
Pero uno solo, uno solo
La ceñirá.

FRANCISCO. ¡Vieja tonta!

GUILLERMO. Si acaso nos habrá visto
Y se burlará.

TERESA. Tu historia
Parece cuento de hadas...
Estás hoy empalagosa.

JUDIT. A más no alcanza mi ciencia;
Digo lo que sé.

TERESA. ¡Bribona!
Por menos dinero cuentan
Romances en la parroquia.

JUDIT. Niña, la verdad te he dicho;
Si más clara te acomoda,
Sígueme allá sobre el muro
Del acueducto.

TERESA. En buen hora;
Mas si allá también me engañas,
El diablo en cuentas lo toma.

(Teresa y Judit entran por la derecha; Francisco, Guillermo y Nicolás entran á la escena: los dos últimos visiblemente preocupados.)

ESCENA II

FRANCISCO, NICOLAS y GUILLERMO

GUILLERMO. ¡Rara predicción, por cierto!

NICOLÁS. Pues, amigos, sí, es bien rara!

FRANCISCO. Estoy viendo en vuestra cara...
Lo que en vuestra cara advierto.

GUILLERMO. ¡Resolló santo Tomás!

NICOLÁS. Ver y creer.

FRANCISCO. ¡Pobre vieja!
Me pareció su conseja
Ridícula por demás.

GUILLERMO. Pero hay una circunstancia
Que su predicción abona.

FRANCISCO. Vamos, ¿lo de la corona
Ya se convirtió en sustancia?

GUILLERMO. Dejemos chanzas á un lado
Y vamos á lo esencial.
Yo, Guillermo de Monreal,
Algo idéntico he soñado.

NICOLÁS. Justo!... Yo también soñé...

FRANCISCO. ¡Patrañas!

NICOLÁS. ¡Cosas extrañas!
Francisco, no son patrañas
Esas que yo he visto en pié.

FRANCISCO. Guillermo, cuenta tu cuento.

GUILLERMO. Nada! Patrañas también!...
San Juán de Jerusalén
Garantizará mi invento.
Soñé que en una batalla, *(Con seriedad.)*
En que mi espada venció,
San Juán su cruz colocó
Sobre mi cota de malla;
Y al ver el pueblo romano
Al imberbe vencedor,
En premio de su valor
Puso otra cruz en su mano;
Y la Iglesia á quien salvara
Mi noble esfuerzo valiente...

FRANCISCO. ¿Qué te dió?

GUILLERMO. Sobre mi frente
Puso la santa tiara.

FRANCISCO. Hombre, con esos arreos
Y al cinto la espada fiera,
Alguno pensar pudiera
Que eras de los Macabeos.

GUILLERMO. Búrlame cuanto te plazca;
Pero... no olvides mi sueño.

FRANCISCO. De porvenir tan risueño
Me acordaré... cuando nazca.
Y tú, ¿qué soñaste? *(Á Nicolás.)*

NICOLÁS. Nada!
Mi sueño fué poca cosa:
De una ciencia milagrosa
Al favor, sobre la grada
De egregio trono me vían,
Y humildes ante mi alteza
Pueblo, ejército y nobleza
Mi poder obedecían.

GUILLERMO. Tú, ¿no soñaste también?

FRANCISCO. Duermo bien cuando me acuesto...
A mí su cruz no me ha puesto
San Juán de Jerusalén.

NICOLÁS. Deja ese burlesco tono,
Y guarda lo que has oido!

FRANCISCO. Tampoco subo dormido
Las gradas de ningún trono.

(Durante este diálogo, Guillermo observa frecuentemente la avenida de los acueductos.)

GUILLERMO. Pero volviendo á la bruja
Y á la hermosa cordelera,
Confieso que yo quisiera
Ser el gorro y ser la aguja.
Nunca la podré olvidar,
Y mucho diera por verla...

NICOLÁS. La muchacha es una perla.

FRANCISCO. Pero en el fondo del mar.

GUILLERMO. Su rostro es angelical.

NICOLÁS. Su talle esbelto, ligero.

GUILLERMO. Cada ojo es un lucero.
NICOLÁS. Sus labios puro coral.
GUILLERMO. Tan modesta, tan hermosa...
FRANCISCO. Basta ya, que me dáis asco!
Que Dios os libre de un chasco...
Por no decir otra cosa.
No sabéis, á lo que veo,
Lo que esa muchacha es.
NICOLÁS. Ni tengo tal interés:
Digo que verla deseo.
GUILLERMO. Y por lo que á mí me toca,
Declaro que tengo antojos
De chamuscarme en sus ojos
Y aprisionarme en su boca.
FRANCISCO. Voy á deciros por fin
Aunque á riesgo de enojaros,
Los títulos, bien preclaros,
De ese bello serafín.
Que es muy hermosa... lo sé;
Que tiene virtud... no hay duda...
GUILLERMO. Caramba!... ¿y de más ayuda
Necesitará?
NICOLÁS. No á fé!
FRANCISCO. Sigo, pues; vuestra atención
Reclamo, pues, un momento...
¿Quién les lleva el alimento
A los leprosos de Ausón?...
Ella. — ¿Quién de puerta en puerta,
Treinta veces cada mes,
Cura con raro interés
La llaga que queda abierta?...
Ella. — ¿Quién tuerce la soga
Con que el verdugo inclemente
Ata y tortura á la gente,
Y al fin la oprime y la ahoga?...
Ella.
NICOLÁS. Tan duras razones
Termina, por compasión!

GUILLERMO. Pues yo no encuentro razón
Para esas acusaciones.
Lo primero es caridad
Y el resto, perversa suerte.

NICOLÁS. Eso digo yo; el más fuerte
Oprime á la humanidad.
No es ilusión la que pinto,
Que hace mucho que la gente
Ve en esto el brazo imprudente
Del rey don Felipe quinto;
Que por más que el crimen palia,
Quiere en resumidas cuentas,
Confiscar las ricas rentas
De los leprosos de Italia.

GUILLERMO. ¿Y á qué no me advináis
Lo que trama para ello?

FRANCISCO. ¿Algún subsidio?

GUILLERMO. ¡Camello!
¿Con qué subsidio soñáis?...
Nada, Francisco, no es cosa
De impuesto ni talla alguna;
Dice que la media luna
Ha de serle provechosa;
Y ha ideado en su arrogancia
Acusar á los leprosos
De enemigos poderosos
Contra su reino de Francia;
Que, unidos al Sarraceno,
Su causa ayudando están,
Y aun agrega que pondrán
En nuestras fuentes veneno.

NICOLÁS. ¡Qué espantosa iniquidad!

FRANCISCO. ¡Es una calumnia horrible!

GUILLERMO. ¡Gracias á Dios que, sensible,
Defiendes la humanidad!

FRANCISCO. Pero los planes del rey
Y la condición rastrera
De esa infeliz cordelera
No tienen la misma ley.

NICOLÁS. Cierto. — Propongo por eso
Que el que la conceda el habla,
Se le afrente en una tabla,
Y al público.

GUILLERMO. Es mucho exceso!
Con una reconvención...

FRANCISCO. Nada, Guillermo, es preciso
Purgar nuestro paraíso
De una nueva tentación.
El que de lejos la vea
Y se le acerque y la trate...

NICOLÁS. Se le afrenta!

GUILLERMO. ¡Disparate!
(Quiera Dios que yo no sea.)

FRANCISCO. El juramento ha de ser
Unánime y uniforme.

GUILLERMO. Eso.... según y conforme.

FRANCISCO. ¡Guerra á muerte á esa mujer!

GUILLERMO. Se ha destapado el infierno.

NICOLÁS. Si, Guillermo, guerra á muerte!

GUILLERMO. Convengo... mas de esta suerte :
Que no sea el voto eterno.

FRANCISCO. Mientras el estigma dure.

GUILLERMO. Aceptado.

NICOLÁS. Convenido.

FRANCISCO. Que vaya á meter ruido
Con los leprosos que cure.

(Tratan de salir por la derecha, y aparece Tadeo con unas ramas secas al hombro.)

ESCENA III

DICHOS y TADEO

TADEO. Santos días, caballeros.

FRANCISCO. ¡Un leproso!

GUILLERMO. Santos sean.

NICOLÁS. ¡Pobre hombre! no es tan viejo
Por años como por lepras.

GUILLERMO. ¡Estáis horrible!

FRANCISCO. ¿Qué objeto
Tenéis en doblar su pena?
(Á Tadeo.) Proseguid vuestro camino.

TADEO. (Esa voz...)

NICOLÁS. Es poca leña
Para que sahumar podáis
Vuestra rica pestilencia.

FRANCISCO. Nicolás!... ved que padece.

TADEO. (No hay duda, es él.)

GUILLERMO. ¡Quién creyera
Que la altiva criatura
De orgullo y vanidad llena,
Por el deleite adulada,
Ensimismada por bella,
Bajo la úlcera del vicio
Asco y horror produjera!

TADEO. *(Soltando las ramas junto á la cabaña.)*
Caballeros, si el leproso
Resignado sobrelleva
Su condición lastimosa;
Si imponderable miseria
Y hambre, desamparo y frío
Sufre con alma serena...
De burla infame y cobarde
Puede vengarse... y se venga!

(En actitud amenazante: los demás retroceden.)

NICOLÁS. ¡Atrás!

GUILLERMO. ¡Atrás, miserable!

TADEO. ¡Caballeros!

FRANCISCO. *(Interponiéndose.)* No haya guerra!

NICOLÁS. Los leprosos, buen amigo,
No riñen con gente buena,

Que al frotar cobre con oro
Podemos sacar candela.

FRANCISCO. ¡Nicolás!

TADEO. Jóven, no os oiga
La divina Providencia
Que á pobres y ricos mide
Por igual, con vara austera!...
Gozáis de salud!... ¡Que siempre
La gocéis, sana y completa!
Y quiera Dios, que es tan bueno,
En su paternal clemencia,
Libraros de esta desgracia
Que en mí y en los demás pesa!
Tú, Francisco...

NICOLÁS / GUILLERMO. *(Con extrañeza.)* ¡Le conoce!

TADEO. Ama el bién... que es cosa buena;
Compadece á los que sufren...
Que la compasión eleva;
Huye, como errada vía...
El camino que otros llevan;
Cultiva tu raro ingenio,
Dále á tu talento rienda,
Que los jardines de Italia,
En su inmortal primavera,
Preparan para tu frente
De laurel rica diadema!

GUILLERMO. Por estos barrios del diablo
Todos son brujos.

FRANCISCO. *(Preocupado.)* (¡Cuál vuela
Vago recuerdo en mi mente!)

TADEO. Ese niño es una perla.

NICOLÁS. ¿Se ha convertido en sustancia?

GUILLERMO. Vamos, filósofo... ¿Cuela?

FRANCISCO. (Si mi memoria no miente...)

NICOLÁS. *(Á Guillermo.)* Ya lo estás viendo?...

GUILLERMO. ¡Flaquezas!

TADEO. Y tú, Nicolás Lorenzo...

GUILLERMO. ¡También te conoce!

NICOLÁS. ¡Aprieta!

TADEO. Hijo de Roma la grande,
Aunque de madre plebeya,
Por más que la vista encumbres...
Tu cuna fué una taberna!
Con los molinos del Tíber
Y mal vino de Provenza
Tus padres se enriquecieron...
¡Gracias á Baco y Minerva!
Estudios hiciste en Pisa,
Luego viniste á Carpéntras,
Donde, en vez de hacerte sabio,
Escarneces la miseria!

NICOLÁS. Y... *finis coronat opus!*

GUILLERMO. Sabe tu historia completa.

(Francisco, preocupado por sus recuerdos, se ha sentado cerca del murallón.)

TADEO. Y tú, Guillermo Monreal...

GUILLERMO. *(Á Nicolás.)* Llegó mi turno.

NICOLÁS. ¡Qué flema!

TADEO. También conozco tu historia:
Gentil hombre de Provenza,
Te afanas como los dos
Por coronar tu carrera...
Tus padres te han destinado
Para el culto de la iglesia;
Pero tú, según comprendo,
Sigues por distinta senda!...
Mucho te deslumbra el mundo,
Más te deslumbra la guerra,
Y entre propósitos propios
Y aspiraciones ajenas,
Quién sabe si la victoria
El diablo al fin se la lleva... *(Risas.)*
San Juán de Jerusalén,
Según antiguas leyendas,

Suele dar mitras y espadas...
Su órden, Guillermo, te espera.

GUILLERMO. Mil gracias por el pronóstico.

NICOLÁS. *Merci*... por vuestra fineza.

TADEO. ¡Quiera Dios que la cruz roja
No se destiña ó se pierda
Bajo la capa andaluza,
Ó el gabán de pana negra
De los bandidos de Italia...
¡Quiera Dios que así no sea!

GUILLERMO. ¡La enfermedad os da audacia!

NICOLÁS. ¡Abroquelado en su lepra!

TADEO. Al frotar cobre con oro...
Podemos sacar candela!

(Toma las ramas. — Guillermo y Nicolás se dirigen á la avenida de los acueductos y observan.)

FRANCISCO. ¿Os váis, buen hombre?

TADEO. Francisco,
Es ya muy tarde, y me esperan;
Pero Dios que es bueno y grande
Hará que otra vez te vea...
¡Mucho me interesa hablarte!

FRANCISCO. ¡Mucho oirte me interesa!

(Tadeo entra en la cabaña, Francisco se dirige á sus compañeros.)

Vamos, amigos, ya es tarde...
¿Qué véis por los acueductos?
¡Otra vez la cordelera!

ESCENA IV

DICHOS, menos TADEO

NICOLÁS. La cordelera... *Ab renuntio!*

GUILLERMO. Estaba tomando el aire.
(Á Francisco.) La predicción de ese brujo

Te ha puesto preocupadillo...

NICOLÁS. Cierto... estás meditabundo.

FRANCISCO. No lo creáis... no, mi mente
No se preocupa de augurios...
Meditaba en algo serio.

GUILLERMO. Ese leproso es un bruto!...
¡Venirme á mí con agüeros
De Walter ó Sixto Munio!

NICOLÁS. ¡Y á mi llamarme plebeyo!

GUILLERMO. Pero eso, al fin, no está en uno.

NICOLÁS. La nobleza es el dinero...
Lo demás es puro humo.

FRANCISCO. Ambos tuvísteis la culpa!
El pobre dió su saludo
Con humildad, y vosotros
Le burlásteis. De su rudo
Malestar hicísteis mofa,
Sin recordar que en el mundo,
Detrás de un cielo sereno...
Se destaca un cielo oscuro.

GUILLERMO. Deja tu filosofía!

NICOLÁS. Hablas tan en absoluto,
Que el laurel de tu corona
Lo ves... lo tocas de bulto!

FRANCISCO. Basta ya de tonterías!
¿Nos vamos?

NICOLÁS. Con mucho gusto;
Pero antes haré una ronda...

FRANCISCO. ¿Al río?

NICOLÁS. A los acueductos.

FRANCISCO. ¿Y tú Guillermo?

GUILLERMO. Lo mismo:
Las vacaciones disfruto,
Haciendo á la judiería
Un paseo... solo uno.
Vista á la derecha... marchen!

NICOLÁS. Y yo por la izquierda.

FRANCISCO. ¡Ah, tunos!

NICOLÁS. Que medites.

GUILLERMO. Que medites.

FRANCISCO. ¡Quiera Dios que gocéis mucho!

(Nicolás y Guillermo salen, el primero por la izquierda, y el segundo por la derecha. — Francisco se acerca al muelle.)

ESCENA V

FRANCISCO

¡Qué horrible presentimiento
Agita mi corazón!
En las playas del Ausón
Condenado al sufrimiento!...
Si será él... un momento...
Esta cabaña medrosa...

(Se acerca y se retira.)

¡Entre la gente leprosa
Mi pobre, mi buen Tadeo!...
Entraré... verle deseo...

(Francisco hace ademán de entrar, pero retrocede espantado al ver que en su dintel aparece Tadeo.)

¡Qué visión tan espantosa!

(Se cubre el rostro con las manos.)

ESCENA VI

FRANCISCO y TADEO

TADEO. Os causo miedo, es verdad;
Pero no tengáis cuidado,

El leproso está curado,
Gracias á la sociedad.

(Se quita el mascarón y manoplas que le dizfrazan.)

FRANCISCO. No fué ilusión... mi Tadeo!
¡Tio de mi corazón! *(Se abrazan.)*
No todas en el Ausón
Son lepras, á lo que veo.
¿Pero por qué estáis aquí?...
Este horroroso destino...

TADEO. No lo he buscado, sobrino,
Mi suerte lo quiso así.

(Se sientan en las piedras del muelle.)

Voy á contaros la horrorosa historia
De mi vida infeliz; en toda ella
No hallaréis una página de gloria,
Ni en su cielo veréis ninguna estrella.
Fuí comerciante en mis primeros años,
En la cuidad de Pisa, el Gibelino
Levantó guerra y sucumbió con daños
Ante el poder audaz del Florentino...
Entonces me saquearon; el incendio
Devoró á la ciudad .. maldita guerra!

FRANCISCO. Es larga vuestra historia; si en compendio
Me la queréis contar...

TADEO. Sí, sí... me aterra
Recordar pormenores.

FRANCISCO. (¡Desgraciado!)

TADEO. Sabe al menos, Francisco, sabe al menos
Que para mí jamás... nunca han brillado
El cielo hermoso, ni ese sol serenos!
Amigo de los Blancos... fuí cautivo;
Aliado de Alighieri... derrotado;
Herido en Francia... por milagro vivo...
He sido monje, labrador, soldado,
Y en todas partes desgarraba mi alma
El tormento cruel de la amargura...
Sin gloria y sin honor ceñí la palma
Que de espinas cubrió la desventura!

Y hoy de la Italia en el hermoso suelo,
Bajo la lepra y su feroz espanto,
Un rayo de esperanza y de consuelo
Brilla sobre mi faz, seca mi llanto!
He aquí mi historia; — Mísero leproso,
Causo miedo, es verdad... me huye la gente
Pero tengo quietud, tengo reposo...
¡La lepra es un escudo muy valiente!

ANCISCO. Pero vivir así!

DEO. Mira mi estancia,
Como mi lepra, es pura apariencia;
No la tiene mejor el rey de Francia
No obstante su poder y su opulencia...
Penetra en ella y la verás.

ANCISCO. *(Retrocediendo.)* No, tío...
Me la pinto á mi antojo y es muy bella.

DEO. No cambiara mi horóscopo sombrío
Por el trono del mundo!... Ya mi estrella,
En su embozo de nubes escondida,
No teme al sol que en su triunfal carrera
Da luz á la creación, luz á la vida;
Pero una luz que quema, — luz de hoguera.

(Teresa canta dentro.)

« ¿Para qué naciera hermosa,
Si en este barrio maldito
La hermosura es un delito
Y la virtud un baldón?
Cordeles aquí torcemos
Que ofrecemos
Al verdugo del Ausón. »

ANCISCO. ¡Qué bella canción!

DEO. Mas bella
Es la graciosa cantora.

ANCISCO. ¿La conocéis?

DEO. Enamora
Cuanto pertenece á ella.

RESA. *(Dentro.)* Atrás, atrás, caballero!
Mi padre está cerca... allí...

GUILLERMO. *(Idem.)* ¿Es el leproso?

TERESA. *(Idem.)* Sí... sí...
Soltadme!...

TADEO. ¿No oís?
(Poniéndose máscara y manoplas.)

GUILLERMO. *(Dentro.)* Primero
Me viera ante un escuadrón...
¡Hija tú de un lazarino!...

TADEO. *(Incorporándose.)* Es ella...

GUILLERMO. *(Dentro.)* Vete!

FRANCISCO. *(Levantándose.)* Adivino...

(Francisco y Tadeo se dirigen al fondo en dirección de las voces, á tiempo que entra Teresa, corriendo y visiblemente agitada: al ver á Tadeo se arroja en sus brazos.)

ESCENA VII

DICHOS y TERESA

TERESA. ¡Padre de mi corazón!

FRANCISCO. (Guillermo la perseguía.)

TADEO. ¿Qué ha sido?...

TERESA. *(Como avergonzada.)* Nada, señor.

TADEO. Pero esos gritos de horror...

TERESA. No fué nada...

TADEO. *(Tocándola.)* Aún está fría.
Siéntate, pobre Teresa...

(La sienta en el muro del muelle, reclinada sobre su pecho.)

Alguna emoción extraña...

FRANCISCO. (Perjuro!)

TADEO. ¿Fué en la montaña?

TERESA. No, señor.

FRANCISCO. (Nada confiesa.)

TADEO. ¿Pues no eras tú quien cantaba
La canción de siempre?

TERESA. Sí.

TADEO. ¿Quién te acompañaba?... Di!

TERESA. Nadie.

FRANCISCO. Y por qué gritaba?...
Esta muchacha, Tadeo,
Es judía y cordelera,
Y como tal... embustera!
Algun loco devaneo...

TERESA. Mal me conocéis, señor.

FRANCISCO. Conozco á las de tu raza...
Y vosotras por la hilaza
Sóis conocidas.

TERESA. *(Levantándose.)* ¡Error!
Todas somos cordeleras,
Hijas del pueblo, conformes,
Y vestimos uniformes
Como humildes jornaleras...
Pero el hábito, señor,
No hace al monje, — y hay alguna
Que, aunque pobre y sin fortuna,
No la afrenta el deshonor...
Que Dios, en la excelsitud
De su poder soberano,
También en pecho villano
Puso el sol de la virtud!

(Se dirige á la cabaña y observa por el murallón. Tadeo se quita la máscara y las manoplas.)

FRANCISCO. Pues á fé que tiene espuela.

TADEO. No la conocéis, sobrino,
Ella es el ángel divino
Que por mi destino vela.

FRANCISCO. ¡Es cordelera!

TADEO. Lo veo;
Pero es buena y muy hermosa.

FRANCISCO. Es judía...

TADEO. Poca cosa
Para afrentarla.

FRANCISCO. ¡Tadeo!
Estáis raro, por lo visto.

TADEO. ¿Raro? me dáis que pensar.

FRANCISCO. Pues no es afrenta tratar
Con los verdugos de Cristo?

TADEO. Estáis muy escrupuloso,
Y á la verdad yo quisiera
Que á fondo se conociera
Su mérito.

FRANCISCO. No hay leproso
Por asqueroso y horrendo,
Á quien no asista y provea.

TADEO. Francisco... ¡bendito sea
Tu recuerdo!

FRANCISCO. No os comprendo.

TADEO. Dos años hace: os lo digo
Con noble orgullo, por ella!...
No encontraba la Roquella
Proveedoras... En castigo
Dispuso la autoridad
Que todas las Asventanas
Lo fuesen... y ellas... villanas!
Pidieron su libertad!...
Los infelices leprosos
Salían de sus cabañas
Y erraban por las montañas,
Pordioseros espantosos!...
Las gentes que les veían...
Se alejaban.

FRANCISCO. *(Enternecido.)* ¡Qué tormento!

TADEO. Y por falta de alimento
En las montañas morían!...
Otros, menos resignados,
Pedían por la ciudad
El pan de la caridad...
¡Y se vieron apedreados!...

Fué entonces que este ángel mío,
Mi preciosa cordelera,
Generosa, placentera,
Le dijo á ese pueblo impío :
« Si la caridad desdora
» Á las hijas de la Asventa...
» Caiga en mí toda la afrenta...
» ¡Yo seré la proveedora! »

(Teresa que ha oido todo este diálogo, se lanza á los brazos de Tadeo.)

TERESA. ¡Querido padre!

FRANCISCO. Esa acción
Te rehabilita á mis ojos!

TERESA. *(Con dignidad.)* Señor...

FRANCISCO. Tus justos enojos
Matarán mi estimación.

TADEO Los Asventanos que vieron
Proveedora tan hermosa,
Hijas, hermanas y esposas
Para el Ausón se trajeron...
Y, gracias á su hidalguía,
Tiene una cada leproso.

FRANCISCO. ¿Cuál es la vuestra?

TADEO. *(Abrazando á Teresa.)* ¡Gracioso!
¿Pues cuál ha de ser la mía?

FRANCISCO. (Es hermosa, en realidad,
Y modesta y virtuosa...
Vamos, Francisco, no es cosa
Para un perjurio.)

TADEO. Mirad!
Como pudorosa flor
Que amante el ambiente besa,
Tiñe su rostro Teresa
Con las tintas del candor!

TERESA. ¡Gracias, por tanta bondad!

TADEO. *(Á los dos.)* Voy al barrio y vuelvo presto.

TERESA. *(Á Tadeo.)* También yo iré por el cesto
De la pitanza.

FRANCISCO. *(Á Teresa.)* Es crueldad
Dejarme solo.

TADEO. *(Interponiéndose.)* Lo veo;
Y, aunque á su amor propio pesa,
Quedará con vos Teresa.

FRANCISCO. *(Con intención.)* Mil gracias, tío.

TERESA. *(Contrariada.)* Tadeo!...

FRANCISCO. Conmigo habéis de quedar,
Porque, á fuer de caballero,
Lo más pronto pagar quiero
Lo que os tengo de pagar.

TERESA. Padre...

TADEO. Vamos... fuera miedo!...
Es mi sobrino.

TERESA. Estoy sola...

TADEO. La virtud siempre tremola
Su bandera con denuedo...
Él te acompaña.

TERESA. Señor...

FRANCISCO. Si estaros aquí os disgusta...

(Teresa se sienta contrariada y en actitud reflexiva.)

TADEO. Nada!... (Ninguna se asusta
Con amenazas de amor.)

(Aprieta la mano de Francisco, abraza á Teresa, se pone su disfraz, y sale.)

ESCENA VIII

TERESA y FRANCISCO

(Ambos deben estar á conveniente distancia uno de otro. Francisco la observa con frecuencia y de soslayo.)

FRANCISCO. (Rara hermosura, por cierto...
De mi prevención llevado,

Nunca la había mirado
Como ahora.)
(En el desierto
Sola con un hombre!)

o. (Es bella!...
¡Encantadora en verdad!)
(¡Qué miedosa soledad!)

o. (¿Qué estará diciendo ella?)

iéndosele.) Teresa, estáis muy callada. *(Pausa corta.)*
No sé qué hablaros.

o. Deseo
Que me habléis como á Tadeo... *(Pausa.)*
¿Nada se os ocurre?
Nada.

o. Vamos... jóvenes los dos...
Con amor... con esperanzas...
Nos haremos confianzas
Recíprocas.

(Candorosamente alarmada.) No, por Dios!..
Evitadme, caballero,
Por vuestro honor... por el mío,
El bochornoso desvío
Á que recurrir no quiero.
Al dejarme con vos... sola,
Mi padre dijo : « No hay miedo!
« Su bandera con denuedo
« Siempre la virtud tremola... »
Y yo, en verdad, bien quisiera
Que, con denuedo, ó sin él,
Vos á su promesa fiel,
Tremolarais la bandera.

o. ¿Os enojásteis?
No á fé.

o. Me habéis entendido mal.

(Con sencillez.) Es muy posible.

). *(Picado.)* Si tal...
Y en breve os lo probaré.

Cuando sola y dando al viento
Vuestra preciosa canción
Veníais ¿que alegación
Turbó audaz vuestro contento?...
En voz perceptible y clara
Os oí cuando decíais :
« ¡Soltádme!... y lo repetíais
Con entonación bien rara...
¿Quién os inquietaba así?...
¿Quién osado os perseguía?

Teresa. *(Sobrecogida.)* Era una pobre judía
Que se vino tras de mí.

Francisco. Picarilla!... ¿A que os doy señas
De la bella?

Teresa. Fácil es.

Francisco. *(Con malicia.)* Sombrero á la tirolés
Con dos plumas muy risueñas...
Vestido de pura grana,
Y en pura capa embozado...
Cuerpo esbelto y bien formado...
Ojo vivo y boca llana...
Un poco audaz.

Teresa. *(Sin poder contenerse.)* Cierto! .. cierto!
¡Muy audaz!... (Pero ¿qué he dicho?)
Perdonadme... fué un capricho
De mi mente...

Francisco. *(Sonriendo.)* Así lo advierto.
Siempre los caprichos son,
Al ser pensados y dichos,
De nuestra mente... caprichos,
Caprichos... del corazón.

Teresa. Una palabra impensada...

Francisco. Vamos, no os cause disgusto...
Con la emoción... con el susto...

Teresa. ¡Pero si no he dicho nada!

Francisco. Es cierto... nada habéis dicho.
Si audaz vuestro pensamiento

Voló en alas de audaz viento...
Fué á lo más... audaz capricho.

Teresa. *(Con dignidad.)* Caballero, no os burléis.

Francisco. Vamos, confesad de llano
En plano... Un hermano...
¿Ningún hermano tenéis?
En fin... un novio... un amante...

Teresa.. *(Con ademán de irse.)* Basta ya!... Quedad con Dios!

Francisco. *(Deteniéndola.)* Por qué os váis?

Teresa. *(Enojada.)* Porque con vos...
No debí estar... ni un instante!

Francisco. Teresa, vuestro candor
Mi sospecha ha lastimado...
¡Perdón! *(Trata de tomar su mano.)*

Teresa. *(Levantándola con decoro.)* Estáis perdonado;
Pero me ausento, señor.
Decidle á mi buen Tadeo
Que he esperado inútilmente...
Que voy donde el intendente
Por la pitanza.

Francisco. *(Deteniéndola.)* Un deseo
Y una aspiración me guían
Al deteneros... Teresa,
¿Nada el corazón confiesa?...
¿Nada los labios confían?...
(Con intención.) Observad... no hay en la tierra
Nada que el hechizo esquive
Del áspid que oculto vive
En nuestro sér, dando guerra...
Ama la grama menuda
Al arroyuelo amoroso
Que, al regarla, cariñoso
Con sus perlas la saluda...
Ama el pobre su pobreza,
Su bienestar ama el rico...
Y en ámbos muy bien me explico
De cada amor la nobleza...
Ama su barco el marino
Ave del salado espacio...

El pez ama su palacio
De conchas y coral fino...
Sus redes el pescador
Ama con interés vivo,
Su libertad el cautivo,
Su hacha tosca el leñador...
Si es pasión universal
El amor ¿por qué enojada
Quiere esquivar su punzada
Nuestra Eva terrenal?

TERESA. Voy á ser franca, señor,
Y á deciros brevemente
Por qué mi pecho no siente
Las dulzuras del amor:
Pobre, humilde cordelera
En la adversidad críada,
Siempre me he visto ligada
A oprobiosa suerte fiera...
¿Qué más os puedo decir?
¿Cómo gozar del amor
Si en las garras del dolor
No he podido ni áun morir?...
La grama menuda ama
Al cariñoso arroyuelo,
Porque una luz desde el cielo
Alumbra siempre á la grama...
Ama su pobreza el pobre,
Que, no es uno, sino dos,
Cuando por amor de Dios,
Pide monedas de cobre...
El rico su bienestar
Ama con afán prolijo...
Que, si obra bien, Dios lo dijo,
De su reino ha de gozar...
¿Y qué otra cosa ha de amar
Sino su barco el marino?...
¡Ave sola y sin destino,
Siempre en perpétuo volar!
Pero yo... ya lo véis vos...
¡Sin porvenir!... ¿qué seré?

¿De qué amor disfrutaré,
Si no es del amor de Dios?

FRANCISCO. *(Conmovido.)* ¿Decís la verdad, Teresa?

TERESA. *(Con dulzura.)* Dudarlo más fuera agravio.

FRANCISCO. Lo que niega vuestro labio...
Vuestro candor lo confiesa.

DENTRO. *(Rebato y voces.)* ¡Los leprosos! ¡los leprosos!

TERESA. ¡Santo Dios!

FRANCISCO. ¡Aquellos gritos!...

DENTRO. ¡Que se escapan los malditos!

TERESA. *(Corriendo al fondo.)* ¡Qué gritos tan espantosos!
¡Tadeo!... ¡Pobre de mí!

FRANCISCO. ¿Queréis que á buscarle vaya?

TERESA. ¡Quedarme sola!

FRANCISCO. *(Contrariado.)* ¡Malhaya!...
(Señalando la cabaña.) Ocultémonos aquí.

(Tratan de entrar, asidos de la mano; pero son detenidos por Piombino y sus arqueros. Adentro continúa el rebato en las campanas y los gritos.)

ESCENA IX

TERESA, FRANCISCO, PIOMBINO y Arqueros

PIOMBINO. ¡Dárse presos!... Todos, todos!...
¡Lo manda Felipe quinto!

(Muestra un papel y la varilla de su empleo.)

FRANCISCO. ¿Preso?

TERESA. *(Suplicante.)* Señor comisario!...

FRANCISCO. Decid!... ¿Cuál es mi delito?

PIOMBINO. Atadlos, mano con mano,
Como lo manda el edicto!

(Los arqueros atan la mano izquierda de Teresa con la derecha de Francisco. El ruido interior continúa hasta el fin, disminuyendo.)

FRANCISCO. ¡Comisario de Carpéntras,
Esto es infame. es inicuo!
Yo soy Francisco d'Arezzo,
Estudiante.

PIOMBINO. ¡Bien venido!
El edicto no exceptúa:
Los leprosos, los judíos,
Las cordeleras, las brujas...
Todo este barrio maldito,
Y cuanto en él encontremos
Marcharán, por San Isidro!

FRANCISCO. Pero señor...

TERESA. Comisario,
Caiga sobre mi el castigo,
Puesto que soy cordelera;
Pero aprisionar á un niño...

PIOMBINO. ¡Adelante la canalla!

FRANCISCO. ¡Qué horrible afrenta!

TERESA. ¡Dios mio!

(Nuevo grupo invade la escena, capitaneado por Guillermo y Nicolás.)

ESCENA X

DICHOS, GUILLERMO. NICOLAS y PUEBLO

GUILLERMO. NICOLÁS. } ¡A nadie se dé cuartel!

FRANCISCO. ¡Estoy salvado!

GUILLERMO. NICOLÁS. } ¡Qué miro!

FRANCISCO. Los señores me conocen...
Condiscípulos y amigos...

PIOMBINO. *(Á Guillermo y Nicolás.)* ¿Qué decís?

GUILLERMO. ¡Miente, señores!

NICOLÁS. No somos ni áun conocidos!

GUILLERMO. ¡Es un infame!

NICOLÁS. ¡Un verdugo!

GUILLERMO. ¡Un miserable!

NICOLÁS. ¡Un judío!

GUILLERMO. ¡Ha violado un juramento!

NICOLÁS. ¡Ha traicionado...!

FRANCISCO. *(Cae con Teresa de rodillas.)* ¡Dios pío!...
¡Cúmplase tu voluntad!

PIOMBINO. ¡Infelices angelitos!

GUILLERMO. ¿Qué te parece el filósofo,
Nicolás?

NICOLÁS. ¡Un hombre pillo!

TERESA. *(Levantándose.)* Señor comisario... vamos!
(Dando una mirada de desprecio á Guillermo.)
¡Lo que afrenta es el delito!

ACTO PRIMERO

Galería del palacio del Huevo, en Nápoles. A traves de tres grandes puertas al fondo, se deja ver un hermoso salón de baile. Parejas enmascaradas bailan y recorren el salón. Noche.

ESCENA PRIMERA

NICOLÁS y TERESA.

(El primero llevará un dominó negro y birette amarillo. Ambos traerán la careta en la mano.)

NICOLÁS. No me engañan mis recuerdos

TERESA. A través de tantos años...

NICOLÁS. ¡Oh! la hermosa cordelera
Es hoy, como antes, un astro.

TERESA. Os sobra en galantería
Lo que os falta de notario.

NICOLÁS. El notario... quedó en Roma
A los piés del Padre Santo;
En Nápoles solo véis
Al galán enamorado
Que os quiere hoy más que nunca.

TERESA. Decir eso es excusado...
Si antes no me habéis querido,
El quererme hoy... ya es algo.

NICOLÁS. ¡Que nunca os quise!... Teresa;
No seáis ingrata; os amo
Desde que os ví cordelera
De Carpentras por los barrios :
Mi amor ha sido tan firme,
Y á la vez tan desgraciado,

Que vacilaba mi pecho
Entre decirlo ó callarlo...
¡Qué nunca os quise!... Señora,
Eso dice vuestro labio,
Porque fuí yo de los tres
El menos afortunado.

ERESA. (Es verdad.)

ICOLÁS. Justo es que ahora
Desagraviéis mi quebranto.
Dando al olvido quimeras
De tiempos que ya pasaron.

Guillermo en traje de caballero de San Juán de Jerusalén, aparece en la puerta del fondo.)

Concededme una sonrisa;

(Teresa le sonríe.)

Dadme amorosa la mano;

(Se la toma.)

Y que el amante y su amada,
De amor puro en los espacios,
Crucen las verdes campiñas
De Módena, y el nevado
Escabel del Apenino,
Cubierto de velos blancos...
Y allá... tras de esas colinas,
Entre los muros sagrados
De Roma, la venturosa,
Unidas vean sus manos
Con esos votos eternos
Que inspira Dios y hace santos!...
¡Miradme ante vos de hinojos
Nuestra ventura implorando!...

(Se arrodilla y Teresa trata de levantarle.)

¡Ay! el amor que os profeso...

Una carcajada de Guillermo hace levantar á Nicolás. — Teresa da un grito de espanto.)

ESCENA II

DÍCHOS y GUILLERMO.

GUILLERMO. Es el amor de un notario,
Que certifica y da fe
Como cualquier escribano...
Nicolás, ya lo sabemos.

NICOLÁS. ¿Quien sóis, por Dios, el osado?...

GUILLERMO. ¿Que se atreve á penetrar
En tu amante santuario?...

(A Teresa.)

En el jardin os espera
El leproso...

TERESA. (¡Cielo santo!)

(Teresa entra precipitadamente al salón.)

ESCENA III

GUILLERMO y NICOLAS.

NICOLÁS. Caballero, vuestro rostro
Descubrid!

GUILLERMO. Es excusado...
Os lo confieso... es muy feo.

NICOLÁS. ¿Os burláis?

GEILLERMO. Señor notario,
Es burla acaso deciros
Que mi rostro es endiablado?

NICOLÁS. Os quitaré la celada...

(Lo intenta y Guillermo le detiene.)

GUILLERMO. Quieto!... sóis vivo de manos!
¡Tengamos la fiesta en paz!

¿Hay bula, señor notario,
Que destapar nos permita
Lo que quiere estar tapado?

NICOLÁS. ¿Sóis caballero?

GUILLERMO. *(Con flema.)* Tal vez;
Ya me véis... ando á caballo.

NICOLÁS. Bien, pues, dadme vuestro nombre,
Si es que no sóis un villano.

GUILLERMO. En Roma me llaman Pedro...
Pero en Nápoles soy Pablo.

NICOLÁS. *(Sacando su puñal.)*
Si no me dáis vuestro nombre,
La infame burla, el escarnio
Lavaré con vuestra sangre!

GUILLERMO. Sóis muy ligero de cascos...
Amagos no matan gente;
Punta de puñal romano,
Es infalible, se quiebra
Sobre mi peto acerado.

NICOLÁS. Yo buscaré en sus junturas
Para tu alma vil un paso.

(Al precipitarse sobre Guillermo, aparece la Reina; Nicolás oculta el puñal debajo del dominó, y se pone el antifaz.)

ESCENA IV

DICHOS y la REINA.

REINA. ¿Qué ruido es este?

GUILLERMO. Nada;
Son dos caretas alegres,
Que bailan la tarantela
Apartadas de la gente.

REINA. ¿Torbellino es vuestro baile?...
Un cruzado y un hereje
Forman muy rara pareja.

GUILLERMO. Un judío y un creyente
Se avienen mal; pero bailan
Como hombres y mujeres.

REINA. Estáis picante.

GUILLERMO. Señora...

NICOLÁS. Algo más... está insolente!

REINA. *(A Nicolás.)* Estéfana de Gantelmo
Y Rosaura de Moenesse
Con interés os buscaban...
El que es galán complaciente
Con Estéfana, ser debe
Con Rosaura...

NICOLÁS. *(Con indiferencia.)* Lo que siempre...
Su estimador, reina mía.

REINA. Id y tornad diligente,
Que tengo de encomendaros
Asuntos graves.

(Se acerca á la puerta izquierda del salón, como observando algo.)

NICOLÁS. *(A Guillermo.)* Valiente
Caballero de San Juan,
¡La tarantela es á muerte!
Y tenemos de bailarla
Hasta rendirnos!

GUILLERMO. *(Levantando la celada.)* ¡Corriente!

(Vuelve á cubrirse.)

(Nicolás saluda á la Reina con etiqueta; arroja sobre Guillermo una mirada de indignación, que esté devuelve con otra de burla; la reina se acerca á un florero y toma un ramo de olivo, que se pone sobre el pecho.)

ESCENA V

La REINA y GUILLERMO.

REINA. Pues que solos estamos, la celada
Está de más también...
(Guillermo alza la celada.)
(Apretándole la mano.) ¡Oh! sóis muy bello!

GUILLERMO. Y vos encantadora!

REINA. Fra-Moriale,
Os he visto tan poco... ¿Qué habéis hecho?

GUILLERMO. Nada, señora, en el jardín estuve
Dando mis instrucciones á Lovero
Para volver al campo.

REINA. ¿Y vos?

GUILLERMO. Le sigo
Apenas amanezca; mis guerreros
Me acusan de traición: Carlos de Duras
Me reclama la fe de un juramento;
El matador de vuestro esposo...

REINA. ¡Ingrato!
¡No remováis el tósigo en mi pecho!...
¡Príncipe infame! ¿Qué os exige, amigo?
¿Que vayáis á su campo de Tarento?
Pero no, vos no iréis; me habéis jurado
No tomar armas contra mí; yo espero
Que me seréis leal.

GUILLERMO. Y vos, señora?...
Vos también me habéis hecho un juramento.

REINA. Os he jurado amor, y os amo tánto,
Que áun apesar de mis vestidos negros,
Por probaros mi amor, alegre os abro,
Llenos de aroma y de bellezas llenos,
Esos régios salones...

GUILLERMO. Donde hermosa,
Brilláis, cual brilla el sol entre luceros;
Pero no lo creeréis, mi amante reina,
He sentido pesar, os lo confieso...
Prefiero veros sola, sin testigos,
Allá en las torres del palacio nuevo,
Que acosada de amantes y galanes
En ese mar de luz, que es un incendio...
Me parecéis mas bella sin corona,
Rizados por el viento los cabellos,
Con la sonrisa dulce del arcángel,
Con la mirada que refleja un cielo!...
A la Reina de Nápoles la estimo;
Pero á mi hermosa Juana... aquí la tengo,
En el sagrario oculto de mi alma,
Como el único bién que salvar quiero!...
Por vos, señora, á quien adoro amante
Perjuro de mis votos hoy reniego...
Y esclavo del amor de mis amores,
Si el cielo no, me acogerá el infierno!

REINA. ¡Para quemar mi velo de viuda
Necesitaba yo de mucho fuego!...
Está bien, Fra-Moriale, con usura,
La mujer y la reina á un mismo tiempo,
Pagarán tanto amor, tanto delirio,
Con fino amor y con delirio ciego!
Esclava sometida á tus caprichos,
Haré pedazos mi corona y cetro;
Y aunque toda la Italia me maldiga
Ceniza haré de mi vestido negro!

GUILLERMO. ¡Cuánto amor! ¡Cuánto amor! *(La abraza.)*

REINA. ¡Apenas basta
Á pagar, Fra-Moriale, el que yo os debo.
(Observando.)
Pero amanece yá...

GUILLERMO. *(Con entusiasmo.)* ¡Oh! que amanezca!
Venga la luz del sol, sí, de un sol nuevo,
Venga y alumbre con su rayo ardiente
Este idilio de amor, digno de Homero!
(Se precipita á la mitad del escenario.)

¡Cielo feliz de Nápoles, la hermosa,
Basta de oscuridad!

INA. ¿Qué estáis haciendo?
Ved que os pueden oir...

ILLERMO. No temáis nada...
¡Es el Vesubio que despide un trueno!

INA. ¿No volvemos al baile?... Notar pueden
Nuestra falta, tal vez.

ILLERMO. Me causa tedio...
Entre tantas bellezas ¡ay! vos sola
Brilláis con claridad!

INA. ¡Injusto os veo!
Nápoles, por fortuna, es en hermosas
El jardín de la Italia.

ILLERMO. No lo niego;
¿Pero volver al baile?... es imposible...
El bullicio me enferma... Yo me vuelvo
Á mi campo de Módena.

INA. ¿Tan breve?...
¡El éxtasis de amor pasó muy presto!...
Ya se vé... los deberes de la guerra...
Alguna otra aliada... el de Tarento...

ILLERMO. Sóis hasta ingrata con dudar, mi Reina,
Os lo dije hace poco; mis guerreros
Me acusan de traición; no sin motivo
Temblaron al saber...

NA. Sí, ya os comprendo;
Os podéis regresar; pero este ramo
Llevad en la cimera, cual recuerdo
De mi constante amor... de las promesas
Que ante Dios me renueva un calallero;
Esa rama de olivo será el signo
De la paz con la Reina. *(Le da el ramo.)*

LLERMO. Y del intenso,
Y del profundo amor para la hermosa
Que aquí en mi pecho levantó su imperio...
No lo olvidéis, por Dios!... De hoy más, señora,
Amor y eterna paz jurar debemos...

¡Y odio profundo y guerra y exterminio
Al príncipe Luciano de Tarento!

(Le besa la mano, cubre la celada y se precipita hasta la puerta del fondo; la Reina se reclina en un sitial.)

¡Por fin logré tocar á una corona!...
¡Están cumplidos predicción y sueño!

ESCENA VI

La REINA.

(Se acerca al florero y toma otra rama de olivo, la vé y suelta una carcajada.)

Para ser monje y soldado
No miente tan mal su amor...
¡Al engañado... engañado!
Jamás en alto ha floreado
La enredadera de amor.
Quiero tu neutralidad...
¿Qué quieres tú?... Mi corona?...
¡Espantosa realidad!...
¡Nunca la sinceridad
Nuestros afectos abona!
Y en verdad, lo positivo
En todo es el fingimiento,..
Pero á Nicolás percibo.

(Nicolás se detiene en la puerta del fondo.)

Este otro ramo de olivo
Al príncipe de Tarento.

ESCENA VII

La REINA y NICOLAS.

NICOLÁS. Señora...
REINA. Ya os esperaba;
Mucho os habéis divertido...

s. ¡Con el corazon herido
Divertirme! Yo pensaba
Ser útil en algo más.

Y es cierto, lo seréis mucho;
Iréis á Roma...

s. ¿Que escucho?
Irme!...

(¡Pobre Nicolás!)

s. ¡Oh! ¿porqué me desterráis?...
Si algún mal os he causado,
Creedlo, reina, lo he expiado
Sufriendo mucho.

¿Lloráis?

s. ¿Llorar? no; pero es horrible
Partir tan pronto, señora!
Ayer vine...

Y sin demora
Partiréis hoy.

s. (¡Insensible!)

Nicolás, mi primo os llama.

s. ¿El de Tarento?

Sí, sí;
Dice que llegó hasta allí
De vuestro nombre la fama;
Y me escribe que al momento
Quiere veros.

s. (¡Oh! me aleja!)

¿Para qué moverle queja
Al príncipe de Tarento?
A más, nuestras relaciones
No son muy buenas, á fe;
¿Acaso no esperaré
Nada de vuestras razones?...
Vos seréis para con él
Lazo de fina amistad;
Cuando lleguéis, entregad

En su mano este papel.

(Le da un pliego.)

Tomad vuestras credenciales.

(Toma del dedo el anillo real.)

No omitáis nada que pueda
Cambiar su curso á la rueda
De la fortuna. Fatales
Consecuencias da la guerra...
Repetidle que yo anhelo
Y le pido al Dios del cielo
Que nos dé paz en la tierra!

(Rumor lejano.)

NICOLÁS. Puesto que vos lo mandáis
Obedeceré, señora;
La pena que me devora
Comprimiré...

(Trata de irse. El rumor aumenta.)

REINA. No os vayáis
Todavía.

NICOLÁS. (¡Qué falaz!)

REINA. Decidle que aunque le escribo,
En esta rama de olivo
Vá mi promesa de paz.

(Le da el ramo; se nota alarma en el salón; la música deja de sonar. Varios enmascarados se agolpan á las puertas. Roberto se hace paso hasta llegar á la escena.)

ESCENA VIII

DICHOS y ROBERTO.

REINA. ¿Qué ocurre, viejo escudero?...

NICOLÁS. ¿Qué causa esta alarma?... Hablad!

ROBERTO. ¡Dios guarde á su majestad!

REINA. Pero... despacha ligero!

ROBERTO. ¡Ah! señora!... seis bribones
De talante sospechoso
Han perturbado el reposo
De vuestros régios salones...
Se han robado...

REINA. ¿Qué?

NICOLÁS. Decid!...

ROBERTO. La mas linda camarera.

NICOLÁS. / REINA. A cuál?

ROBERTO. A la cordelera *(Sorpresa general.)*

REINA. ¡Ira de Dios! *(Á Nicolás.)* Prevenid
Cuarenta arqueros veloces...
Volad!... Volad!... Encontradla!
¡Y si la han muerto... Vengadla
En sus verdugos feroces!

ROBERTO. ¡Pobre muchacha!... á sus gritos
Acudimos... ya era tarde.

REINA. ¡Accion infame y cobarde!...
¡Id en pos de esos malditos!

NICOLÁS. ¡Qué sospecha, vive Dios!

REINA. ¡Nada mi venganza iguale!

NICOLÁS. ¡Ha sido él...! Fra-Moriale...
¡Ya nos veremos los dos!

(Trata de salir y la Reina le detiene.)

REINA. ¡Fra-Moriale...! ¿Qué habéis dicho?

NICOLÁS. Nada... un capricho señora...

REINA. ¡Oh! la rabia me devora!...
¡Decidme vuestro capricho!

(Le toma del dominó.)

NICOLÁS. Reina... ved que el tiempo vuela!...
Si perdemos un momento...

REINA. Sí... sí... (¡Me abrasa el tormento!...)

(La Reina suelta á Nicolás, que sale precipitadamente.)

¡No haya piedad...! ¡Cuál recela

Un hecho mi corazón!
Fra-Moriale... no... no hay duda!...

(Lleva la mano al corazón.)

¡Ya siento la espina aguda
De su cobarde traición!

(Cae rendida en el sitial; los concurrentes la miran con asombro. Telón rápido.)

ACTO SEGUNDO

Campo de Fra-Moriale en las inmediaciones de Puzolo. En el fondo habrá, á uno y otro lado, bancos de piedra. A la derecha, entre los dos primeros términos, una roca labrada en forma de escaño.

ESCENA PRIMERA

LOVERO, MINORBINO, FERRIMALLA y varios grupos de alabarderos.

LOVERO. No hay como la vida nuestra,
Minorbino.

MINORBINO. Pues no es broma!...
Nuestra vida es alegrilla,
Aunque á veces la modorra
De una excursión, un expreso,
Guardias, celadas y rondas,
Por cansacio ó por velada
Mortifican la persona.
Por ejemplo, el conde Láudo,
Tan contento en la rotonda,
Ha tenido que marcharse
De noche... y noche lluviosa,
Á una comisión urgente...
Dicen que se irá hasta Roma.

FERRIMALLA. Y el día de un zafarrancho...
¿Qué te parece?

LOVERO. ¡No es cosa!...
El día de un zafarrancho
Se afila la relumbrosa;
Se dice adiós á la vida;
Se la reza á la Madonna;

Y cuando llega el momento,
Bien haya sol ó haya sombra,
Se procura que alguien caiga...
Y se le corta la gola.

FERRIMALLA. De lo vivo á lo pintado
Hay diferencia.

MINORBINO. Y muy gorda!...
El único que yo he visto
Sereno en esas camorras,
Es á Fra-Moriale; ese
Ni se irrita ni se agobia;
Todo cuanto le rodea
Parece velado en sombras;
Porque todo está sufriendo
Disciplina á la redonda.

FERRIMALLA. Es raro en todo ese hombre.

LOVERO. Si castiga ó si perdona,
Muestra siempre el mismo gesto;
Solo la nueva patrona
Hace inclinar su ramaje
Á esa palmera orgullosa.

FERRIMALLA. Parece que le ha hechizado.

MINORBINO. Lovero, yo he visto cosas
Que me tienen alelado...
Voy á contaros ahora
Una de tantas. Ha poco...
Era una noche lluviosa;
No se qué extraño accidente
Puso alarma en nuestra tropa.
El condottier preocupado
De que la blanca paloma
Desertara de su nido,
Por fuerza extraña ó por propia,
Quiso cuidarla de cerca
Y se marchó á la Rotonda.
Tocó á la puerta... ni el eco;
Dijo su nombre... mamola;
Amenazó amostazado...
Y la niña se hizo sorda...

En fin, tuvo que volverse
Como el perro de la boda.

LOVERO. Pero si hasta le rechaza
Los cariños y las bromas.

FERRIMALLA. Vive encerrada en su tienda
Sin tratar ni aun con las moscas,
Y ya sabéis... Fra-Moriale
Ha recetado la horca
Al que la desobedezca!

MINORBINO. Es una nueva Madonna.

LOVERO. Yo que fuí de la partida
Que de Nápoles robóla
Os puedo dar testimonio
De que la bella patrona,
Es en virtudes... un ángel
Y un diablo en lo valerosa.
Fra-Moriale la respeta
Y hasta sus consejos toma...
¡Mundo al revés!... El milano
Tiene miedo á la paloma!

(Los grupos del fondo se agitan y descubren.)

MINORBINO. Parece que aquí se acerca.

LOVERO. *(Observando.)* Hablando del rey de Roma...

FERRIMALLA. Dejémosle franco el puesto.

MINORBINO. Y ella con él... Va la bola!

(Al entrar Guillermo, que trae de la mano á Teresa, todos se inclinan, le abren paso y desaparecen.)

ESCENA II

GUILLERMO y TERESA.

(Se sientan en la roca labrada.)

GUILLERMO. Teresa, ¿aún estás triste? ¡Ay! Yo quisiera
Ofrecerte la paz que tu ambicionas;
No te place mi suerte lisonjera,

Ni ver ante mis piés la Italia entera
Con sus tronos, sus cetros, sus coronas!...
No te halaga el poder; el lujo, el oro,
No tienen para ti brillo ni encanto;
Con santo amor y tierna fe te adoro...
Y á pesar de que ves que sufro y lloro...
¡Nunca te mueve á compasión mi llanto!
Dime ¿qué tienes?... ¡Por piedad!

TERESA. ¿Yo?... Nada;
Cuando os contemplo triste... me entristezco...
La guerra os es adversa... la jornada
Á orillas del Vernón fué desgraciada!
Siempre que padecéis, también padezco.

GUILLERMO. ¿Porqué hablas de desgracias?... Vencedores
En Módena quedaron mis valientes;
Cual cobardes huyeron los traidores!...
¿Triste parezco?... No! tiempos mejores
Alumbrarán la aureola de mi frente!
Si del Ausón sobre la playa odiosa
Te ví una vez humilde cordelera,
Yo haré cambiar tu suerte caprichosa
Y de esa Roma altiva y valerosa
Subirás sobre el trono la primera.

TERESA. (¡Otra vez, otra vez en mi memoria
La predicción falaz!)

GUILLERMO. No, no es mentira!...
Ya te he contado la preciosa historia
De esos ensueños de esperanza y gloria
Con que ambicioso el corazón delira.
¿Desconfías, Teresa?

TERESA. (¡Qué tormento!)
Desconfiar... por qué?... No habéis estado
En las gradas de un trono?... ¿Qué os inmuta?...

(En tono profético.)

¡Una frente guerrera que se enluta,
No ceñirá corona!

GUILLERMO. (¡Desgraciado!)
¡Siempre el mismo recuerdo...!

TERESA. ¿Os causa pena?...
¡También á mí me duele y me tortura!
¡Como esclava besaba mi cadena!
¡Vos á los piés de la real sirena
Gozábais de su amor y su ternura!

GUILLERMO. ¡Oh! Teresa, por Dios!

TERESA. Ya me olvidaba...
¿Cuál es para quejarme mi derecho?...
La cordelera humilde ¿por qué osaba
Al sincero cariño que juraba
Á una reina feliz un noble pecho?
Vos... nada me debéis!... Yo... mucho os debo!
Y aunque vuestra me hizo la violencia,
Á lanzar una queja no me atrevo;
Porque, aunque el cáliz del oprobio bebo,
Respetado habéis siempre mi inocencia!
Y de no ser así... creedlo! la muerte
Un tósigo me hubiera anticipado...

GUILLERMO. ¡Teresa, por piedad!

TERESA. La adversa suerte,
No ha domado, por Dios, mi ánimo fuerte...
¡Siento mi corazón bien colocado!

GUILLERMO. ¿Me amenazáis?

TERESA. ¿Yo? no, no os amenazo...
¿Yo amenazar vuestro valiente brazo?...
¿Al terror de la Italia?... ¡Qué delirio!
¡Tamaña insensatez... yo la rechazo!

GUILLERMO. ¡Por fin harás eterno mi martirio!
Bien sabes tú cuán puro y reverente
Es el amor que te profesa mi alma;
Tuya es mi voluntad; mi adusta frente
Solo ante tí se muestra complaciente;
Porque solo á tu lado encuentro calma.

TERESA. Gracias, señor. Echemos al olvido
Toda acriminación...

GUILLERMO. ¡Teresa mía!

TERESA. Vuestro campo, señor, se ha conmovido...
Palabras contra vos han proferido,

Y está cundiendo la zizaña impia...
Velad, señor, velad; vuestros soldados
Sospechan ya de vos; el descontento
Se hace sentir; los mismos conjurados
Los jefes son que acata el campamento...
¿Por qué no os váis al campo de Tarento?

GUILLERMO. ¿Aliarme con el príncipe?... Locura!

(Toma de la mano á Teresa y la lleva al fondo del campo.

¿No ves aquella torre negra, oscura,
Que dibuja su cúpula en el cielo?...
Pues aquella mujer del negro velo,
Esa reina de Nápoles, que apura
La fraticida guerra, allí vivía...
Es un convento lóbrego, espantoso!...
¿No véis allá brillar una bujía
Con su rojiza luz?... Teresa mía;
Pues allí está la tumba de su esposo!...
Y en tanto que esa luz desaparezca
Del siniestro terrado del convento...
Mientras no apaguen esa luz odiosa,
Gritará « ¡guerra! » la homicida esposa,
Y « ¡guerra! » gritará Luis de Tarento!

TERESA. Esa luz...

GUILLERMO. Es la lámpara expiatoria
Que está sobre el lugar do asesinaron
Al monarca infeliz!...

TERESA. *(Con ironía.)* ¡Qué horrible historia!...
¿Por qué no la apartáis de la memoria?

GUILLERMO. ¡Los mismos asesinos la colgaron!...
¡Y mientras brille allí tendremos guerra!...

TERESA. Mandad, pues que la apaguen... En la tierra
Nadie se acuerda del monarca.

GUILLERMO. ¡Es cierto!...
¡Tu reflexión me aflige... sí... me aterra...
Pues quedaráse sin venganza y... muerto!
Miro la cara á Luis... y áun está muda,
Juana, Reina de Nápoles, callada;
El príncipe Luciano...

. . . .

TERESA. No os ayuda
La memoria, señor. — Esta cruzada
No tiene más imán... que la viuda!
Yo lo sé, como vos; el de Tarento,
Ama á la reina Juana; Luis de Hungría
La ama también... y vos, vos, caballero,
Si echáis en la balanza vuestro acero...
Es porque ambicionáis la monarquía!

GUILLERMO. ¡Cordelera, mentís!

TERESA. No, yo no miento;
Escuché silenciosa vuestro cuento
Del rey Andrés, la torre y la bujía...

GUILLERMO. ¿Dónde están vuestras pruebas?

TERESA. Las daría...
Mas, no á vos... á Luciano de Tarento!

GUILLERMO. Calla, calla, por Dios... que mi entereza
(Cae de rodillas.)
Se quiebra en tus palabras!

TERESA. ¡De rodilla...!
¿Dónde está Fra-Moriale esa fiereza?...
¿Dónde el fiero poder y la grandeza?...
Si una pobre mujer así os humilla!

(Después de una pausa, le levanta y hace todo lo que indican los siguientes versos.)

Vamos... sentaos aquí, junto, más junto;
Entre las vuestras comprimid mi mano...
Quiero que conversemos de otro asunto;
Dejemos ya la viuda y el difunto,
Y al pobre Luis y al príncipe Luciano!

GUILLERMO. Sí, sí, por Dios! Aléjame esa historia
Que harto con sus recuerdos he sufrido!...
¡Háblame de tu amor que es ya mi gloria
Y quiera Dios no alcance otra victoria
Que ver por tí mi amor correspondido!
¡Háblame de tu amor!... *(Se oye rumor lejano.)*

TERESA. La cordelera,
No os pide trono, cetro, ni corona...
Tan solo un bien os pide y ambiciona...

No se lo negaréis... La prisionera
Con él el brillo de su amor abona...

(El rumor se aumenta con ruido de armas.)

¡No percibís rumor...?

GUILLERMO. Habla... tu anhelo...

TERESA. Se acerca más y más...

GUILLERMO. Dí... ¿qué deseas?

TERESA. ¿No receláis, señor...?

GUILLERMO. No, no recelo.

TERESA. El campo se conmueve...

(El rumor aumenta; suena un tiro. Guillermo muestra la mayor desesperación y recorre aceleradamente del fondo al proscenio. Teresa lo vé aterrada.)

GUILLERMO. ¡Vive el cielo!

TERESA. Os traicionan, señor...!

(Suenan dos tiros á la vez; Teresa arroja un grito y se pierde en la arboleda de la derecha.)

GUILLERMO. ¡Maldito seas!

ESCENA III

GUILLERMO, LOVERO, MINORBINO, FERRIMALLA, y otros alabarderos, que conducen á TADEO, en traje de monje de SAN GERONIMO.

LOVERO. Condottier! aquí os traemos
A un brujo con faz de fraile,
Que ha llegado á nuestro campo
De buen caballo al escape;
Pero lo raro del cuento
Es que este maldito trae
El caballo Nuredino
Que llevó Láudo.

MINORBINO. El paseante
Calla cuando le preguntan.

JILLERMO. *(Sentándose.)* Vamos, reverendo padre,
¿Dónde quedó el conde Láudo?

DEO. Señor, no le ví. — En los valles
De Cápua, pobre viajero,
Andando á pié, ví agitarse
Un objeto, allá en la ceja
De la colina distante...
Le ví llegar sin ginete,
Tendida la crin al aire,
Con la brida sobre el cuello,
Incierto en su andar, jadeante...
Con maña y haciendo tiempo,
Gracias á espesos ramajes,
Conseguí se detuviese...
¡Dígalo Dios, que él lo sabe,
Que por encontrar al dueño
Esperé muchos instantes!...
Separado de mi ruta
Á causa de este percance,
Volví al camino y... creedme!
No vino en su busca nadie...
¿Volver atrás?... Imposible!...
Venía solo, era tarde;
Y mucho, mucho faltaba
Para llegar hasta Nápoles.
¿Qué remedio me quedaba?...
Monté y proseguí adelante;
Mas llegando á Nazaretti,
Tiró á la izquierda indomable...
Gritos, esfuerzos, reniegos
No consiguieron pararle;
Resolví correr la suerte
Que me reservaba. El aire
Resonaba en mis oidos
Como un trueno; los zarzales
Me han desgarrado; mi vista
Jamás alcanzó á fijarse;
Pretendí, por varias veces,
Lanzarme al suelo y dejarle;
Pero no me fué posible...

Corría fiero, incansable;
Saltando barrancas, hoyas...
Vió La Cava en el remate
De este bosque, y redoblando
De su carrera el coraje
Me ha metido en vuestro campo
Donde, al fin, logré pararle.
Esta es la historia; ya véis
Que no soy un miserable
Capaz de robar...

GUILLERMO. Responde:
¿Qué ibas á buscar á Nápoles?

TADEO. Iba á poner en arreglo
Mis negocios comerciales;
Porque temiendo á la guerra...

GUILLERMO. ¡Temerle á la guerra un fraile!

TADEO. No, señor, no soy profeso;
Pero puedo usar el traje
Para no ser reclutado.

GUILLERMO. ¿Se hacen reclutas en Nápoles?

TADEO. No sé; mas lo que es en Roma
En alta escala las hacen.
El nuevo Tribuno...

GUILLERMO. *(Con interés.)* ¿Cómo?...
¿Tiene Roma otro que mande?

TADEO. ¿Pues no lo sabéis?... Rienzi!

GUILLERMO. ¿Quién se animó á proclamarle?

TADEO. El rey Roberto de Anjou
Le dá su apoyo... ¡Admirable
Fué para todos tan rápida
Elevación!... Pero él sabe
Matar las admiraciones
Con alabardas y sables.

GUILLERMO. Pero adivinar no puedo...

TADEO. Su talento le ha hecho grande.

GUILLERMO. Bien, no te irás todavía,
Hasta que nuevos detalles

Me dés... (Me parece un sándio).
Entre tanto Fra-Moriale...

(Tadeo se estremece.)

TADEO. ¡Fra-Moriale!

LOVERO. ¡Le da susto!

GUILLERMO. ¿Encontràis extravagante
Mi nombre!... Razon tenéis...
Mezcla de soldado y fraile,
Es nombre común de dos;
Pero que de nada vale,
Si al pronunciarlo no causa
Terror en los circunstantes...
Serás mi huésped...

TEDEO. Señor,
Mis negocios comerciales...

GUILLERMO. No sufrirán; muy temprano
Te haré conducir á Nápoles.

TADEO. Gracias, señor! (¡Suerte rara!
¡Lo uno á lo otro equivale!...
¡No dormir entre capuchas
Por dormir entre puñales!)

GUILLERMO. ¿Qué será del conde Láudo?...

(Rumor en el interior del campo.)

DENTRO. ¡Quizá le mató ese fraile!

ESCENA IV

DICHOS, CONRADO y varios alabarderos.

CONRADO. ¡Venganza, señor, venganza!

GUILLERMO. ¿Qué ocurre?

CONRADO. Los enemigos
Han matado al conde Láudo!

GUILLERMO. ¡Cómo!... ¡Qué dices!... ¡Dios mío!

CONRADO. Apenas escapar pude...
Mi brazo derecho herido...

(Muestra el brazo que lo trae suspendido de un vendaje.

GUILLERMO. ¡Muerto Láudo!... ¡Dios del cielo!...
¡Corra la sangre, por Cristo!...
Vos, padre ¿dónde encontrásteis
El caballo?

TADEO. Ya os lo he dicho;
En las llanuras de Cápua.

GUILLERMO. ¿Viajábais solo?

TADEO. (¡Dios mio!)
No señor, me acompañaban
Unos diez desconocidos
Que tomaron por Aversa.

GUILLERMO. ¿Iban armados?

TADEO. (¡Qué digo!)

GUILLERMO. Respóndeme, brujo infame,
¿Iban armados?

(Tadeo palidece y calla.)

LOVERO. Lo dicho!
Este orates es un Judas.

GUILLERMO. *(Sacudiéndolo con ira.)*
¡Responde, fraile maldito!
¿Quiénes eran esos hombres?

TADEO. Quién sabe... desconocidos...

GUILLERMO. ¿Llevaban armas?

TADEO. Algunos
Eran arqueros...

GUILLERMO. ¡Dios mio!

LOVERO. ¡Ese fraile ha sido cómplice!

CONRADO. Con flechas fuimos heridos.

GUILLERMO. ¡Pídele á Dios, miserable,
Que te asista en el suplicio!

TADEO. Pero señor...

GUILLERMO. Sí, llevadle...
Y que muera como impío!

ɪEO. ¡Piedad! Piedad, Fra-Moriale!

LLERMO. ¡De Láudo no la has tenido!

ɪEO. Señor, yo soy inocente.

LLERMO. Llevadle y ahorcadle os digo.

s alabarderos conducen á Tadeo, por el fondo hácia la 'erecha. Guillermo cae en la roca, cubierto el rostro.)

ESCENA V

GUILLERMO y LOVERO.

ɪERO. ¡Que pérdida hemos sufrido!

LLERMO. *(Levantándose.)* Toma diez hombres ligeros,
Y entre Nápoles y Aversa,
Ó en Cápua... ó en los infiernos,
Busca y trae á mi presencia
A esos infames arqueros!
La vida de un miserable
No paga la que perdemos;
La sangre del conde Láudo
Exige que derramemos
Inmenso raudal de sangre...
¡Ay! Aplacarla deseo...!
Corre, vuela; diez valientes...
¡No tengáis piedad, Lovero!

(Lovero entra precipitado.)

ESCENA VI

GUILLERMO.

¡Dios de inmensa bondad! ¿porqué enojado
Tan fiero golpe sobre mí lanzaste?...
¿Qué ofensa te hizo el mísero soldado
Cuya vida, munífico amparaste

Del Palatino en el sangriento prado?...
¿Por qué, señor, por qué me abandonaste?...
(Hace una pausa, cubriendo el rostro con las manos.)
Láudo, Láudo, mi amigo y compañero...
¡Si no se opone Dios... vengarte espero!

(Teresa entra precipitada, pálida, afanosa y cae á los piés de Guillermo. Este trata de levantarla, durante el primer parlamento.)

ESCENA VII

GUILLERMO. TERESA, MINORBINO, FERRIMALLA y algunos alabarderos.

TERESA. Perdón!... señor, perdón para ese hombre!...
No, no le hagáis morir... le quiero tánto!...
El fué mi protector, cuando en Carpéntras,
Cordelera infeliz, hilaba el cáñamo...
No, no le mataréis... porque es mi padre
Y si le hacéis morir... también me mato!
Hace poco, señor, que me rogabais,
Con loco afán, y férvido entusiasmo,
Que dijera mi anhelo, que os pidiera
Como prenda de amor algo, sí, algo...
Pues bien, señor, os pido que el suplicio
Suspendáis de ese hombre... ¡pobre anciano!...
Y si es preciso que la sangre corra,
Para aplacar los manes de Ferrando,
No vaciléis por eso... la tendremos...
¡Verted la mía y quedaréis saciados!

GUILLERMO. ¿Perdonar á ese infame?... Es imposible!
(Levantándola.)

TERESA. ¿Qué es lo que está diciendo?... Desgraciado!...
¿Dice que es imposible?... Pues sabedlo!
De hoy más, en vez de amor, guerra os declaro!
De toda arma usaré... puñal, veneno,
Soborno, intriga, seducción, delato...
Haré cicuta el agua de las fuentes,

Prenderé fuego en vuestro propio campo...
El sueño acecharé de los que duerman,
De los que velen doblaré el quebranto,
Seré el demonio tentador de todos...

GUILLERMO. Teresa, por piedad!...

TERESA. Pues... perdonadlo!
Es inocente, sí, yo lo aseguro...
Jamás un crímen afrentó su mano...
Yo le conozco bien; sí, fué mi padre
A orillas del Ausón... por Dios! salvadlo!
¿Queréis que os diga más?... pues bien, sabedlo!
Ese infeliz que llevan al cadalso
Es el leproso que anunció tu sino
Cuando en Carpéntras me afrentó tu labio...
Tadeo Ancisa, tio del Petrarca...

GUILLERMO. ¿De Francisco de Arezzo?... ¿De mi hermano?...

TERESA. ¡Qué! ¿no lo habéis oido?... Le perdona...

(Á Minorbino.)

Id y haced esa soga mil pedazos;
Mandad que se retiren los verdugos...
¡Ved que se pasa el tiempo!... Sanguinarios!...
¡Hablad, señor, hablad!... ¿le perdonáis?

GUILLERMO. (¡Manes del conde Laudo! manes santos!
Perdonad si el amor y los recuerdos
De mis primeros, juveniles años
Os dejan sin venganza!... Minorbino,
Podéis decir... que yo le he perdonado.

(Minorbino, Ferrimalla y alabarderos obedecen con lentitud y desagrado.)

TERESA. No, no; podéis quedaros!... corro al punto...
¡Si es tarde, por desgracia... incendio el campo!

(Entra precipitadamente, seguida de los demás.)

ESCENA VIII

GUILLERMO. *(Pausa.)*

Es la primera ocasión
Que se me escapa una presa...
¡Dios te perdone, Teresa,
Este mi primer perdón!
La clemencia del léon
Dicen que nunca es clemencia...
¿Miedo será?... ¿impotencia?...
¡Ira de Dios!... ¡Compañeros!

(Corriendo al fondo.)

¡No haya perdón!... Sed severos!...
¡¡Que se cumpla mi sentencia!!

(Nuevo rumor en el campo. Se perciben vivas lejanos al cond Laudo.)

Pero ese rumor extraño...
Esa confusión de voces...

LOVERO. *(Dentro.)* ¡Viva el conde Laudo!

VOCES. *(Id.)* ¡Viva!

ESCENA IX

GUILLERMO, LAUDO, LOVERO, MINORBINO y algunos alabarderos.

(Guillermo corre al encuentro de Laudo y le abraza.)

GUILLERMO. ¡Conde, mi valiente Conde!

LAUDO. ¡Gracias, Condottiero, gracias!

LOVERO. ¡El león, alma de bronce,
No murió bajo las flechas
De los arqueros traidores!

GUILLERMO. ¡Gracias también, mi Lovero,
Y á vosotros que, veloces,

Solo por vengar su sangre,
Volábais al campo!... Conde,
Muchas heridas tenéis?

LAUDO. Son tres; pero los dolores
Que me causan son horribles...

GUILLERMO. ¿Eran muchos?

LAUDO. Diez ó doce.

GUILLERMO. Sentaos, descansad un poco.

(Se sientan en la roca Guillermo y Laudo.)

LAUDO. Para cumplir vuestras órdenes
Me embosqué tras la maleza...
Mas perdía á borbotones
La sangre; mi Nuredino
Libre y perdido en el bosque...
Conrado herido también...
No había esperanza — Un monje,
Que iba con ellos, se vino
De Cápua buscando el monte;
Los otros continuaron
Por Aversa... Oscura noche
Cubrió de sombras el campo;
En un recodo del bosque,
Como pude, mis heridas
Ligué; la lucha vencióme;
Y al abrigo de unas ramas
Me dormí...

LOVERO. (¡Valiente hombre!)

LAUDO. No bien amaneció el día
La luz del sol alentóme...
Y arastrando... y poco á poco...
Me acercaba aquí... del monte,
Tras del espeso follaje
Ví deslizarse unos hombres...
Temí nuevas desventuras...
Recelé males peores...

GUILLERMO. ¿Y quiénes eran?... Supísteis!

LAUDO. Lovero y su gente.

GUILLERMO. Conde,

Mucho habéis sufrido, mucho...
Mi gratitud os responde...

(Lovero y Minorbino sostienen á Laudo. Ruido de voces dentro.)

¿Qué es eso?... ved lo que pasa
En el campo.

LOVERO. *(Dirigiéndose al fondo.)* Suenan voces.

(Nuevo rumor en el campo. Conrado entra precipitadamente con un pliego y unos hábitos en la mano.)

ESCENA X.

DICHOS y CONRADO.

CONRADO. ¡Traición, señor, traición... os han vendido!

GUILLERMO. ¿Qué sucede, por Dios?

CONRADO. La cordelera,
Acaba de partir con ese hombre
Que perdonásteis hace poco...

GUILLERMO. ¡Ella!...
¿Teresa me traiciona?. . ¡Dios del cielo!

CONRADO. Ese monje traidor que se la lleva,
Dejó olvidados, ó tal vez de intento,
Su hábito y este pliego.

(Arroja el hábito á los piés de Guillermo, y le entrega el pliego.)

GUILLERMO. *(Á Lovero.)* A la carrera...
Corred... volad... por Dios! Sí!... mi caballo...
Mi caballo, por Dios!

LAUDO. ¿Pero qué intentas?
Del traidor en alcance irá Lovero...
¡Abandonar tu campo...!

GUILLERMO. ¡Cordelera!...
Si mi mano te alcanza... ¡ay! yo te juro
Marcar tu frente con estigma eterna!

¡Volad, volad; la dilación me mata!...
¡Ay de vosotros si venís sin ella!

(Lovero sale precipitadamente.)

LAUDO. Ese pliego tal vez!

GUILLERMO. ¡Oh! ingrata, ingrata!. .
¿Este es el pago que mi amor encuentra?

LAUDO. Ese pliego, señor...

GUILLERMO. ¡Mujer traidora!
¡Tal vez por otro amor huye y me deja!
¡Mi caballo, por Dios! sí... mi caballo!...
¿Todos me traicionáis?... Cómo revienta
De su infame traición, ola tras ola,
El horrible volcán en mi cabeza!

LAUDO. Ese pliego, señor, tal vez nos diga...

GUILLERMO. Tienes razón... sí, sí... tal vez Teresa...

(Guillermo lee con agitación el sobre.)

« Al Reverendísimo Valeriano Severino,
Superior del convento de San Gerónimo. »
¡Maldición! ¡Maldición! *(Arroja el pliego.)*

LAUDO. *(Recojiendo el pliego.)* ¡De Dios la mano,
Por una eternidad, bendita sea!
Ese pliego, señor, es un tesoro;
Lo que saber queréis en él se encuentra;
Por cojer ese pliego me mandásteis
Á los bosques espesos del Aversa;
Por cojer ese pliego...

GILLERMO. *(Recordando.)* ¡Cierto, cierto!...
¡Has vertido la sangre de tus venas!

(Guillermo abre el pliego con mano convulsa; recorre sus líneas; se inmuta, se enfurece; aprieta el papel entre sus manos y lo arroja con indignación.)

¡Una nueva traición!... ¡Dios de mis padres,
No me abandone, no, tu omnipotencia!
¡El príncipe Luciano es el que escribe
Á la Reina de Nápoles... perversa!
¡Le habla de amor, de tregua, de himeneo!...
¡Siento en mi corazón que arde una hoguera!

¡Esposa desleal!... ¡viuda insensata!...
¡Mira que estoy pisando tu diadema!...

(Toma de la cimera del casco el ramo de olivo, lo hace pedazos y lo pisa.)

Roto este ramo, el juramento rompo!...

(A sus soldados.)

¡A Nápoles volemos!... Guerra, guerra!...
¡Mandad que sobre lanzas y alabardas
Se alce en los aires la bandera negra!...

(Conrado, Minorbino y algunos alabarderos entran precipitados: se oye el grito de « guerra! guerra! » Guillermo desnuda su espada y arroja la dalmática, quedando en traje de combate.)

¡A los muros de Nápoles, soldados!

(Las cornetas alarman el campo; se oye ruido de armas. Varios grupos salen á la escena acaudillados por Minorbino y Conrado.)

¡Venganza ó muerte! si! La trompa suena...
¡No haya piedad! No quede de la infame
Nada que la recuerde acá en la tierra!...

(Guillermo se precipita entre los grupos.)

Marcha militar. — Cuadro.

ACTO TERCERO

Sala del palacio del Tribuno-Senador Rienzi, á orillas del Tíber: puerta al fondo; á la derecha habrá otra puerta con vidrieras, que dá paso á un balcón sobre el río. — Mesa con recado de escribir: consolas en el fondo con telas y objetos de lujo. Noche.

ESCENA PRIMERA

TERESA y ROBERTO

ROBERTO. Por más que yo batallaba
Con mi memoria... imposible!
¿Cómo á figurarme iba
Veros á orillas del Tíber?
Anoche, cuando os trajeron,
La oscuridad era horrible.
¿Desde cuándo estáis en Roma?

TERESA. A principios de abril vine;
Pero estuve en un convento,
Cuya austera regla impide
Toda comunicación
Con los que en el mundo viven.

ROBERTO. ¡Muy feliz érais en Nápoles!...
Solo en la noche del crímen...

TERESA. No traigas á mi memoria
Cosas que la martiricen.
Tú también eras dichoso;
¿Por qué causa te viniste?

(Roberto enjuga sus ojos.)

¿Tu faz humedece el llanto?...
¿Qué es eso, Roberto, dime...
Qué ha sucedido por Nápoles?

ROBERTO. Señorita... es increible!
Desde aquella infausta noche
Fué todo tiniebla; el crímen
Trajo su sangrienta lava
Hasta la márgen del Tíber.

TERESA. Pero nuestra reina Juana...

ROBERTO. ¡Pobre señora... me aflije
Recordar su triste suerte
Y su porvenir más triste!

TERESA. ¿Qué ha sido de ella?

ROBERTO. Sitiada
Por Fra-Moriale, el terrible,
O se morirá de hambre,
O si vencida se rinde,
La matarán, sin clemencia,
Esos sanguinarios tigres.

TERESA. Pero el Tribuno de Roma
No la defiende?

ROBERTO. Es posible
Que á tiempo lleguen las tropas
Que Su Eminencia dirije;
Pero á juzgar por los términos
En que doña Juana escribe,
Temo que, llegando tarde,
Surjan conflictos horribles.

TERESA. ¿Y qué pide Fra-Moriale?

ROBERTO. Sangre, señora, eso pide...
Pero parecéis cansada...
Si queréis que me retire...

TERESA. Me entristecen tus historias...
Es tarde ya... puedes irte.

(Roberto saluda y sale.)

ESCENA II

TERESA

¡Sola!... ¡sola en el mundo!... ¡Abandonada!
En la odiosa prisión de esta clausura!...
¡A una terrible predicción ligada!...
¡Viva sin sol y mártir sin ventura!
¡Reo sin delito!... Condenada
Por el funesto dón de la hermosura!...
¡Ídolo sin altar!... Sobre mí pesa
La maldición de Dios!... ¡Pobre Teresa!
¡Pobre Teresa! — Ni tu santo oficio
A orillas del Ausón cambió tu suerte;
Ni en Puzolo tu amante sacrificio
Pudo embotar las garras de la muerte;
Y hoy á orillas del Tíber quiere el vicio
Bajo su infame protección ponerte!...
¿Cuándo, señor, este calvario cesa?...
¿No habrá paz para mí?... ¡Pobre Teresa!
Esta dorada cárcel; esos dones
Con que tentar mi vanidad pretende;
De su liviano amor las expresiones
Con que mi amor y hasta mi honor ofende;
Alardes de poder; ruines pasiones;
Llama sin fuego que el deleite prende...
¡Esos mis gajes son!... ¡Mi herencia es esa!
¡Ultraje y aflicción!... ¡Pobre Teresa!

Rendida por la emoción, cae en el sillón contiguo á la mesa. Por la derecha cantan la siguiente estrofa.)

« ¿Para qué naciera hermosa,
Si en este barrio maldito
La hermosura es un delito,
Y la virtud un baldón?...
Cordeles aquí tejemos,
Que ofrecemos
Al verdugo del Ausón. »

TERESA. No hay duda, no; es la canción
De mi edad de cordelera...
¡Ay, si como entonces fuera
Dichoso mi corazón!

(Repiten la primera parte de la estrofa. Teresa se asoma al balcón que da al Tiber. Nicolás, en traje de Tribuno, aparece en la puerta del fondo.)

No me engaña mi deseo...
Es una débil barquilla...
Ya casi toca á la orilla...
No hay duda alguna... es Tadeo!

(Repiten el resto de la estrofa. Teresa la oye enagenada.)

¡Aconséjame, Dios mío!
¿Qué debo hacer?... Escribirle...
Sí... mi situación decirle...
Que sepa cómo el impío
Me tiraniza inhumano,
Que no me olvide; que venga,
Y que mi virtud sostenga
Contra el poder del tirano...
Él tiene buen corazón *(Nicolás desaparece.)*
Pero breve... el tiempo vuela...

(Observa en todas direcciones.)

¡Como mi sangre se hiela
De espanto en esta prisión!

(Vuelve al balcón y hace seña con el pañuelo; regresa á la mesa y escribe. El instrumento repite la música de la estrofa.)

No perdamos un momento...

(Cierra la carta precipitadamente. Nicolás aparece en el fondo.)

Mi collar, mi anillo... todo!...

(Se despoja de sus joyas, y de ellas y la carta hace un paquete.)

Pero echarlo... ¿de qué modo?

(Queda un instante reflexiva, y luego corre á la mesa en donde están varias telas, cintas, etc. Nicolás desaparece.)

Todo se ofrece al intento!

(Toma un rollo de cinta; ata el paquete; vuelve al balcón y llama con el pañuelo.)

Ya me vió...Ya cruza el río
La voladora barquilla!
¡Ya se aproxima á la orilla!

(Teresa descuelga el paquete. Nicolás reaparece en el fondo.)

¡Ya está en su poder... ¡Dios mío!

(Nicolás sonríe malignamente y desaparece.)

Ya la cinta desató...
Ya leyendo está lo escrito...
Me hace señas... ¡Dios bendito!
¡Algo en la cinta prendió!

(Recoge la cinta, en cuya extremo viene atado un puñal.)

¡Un puñal!... ¡Qué bien comprende
Mi espantosa situación!...
¡El leproso del Ausón
De la infamia me defiende!

(Desata el puñal, lo oculta en sus ropas y arroja al suelo la cinta.)

Si de nuevo su maldad
Mi pudor ó mi honra ofende,
Este acero me defiende!

NICOLÁS. *(Dentro.)* ¡¡Velad, arqueros, velad!!

TERESA. ¡Ay!... ¡Qué grito tan feroz!
¡Imprudente centinela!

(Aparece Nicolás.)

¡También la víctima vela
Bajo el trueno de tu voz!

(A una carcajada de Nicolás vuelve la vista Teresa, que le vé con asombro.)

ESCENA III

NICOLAS y TERESA

NICOLÁS. Parece que os causa horror
El grito de los aqueros.

TERESA. Pero los acechos fieros
Me horrorizan más, señor.

NICOLÁS. Lo siento... La culpa es vuestra.
Si dócil á las pasiones,
De aceptar mis pretensiones
Me dierais ligera muestra;
Si, dando mano al rigor
Con que me trata severa,
Con su amor la cordelera
Pagara mi fino amor,
No fueran así, á hurtadillas,
Las visitas del amante,
Y á la luz del sol radiante
Culto os diera de rodillas!...
¿Por qué tanta obcecación
Con un amor tan rendido?

TERESA. Decidme ¿no habéis oido
Remos por el malecón?

NICOLÁS. Ya lo olvidaba... y oía
La preciosa barcarola...
Y áun me dije: « estará sola...
» Voy á hacerla compañía. »

TERESA. No era yo la que cantaba.

NICOLÁS. Lo comprendo... si, era él.

TEEESA. ¿Sabéis quién era?

NICOLÁS. Un doncel
Que á una hermosa remedaba.
¡Qué dulce y tierna canción!
¿La sabéis?... Es carpentrana!
¡En la música italiana

No la hay de más corazón!...
¡Oh! me la habéis de cantar!
¡Qué aire tan triste y tan bello!

(Levantando la cinta.)

¿Esta cinta?... ¡Ah! del cabello
La acabaríais de quitar.

(La arroja.)

TERESA. (¡Me horroriza su ironía!)

NICOLÁS. No es tan triste, á lo que veo
El Tíber.

TERESA. (¡Pobre Tadeo!)

NICOLÁS. ¡Tiene noches de alegría!
Los cantos del pescador,
Las noches de clara luna,
Los insomnios de fortuna,
Las aventuras de amor...
Todo da al precioso río,
Que mi altiva ciudad baña,
Ese tinte, que no engaña,
De amor y dicha.

TERESA. (¡Dios mío!)

NICOLÁS. ¡Con razón que en vela estéis!...
Yo también á vuestro lado
Mi amargo insomnio obcecado
Mataré... ¿Lo concedéis?...
¡Bella estáis entre las bellas!...
Aunque sin joya ninguna...
¡No le hace falta á la luna
La luz que dan las estrellas!
Así con encantos brilla,
Probando su raza pura,
El diamante en noche oscura,
El sol en la parda orilla...
Pero qué... ¿no me escucháis?...
¿Os causa mi voz fastidio?
¿Será que yo siempre lidio
Sin provecho?

TERESA. Os engañáis.

No es fastidio, que es temor,
Lo que mi entereza humilla...
Jóven, tímida, sencilla...
¿Cómo requiebros de amor
A solas podré escuchar?

NICOLÁS. ¿Nunca tuvisteis amigos?...
¡Para el amor no hay testigos!

TERESA. Por eso no quiero amar.

NICOLÁS. Nada tenéis que temer;
Mi propio afecto os ampara...
¿Si mi respeto os negara,
Quién os guardara?

TERESA. El deber.
¿Sus leyes no conocéis?

NICOLÁS. ¡Las conozco... y las practico!

TERESA. Entonces... yo no me explico
La pregunta que me hacéis.

NICOLÁS. (¡Cómo se burla y me exalta!)
Vamos, Teresa, es preciso
Dar á nuestro paraiso
El encanto que le falta.
No bastan las bellas noches,
Vistas desde esos balcones,
Ni las dolientes canciones,
Ni el aroma, que en los broches
De puro marfil ó grana,
Como incensario de olores,
Guardan del jardín las flores
Y esparce la brisa ufana!
Algo más es necesario....
¡La soledad es la muerte!...
Ved la vid, que se hace fuerte
Junto al olmo centenario.
¡En la unión está la vida!
Por eso es que unidos vemos
Los más opuestos extremos...
Y es por eso que, fundida
En su fuego abrasador
Vemos en la humana raza

Que el odio la despedaza...
Que la reune el amor.

TERESA. Ya por una y otra vez
Os he dicho mi deseo...
Un claustro...

NICOLÁS. Por lo que veo
No os basta esta lobreguez.
Claustros tenéis á millones
En este inmenso palacio...
Celdas!... ¿No os mata el espacio
De estos estrechos salones?...
Busquemos la libertad
En el mundano bullicio;
Busquemos el beneficio
De la sociabilidad!...
Y en el mar arrebatado
De la mascarada humana,
Cantemos alegre hosanna
Al Dios que nos ha criado!

TERESA. Aún no me puedo explicar
Por qué el Tribuno de Roma
Temerario empeño toma
Para vencer y triunfar
De una infeliz cordelera
Que, indigna de tanta gloria,
Ni áun disputa la victoria...
Porque alcanzarla no espera.

NICOLÁS. Injusta sóis, en rigor,
Hablando de esa manera...
Bien sabe la cordelera
Cuanto ambiciono su amor!...
Mis títulos, mi grandeza,
Cuanto tengo, cuanto valgo,
Lo pongo á los piés, hidalgo,
De vuestra altiva belleza!...
¡Pero amadme, por favor!
¡Yo vuestro amor necesito!...
¡No hagáis que obtenga el delito
Lo que no pudo el amor!

TERESA. ¡El delito!... No es en él
Donde hallaréis esperanza,
Que en lides de amor se alcanza
En el amor el laurel...
Yo os pido menos que amor...
Os pido olvido y quietud...
¡No amenacéis mi virtud...
Porque tiene un gran valor!

NICOLÁS. ¡Cuán funesta tu hermosura
Para mi destino ha sido!

TERESA. ¡En herencia me ha traido
Mi espantosa desventura!...
¡Olvidadme, por piedad!

NICOLÁS. ¡Vos no la tenéis de mi!

(Tomándole de la mano.)

TERESA. ¡Respetadme!

NICOLÁS. *(Tratando de llevarla al fondo.)* Muy bien... si!
¡Caridad por caridad!
¡Harto vuestro esquivo labio
Pagó mi afán con desdén!
¡Harto devoré también
La amarga sal del agravio!
¡Al fin ya todo cambió!...
¡No me mueve vuestro llanto!
¡Ya no me aflige el quebranto
Que otro tiempo me afligió!...
Ya os tengo aquí... en mi poder!

TERESA. ¡Sálvame, Virgen bendita!

NICOLÁS. Esa súplica me irrita...
¿Salvaros?... No puede ser!
¡María es madre de amor
Y castiga la impiedad!

TERESA. ¡Es madre de castidad
Y condena el deshonor!

NICOLÁS. ¡No más blasonéis ufana
De inocencia y sencillez...
Si os lo toleré una vez
No á más mi bondad se allana!

(Remedo irónico.) Niña, condorosa y pura...
Verme á solas... ¡Oh! qué horror!
¿Cómo escuchar vuestro amor
En la soledad oscura?...
¡Falsa, hipócrita mujer!
¿Tanto escrúpulo... qué vale?
¡En poder de Fra-Moriale
No estuvísteis hasta ayer?...
¿No fué en vergonzosa fuga,
Y entre feroces bandidos,
Que sus primeros latidos
Dió la pasión que os subyuga?...
¿Decid si os causaba horror
La sangre allí derramada;
Si inocente y desolada
Os inquietaba su amor?...
¡De vuestra torpe impudencia
Me irritan los desafueros!...
¿Acaso entre bandoleros
Se acrisola la inocencia?...
¡Alardead de mujer fuerte!

(La toma con violencia.)

Pero no hagáis, os repito,
Que me dé al fin el delito...

TERESA. Seguid... y os dará la muerte!

(Amenazándole con el puñal. Nicolás retrocede acobardado)

Me insultásteis y he sufrido
La calumnia y la impostura;
Mi fama, que es limpia y pura,
Vuestros dientes han mordido...
También me habéis recordado,
Tristes y desoladoras,
De mi infortunio las horas,
Y las habéis infamado!...
Pero es bueno que sepáis
Que Fra-Moriale, el bandido,
Nunca hubiera cometido
La acción cobarde en que estáis!
Él me tuvo en su poder,

De bandoleros cercada...
Y nunca mejor tratada
Se vió una honrada mujer!
Jamás alardes de furia
Hizo al ídolo querido;
Jamás insultó mi oido
Con amenaza ni injuria;
Y, aunque nunca amado, amable,
Cortés, delicado y fino,
Cubrió siempre mi camino
De respeto inquebrantable!
(Ironia.) ¡Qué contraste, gran señor,
Entre el feroz bandolero
Y el cumplido caballero
Que es Tribuno y Senador!

NICOLÁS. ¡No más de labios perjuros
Salga el elogio del crimen!

TERESA. Si ellos de hacerlo se eximen,
Serán todo... menos puros!

NICOLÁS. Vamos... calmaos, por Dios!
Mi orgullo el amor inmola...
¡Amadme!

TERESA. ¡Dejadme sola!
¡Todo acabó entre los dos!

NICOLÁS. ¿Sigue la burla?... ¡Sabed
Que la he sufrido bastante!...
¡Por la humildad del amante
Su fiereza comprended!

TERESA. ¿Me amenazáis?... ¡Bien guardada
Está mi honra, caballero!...
¡A la punta de este acero
Dios la tiene encomendada!
Si ella es poco para vos...
Para mí me basta y sobra!

NICOLÁS. No blasfeméis... Vuestra obra
La inspira el diablo y no Dios!...
Pero os ciega el devaneo
De vuestra arrogancia loca...
¿No hay un ruego en vuestra boca

Por el infeliz Tadeo?

(Teresa muestra la mayor tribulación.)

¿Perecerá en la tortura
Molido y despedazado
Como el cómplice acusado
De sacrílega impostura?...
¿De él no tendréis compasión?
¿No os moverán sus dolores?
¿Cual de herejes y traidores
Será su condenación?

TERESA. Señor, de vuestra piedad,
Si hay piedad en vuestra mano,
Lujo haced con ese anciano
Modelo de lealtad!
Y si acaso es necesaria
Una víctima... aquí estoy!
Si hay culpa... culpable soy!
¡Caiga el hacha sanguinaria!
¡Cortad mi rebelde cuello...
Corra mi sangre á torrentes...
Arrancadme ojos y dientes...
Poned fuego en mis cabellos...
Haced mis miembros pedazos...
Una por una mis venas
Desangrad... están bien llenas!...
Clavadme de piés y brazos...
Dadme mi ofrecido trono
Sobre una hoguera incendiada...
No omitáis nada... no, nada
Para saciar vuestro encono!
¡Cuanto os plazca... ejucutadlo!
¡Ni resisto... ni me quejo!
Pero al inocente viejo...
¡Perdonadlo!... ¡Perdonadlo!

(Cayendo de rodillas y arrojando el puñal. Pausa corta. Nicolás la levanta.)

NICOLÁS. ¿No os dije?... Al fin la mujer
Su debilidad confiesa...
¡No pueden luchar, Teresa,
La impotencia y el poder!...

Dios, en su ciencia infinita,
Maliciando esta Babel,
Le dió las fuerzas á él...
A ella las fuerzas le quita;
Para que así, sin ludibrio,
Ella y él, dados de mano,
Este carnaval mundano
Crucen... en justo equilibrio.
Si la voluntariedad
De la mujer fuera fuerte,
¿Qué ocupación á la muerte
Le diera la humanidad?
Pongámonos en razón,
Que es razón que en ella estemos...
Amarnos con fe juremos...
Y Dios dé su bendición.
Así cumplido el deseo
Que hará mi vida dichosa...
Vos seréis feliz esposa...
Feliz yo... feliz Tadeo!

TERESA. Mi franqueza perdonad...
Pero yo amaros no puedo...
Perdonadle... y os concedo
Mi cariño y mi amistad.

NICOLÁS ¿Quién en tan dura refriega
Habla de amistad, señora?..
¡Cuando la fuerza enamora
La debilidad se entrega!
Os repito... el devaneo
De vuestra loca arrogancia
Vá alargando la distancia
Que hay entre vos y Tadeo!

TERESA. ¡Infeliz!... Decidme al ménos
Lo que habéis hecho de él.

NICOLÁS. ¿Yo?.. ¡Nada!... Vuestro papel
Lleva al jefe de los buenos.

TERESA. ¡Oh!... le habrán asesinado.

NICOLÁS. La ocasión os hace ingrata...
¡Matarle!... Nunca se mata

El bién que se ha ambicionado!
Yo, como vos, también creo
Que atroz injusticia fuera
Privar á la cordelera
De un padre como Tadeo...
Por eso libre y dichoso
En mis reinos entra y sale...
Ya estará con Fra-Moriale...

(Teresa se inmuta.)

El magnánimo... el glorioso!
Vuestra recomendación
Cumple, acaso, en este instante..
Ver me parece el amante
Bramando de indignación...
Y hasta me figuro oir
Su voz que exclama... « ¡ Imposible!
» ¡ Ella con él!.,. ¡ Increible!
» ¡ Voy á salvarla ó morir!... »
(Sonriendo.) ¡ Pobre Guillermo!... El templario
Con cruz y todo, no sabe
Toda la astucia que cabe
En el alma de un Notario.
Su postrimer aventura
Vá el infeliz á correr...
(Encolerizado.) ¡ Aquí mismo váis á ver
Cómo prueba su bravura!...
¡ Un trono para los dos!...
Está predicho... y no es falso...
Para Guillermo... el cadalso!
¡ Y la hoguera... para vos!

(Teresa atribulada cae en el sillón. Nicolás sale. — Telón rápido.)

ACTO CUARTO

Calabozo en la cárcel del Capitolio. Puerta al fondo, y una gran ventana á la derecha. A la izquierda un pequeño altar en primer término; y una puerta secreta en el segundo. Guillermo aparece atado á una cadena, pendiente de un poste de piedra que le sirve de asiento. — Pausa.

ESCENA PRIMERA

GUILLERMO.

¡Por fin ya llegaste!... Del rudo camino
La senda funesta cruzaste por fin!
¡Tu horóscopo fiero, tu lúgubre sino
Quedó realizado del todo!... ¡Infeliz!
¡Monarca cautivo!... Tu férrea corona,
Tu oscuro palacio, tu trono feroz
No abdiques ingrato!... Tu nombre blasona
En alas del trueno muy grande, por Dios!

(Pausa corta.)

¡Cumplido está todo!... Mi cuello mañana
Al frío contacto del hacha fatal...
Caerá de su tronco, cual palma lozana
Que abate á los vientos su copa triunfal!

(Pausa.)

¡Qué indigna celada!... ¡Qué infame bajeza!
¡Cobarde asechanza, bien digna de él!...
¡En alma plebeya no hay nunca nobleza!...
¡La huella del tigre no busca el lebrel!...
¡Fingírseme amigo!... ¡Rodearme de espías!...
¡Diez hombres por uno!... ¡Villana traición!...
¡En lucha más franca sus manos impías
Matarme han podido de angustia y furor!

¡Valerse de ella!... ¡Sus cartas forjarme!...
¡Con súplica humilde mover mi piedad!
¡Su letra... su estilo... su firma imitarme!...
¡Traerme en su auxilio!... ¡Qué trama infernal!
La hazaña gloriosa del noble tribuno
No envidia, por cierto, Guillermo Monreal!
¡Su tipo de gloria tendrá cada uno!...
¡Su juicio y su fallo cada uno tendrá!
¡Verdugo de Roma .. tu horóscopo escrito
Muy cerca, muy cerca del mío quedó!...
Tu vida y mi vida las mancha el delito...
¡Que vierta su sangre quien sangre vertió!...

(Pausa.)

¡Morir sin vengarla!... ¡Dejarla en sus manos!...
¡Su víctima inerme!... ¡Su amante quizá!
¡Su amante!... Nó... nunca!... Los celos insanos
Con olas de fuego quemándome están!...
¿Quién sabe si acaso con él coligada
La inícua celada también preparó?...
¿Quién sabe si acaso... ¡Oh, Dios de los cielos!

(Poniéndose de rodillas.)

¡Oh, Rey de la tierra!... ¡Señor de la mar!
¡Rasga de mis ojos los pérfidos velos!...
¡Déjame que vea la luz, la verdad!

ESCENA II

GUILLERMO y NICOLÁS.

Este aparece sigilosamente por la puerta secreta. Pausa.)

COLÁS. Vamos, Guillermo, muy bien!
Pecador arrepentido,
Puede llevar un bandido
Corona blanca en la sien!

JILLERMO. (¡Trágueme el infierno!... El es!)
¿Quieres gozarte en tu obra?...

NICOLÁS. Ya está acabada... me sobra
Verte humilde ante mis piés.

GUILLERMO. *(Levantándose con altivez.)*
¡A tus piés!

NICOLÁS. ¡Y no es de broma!
¡De rodillas, bandolero!

GUILLERMO. ¡Una y mil muertes primero,
Tribuno altivo de Roma!
¿Hay privanza entre los dos?...
¿Yo humillarme?... ¡Qué locura!
¡Reverente criatura
Solo me humillo ante Dios!

NICOLÁS. ¿Orabas acaso?

GUILLERMO. Sí...
Oraba en bién de tu gloria.

NICOLÁS. La oración más meritoria
Hubiera sido por tí...
Que, al fin, tus horas contadas
Piden rezos muy de prisa...
Tus delitos...

GUILLERMO. Me das risa,
Con tus pláticas sagradas.
¡Mis delitos!... ¡En la Italia
Con mi espada están escritos!...
Pero son esos delitos
Hijos de la represalia.
La inútil carnicería
Nunca halaga al que es valiente;
Mi conducta es evidente...
Mato... pero en pleno día...
Mientras que el Zorro Tribuno,
Lo hace allá en sus oraciones,
En sus santas devociones...
Para avigorar su ayuno.
En el nocturno arrebol
Que despiden sus puñales
Descarga golpes mortales...
¡Yo mato á la luz del sol!
¡Mis delitos!...

NICOLÁS. ¡Callarás!

GUILLERMO. Tú mi lengua has provocado...
¿Cómo puedo estar callado,
Viéndote aquí, Nicolás?...
¡Sigue en devota oración
Hipócrita cenobita,
Lavando en agua bendita,
Las manchas del corazón!

NICOLÁS. Vamos, Guillermo, despacio...
¡Estás filósofo á fé!
Tú soñaste, y yo soñé
Habitar rico palacio;
Sentarnos bajo de un solio
Y ceñir áurea corona...
La verdad todo lo abona...
¡Ya estás en el Capitolio!
Tu trono es muy elevado...
Inmenso... míralo allí!

(Abre la ventana de la derecha : la iluminación de la plaza penetra en la escena.)

GUILLERMO. ¡Mi cadalso!

NICOLÁS. ¡Cierto... sí!
¡El cadalso del malvado!

(Rumor.)

GUILLERMO. Yo al pueblo saber le haré
Por qué muero en esa plaza.

NICOLÁS. ¡Te pondrán una mordaza!

GUILLERMO. ¿Mordaza?... la romperé!

(Pausa corta.)

Mis palabras, Nicolás!
Te causan pavor?... lo siento!

NICOLÁS Te pondrán en el tormento!

GUILLERMO. ¿Para que diga algo más?...
¡Queda tánto de tu historia!

NICOLÁS. Te burlas, demonio fiero?

GUILLERMO. ¿Burlarme?... Nó... solo quiero
Refrescarte la memoria.

Puedes mi sangre agotar,
Hacer mi lengua pedazos,
Cortarme piernas y brazos,
Mis huesos pulverizar...
Pero no podrás con eso,
Con que los viles oprimen,
Acallar la voz del crimen
Ni hacer liviano su peso!...
Podrás llevarme á la muerte
Con mordaza y maniatado;
Pero no te será dado
Abatir mi ánimo fuerte!
Bien puedes asesinarme,
A traición... de cualquier modo!...
¡Hay sátrapas para todo!...
Pero no podrás quitarme
Mi mayor satisfacción...
La mirada desdeñosa
Con que á la zorra medrosa
Da su desprecio el léon!

(Se oye un doble de campanas.)

NICOLÁS. ¿No has oido?... La campana
Anuncia tu hora postrera.

GUILLERMO. No la teme quien la espera.

NICOLÁS. La muerte todo lo allana.

GUILLERMO. Mas no debes olvidar,
En el instante en que muero,
Que soy grande y caballero...
Que hay venias que respetar!

NICOLÁS. Morirás como quien eres,
Y venias tendrás también;
San Juán de Jerusalén
Da honor é impone deberes.

GUILLERMO. ¡Con mi cruz de caballero
Y la espada puesta al cinto!
¡Como murió Enrique quinto!

NICOLÁS. Pero algo del bandolero
Llevar también es razón!
¡Lástima es que solitario

Mueras!... falta á tu calvario
El bueno y el mal ladrón!

ILLERMO. Esa blasfemia villana
Es en tu hipócrita labio
Un cobarde y torpe agravio!...
¡Verme atado!...

(Doble de campanas.)

COLÁS. ¡La campana!

ILLERMO. ¡La campana!... ¡Esa es tu fuerza!...
¡El verdugo, el hacha, el fuego!...
¡Oh! de la vida reniego!...

COLÁS. En vano tu voz se esfuerza
Por ocultar la impresión
Espantosamente fiera
Que te ha causado la hoguera!

ILLERMO. Nicolás, tienes razón.
No es miedo, no... por mi honor
Lo juro... pero es horrible
Lanzar un cuerpo sensible
Al fuego devorador!
Si mi muerte es necesaria
Para tu engrandecimiento,
Escucha en este momento
Mi postrimera plegaria...
La hoguera es suplicio atroz!..
El potro, la rueda, el yugo...
La tenaza del verdugo
O su cuchilla feroz!...
El tajo no hace sufrir
Ni tortura al sentenciado.
¡Con la muerte del soldado
No es tan horrible morir!

COLÁS. Morirás bajo el acero;
Pero esta concesión labra
Una promesa... Palabra,
Palabra de caballero,
De estar callado darás!...
Hablar algo... inútil fuera!...
¡No te olvides de la hoguera!...

GUILLERMO. Me callaré, Nicolás.

(Dobles de campanas. Tres toques de atención. — Nicolás se postra frente al altar.)

DENTRO. "Guillermo de Monreal, caballero de San Juan de Jerusalén, llamado por sus crímenes Fra-Moriale, el Desapiadado, confeso de toda clase de maldades, y convicto de haber intentado saquear é incendiar á Roma, será conducido hoy á la plaza del Capitolio, en donde, después de degradado, se le cortará la cabeza por la mano del verdugo."

(Aplausos y gritos.)

GUILLERMO. Por fin mi estrella espantosa
Se cumple!... ¡Pregón infame!
¡Señor, compasivo dame
Tu asistencia poderosa!

(Una guardia de arqueros, precedida por el verdugo, rodea á Guillermo y le desata de la cadena.)

ESCENA III

DICHOS, el Verdugo y Arqueros.

GUILLERMO. ¡Ya soy feliz!... Me abandona
La cadena del cautivo!...
¡Soy feliz!... ¡Libre recibo
Del martirio la corona!...
Verdugo... pónmela bien!...
Y que al mostrar mi cabeza,
Reconozca su grandeza
San Juán de Jerusalén!

(Atado por el verdugo, que lleva la soga, sale escoltado por la guardia.)

ESCENA IV

NICOLÁS.

Ya se fueron... corazón
Tu cárcel rompe y reposa!...
No más la zorra medrosa
Sufra angustia, ante el león.
Pero venga ella también..

re la puerta secreta y toca un pito de oro que lleva al uello.)

¡Quiero vengarme y gozar!...
¡Bueno es que pueda apreciar
Cuánto cuesta su desdén!

re la ventana. — Se oyen rumores populares y dobles e campanas.)

¡Ya está en la plaza!... ¡Cuál ruge
El populacho feroz!. .
Mil voces en una voz
Que, como el mar, brama y muge!

(Vuelve á la puerta secreta.)

¡Cómo tarda! .. No quisiera
Que algún detalle perdiese!
¡Ese es tu castigo, ese
Orgullosa cordelera!. .
No me llamaré Tribuno
Ni grande me sentiré
En tanto que mire en pié
De mis émulos alguno.
Este suplicio de hoy
Más de un castillo desploma!...

(Gritos del pueblo.)

¡Gracias, pueblo!... ¡Gracias, Roma!...
¡Qué agradecido os estoy!

ntempla la plaza. — Teresa y Roberto entran por la uerta secreta.)

ESCENA V

NICOLÁS, TERESA y ROBERTO.

TERESA. ¿Dónde me llevas, Roberto?...
¡Siento la tierra tan fría!...
¡Este salón me da miedo!...
¿Qué es lo que tocas?... ¿qué miras

(Teresa tropieza con la cadena.)

¡Santo Dios!... ¡Una cadena!...
¿Para qué?... ¿qué significa?...
Díme... ¿Van á aprisionarme?...

ROBERTO. No aumentéis las penas mías
Con vuestras preguntas.

TERESA. *(Al ver á Nicolás.)* ¡Él!

NICOLÁS. Ya la fiesta se termina...
¿Por qué habéis tardado tánto?
Acercaos, hermosa niña,
Y ved el bello espectáculo
Que se ofrece á nuestra vista:
La plaza del Capitolio
Es una hoguera encendida...
¡Desde aquí se ve muy bien!...
¡Es de verse cosa digna!

(Al llegar Teresa á la ventana suena un doble de campanas. — Roberto se regresa por la puerta secreta.)

ESCENA VI

TERESA y NICOLAS

TERESA. *(Sobresaltada.)* ¡Pero es que doblan á muerte!...

NICOLÁS. No sé si á muerte ó á vida...
Nuestras campanas no expresan
Nunca, ni placer ni dicha...

Suenan como tántos otros
Instrumentos con que alivia,
Ó á lo menos entretiene
El mundo sus agonías.
Pero mirad á la plaza.

TERESA. No puedo... la llama viva
De la hoguera no permite

(Rumor en la plaza.)

Verla bien... El pueblo grita,
Mostrando feroz encono
Más que locas alegrías!...
¿Qué fiesta es esta, señor?

NICOLÁS. Una de tántas!... ¿Te admira?...

TERESA. Un grupo de gente avanza
Muy despacio... *(Doble de campanas.)*

NICOLÁS. Así camina
El que no quiere llegar.

TERESA. Es una guardia...

NICOLÁS. Es la mía.

TERESA. En la plaza hay un tablado...

NICOLÁS. Fíjate en él... ¿qué hay encima?

TERESA. Las tenazas del verdugo
Y su sangrienta cuchilla!...

NICOLÁS. Fijáos bien... que algo más queda.

TERESA. Suben...

NICOLÁS. No quitéis la vista.

TERESA. ¡Una ejecución de muerte!

(Quiere separarse de la ventana, y Nicolás lo impide.)

NICOLÁS. Es una fiesta en la vida
Como otra cualquiera. El mundo
De emociones necesita.

(Teresa aparta la vista de la plaza.)

Es un hombre en el cadalso
A quien la Italia castiga...
Mirad cómo la melena

Sacude feroz... la risa
Con que contempla al verdugo...
Ved cómo obsequia en las filas
Casco, gorguerín y guantes...
Mira á todos... se reanima...
Su cuello en el yunque pone...

(Toque de silencio; doble de campanas. — Rumor del pueblo, ruido de armas.)

Acercáos... *(Trata de obligarla.)*

TERESA. *(Resistiendo.)* ¡Me horrorizan
Los suplicios con que el mundo
Ensangrienta su justicia!

(Ruido de armas cercanas.)

NICOLÁS. ¿Pero no habéis conocido
Le cabeza que caía,
La mirada que os miraba
Y su espantosa sonrisa?...
¿No la habéis reconocido
En la apuesta gallardía
Con que saludó á la muerte
Y dió su adiós á la vida?
¡Mala memoria tenéis!
¡Sóis ingrata á más de inicua!
¡Ese es Guillermo Monreal
Que ante mí su cuello inclina!
¡Es mi rival!... ¡Es tu amante!...
¡Mi venganza está cumplida!

(Durante los cuatro últimos versos, Teresa, enloquecida, trata de hablar y no puede, lanza un espantoso grito, que coincide con el rumor popular y el ruido de armas en la plaza y en las avenidas del palacio.)

ESCENA VII

DICHOS y ROBERTO

ROBERTO. Señor, señor, el palacio
Invade chusma violenta,

Y á los golpes de sus picas
Cáen derribadas las puertas...
Se dice que han penetrado
Sobornando, en la frontera,
Las fuerzas de observación
Que comanda Bocanegra...
El pueblo ha fraternizado
Con la chusma turbulenta!...
Y áun la guarnición de Roma
Os hace traición.

NICOLÁS. ¡Revienta
Corazón!... ¡Tus senos abre,
Y dame un sepulcro, tierra!...
¿Y no sabes quiénes son?

ROBERTO. Son los bandidos que aterran
Las comarcas de la Italia;
Los que á Nápoles asedian...
Las tropas de Fra-Moriale...
Que le hacen libre, ó le vengan.

NICOLÁS. ¿De Fra-Moriale?... *(Aterrado.)*

(El rumor aumenta.)

TERESA. (¡Dios mío!)

ROBERTO. Señor... mirad que se acercan!...

(Observa.)

Ya invaden la galería...
¿Qué mandáis?...

NICOLÁS. Que me defiendan...
Que no me dejen matar
Por esa canalla fiera!...
¿Qué se han hecho mis arqueros?...

ROBERTO. Anoche, por órden vuestra
Marcharon al Capitolio.

NICOLÁS. ¿No habrá quién me favorezca?...
Diles que les doy el oro
Que mis palacios encierran;
Las joyas de mis bazares;
Las piedras de mi diadema:
Dí que, en cambio de mi vida,

Les doy todas mis riquezas!

(Apura el estruendo.)

DENTRO. ¡Muera el tirano Riënzi!

ROBERTO. ¿Lo habéis oido?

(Observa por la ventana.)

NICOLÁS. *(En la mayor confusión.)* Si.

DENTRO. ¡Muera!

(Roberto sale por el fondo, aterrado y confuso.)

ESCENA VIII

TERESA y NICOLÁS

NICOLÁS. ¡Salvadme!... que vos tenéis
Con esa turba influencia!...
Es el mismo que en Puzolo
Subyugó vuestra belleza!
Nó... no me dejéis morir!

(La invasión se hace sentir por el fondo y la derecha. Se oye ruido de puertas violentadas, de vidrios rotos, etc., etc.)

¡Salvadme!... ¡Salvadme! *(Arrodillándose.)*

DENTRO. ¡Muera!

TERESA. *(Levantándose.)* Señor, no olvidéis que ha poco
Me mostrábais una escena,
En que un hombre valeroso,
Sacudiendo su melena,
Con la sonrisa feroz
Del que la muerte desprecia,
Dió en obsequio á los verdugos
Del caballero las prendas...
¿No alcanzaréis á imitarle?...

(El ruido ascendente, pero gradual, sigue hasta el fin de la escena. — Debe cuidarse de que no apague la voz de los interlocutores.)

NICOLÁS. *(Desolado.)* ¿No hay nadie que me defienda?...

ESCENA IX

Dichos y ROBERTO

ROBERTO. Señor, todo está vencido...
La penúltima escalera
Van á tomar...

NICOLÁS. ¡Dios del cielo,
Ampáreme tu clemencia!

TERESA. Emprended pronto la fuga...

NICOLÁS. ¿Pero hacia dónde?..,

TERESA. ¡A la Iglesia!
Por el camino que traje...
Por esa puerta secreta...

NICOLÁS. Tenéis razón... una capa...
Una capa que me envuelva,
Y que oculte á los verdugos
La víctima que desean...
¡Dadme, por Dios, una capa!...

ROBERTO. ¡Pronto, señor!

DENTRO. ¡Muera!... ¡Muera!

NICOLÁS. *(A Teresa.)* ¡Por piedad!... ¡Dadme un andrajo
Que oculte tanta opulencia!

(Se despoja del collar, del cinturón de piedras, del puñal y demás adornos.)

TERESA. ¿Cómo aspirábais, señor,
A la púrpura de César?

NICOLÁS. ¿La púrpura?... Yo la cambio
Por un harapo cualquiera...
¡Dadme un andrajo, por Dios!

ROBERTO. ¡Escapad... que ya se acercan!

(Roberto abre la puerta secreta y se la indica.)

¡Ya invaden este salón!

(Nicolás arroja su manto, quita á Roberto su capa, y se emboza.)

TERESA. Idos... y Dios os proteja!

NICOLÁS. Entretened á esa turba...
Cerrad el paso á esas fieras...
Quiero vivir y vengarme...
Quiero ver en mi cabeza
La de mis predecesores
Imperial, triple diadema!

(Escapa por la puerta secreta, Roberto sale por el fondo. Teresa toma el puñal que Nicolás deja sobre la mesa, y se pone en guardia, delante de la puerta secreta. Tadeo, Laudo, Conrado, Minorbino y demás compañeros de Fra-Moriale invaden la escena.)

ESCENA X

TERESA, TADEO, LAUDO, MINORBINO, FERRIMALLA, CONRADO y soldados.

TADEO. ¡Teresa!

TERESA. ¡Padre del alma!

(Se abrazan.)

LAUDO. Decid... ¿dónde está el Tribuno?

TERESA. ¿No le hallásteis en la plaza?

LAUDO. ¡No es eso lo que pregunto!...
¿Dónde se encuentra Riënzi?

MINORBINO. ¡El asesino!

CONRADO. ¡El verdugo!

(Tratan de entrar por la puerta que guarda Teresa.)

TERESA. ¡Atrás!... la venganza os ciega!

TADEO. ¿Cómplice vos?

TERESA. ¡Sois injustos!
No es al tirano caïdo
A quien generosa ayudo...
Quiero salvar vuestra gloria
Del oprobio y del abuso...
¡La cabeza de un cobarde
No la corta ni el verdugo!

LAUDO. Pero entregadle... señora!

TERESA. Estáis, por Dios, importuno!

LAUDO. ¡Soldados!... ¡Forzad el paso!

(Tratan de hacerlo, pero Teresa, armada del puñal lo impide.)

TERESA. Si hay entre vosotros uno,
Bien cobarde, que se atreva
A dar un paso... le hundo
Este puñal en el pecho!

CONRADO. ¿Vos protegiendo al Tribuno?...

TERESA. ¡Atrás!... ¡Atrás os repito!
¿No me obedecéis?
(¡Cuál sufro!)

NICOLÁS. *(Dentro.)* ¡Me asesinan!... ¡Me asesinan!

TERESA. ¡Lo han matado! *(Arrojando el puñal.)*

LAUDO. ¡Dios es justo!

TERESA ¿Así vengáis á un valiente?

LAUDO. ¡Todo César tiene un Bruto!

(Lovero aparece en la puerta secreta, con su cuchillo en la mano.)

ESCENA XI

Dichos y LOVERO

LOVERO. ¡Duerme tranquilo en la tumba,
Fra-Moriale, estás vengado!

TERESA. ¡Su memoria habéis manchado!
¡Oid!... Airada retumba
Su voz protestando altiva
Contra esa cobarde acción!...
¡Nunca se vengó el león
En la liebre fugitiva!

(Se oyen una marcha triunfal y vítores del pueblo. Teresa corre á la ventana.)

LAUDO. ¿Qué sucede?...

LOVERO. ¡Extraño ruido!...

LAUDO. ¡Vuestras armas preparad!

LOVERO. ¡Las avenidas guardad!

(Los soldados se distribuyen por todas las entradas.)

MINORBINO. ¡Si alguien nos habrá vendido!

TERESA. ¡No os alarméis! — El rumor
Que ora los aires atruena,
No es de guerra... ¡Ya está llena
La ancha copa del dolor!
Venid!... y el santo homenaje
Contemplad, que un pueblo entero,
Hace al émulo de Homero...
¡Al Petrarca!... Vasallaje
Que no avergüenza ni humilla,
Porque, al rendir el tributo,
En honra coje su fruto
El pueblo que se arrodilla!...
¡Es la ovación más completa
Que hace al talento la gloria!...
Acercáos... es la victoria
Que glorifica al poeta!...

(Todos se agolpan á la ventana y á la puerta del fondo. Se percibe el paso del carro triunfal y de la comitiva que conduce al Petrarca al Capitolio. — Hermosa luz de bengala ilumina este cuadro final. — Teresa cae de rodillas al pié del altar.)

TADEO. *(Desde la ventana.)*
¡Dios te ha puesto bajo el solio
Que cubre el laurel de Ovidio!...
¡La corona de Virgilio
Hoy te ofrece el Capitolio!...
¡Tu gloria es de bendición
Francisco de Arezzo!... el cielo
Baña de santo consuelo
Nuestra espantosa aflicción!

LAUDO. ¡A Nápoles, compañeros!

LOVERO. ¡Sí... sí... á vencer ó morir!

TERESA. *(Incorporándose.)*

Pensáis de nuevo teñir
En sangre vuestros aceros?...
¡Soldados!... ¡Ya se apagó
La estrella que os alumbraba!...
¡El brazo que triunfo os daba
La muerte paralizó!...
¡Volved á vuestros hogares,
Y en algún seno querido,
Gozad la paz que ha ofrecido
El Dios de nuestros altares!

(Pausa.)

(A Tadeo.) ¡Se cumplió la predicción!...
¡Es Dios mismo quien la abona!...
¡Cada cual ciñó corona
Bien de gloria ó expiación!

TADEO. ¡Su vista todo lo abarca...
A todo mal dá consuelo...

TERESA. *(Abrazando á Tadeo.)*

Yo... para el Monte Carmelo!...
Vos... al lado del Petrarca!...



ELVIRA

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO

A MARGARITA ESCOBAR DE IZÁSIGA

HISTORIA

Don Felipe 4°, el Rey poeta y galante, tenia 16 años cuando subió al trono. Durante su largo reinado de 44 años, estuvo casi siempre empeñado en guerras y todas le fueron adversas; difícil es adivinar lo que le mereció el renombre de Grande. A su advenimiento desterró á Uceda, favorito de su padre, y confirió el poder y valimiento de este Ministro al sobrino de su ayo Zúñiga, al ambicioso y arrogante don Gaspar de Guzmán; Conde-duque de Olivares, en cuyas manos abandonó las riendas del Gobierno, entregándose él enteramente á los deleites.

A fines del siglo XVII nada había que inventar por lo que respecta á relojes; sólo sí mucho que perfeccionar para obtener la precision que exigen la Geografía y la Náutica.

PERSONAS

FELIPE IV, Rey de España (en el acto 1°. Don Luis).
Don GASPAR DE GUZMÁN, Conde-duque de Olivares.
Don IÑIGO GIRÓN, Duque de Osuna.
Don HONORIO SANDOVAL, Duque de Lerma.
Don ALVARO TOLEDO, Marqués de Villafranca.
Don RODRIGO DE ZÚÑIGA, ayo del Rey.
Don RUGIERO, su hijo.
ELVIRA.
MARIETA.
BERTRAND.
Una Religiosa.
Un Ugier.

Nobles y Religiosas de San Plácido.

La escena en Madrid y sus alrededores. — Siglo XVII.

Los apartes van entre paréntesis y las indicaciones de la acción en letra bastardilla.

ACTO PRIMERO

Jardín de una quinta con verja y puerta al fondo. Rampa de monte.

ESCENA PRIMERA

BERTRAND, MARIETA y OSUNA (Este último en traje de jardinero se ocupa en podar los arcos de madreselva).

BERTRAND. No, no puedo conformarme!...
Tratarnos como á chiquillos!...
Ella cuya hermosa cuna
Con amor paterno vimos!...
Marieta, no puede ser...
Yo tengo de hablarla hoy mismo.

MARIETA. Es inútil! La hallaréis
Cambiada como os he dicho.

BERTRAND. ¡Pobre señorita Elvira!

MARIETA. Y á fe, Bertrand, que no miro
Como vos esos asuntos;
El amor es un bichito...

BERTRAND. No, no puedo conformarme!...
Así... con un hidalguillo...

MARIETA Sin embargo... ¿qué sabemos
Si ese cambio que ha sufrido
Nuestra buena señorita,
Es un favorable indicio
De felicidad futura...
Ese obcecado designio
De entrar en un monasterio
Y en país desconocido
Me pareció aventurado...
¡Dejar un mundo tan lindo,
Donde un carnaval eterno

De amor y encanto y deliqnio
Hace la vida tan grata...
Para darse á los cilicios!...

BERTRAND. No, no puedo conformarme!...
Lo dije yá... y lo repito;
¡Pobre señorita Elvira!
Dejar el suelo nativo
Tan pesarosa, tan triste,
Con aire tan abatido,
Y apénas pisa la España,
¡Infame suelo maldito!
Cuando todo cambia en ella;
Su rostro descolorido
Se reanima y embellece...
Su genio acerbo y sombrío
Se torna en alegre y loco...
Y aun parece que al olvido
Da sus antiguos afectos...
¿Quién lo creyera, Dios mío?
La perla de San Germán
Olvida el santo designio,
Olvida á Paris la bella,
El cielo, la tierra, el río,
Que la vieron al nacer;
Olvida el hogar antiguo,
Tesoro de los recuerdos
De su infancia!... Allí la vimos
Niña, candorosa y pura
En el paternal abrigo! *(Enjúgase los ojos,)*

MARIETA. Caramba! llorar me hacéis
Con recuerdos tan tristísimos.
¡Un valiente veterano
Llorando como un chiquillo!

BERTRAND. ¡Un miserable hidalgüelo! *(Osuna los observa.)*

MARIETA. Todo á la larga es lo mismo.

BERTRAND. Ella es de Francia.

MARIETA. El de España.

BERTRAND. Un mozo desconocido
Sin solar y sin familia...

RIETA. Pero gallardo y muy fino.

TRAND. Su nombre es el de un cualquiera.

RIETA. Quizá no lo es su apellido.

TRAND. Yo no lo quiero!

RIETA. Pues fresco
Quedará nuestro mocito
Al saber que don Bertrand
No le paga su cariño.
Vamos, señor escudero,
Menos enojo y más juicio!
¿No habéis visto acurrucado
Al pintado pajarillo,
Triste, callado, doliente
Entre las pajas del nido,
Que al volar en aires nuevos,
Lejos del aire nativo,
Despliega su hermosa pluma,
Náda en las aguas del río,
Canta en la rama extranjera
Y escucha con tierno ahinco
La voz del pájaro extraño?...
Nosotras somos lo mismo!

TRAND. El diablo cargue con todas
Y entienda vuestros caprichos!
Si no quería ser monja,
¿Por qué en Paris no lo dijo?
¿No era allí solicitada
Por lo mas gallardo y fino
De nuestros donceles? — Vamos,
Que es para perder el juicio...

RIETA. No os pese, buen escudero,
Tan milagroso prodigio...
Que para tomar el velo
No todas hemos nacido.

TRAND. Esa es veleidad... y mucha!

RIETA. El pan nuestro, amigo mío.

TRAND. La señorita debiera
Ser más atenta conmigo,

Con el viejo compañero
De su padre. Nunca olvido
De sus últimas palabras
El dolor, cuando me dijo :
« Bertrand, mi fiel escudero,
» Mi noble y constante amigo,
» En medio de las batallas,
» En la corte, en mi castillo,
» Tu lealtad me has probado
» De soldado, y tu cariño;
» A ellos deberé el reposo
» De mi postrimer asilo,
» Cuando el sueño de la muerte
» Duerma en apartado sitio!...
» Pero aún no lo has hecho todo:
» Quedan sobre el mar bravío
» De este mundo mis dos ángeles,
» Adriana y Blanca... confío
» En que esposo y padre á un tiempo
» Les repondrá tu cariño...
» No te separes de ellas,
» Dales con tu sombra abrigo,
» Y cuando en mi busca vayas,
» Dios te premiará... »

MARIETA. Dios mio!
¿Qué fué de mi noble amo?

BERTRAND. Nada!... Acabó su martirio.

MARIETA. Muerto?

BERTRAND *(Enjugándose sus lágrimas.)*
Sí, muerto en mis brazos...

(Ligera pausa.)

Tomé su espada y su anillo,
Y puesta en Dios mi esperanza,
Solo, emprendí mi camino;
Atravesé la Alemania,
Valles, desiertos y riscos
Caminando... caminando,
Como el errante judío!...
Llegué á Paris... ¡qué recuerdo!

Nunca ni por nada olvido
De mis dos queridas huérfanas
El cuadro triste y sombrío...
Por fortuna la hoz del tiempo,
Mata en su cortante filo
Las vidas y los recuerdos...

Marieta. Como honrado habéis cumplido,
Solo que ya está en el cielo
La que del cielo nos vino...
Oh! qué señora tan buena!
Bertrand, lo que hemos perdido
No tendrá reemplazo nunca!...
Corazón sensible y fino,
Al ver á su amor ya muerto
Dió su postrimer latido!

Bertrand. Valor no tuve, Marieta,
Para verla en su martirio.

Marieta. Lloraba... mas no por ella...
El doloroso suplicio
Del mal que la aniquilaba
Sufrió con valiente brío!
Solo la orfandad de Elvira
La aterraba... « Jóven, » dijo,
» Y hermosa y desamparada...
» Será infeliz su destino!... »
Y en ella clavó sus ojos,
La besó. . la dió su anillo
Y con balbuciente labio
Añadió : « toma... es el rico
Legado de tu buen padre!... »

Bertrand. Conozco mucho ese anillo :
Sobre la chapa de oro
Que lo cubre están escritos
Del Conde de Saint-Hillier
El nombre y el apellido!
Prenda que le acompañó
Hasta viejo desde niño!

Marieta. Horrible fin el de ambos!

Bertrand. Muy horrible. — Bien has dicho!

Y esta pobre criatura
Sobre el mar embravecido
De la vida, sola... sola...
Sin rumbo ni puerto fijo!...
A los embates expuesta
De este mundo corrompido!...

MARIETA. No os aflijáis, buen Bertrand;
El mundo no es tan maldito;
No siempre la mar es brava,
Ni en todo puerto hay peligro;
Ni siempre ha de ser la tierra
Una gavilla de pícaros;
El mundo de hoy, por ejemplo,
Como mar está tranquilo,
Como puerto resguardado,
Y como mundo muy lindo!

BERTRAND. ¡Pero ese maldito amor!...

MARIETA. ¿Y por qué ha de ser maldito?
Tal vez en él hallarémos...
Cuando ménos... un marido.

BERTRAND. ¡Imposible conformarme!
¡Maldito español, maldito! *(Suena un timbre.)*

MARIETA. Os llama la señorita.
¡Cuidado con ir, amigo,
En camisa de once varas
A meterse!

BERTRAND. *(Entrando.)* Sí, maldito!

ESCENA II

OSUNA y MARIETA

MARIETA. Oh! viejo de los demonios!
Si tuviera corazón
No hiciera esa oposición
A amores y matrimonios.
¡Qué terco, que testarudo!

Pues á fé que si él supiera
Cómo está el asunto, hiciera
Voto de ser sordo y mudo;
Encerrarse en un convento,
Bajo un sayal y una toca,
Una niña que provoca
Para hacer un casamiento!
¡Vejeces dei escudero
Del Conde de Saint-Hillier!
Hombre que no ama mujer
Ni es hombre ni vale un cero;
Pero es tarde yá... *(Un reloj da las tres)* las tres!

(Al irse detiénese á cojer una flor.)

Si el jardinero me viera...

OSUNA. *(Adelantándose.)* Otra más bella te diera,

(Ella trata de huir, él la detiene.)

Que fino y galante es.

MARIETA. Tengamos la fiesta en paz!

OSUNA. Antes que me digas quiero
Quién es ese caballero
En venir tan pertinaz.

MARIETA. Es un jóven español
Gallardo, noble y hermoso;
De lo más guapo y donoso
Que alumbra en España el sol.

OSUNA. Le adulas que es un contento.

MARIETA. ¿Cómo adular, si es justicia?

OSUNA. A juzgar por tu pericia
Ese mozo es un portento.

MARIETA. Yo le quiero mucho, á fé.

OSUNA. Quererle... es muy bien pensado.
¿Mi carta la hás entregado?

MARIETA. Sí señor, ya la entregué.

OSUNA. Y qué te dijo?

MARIETA. A mi?... Nada!

OSUNA. Pero bien, qué hizo con ella?

MARIETA. Formular una querella
Contra la pobre criada.
Apénas la dije yo
Que os la había recibido,
Nubló su rostro encendido,
Y en pedazos la rompió.

OSUNA. (Maldición! Rota mi carta!...
Disimular es preciso...)
Con que leerla no quiso?

MARIETA. No, señor.

OSUNA. ¿Y por qué aparta.
Esquiva á sus amadores?
¿Resuelve entrar al convento?

MARIETA. No tiene tal pensamiento.

OSUNA. Pues, qué tiene?

MARIETA. Tiene amores.

OSUNA. Ola! (La ira me ahoga!)
¿Amores tiene también?...
Díme... ¿No sabes con quién?

MARIETA. *(Forcejeando.)* Tras del caldero .. la soga.
Pecáis de desmemoriado...
Os lo digo y lo olvidáis...
Con don Luis... no recordáis?...
Con don Luis...

OSUNA. Quedo enterado.
¿Con que Luïs es el hombre
A quien la fortuna halaga?...

MARIETA. Amor con amor se paga.

OSUNA. Ya lo sé.

MARIETA. Pues no se asombre.

(Suena dentro una campanilla.)

Me llaman... Abur!... Me voy.

OSUNA. Otro momento. *(Deteniéndola.)*

MARIETA. No puedo.

OSUNA. Pues solo aquí no me quedo.

MARIETA. Pues aquí más no me estoy.

¿Podré hablar á doña Elvira
En el salón?

¿Estáis loco?

¿En el terrado?

A. Tampoco

Pero soltadme!...

No... Mira;

Responde con laconismo:
¿Quién la acompaña?

A. El galán.

(Siento en el pecho un volcán!)
¿Y en el paseo?

A. El mismo.

¿En el oratorio?

A. Él

Por la noche?...

A. Iden per iden.

¿Es decir que no le impiden
Seguirla cual sombra fiel?...
Son aficiones bien raras,
Que, al cobrar muchos extremos...

A. Nosotros no nos metemos
En camisa de once varas.

ase y desaparece por la rampa. Osuna la sigue hasta é de la subida y vuelve abatido.)

ESCENA III

OSUNA

¡Héme otra vez aquí... siempre siguiendo
Del torpe seductor la torpe huella;
Héme otra vez aquí siempre sintiendo
Odio por él y adoración por ella!
Luïs... así le llaman... No le esconde

Su rudo traje y nombre simulado...
A su infame propósito responde
El eterno rencor que me ha inspirado!
Una doble pasión, ruda y vehemente,
Alza en mi corazón su altiva llama;
La venganza fatal brille en mi mente,
Inextinguible amor mi pecho inflama;
Y aún esa misma injusta preferencia
Con que el favor sus pretensiones mira,
Irrita mi pasión!... No es la inocencia
El paladión mejor de doña Elvira!
Pero yo estaré aquí! — Pobre pechero,
La flor cultivo que le brinda ella!
Mas ¡ay de él! si el áspid traicionero
Se oculta astuto en la corola bella!
¡Ay del amante que, engañoso y falso,
Deshonra por amor brinda á su dama!...
Su infamia misma le alzará un cadalso
Sobre la tumba que su nombre infama! *(Pausa.)*
Y tú, niña infeliz! — Blanca paloma
Que el nido patrio abandonaste esquiva,
Mira que el buitre su cabeza asoma
Y extiende sobre tí su garra altiva!
Elvira!... Hermosa, angelical Elvira,
¿Qué designio fatal te trajo á España?
¿Por qué tu amante corazón suspira
Por el hombre falaz que tu honra daña?
¿Por qué la esquiva estrella de mi cielo
Oculta para mí sus resplandores,
Y subyugada por liviano anhelo
A otro ofrece su viva luz de amores?...
Mas... no será! Que el pobre jardinero,
Serpiente en su camino atravesada,
No dejará que el buitre carnicero
Desgarre á la paloma abandonada!
Y mañana, cual hoy, siempre siguiendo
Del torpe seductor la torpe huella,
Se gastará mi corazón sintiendo
Odio por él y adoración por ella!

ESCENA IV

ELVIRA, don LUIS, OSUNA

(Los primeros bajan la rampa: el último continúa podando la madreselva.)

LUIS. Galante estás, reina mía!
Trasciende que es un primor.

ELVIRA. Bien se conoce que es flor
Del suelo de Andalucía.
Nuestros jardines de Francia,
Que ciencia y arte embellecen
Nunca una flor nos ofrecen
Tan rica en tinte y fragancia...
Desde que estaba en botón
Su belleza presentí
Y la cuidó para tí
Mi amoroso corazón.

LUIS. ¡Qué elocuente es una flor!

ELVIRA. Es verdad, muy elocuente;
Su idioma es el más vehemente
En los debates de amor.
Nosotras lo comprendemos
Apenas la flor miramos,
Y áun la intención alcanzamos,
Si mano en la flor ponemos.

LUIS. ¿De veras?

ELVIRA. Como lo oís.

LUIS. Pues es talento bien raro.

ELVIRA. Y á veces nos cuesta caro
Tenerlo, querido Luis.
Un ramillete de flores
Es, en manos de mujer,
Libro en que puede leer
Dulces coloquios de amores.
En la flor hay sentimiento,

Tiene un lenguaje expresivo;
Y le dá nuevo incentivo
El aroma de su aliento.
¿Quién al ver en un salón
Una blanca adormidera
No descubre á la carrera
Los sueños del corazón?
¿Quién ve geranio de rosa
Sin sospechar preferencia?...
¿A quién no inspira inocencia
La blanca azucena hermosa?

LUIS. Sois docta, querida mía.

ELVIRA. Docta, no; pero comprendo
Todo cuanto está diciendo
Mi rosa de Andalucía.

LUIS. Vamos, qué dice esta flor?

ELVIRA. Dice... que yo, sin derecho,
La he puesto sobre tu pecho
Como un emblema de amor.

LUIS. Y en él siempre vivirá
Lozana, pura y hermosa,
Que es la sombra de otra rosa
Que en mi verjel tengo ya.
Ambas las cultivaré
Con amoroso cariño,
Que lo bello, desde niño,
Con loco entusiasmo amé...
Al calor de mis amores
Ambas abrirán su broche,
Y la escarcha de la noche
Refrescará sus colores!

ELVIRA. Gracias, Luis!

OSUNA. (¡Cómo miente!
Su bello y perjuro labio!)

ELVIRA. Siempre en tu mismo resabio,
Pecador impenitente!...
Tánto, tánto ha subyugado
Tu espíritu la poesía,

Que nunca, por vida mía,
En pura prosa has hablado...
Siempre imágen de una flor,
Ó luz de fúlgida estrella,
Soy, en tu lenguaje, bella
Como un ángel del Señor!...
Sóis los poetas, mi bién,
Deliciosos embusteros...
En adular... los primeros,
Y en engañarnos... también.
¡Quiera la bondad de Dios
Y su poder infinito,
Que el ángel, siempre bendito,
Siga de su huella en pos!
Que la pura flor tronchada
De ameno rosal, no muera
De impura pasión artera
En el infierno quemada!
¡Quiera el que todo lo puede,
Dios de suprema bondad,
Que, arrojando claridad,
Mi estrella en el cielo quede!
¡Que para bién de los dos,
Siempre buena y siempre bella,
El ángel sea y la estrella
Que te haya asignado Dios!

LUIS. Elvira, la duda ofende
A quien, como yo, te adora;
Contra esa nota traidora
Tu conciencia me defiende.
Si en los verjeles de Francia
No hay una flor, una sola,
Que de esta flor española
Tenga la rica fragancia,
Tampoco, Elvira, en belleza,
Y la pasión no me engaña,
Guarda una mujer España
Como mi hermosa francesa;
No te ruborices, no,
Que el elogio de mi labio,

Ceder no debe en agravio
De quien siempre lo escuchó.
Vanidad es mi constancia,
Te quiero, Elvira, á tí sola,
Que la constancia española
Dió lecciones á tu Francia.

OSUNA. (Hoy la España envelecida
Es la que traidora engaña).

ELVIRA No es mi intento de la España
Deslustrar la honra adquirida;
Mas ¿cómo explicar Luïs,
Si advierto, cosas del diablo
Que te enojas cuando hablo
De nuestro viaje á Paris?...
De esta quinta las paredes
Me sofocan; ya no puedo
Vivir sola... tengo miedo...
Me asustan mis propias redes...
Mi loca pasión me espanta,
Tiemblo á la calumnia impura,
Me da horror la noche oscura...
En tanto que á tí te encanta.
Y si en tal contrariedad
El corazón temeroso
Te dá el título de esposo...
Te inmutas... dí, no es verdad?

LUIS. Elvira...

ELVIRA. Habla, no es cierto,
Que leal á tu promesa
Llevarás á tu francesa
De amor á seguro puerto?

LUIS. Yo te lo prometo, Elvira:
Pronto ante el sagrado altar...

ELVIRA. Sigue...

LUIS. *(Contrariado.)* Me oirás jurar...

ELVIRA. *(Entusiasmada.)* Sigue... sigue...

OSUNA. *(Interponiéndose.)* ¡Una mentira!

LUIS. ¿Quién es este hombre, señora?

ELVIRA. No hagáis caso... es un pechero...

OSUNA. Soy un pobre jardinero
Que quiso hablar, en buena hora.

LUIS. Me dáis lástima, por Dios!
¿Sóis demente?

OSUNA. *(Pausa intencional.)* Si lo fuera
Vuesa merced no estuviera
Vivo entre nosotros dos...
Oh! Si yo fuera demente
Temblaríais ante el hombre
Que al descubrir vuestro nombre
Cubriría vuestra frente!

LUIS. *(Tratando de abofetearle.)* Atrevido!

OSUNA. *(Impidiendo el ultraje.)* Eh! poco á poco.

ELVIRA. Luis!

LUIS. Mi bondad se apura.

OSUNA. Lo que os digo no es locura;
Porque el que os habla no es loco.

(Acércase y descúbrese á don Luis.)

LUIS. Don Iñigo Girón, Duque de Osuna!

OSUNA. Hermano del de Osuna que murió...
Deletérea prision fué su fortuna...
Entre horribles tormentos pereció!
Ya estoy aquí, señor don Luis! ¡Mentira!
Vos no os llamáis así.

LUIS. Tened la lengua!
Si en respeto y honor de doña Elvira
Sufrí vuestra insolencia, nueva mengua...

OSUNA. No la sufráis, por Dios!

ELVIRA. Luis!

OSUNA. Señora,
Ni ese es su nombre ni su rango es ese;
Bajo esa faz que la ira descolora
Se descubre muy bien, mal que le pese,
El nombre ilustre de un ilustre hidalgo
Opulento en blasón, en fama rico...

LUIS. Nadie os pregunta á vos lo que yo valgo.

ELVIRA. Seguid, señor, seguid... os lo suplico!

OSUNA. Ese que véis con faz de caballero,
Que os miente amor y que favor os vende...
Ese, señora...

ELVIRA. *(Con pavura.)* ¡Horror!

LUIS. *(Interponiéndose.)* ¿Dó está el acero
Que vuestra audacia criminal defiende?
Don Iñigo Girón, sóis un cobarde!
¡Hacéis la ofensa y olvidáis la espada!
¡Caballero os llamáis!... Pero ya es tarde!
¡Protagonista sóis de esta jornada!
Me conocéis, decís?... Pues bien, salgamos!
Yo os conozco también... y no fortuna...
¡Cuidado, buen hidalgo, no sigamos
Las huellas del Virey Duque de Osuna!

ELVIRA. Me ha engañado... cruel!

LUIS. ¡Por Dios, Elvira!

ELVIRA. Dad vuestro nombre!

LUIS. Tu razón serena.

OSUNA. No lo dará, señora.

LUIS. Escucha... mira...

ELVIRA. ¿Qué debo ver?... La afrenta que me apena?

LUIS. ¿Queréis saber mi nombre?

OSUNA. Que os lo diga,
Si á tanto llega su impudencia loca...
Decidlo... sí... decidlo!

LUIS. *(Con despecho.)* ¿Quién me obliga?

OSUNA. *(Con reposo.)* La oferta que salió de vuestra boca.
Un hidalgo español nunca nos miente
Lo que no ha de cumplir. — Santa es la ley
Que rige en esto á la española gente...
El que miente es un vil. . áun siendo rey!

ELVIRA. Señor, señor!... Matad la horrible duda
Que en mi angustiado corazón estalla!... *(Pausa.)*
¿Qué es eso?... ¿Queda vuestra lengua muda?...

¿Qué os sucede, Luis?

OSUNA. *(Con sorna.)* Nada... que calla!

ELVIRA. Vuestro nombre, señor!

LUIS. (¡Trágame, infierno!)

ELVIRA. ¡Ese silencio me asesina el alma!

OSUNA. *(Con sorna.)* Al fin lo romperá.

LUIS. *(Despechado.)* No!... será eterno!

OSUNA. Vuestro será el blasón.

LUIS. ¡Vuestra la palma!

OSUNA. El gran señor se aflige y palidece
Ante el reptil que guarda su camino!

LUIS. Os engañáis, Osuna... se enfurece
De ver á un noble con tan vil destino!

OSUNA. Oidlo, señora... el jardinero es noble...
¡Maliciad quien será vuestro adorado!

LUIS. Un caballero...

OSUNA. Que en blasones, doble
Honor os dá... y honor os ha quitado.

ELVIRA. ¡Oh!... Decidme quién es...

OSUNA. *(Mirando con sorna al rey.)* Si lo permite,
Seré á su voz solícito, obediente.

LUIS. (Que así mi vida en su tormento agite
La amenaza vulgar de un insolente!)
Don Inigo Girón, sóis un cobarde!
Os lo vuelvo á decir, os lo repito!...
Del misterioso ardid no hagáis alarde,
Y mi nombre decid, que no es delito.
Sábelo tú también, que ya es de necio
Callar un nombre más que el Sol brillante;
Al decirlo mi labio... más aprecio
Y áun más amor te deberá el amante.

OSUNA. (¡Dirá su nombre y aún su nombre calla!
¡Qué bien el miedo su semblante oprime!)

ELVIRA. Poned término pronto á esta batalla,
En que mi pecho atribulado gime...
O decís vuestro nombre ó me retiro

Para no veros más. (Ay! me ha engañado!
Más me confundo mientras más le miro!)
A qué infierno, mi Dios, me has condenado?
(Con entereza.) Vuestro, nombre, señor!

LUIS. (Oh! qué tortura!)
¿Saberlo quieres?... Lo diré al instante;
Pero aleja, por Dios, esa amargura
Que anubla el resplandor de tu semblante.

ELVIRA. Huérfana... sola... y en extraño suelo...
¡Sin más fortuna que el amor de un hombre!...
¡Se llamaba Luïs!... ¡Ay!... Dios del cielo!
¡Fué mentira su amor como su nombre!

LUIS. Elvira, por piedad!

ELVIRA. *(Con entereza.)* ¡Vos la tuvisteis
Al robarme la paz de que gozaba!...
¿Lágrimas de pesar no sorprendisteis
En estos ojos que el dolor nublaba?...
¡Mi tristeza feliz!... ¡Era mi encanto!
¡El solo bién que me legó la suerte,
Cuando puso su negro y hosco manto
En los tristes despojos de la muerte!

LUIS. Elvira! Elvira! tu dolor comprendo;
Mi nombre nunca infamará tu nombre!

ELVIRA. Luïs, quitadme del suplicio horrendo
En que me ha puesto la razón de un hombre!
¡Salvadme, por piedad! *(Cae de rodillas.)*

LUIS. *(Levantándola.)* ¡Gozad, Osuna,
La gloria que os produce esta jornada!...
Y... ¡Quiera Dios no os quepa la fortuna
De verla por mí mismo consumada!...
(Vehemente.) ¡Abre, mi Elvira, tus preciosos ojos,
Que vás á conocer al que te engaña;
Este que ves ante tus piés de hinojos
Es don Felipe cuarto, el Rey de España!

(Cae y Elvira da un grito de espanto, retrocede y exclama.)

ELVIRA. ¡Jesús!... ¡Gran Dios! *(Se cubre el rostro atribulada.)*

OSUNA. El pobre jardinero,
Venenosa serpiente pisoteada,

No dejará que el buitre carnicero
Desgarre á la paloma abandonada!
Oh!... mañana, cual hoy, tenaz siguiendo
Del torpe seductor la torpe huella,
Los siglos me hallarán siempre sintiendo
Odio por él y adoración por ella!
¿Lo viste, doña Elvira?... El Rey de España
Es él galán á quien tu amor se humilla;
El adúltero infame que te engaña,
Esposo de la Reina de Castilla!

(Váse por la rampa. Elvira se lanza sobre el Rey y le arrebata la flor que tiene al pecho.)

REY. ¿Qué habéis hecho, señora?... *(Irguiéndose.)*

ELVIRA. *(Con aparente calma.)* Lo que he hecho
No es sortilegio que la vista engaña...
La flor que puse de don Luis al pecho,
La arranco altiva al corruptor de España.

(Despedaza la flor y váse. El Rey se cubre el rostro atribulado y lanza un grito de dolor.)

ACTO SEGUNDO

Salón de palacis Puertas laterales y al fondo. Mesa con escribanía. Un hermoso reloj á la izquierda.

ESCENA PRIMERA

OLIVARES y OSUNA (*Entrado ámbos*).

OLIVARES. En vano de don Felipe
Calmar intenté la ira...
Dice que la ofensa vuestra
No la olvidará en la vida;
Que desatentado y loco,
Sin respeto á su valía,
Su magestad ultrajasteis,
Siendo de vos conocida ..

OSUNA. Conde-Duque...

OLIVARES. Habéis jugado
Con brasa ardiente, á fe mía!...
La melena del leon
Visteis en hora impropicia,
Cuando en el bosque halagaba
Amoroso á su querida!...

OSUNA. Sellad el labio, Guzmán;
Y la honra pura y limpia
De una infeliz extranjera
Respetad... Si doña Elvira
Maliciado hubiera acaso
La majestad de Castilla,
En el carnaval infame
Que don Felipe corría,
No hubiera hallado en el bosque
El leon á su querida!

OLIVARES. Duque de Osuna!

OSUNA. Entendedlo!...
Fué engaño vil, vil insidia
Los que á la blanca paloma
Pusieron inadvertida
Bajo la garra afilada
Del milano de Castilla!

OLIVARES. Y vos? qué papel hicisteis
En la mascarada inicua?

OSUNA. El único decoroso
Que á un caballero cumplía...
El de fiscal y verdugo
De la real mascarilla!

OLIVARES. Duque de Osuna!

OSUNA. No hay medio..
Cuando en el alma se abriga
De un viejo resentimiento
La amarga hiel comprimida
Hierve, se subleva y brota...
Y el cauce estrecho extravía!
Conde-Duque, vos sabéis
Que nuestras estrellas brillan
En el cielo de la España
Con luz demasiado viva...
Alguna debe apagarse
Hoy ó mañana... algún día!

OLIVARES. Esto es poner, señor Duque,
Sobre la hoguera la chispa!
¿Sóis vos quién de don Felipe,
Soltando al odio la brida,
La cólera provocáis?...
¡Me asombra vuestra osadía!
¿Dónde está vuestro derecho
Para guerra tan inicua?

OSUNA. ¡Mala memoria tenéis!...

OLIVARES. ¿Acaso el amor?... Da risa!
¿Los celos?... No os da vergüenza
De una pasión tan ridícula?...
¿La sangre de vuestro hermano?...

OSUNA. Conde-Duque... esa es la herida!
Sangre del virey don Pedro,
Sangre de las venas mías,
Vertida á traición, á oscuras,
Y atado en la prisión misma
Donde le encerró, cobarde,
El rival que le temía!

OLIVARES. Duque de Osuna, la historia
De esa sangre no se olvida,
Y vos tenerla presente
Debiérais, por vida mía!

(Emoción.) Vuestro hermano!... Preguntadle
A Nápoles, la más rica,
La más primorosa joya
Que el vireinato tenía;
Sí, preguntádselo á Nápoles,
Pobre gacela dormida
Al arrullo de los mares;
Preguntádselo, y que os diga
Cómo gozaba don Pedro
De aquel pueblo en la agonía;
Id y preguntadle, Osuna,
Cuántas inocentes víctimas
Arrastró sobre el cadalso
Su infatigable codicia;
Que os diga el cardenal Borja,
Varón que la Iglesia fía,
Cuánta sangre derramó
Sobre el pendón de Castilla!...
Y ved después si la suya
Da balance á las partidas.

OSUNA. ¿Es decir que don Felipe
Libranzas de sangre gira?...
Pues decidle que si falta
Para saldar... doy la mía!

OLIVARES. Osuna, no os he llamado
Para recordar sombrías
Historias, que muchas lágrimas
Le cuestan al alma mía!

Me dijísteis que obtuviera
Retardar por unos días
La orden de vuestro destierro...
Y yo, á la verdad, creía
Que le pedíais tiempo al tiempo,
Por calmar las regias iras
Y evitar que vuestra honra...

OSUNA. Conde-Duque, más cumplida
Queda mi honra en el destierro
Que mi deshonra en Castilla;
Si he pedido la demora
De diez ó de quince días,
A ello me movió otra causa
Menos innoble y más digna!
¡Buscar perdón!... Señor Conde,
Antes que humillarme, altiva,
Bajo el hacha del verdugo
Mi frente se inclinaría...
Sabedlo, pues, Conde-Duque,
No es favor, sino justicia,
La que pido en esa tregua,
Por vos tan mal comprendida...
Si el Rey don Felipe cuarto
En negármela se obstina...,
Doña Mariana de Austria,
La Reina de ambas Castillas,
Será menos inclemente
A revelaciones mías!...
Sepa vuestro soberano
Que una corona partida
Puede herir por los extremos
La frente que se la ciña;
Que un cetro quebrado en dos
Es una dorada astilla
Que hiere la regia mano
Que en él su poder afirma;
Que el regio hermoso sillón,
Cuando á dos su asiento brinda,
Suele dejarnos en pié
Sobre la regia tarima;

Decidle, en fin, Olivares,
Que si la tregua no firma,
La orden para mi destierro
No demore, y la dirija
A la cámara real
De la Reina de Castilla. *(Trata de irse.)*

OLIVARES. ¿A dónde váis, el de Osuna?
Duque, ya tenéis perdida
La cabeza? Pensad bien
Lo que la ocasión exija;
Ved que mucho os interesa
Por honra, título y vida...
No olvidéis que vuestro hermano
Se hizo rebelde á Castilla;
Que hizo perecer de hambre
En Nápoles muchas vidas;
Que el cañón de Castel-Nuovo,
Cual la trompeta temida,
Le hizo ver que muchas veces
La regia ambición camina
Desde el trono hasta el cadalso,
Del poder á la desdicha!
No lo olvidéis, señor Duque;
Y esa amenaza que, indigna,
Resbaló por vuestro labio,
Retiradla!

(Voces dentro.) ¡Viva!... ¡viva!

OLIVARES. Yo la tregua os doy, Osuna,
Hasta por cuarenta días.

(Óyense voces en los salones inmediatos. — Osuna se sienta á distancia. — El Conde-Duque sale al encuentro de los que entran.)

ESCENA II

Dichos LERMA, ZÚÑIGA, VILLAFRANCA y nobles.

OLIVARES. Bien venidos seáis, nobles señores,
¿Qué nuevas celebráis?... decid ¿qué pasa?...
ZÚÑIGA. Si vos, que sóis el alma del gobierno,
Nada sabéis de nuevo, no habrá nada.
LERMA. No falta, Conde-Duque; los conventos
Agitan hoy cual nunca sus campanas,
Porque, según la crónica del día,
Una devota alondra de la Francia,
Cansada de volar de clima en clima,
Nido caliente reclamó á la España.
VILLAFRANCA. Y que, siguiendo de otras el camino,
La ofensa venga y la deshonra lava,
Buscando en Dios, galán de todas ellas,
Un esposo mejor que el que la engaña.
LERMA. Que al fin en un convento, Conde-Duque,
Lo que en guerra se pierde en paz se gana!
Y áun hay alguno, historiador de corro,
De tantos como pueblan nuestras plazas,
Que, queriendo vestir con regias plumas
A la andariega alondra de que hablan,
Asegure haber visto de la monja,
Detrás del velo y de la toca blanca,
Marcas de sangre que la garra indican
Del hermoso león, Rey de la España.
(Levantándose.)
OSUNA. ¡Miente, Duque de Lerma, quien tal dijo!
LERMA. Si ha mentido el cronista, vaya en gracia.
Lo que refiero no es invento mío;
Digo lo que me han dicho y... santas pascuas!
OLIVARES. No os molestéis, Osuna, son hablillas
Con que entretiene el tiempo la canalla.

ZÚÑIGA. Vivo de genio sóis, mi noble amigo.
Nada se ha dicho contra vos.

OSUNA. No, nada;
Pero conozco la funesta historia
De esa bella mujer de quien se habla,
Y sé que la virtud la llevó al templo
Que con tan noble orgullo la da entrada.

VILLAFRANCA. ¿Sabéis cómo se llama la novicia?

OSUNA. Su nombre nada importa, Villafranca.

VILLAFRANCA. De mal humor estáis.

OSUNA. Si así os parece,
La hoja doblemos... que la historia acaba.

OLIVARES. Sí, mejor es, señores, que tratemos
De asuntos que interesen á la patria,
Que en Nápoles, y en Francia y en Sicilia
En cruda guerra su pendón levanta,
Y apenas de Aragón la paz ajusta,
Cuando ya el Catalán la paz quebranta;
Hablemos de la España, de sus hijos,
Nobles soldados de una causa santa,
Héroes que compran con su sangre gloria,
Héroes que palmas de martirio ganan.

ZÚÑIGA. Y Mauricio Nassau también rebelde
El pendón de la guerra alza en Holanda,
Y como ha dicho bien el Conde-Duque,
Celos inspira el Duque de Braganza,
Que de Juán cuarto el título usurpando,
La altiva Portugal mueve y levanta...

OLIVARES. Guerra por todas partes! Mas no importa,
Que es valerosa y grande nuestra España!

ZÚÑIGA. Don Antonio de Almeida... Oh! cómo ingrato
Despreciando el favor de la de Mantua,
Y los altos honores que debiera
Al genio liberal de su monarca...
Olvidándolo todo en su castillo
El plan combina, y la traición estalla!

LERMA. Y para colmo de desgracia suma
Nuevos disturbios nos suscita Francia.

La invasión intentada en la Gascuña
Por el virey altivo de Navarra,
Ha dado márgen á combates nuevos
Con el virey que en Cataluña manda.

OLIVARES. Si sangre quieren, les daremos sangre!
Y ¡ay! del que sienta la sangrienta garra!

(Suena el clarín de un heraldo.)

El Rey, señores, á palacio vuelve.

TODOS. Que viva el Rey! *(Menos Osuna.)*

OLIVARES. Salgamos á la entrada.

(Precipítanse todos á la puerta del fondo. Olivares se acerca á Osuna que permanece quieto y le obliga á entrar en su despacho, dándole en su tiempo la llave de él.)

Vos, Duque de Osuna, en mi despacho
Permanaced oculto del monarca,
En tanto que yo obtengo de su pluma
La tregua que ofrecí por mi palabra.
Entrad, por Dios, que el tiempo os es precioso,
Entrad, por Dios, y asegurad la entrada.

(Vase Osuna por la dicha cerrando trás sí con llave y Olivares por el foro.)

ESCENA III

REY y RUGIERO

REY. Pero nada en conclusión;
A nada accede, Rugiero?

RUGIERO. Señor, jura que primero
Se arrancará el corazón.
Oh! sí, si la vierais vos
Tan enferma... tan postrada!
Es imagen de la nada,
Un cadáver ante Dios.
La luz del cirio sagrado
Su austeridad engrandece;

Busto de mármol parece
Sobre una tumba tallado.
Y sin embargo, señor,
¡Qué incontrastable energía!

REY. ¡Pobre de la suerte mía
Si no conquisto su amor!
¿Qué mérito hay en reinar
Sobre Castilla y España,
Ni qué en la valiente hazaña,
Ni en el amor popular!...
¿Qué importa que humana ley
Venga de mi ley en pos,
Si en los altares de Dios
Soy yo vasallo y no Rey!
¿Qué gano con ser galán,
Generoso y caballero?
¿Qué me vale ser primero
Por mi valeroso afán,
Si el galardón que ambiciono
Excede á mi valimiento...
Si prefieren un convento
Al esplendor de mi trono!...
Díle que ya no soy rey,
Que por ella destronado
A sus manos ha pasado
Mi poder y el de la ley;
Díle que recuerde fiel
La era de nuestros amores,
La voz de sus ruiseñores,
Las flores de su verjel,
La mariposa pintada
Que seguía delirante
Y á Luïs, su pobre amante
Cuya vida es desgraciada!
Díle que si, ingrata y dura,
No ofrece á mi amor entrada,
Quedará en guerra empeñada
Mi poder con su hermosura
Díle que, si amante y fino,
Respeté su juventud

No bastará mi virtud
Para hacer frente al destino;
Díle que lloro por ella,
Que sufro tormento horrible;
Díle que ceda sensible
A mi amorosa querella!
Que al rayar la última luz
Mi esperanza satisfaga...
Díle, díle que lo haga
Por el que murió en la cruz!

RUGIERO. Señor, ¿por qué así se abate
Vuestro orgullo altivo y fiero?
No es de un experto guerrero
Librar expuesto combate.
¿No hallaréis en los primores
De nuestro andaluz jardín
Flores de mejor carmín
Y de más ricos olores?...
¿No tendrá el cielo español
En su constelación bella
Otra más luciente estrella,
Otro más vívido sol?
¿Qué os importa una extranjera
Que el fuero de Dios invoca,
Que dura como una roca
Os rechaza, ingrata y fiera?...
Es muy hermosa, lo veo
Y gentil y seductora;
Mariposa voladora
Que burló vuestro deseo;
Mas qué hacer, si todo es vano!
Supliqué, la insté, rogué,
Todo el poder ponderé
De mi hermoso soberano...

REY. Basta!

RUGIERO. La tenacidad
De esa insensata mujer,
Logrará entenebrecer
Tan brillante majestad.
¿Así su alteza malgasta

Por un capricho liviano
La savia, el vigor lozano
De tanto amor?

REY. ¡Basta! ¡Basta!
Harto su altivez impía
Mi noble orgullo avasalla!
No lo irrites que ya estalla
Con colérica osadía!
Monja que roba mi fe
Yo la robaré del templo.

RUGIERO. Felipe!...

REY. Funesto ejemplo
Que á mis vasallos daré.

RUGIERO. Pero, señor...

REY. Está dicho!
A mi ira nada prevale!
Ella verá cuanto vale
Del Rey de España un capricho!
Vuelve al convento, Rugiero,
Y advierte á esa desgraciada
Que una fiera enmelenada
Marcha en pos de mi sendero;
Que en su indomable esquivez,
Lejos de domar aumenta
De mi enojo la tormenta,
De mi pasion la avidez;
Díle que su obstinación
Mil desgracias atraerá,
Que después no bastará
Ni el llanto del corazón!

RUGIERO. Así, gran señor, lo haré,
Y... ¡ojalá que menos fiera,
Menos esquiva y severa
Nuestra hermosa monja esté! *(Mira el reloj.)*
(Las dos! Poco tiempo queda
De que disponer.) Me voy,
Con fray Honorato estoy
Citado... ojalá que pueda
Su intervención conseguir...

Entonces, quiera ó no quiera,
Su adusta arrogancia fiera
Veré á tus plantas rendir.

REY. No comprendo.

RUGIERO. Recordaba
Que son las dos — que una cita
Tengo con un carmelita
A la hora que dar acaba.

REY. No me da tregua el tormento!...
¡Quiero, de grado ó por fuerza
Que ante mis ojos se tuerza
La llave de ese convento!
Marcha, vuela... nada omita
Tu diligente interés...
Si un crimen preciso es...
Un crimen se necesita!
¿Conoces al capellán?

RUGIERO. ¿Al capellán?... No hay ninguno;
Los hermanos de San Bruno
Por turno el servicio dan;
A veces los carmelitas...
Entendéis?

REY. Conmigo juegas;
Ya me das luz, ya me ciegas...
Me alzas y me precipitas!...
Está bien!

RUGIERO. Fiad en mí.

REY. En tu cariño confío. *(Siéntase.)*

RUGIERO. Hasta la vida, rey mío,
Sacrificaré por ti. *(Váse.)*

ESCENA IV

EL REY

Mañana, al sonar las diez,
Mi pobre esperanza espira;
Y ella, llorando tal vez
De su amante la doblez,
Se hará monja... ¡pobre Elvira!

La joya de San Germán,
La reina entre las hermosas...
¡Cuánto sus rezos valdrán!...
Yo sé que húmedos irán
De lágrimas dolorosas!

¡Elvira bajo una toca!
¡Elvira bajo un sayal!
¿Así temeraria y loca
De Dios el juicio provoca
De un templo ante el santo umbral?

¡Ella con aquellos ojos
Que rinden siempre de hinojos
A todos cuantos la ven...
Entre cilicios y abrojos,
Con una toca en la sién!

Ella con fe verdadera
Entre los claustros... Mentira!
Ay! A quién se le ocurriera!
¿Quién una toca pusiera
Sobre los ojos de Elvira? *(Campana lejana.)*

No es ilusión. — La campana
Anuncia la realidad!
Elvira, Elvira tirana,
Si tú eres monja mañana...
Se acabó mi autoridad.

(Váse precipitado por las galerías.)

ESCENA V

OSUNA (*Saliendo del gabinete*)

Sí, rey tirano, tu poder espira,
Tu vista ciega el resplandor de Dios;
Mañana un voto llevará á tu Elvira
Lejos del mundo y de nosotros dos!
Iguales quedarémos, don Felipe!
Ni al vasallo ni al Rey su amor corone;
No importe, no, que el tuyo se anticipe,
Si entre los dos mi sombra se interpone!
El hombre desdeñado nada envidia
Del amante feliz... Oh! cómo brama
Mi corazón que con la angustia lidia,
Y ya, no amor, sino venganza clama!
Síguela si te place; que el sendero
Guarda leal la víbora pisada...
No dejaré que el buitre carnicero
Desgarre á la paloma abandonada!

(Váse precipitado por el mismo sitio que el Rey y cae el telón con rapidez.)

ACTO TERCERO

Celda del convento de San Plácido con puerta al fondo. Reclinatorio á la derecha, con la efigie de la Virgen alumbrada por una lámpara. A la izquierda silla tosca. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

ELVIRA (*Con el hábito del Carmen, aparece arrodillada al reclinatorio*).

Héme otra vez aquí puesta de hinojos,
Triste y atribulada;
Anegados en lágrimas los ojos
Ante tu altar en oración postrada.
Tú, en cuyos ojos reverbera y brilla
La suprema bondad, hija del cielo,
Ay! mi oración sencilla
Deja que llegue á tí con raudo vuelo!
Mírame aquí tras la borrasca odiosa
Buscar la sombra de tu faz divina;
Fiero tormento sin cesar me acosa,
Y aguda y venenosa
Rasga mi corazón punzante espina.
Humedece mi labio en tu agua pura,
Fuente fecunda de esperanza y gloria;
De aquí, de mi memoria
Arranca la amargura
De mi sensible y dolorosa historia.
Seca mi llanto con tu rayo hermoso,
Sol de los soles, de Belén estrella;
Vuélveme mi reposo
Aquí á la sombra que tu faz destella.

(Pausa. Apoya la frente en la mesa del reclinatorio.)

¡Tristes memorias de mi edad primera!

Recuerdos de mi infancia!
¡Ay! ¡quién creyera
Que, al peso del dolor, vuestra constancia
Mi corazón de niña envejeciera!
Las lágrimas que lloro
No ofenden, no, tu santidad, señora,
Que el llanto es el tesoro
Que en vez de plata y oro
Ofrece Dios al que padece y ora.

(Pausa. El Rey aparece embozado en la puerta del fondo.)

Y de llorar no ceso, madre mía,
Lloro de sol á sol, de noche á noche...
¡Ay! la melancolía
De esta flor, que perdió su lozanía,
Apenas en botón marchitó el broche.
¡Pobre paloma que en los aires vuela
Y ni una palma su orfandad anida;
Peregrina gacela
Que el patrio bosque anhela
Y se vé prisionera y afligida!
Lucero confundido
De las pasiones en el cielo airado,
Su luz han apagado,
Viajero, se ha perdido
Y ninguno su falta habrá notado!... *(Pausa.)*
¡Dulcísima María! *(Acércase el Rey.)*
Amparo del que sufre y del que llora,
Oye la voz de la esperanza mía
Que, en su fiera agonía,
Paz en la tumba solamente implora!

(Al levantarse vé al Rey, lanza un grito de espanto y cae desmayada al pié del reclinatorio.)

ESCENA II

ELVIRA y el **REY** (*Trata de levantarla*).

REY. Elvira!... Elvira!... Oh! se ha desmayado...
Detenido su aliento, no respira...
Elvira, por piedad! Yo la he matado!...
No hay calor en su frente... Elvira! Elvira!!

ELVIRA. ¡Ay!... *(Recobrándose.)*

REY. Gracias, buen Dios!... Su faz se anima;
El detenido aliento reaparece,
La luz hermosa que su faz sublima
Llena de amor y fuego resplandece!

(Elvira se incorpora, ayudada por el Rey. Mira con pavor cuanto la rodea y en seguida exclama :)

ELVIRA. ¿Qué hacéis aquí, señor?... ¿Qué osado intento
Pudo hasta aquí mover vuestra audaz planta...
¿Lo olvidasteis acaso?... Es un convento...
Es la casa de Dios... bendita y santa!

REY. Lo sé... lo sé... Pero mi amor burlando,
Tirana, te ocultaste bajo el velo;
Y yo que amante y fiel te voy buscando
Juré seguirte hasta el umbral del cielo.
Ya por fin te encontré!... — Preciso era
Que Dios término diera á mi dolencia,
Y que, apiadado al fin, te me volviera
Para endulzar la hiel de mi existencia.
Ya por fin te encontré!... Luz de mis ojos,
Estrella de la estrella de mi vida,
Aquí me tienes á tus piés de hinojos
La sentencia aguardando apetecida.

ELVIRA. Os digo que salgáis.

REY. *(Levantándose.)* ¿Solo?... ¡Imposible!

ELVIRA. ¿Qué pretendéis, señor?

REY. Darte mi guía.

ELVIRA. ¡Sacrílego monarca, eso es horrible!

REY. No hay sacrilegio, puesto que eres mía;
¿Lo oyes, Elvira?... Mía!... Un juramento
Te ligó antes á mí... ¡Ay! « yo te adoro! »
Me dijo veces mil tu dulce acento...
Y eras entonces de virtud tesoro.

ELVIRA. Mentís, señor! — Jamás un juramento
Al amor me ligó del Rey de España...
La que yo amé, visión del pensamiento,
Se evaporó fugaz... ya no me engaña!
Mi amor fué una ilusión, como lo era
El ente imaginario que adoraba;
A Luis amé con fe pura y sincera;
Pero al rey don Felipe... no le amaba!
Me engañasteis, señor. — La pasión mía,
Delirio fué de un sueño lisonjero...
Al vasallo... le quise... aún le querría...
Pero al rey poderoso... no le quiero!

REY. Elvira, por tu amor, vuelve á mis brazos!
El amor de Luïs mi amor abona!
¡Ay! si lo quieres tú, yo haré pedazos
Mi altivo cetro y mi real corona!...
Rey de la España... mi poder renuncio;
Rey de tu ardiente amor... ¡ay! lo ambiciono!
Luïs volveré á ser, yo te lo anuncio
Tu regazo será mi único trono.

ELVIRA. Soy esposa de Dios!

REY. Nó, nó, mentira!
Dios escuchó tus votos... los primeros;
Y sabe bien que aquellos, doña Elvira,
Si no de un Dios, de un Rey gozan los fueros.
Ya por fin te encontré! Pídeme ahora
Cuanto conciba tu ambicioso anhelo,
Pero salir de aquí!... — Venga en buen hora
Sobre los dos la maldición del cielo!

ELVIRA. Pues bien! Si no salís, mi voz airada
Amparo clamará contra el delito;
Y no seré por cierto abandonada
A vuestro amor sacrílego y maldito!

Si no salís, las auras del convento
Del escándalo mismo voz tomando,
Con fuerzas nuevas y mayor aliento
Vuestro crimen al mundo irán contando!...
Y el mundo lo sabrá! — Que el Rey de España
Su pueblo engaña y por su bién no mira;
Que hace de insidia vil valiente hazaña,
Y gloria y prez de deshonrar á Elvira!
Tánto y tánto dirán...

REY. Por Dios, señora,
Que diga el mundo cuanto mal quisiere;
Que mi pueblo español piense en mal hora,
Lo que su amo y señor pensar no quiere!
¿Qué importa que irritado se conjure
Y se arroje hasta mí de odio embriagado,
Si está en mi mano que el veneno apure
Y que muera á mis piés en su odio ahogado?
¿Qué importa, sí, que todos me maldigan
Si tú me das tu amor?...

ELVIRA. Empeño vano:
Los amores, señor, nunca se abrigan
Bajo los pliegues del sayal cristiano...
Piedad, mi Rey! ¿Qué goces, qué fineza
Buscáis en mí, si todo está agotado?
¿Qué encantos hallaréis en mi belleza,
Si al riego del dolor se ha marchitado?
¿Qué os importa el amor de una difunta
A quien la fosa funeral reclama?...
El hielo de las tumbas no se junta
Con la ardiente de amor vívida llama!
Dejad, señor, que el rezo y los cilicios
Mi ingrato desamor fieros castiguen...
¡Hartos mis males son! — ¡hartos suplicios
A este escombro mortal rudos persiguen!
¡Dejadme, por piedad!

REY. Nó, nunca, Elvira!
¿Así mi amor y mi constancia pagas?
¿Cómo quieres que ofrezca una mentira
Que sangre hará mis dolorosas llagas?
¡Que te deje de amar!... — Aunque supiera

Que muerte en vez de amor encontraría,
Con mayor interés, con ansia fiera
Tu amor ó mi sepulcro buscaría!

ELVIRA. ¡Inexorable sóis! — Sóis inhumano!
Ni súplicas ni lágrimas os mueven!
Me protestáis amor, y, adusto, insano,
Mis desventuras véis... y no os conmueven!

REY. Necesito tu amor.

ELVIRA. Ay! si hubo un día
Que escuché vuestro amor enamorada,
La insensata pasión con que os quería
A fuerza de llorar... quedó apagada!
Si entonces os amé... oh! ya no os amo;
Y aunque os quisiera amar... ya no podría;
Yo mi Rey, mi señor, humilde os llamo;
Respetad mi virtud... que ya no es mía!

REY. ¿Conque no me amas ya? ¡Ay! cómo brama
El huracán de amor dentro mi pecho...
Devorador incendio que se inflama,
Y alza y eleva su violenta llama
Sobre mi pobre corazón deshecho!
¡Oh, mi Elvira, por Dios! — Paz para el hombre
Que en aras de tu amor ha consagrado
Reposo y porvenir y fama y nombre...
Y que darte podrá, sin que te asombre,
Cuanto humana ambición ha ambicionado!
Tú eres mi adoración, mi amor primero,
Ya en alas de ese amor con que te quiero
Mi espíritu abatido se levanta...
No quiera tu desdén, injusto y fiero,
Nublar un cielo de ventura tánta!
Mi corazón como el raudal sereno
Que fecundiza el campo de las flores,
Está hoy de vida y de frescura lleno...
Dále acojida en tu precioso seno
Para que brote en manantial de amores!
¡Oh, mi Elvira, por Dios! Rásguese el velo
Que guarda un mundo de inefable encanto;
Basta de oscuridad, mi esquivo cielo;

Bien merece un instante de consuelo
Quien lleva tánta eternidad de llanto!

ELVIRA. Por Dios, señor, salid! Que vuestro aliento
Quema la pura flor de mi inocencia...
(Observando.) Ved que escucho ruïdo en el convento...
Que si descubren vuestro torpe intento
Me haréis insoportable la existencia!
Salid, señor!... no os amo... os aborrezco!...
Me dáis horror... Mi pecho arrepentido
Ya no os profesa amor... odio os profeso!
Tánto, señor, me habéis enloquecido,
Que estoy loca de horror... os lo confieso!

REY. ¡Mujer al fin!... Versátil, caprichosa,
Ni siente amor, ni su pasión comprende!
Imágen de voluble mariposa
A la llama voraz, que busca ansiosa,
Por quemarse y morir, las alas tiende...
¡Juego de niña, pasatiempo, engaño!...
Si un alma pierde así!... ¿qué pierde ella?
Su virtud es cristal que no se empaña!...
Aunque ingrata y falaz... eso no daña
La buena fama de una dama bella...
Pero en esta ocasión el alma herida
Tiene aliento real; — el voto hecho
Lo tengo escrito aquí!... La fe ofrecida,
Por temor de asechanzas, escondida
Vive en el santuario de mi pecho!...
(Irritado.) No más vacilación... Venid, señora!

ELVIRA. Y... ¿qué queréis de mí?

REY. Lo que ya es mío. —
Vuestro amor de otro tiempo... ¡La traidora!
Creyó hallar en la toca protectora
Fácil excusa á su designio impío!...
¡Monja del Carmen, tu disfraz donoso,
Con mi primer disfraz está pagado!...
Ah! cómo brilla tu semblante hermoso
Sobre el pardo sayal... ¡ay! cuán precioso
Será tu nuevo amor santificado! *(Pausa.)*

ELVIRA. No blasfeméis, señor!

REY. No, no blasfemo...
En el infierno del amor me quemo
Sin que tengan de mí ni áun compasión!

ELVIRA. Yo os compadezco.

REY. No, no, no, mentira!
No quiero compasión; mi alma delira...
Pero nunca se abate ante el dolor!
Venga el desprecio, el desamor, la ira...
Pero amor por piedad!... ¡Qué triste amor!
Yo quiero amor de fuego y de arrebato,
Amor de amor — volcánico, insensato...
Entusiasmo, delirio... eso es amor!
Cada minuto una emoción, un goce...
Aunque el alma se gaste ó se destroce
Al ímpetu del choque halagador!
Quiero llorar ante mi propio encanto,
Que el labio ofrezca risa á mi quebranto,
Que el corazón no cese de gozar...
Deliquio eterno, eterno desvarío...
Ese es, por Dios, el pensamiento mío,
Mi eterno, mi incesante delirar!

ELVIRA Calláos...

REY. El amor que yo te ofrezco,
No es el amor que el vulgo experimenta:
Es un volcán que agita una tormenta,
Es lo que fué, lo que es, lo que será...
Es la pasión idólatra de un niño,
Es el amor de un hombre enamorado,
Es el delirio á la embriaguez llevado,
La adoración llevada á la impiedad!

ELVIRA. Callad, por Dios, callad! Que vuestro acento
La castidad ofende de María...
No debéis olvidar que es un convento
El que profana vuestra planta impía!
Si es cierto que me amáis, honra y respeto
El ídolo reclama en sus altares;
Dejad que el corazón inerte y quieto
Llore su ingratitud y sus pesares!

(Á un movimiento del Rey.)

¿Queréis amor?... Dejad que su veneno
Se haga camino y me inficione el alma...
Yo siento todavía que en su seno
Relucha por matar mi santa calma...
Pero dejemos, sí, que se abra paso
Por espontáneo esfuerzo y libre senda...
Hasta extirpar el fuego en que me abraso
Y que mi propia fe mi amor defienda.

REY. ¿Qué estás diciendo?... Yo no sé... no puedo
Tu intención comprender... De tu dominio...

ELVIRA. Solo os pido un favor.

REY. Y lo concedo...
Aunque sea del mundo el exterminio.

ELVIRA. No tanto, nó; quisiera que tres días
Me dierais de quietud.

REY. *(Vacilante.)* ¡Tres solamente!...
Sé que han de ser tres siglos de agonías,
De mudo desamor, de ánsia impaciente;
Pero no importa, Elvira!... Juramento
De respetar tu santa paz yo hago...
¿Qué me importan tres días de tormento,
Si mil siglos de amor vendrán en pago?

ELVIRA. Pues bien, salid!

REY. *(Delirante.)* No, no!... ¿Qué os he ofrecido?
¡Insensato de mí!... Sonó la hora!...
Cuanto anhelé alcanzar he conseguido...
Y robármelo quieres... ¡ah, traidora!
Venid, señora! *(Asiéndola.)*

ELVIRA. *(Resistiendo.)* Por piedad! — Ya llega
Con su raudal de luz el nuevo día...
No hagáis que el torpe amor que tanto os ciega
Arroje sobre mí su mancha impía.

REY. Venid!

ELVIRA. No hagáis que la violencia abra
Las puertas del convento... ¡Ay de los dos!

REY. ¿Quién osará decir una palabra
Donde su rey está?

OSUNA. *(Apareciendo.)* Quien puede... ¡Dios!

ESCENA III

Dichos, **OSUNA**, en traje de religioso de San Bruno, y una Religiosa que llevará una luz en la mano. (*Elvira da un grito de terror y cae en el reclinatorio cubriendo su rostro con las manos.*)

REY. Desgraciado de mí!... Me han descubierto.
¿Quién sóis?... Decid!...

OSUNA. Un monje, un ermitaño.

REY. Dónde vivís?

OSUNA. Allá... por el desierto.

REY. Quién os trajo hasta aquí?

OSUNA. Designio extraño.

(*Lleva al Rey al extremo del teatro y con voz ahogada le dice:*)

Os conozco, señor, y por lo mismo
Os prevengo salir... torpe locura
Os ha traido al borde de un abismo
Que hace más hondo vuestra audacia impura!
El sagrario de un templo habéis manchado,
A una esposa de Dios háis ofendido...
Dios vuestra liviandad ha perdonado,
Y su ministro el crimen da al olvido!
Pero salid, señor!... Pronto... os espera
El apuesto doncel que os acompaña,
No olvidéis que la luz avanza fiera
Y os pueden sorprender, Rey de la España!

(*El Rey atribulado se deja conducir por Osuna hasta la puerta del fondo, en donde trata de regresar. Osuna le muestra el cielo, cuya claridad se percibe, y logra hacerle salir. Desde el principio de la escena la religiosa pone la luz en el altar y se arrodilla junto á Elvira, cuyas manos estrecha. Osuna vuelve.*)

ESCENA IV

OSUNA, ELVIRA, una Religiosa.

OSUNA. Hermana, ya de la aurora
Brillando está la luz pura.

ELVIRA. ¡Ay, hermano!

OSUNA. Bien sabemos
Que vos no tuvisteis culpa.
Venid! En el ancho templo
Alzaréis ardiente súplica
A Dios misericordioso.

ELVIRA. ¡Ay, hermano! más que nunca
Necesito de su amparo
Y de su clemencia suma!

(Al salir Elvira y la religiosa, Osuna se postra ante el reclinatorio y con un ademán les indica que salgan.)

Rezad, rezad, padre mío,
Que Dios es de quien le busca
Y yo le hallaré si tengo
Vuestra poderosa ayuda.

(La religiosa la sostiene y apoya hasta salir por el fondo.)

ESCENA V

OSUNA

El tiempo aprovechemos... ya amanece!
Es preciso dar fin á esta jornada.

(Coloca un papel en el libro de oraciones que se encuentra sobre el reclinatorio.)

Este papel la enterará de todo...
Y si cumple lo escrito está salvada!

¡Rey don Felipe! Del humilde monje
Ha sido, por fortuna, esta batalla...
¡Te he impuesto, sí, la afrenta de la fuga
Cuando triunfante y orgulloso estabas!
Y ¡vive Dios! que en nuestra eterna lucha,
Cuando alegre y feliz sientas el alma,
Del ameno jardín la sierpe astuta
Morderá tu fortuna hasta sangrarla!...
¡Siempre detrás, siguiéndote la huella,
Siempre mi pié borrando tu pisada!...
¡No dejaré que el buitre carnicero
Desgarre á la paloma abandonada!

(Vdse por el fondo y cae el telón con rapidez.)

ACTO CUARTO

La decoración del acto segundo. Oyense vivas y algazara en los salones.

ESCENA PRIMERA

OLIVARES (*escribiendo*), LERMA, VILLAFRANCA y ZÚÑIGA (*entrando*).

LERMA. Vos, don Rodrigo, contadnos
Lo que haya en verdad.

VILLAFRANCA. Nosotros
Escuchamos esos vivas
Que da el pueblo en su alborozo;
Pero en verdad no sabemos
Si es *Te Deum* ó responso.

ZÚÑIGA. Es la ocupación de Breda;
Es el triunfo gloriöso
Con que Espínola saluda
La casa de Austria.

LERMA. Bisoño
En el arte de la guerra
Era Espínola...

VILLAFRANCA. ¡Qué tonto!
Para ser feliz caudillo
Y general victorioso
No hay más que buscar contrarios
Que tengan miedo...

OLIVARES. (Envidiosos!)

(Levantándose con un pliego en la mano.)

Espínola se ha batido
Con el más heróico arrojo,
Teniendo sobre su campo

Ejércitos numerosos,
Que tras los muros de Breda
Ajaban nuestro decoro...
Bastó para él una tira
De papel, dó airado y hosco
Escribí de propio puño :
« Tomad á Breda » y celoso
Por su fama y nuestra gloria,
Por entre lluvia de plomo,
Sobre los muros de Breda.
Clavó el pabellón católico!

VILLAFRANCA. Eso en mi tierra se llama
Hacer botellas al soplo.

OLIVARES. Y llenarlas de alta gloria.

ZÚÑIGA. Lerma... ¿qué tal el bisoño?
Yo en otro tiempo también
Sobre el campo de los moros...

LERMA. Cómo! ¿También militásteis?...

ZÚÑIGA. Con don Gonzalo el Heróico.

LERMA. Pues, señores, está visto!
Sólo á mis piadosos ojos
Sus lástimas no ha mostrado
Campo marcial con despojos,
Ni el vivac del enemigo
Turbó mi sueño... Esos moros
De vuestro tiempo serían
Altivos y valerosos.

ZÚÑIGA. *(Picado.)* Eran, según lo que alcanzo,
Por el estilo de todos.

OLIVARES. En extender me ocupaba
La nueva gracia que otorgo
Al valeroso caudillo...

TODOS. ¿Qué le concedéis?

OLIVARES. Le nombro
Marqués de Breda y Virey
Del holandés sedicioso,
Y para seguir la guerra
Con el mismo éxito próspero,

Le doy un bravo segundo
Compañero bien idóneo,
En don Íñigo Girón,
Duque de Osuna.

VILLAFRANCA. *(Con ironía.)* ¡Donoso
Y feliz habéis estado
En esa elección!

OLIVARES. Conozco
El mérito del de Osuna,
Y en él tengo, más que en otros,
Esperanzas de que un día,
Y por cierto no remoto,
Deba la España á su esfuerzo
Un mundo y parte del otro.

LERMA. A lo menos por las damas
Dará su sangre gustoso;
Que el que por monjas se afana
Hasta hacer de perro dogo,
Por las que libres se hallan
Es capaz de dar un ojo.

OLIVARES. Es un español bizarro
Y valiente y generoso;
Y español no hay, por mi vida,
Uno en la tierra, uno solo,
Que, al ver atacar la honra
De una mujer, presuroso
No se apreste á su defensa,
Aunque le cueste ambos ojos!

ZÚÑIGA. Oh! qué bien nos conocéis,
Conde-Duque...

OLIVARES. No es elogio;
Pero nosotros miramos
Sagrado y rico tesoro
En el honor de las damas...

ZÚÑIGA. Yo en mi tiempo era lo propio.

OLIVARES. Tenemos en las mujeres,
Sean ángel ó demonio,
El cristal de nuestra honra...

Una mujer... es de todos,
Cuando esta mujer nos pide
Con sus lágrimas, socorro : —
Quien tal reclamo no escucha
No es español, don Honorio.

(Vuelve á sus ocupaciones.)

VILLAFRANCA. ¿Qué será del biografiado?
Hoy no le he visto...

LERMA. En su hermoso
Alazán, de Arabia orgullo,
Le ví montado hace poco.

VILLAFRANCA. Dicen los de su servicio
Que está mudado, que es otro;
Dicen...

OLIVARES. Son cuentos forjados
Por criados maliciosos.

ZÚÑIGA. Cierto... de esa canalla
No hay que escoger; el más topo
Sabe levantar al vuelo
Algún falso testimonio.

VILLAFRANCA. Pero negar no se puede
Que anda el Duque caviloso;
Que no se le vé en palacio...
Y en los festines, yo noto
Siempre su asiento vacío;
En el Consejo...

OLIVARES. Os respondo
Por la amistad que nos liga,
Y por lo que le conozco,
Que por él nada ha pasado...
Siempre ha sido melancólico.

ESCENA II

Dichos, un **UJIER**

UJIER. Os llama su majestad,
Señor Conde-Duque.

OLIVARES. Voy.
Vosotros podéis quedaros,
Si os place.

TODOS. Gracias, señor. *(Váse Olivares.)*

ESCENA III

Dichos, menos OLIVARES y el UJIER.

ZÚÑIGA. Los afanes de la guerra
Tienen al Gobierno hoy
Más que nunca preocupado.
Derrotado el de Nassau,
Las escuadras holandesas
Buscan amparo y favor
En mares desconocidos.

VILLAFRANCA. Por Occidente andan hoy.

LERMA. ¡Muchas victorias seguidas!...
El pabellón español
Quedará con tanta gloria
Glorificado, señor.

VILLAFRANCA. Y á juzgar por lo que observo,
Si en prez gana el pabellón,
El fisco pierde en dinero
Lo que la gloria costó...
Y si sigue... Pobre España!
Pedirá limosna!

ZÚÑIGA. *(Con entereza.)* No,
Duque de Lerma! La patria
No pedirá de por Dios
Las rentas que necesite;
El noble pueblo español
Es harto rico, á fe mía,
Y tiene bastante amor
A su Rey, para que acepte
Tan mísera condición!
Las guerras, cuando son justas,

Cuando necesarias son,
Las bendice el pueblo mismo,
Que con patriótico ardor
Riega su sangre en la lucha...
Vos, Duque, en verdad no sóis
Juez idóneo en esos lances
De suprema abnegación...
Queréis mucho vuestra vida,
Y allá en vuestro corazón
Más que un laurel os fascina
De vuestra amada una flor! *(Váse.)*

ESCENA IV

LERMA y VILLAFRANCA.

LERMA. Vanidoso es el vejete;
Su arrogancia me disgusta.

VILLAFRANCA. Honorio, es ayo del Rey,
De su privanza disfruta,
Y don Rugiero, su hijo,
Según revelan las brujas,
Es su mejor compañero
En excursiones nocturnas.

LERMA. Sí, aún dicen las malas lenguas
Que vive y muere en las tunas.
Yo, Villafranca, no veo
De esta España la fortuna
Cuál será... En constantes guerras
Con todo el mundo, es segura
Su decadencia y ruïna;
Ya el pueblo mismo murmura
Contra el Ministro; los nobles,
Y áun la canalla en sus turbas,
Profieren á voz en cuello
Que esa altiva audacia suma,
Proviene de que en las guerras
La confusión más profunda

Permite, á río revuelto,
Resanar y hacer fortunas...
Que en las guerras con la Europa
Su ascendiente más se abulta...
Y en teatros y saraos,
Y en bailes y fiestas públicas,
Al buen Felipe distrae...
Y á la patria la hace suya!

VILLAFRANCA. La sangre me hierve, Honorio,
Al ver la triste ventura
Que le ha cabido á la España,
Aguila de estirpe augusta
Que hizo sombra con sus alas
A la Europa... grande y culta!

(Ruido. Ambos observan.)

LERMA. Caballeros, es el Rey!
Hoy su semblante fulgura
Menos triste.

VILLAFRANCA. *Vade retro.*

LERMA. *Idem per idem, ut supra.*

ESCENA V

El **REY** (viene leyendo un billete con transportes de alegría, y sin notar Villafranca y Lerma que le saludan y salen por el fondo).

REY. Tiende tus grandes alas
Dulce esperanza mía!
Recobra tu alegría,
Doliente corazón!
Ya la mujer que adoro
Dejó de ser ingrata...
Oh! el placer me mata,
Me ahoga la emoción!
Aquí estampó sus dedos
De nácar y de rosa,
Aquí, dulce y preciosa,

Su mirada fijó! *(Besa el billete.)*
Aquí, inocente y pura,
Su casto amor explica,
Aquí me ratifica
Lo mismo que juró.
Billete primoroso,
Prenda de la que adoro,
¡Ay! si ves que lloro,
Son lágrimas de amor!...
¡Papel que escribió ella,
Tú estás santificado... *(Lo besa.)*
¡Billete consagrado,
Prenda de gran valor!...
Oh! tu favor me vuelve
Todo cuanto he perdido!...
(Aparece Osuna en la puerta del foro.)
Ya soy correspondido...

OSUNA. (El billete!)

REY. Gracias, oh! *(Vuelve á besarlo.)*
¡Ya soy lo que antes era,
Grande, glorioso, rey!...
¡Al mundo impongo ley,
Que mando al mundo yo! *(Adelanta Osuna.)*

ESCENA VI

El **REY** y **OSUNA** *(en traje de guerrero.)*

REY. ¿Quién vá? *(Guardando el billete.)*

OSUNA. El Duque de Osuna,
A quien su alteza ha llamado.

REY. En día bueno ha brillado,
Amigo, vuestra fortuna!
Fuisteis audaz, atrevido,
Desleal, mal caballero...

OSUNA. Señor, vuestra orden espero,
Que á escuchar no he venido

Ultrajes.

REY. Mirad, la ley
Os condenaba...

OSUNA. Mejor!

REY. Acusado por traidor...

OSUNA. Tal vez... por traidor al Rey,
Porque á la España jamás!
A la guerra partiré
Y con sangre compraré
Glorias que ofrecerle más!
Y vos... quizá en la jornada
También glorias me debáis,
Tal vez el trono en que estáis
Os lo defienda mi espada,
Que español y bien nacido
Generoso soy...

REY. Lo veo;
Y arrogante, según creo...
¡Siempre orgulloso habéis sido!

OSUNA. Y lo seré hasta que muera;
Noble hidalgo de Castilla,
Nadie mi arrogancia humilla
Ni mis blasones vulnera...
Si estorbo para el Rey soy
Y mi sombra le importuna,
Mañana, sin falta alguna,
Para la Holanda me voy.

REY. Dije que había brillado
Hoy feliz vuestra fortuna,
Y es cierto, Duque de Osuna,
Por mí... ya estáis perdonado.
No ha mucho dije á Olivares
Que si partir no queréis,
Yo no me opongo; podéis
Quedaros en vuestros lares.
El bravo león poderoso,
A quien provocásteis, tiene
Horas en que se entretiene
En ser bueno y generoso...

Podéis hacer vuestro antojo;
Si España os gusta, — quadáos;
Si queréis guerra, — marcháos
A darnos pruebas de arrojo
Sobre las playas de Holanda;
Y quiera Dios, el de Osuna,
Que alcance vuestra fortuna
De los vireyes la banda!
Allá á Espínola tenéis,
Brazo de gigante armado;
Poner vuestro nombre al lado
De un valiente... bien podéis!
Que el Rey Felipe, el glorioso
Vé su orgullo satisfecho,
Cuando premia algún gran hecho
De un vasallo valeroso.
Haced lo que os plazca, Duque;
Si queréis quedaros... Bien!
Si queréis iros... También!
Del Ferrol partirá un buque.

OSUNA. Gracias, señor. Si os parece,
Puedo retirarme.

REY. Sí.
La gracia que os concedí
No os humilla, — os ennoblece!

(Saluda Osuna con altivez y váse.)

ESCENA VII

El REY

Mi gloria está cumplida!
Rey de la España, ya volviste al trono!...
A Osuna lo perdono,
Y á la alondra preciosa y escondida
Le doy mi amor, mi majestad, mi vida!
¡Oh, divino papel, prenda de ella!

Talismán prodigioso!
Tú el horóscopo guardas de mi estrella
Y de mi Elvira bella
El destino magnífico y glorioso!

ESCENA VIII

El **REY** y **RUGIERO**

Rugiero. Señor...

Rey. ¿Lo oiste, Rugiero?
Mi dicha á momentos crece;
Elvira, mi linda Elvira
Me ha escrito... ves? Un billete! *(Bésalo.)*

Rugiero. ¿Un billete?...

Rey. Sí, Rugiero,
Mostrándose consecuente
Con la entrevista de anoche;
Esperanzando mi suerte,
Una súplica me hace,
Que el Rey de España concede.

Rugiero. ¿Qué solicita?

Rey. Un reló
Para su convento quiere,
De dimensiones humildes,
Y dos campanas solemnes;
Reló que al marcar las horas
Doble sonidos de muerte,
Cual si alguna religiosa
Dejara de ser...

Rugiero. ¡Qué siempre
Por sus extraños caprichos
Se hagan notar las mujeres!...
¿Cuánto mejor no sería
Que tocara horas alegres?

Rey. Sin embargo, de mi Elvira
Los caprichos serán leyes.

Id, y decid á Olivares
Que extienda inmediatamente
Una orden para que el fisco,
Ó si sus rentas no pueden
De mis arcas peculiares
Se mande poner en breve
Un reló que de San Plácido
En el mismo centro quede;
Que al dar horas las campanas
Doblen sonidos de muerte,
Y que como don de un rey
Que en alto precio se tiene,
De arte y vanidad sea
Prodigio para las gentes.

RUGIERO. La orden será cumplida.

REY. Cumplida inmediatamente;
Decid que ha de estar cumplida
Sin retardo — lo más breve;
Que pago el tiempo con oro;
Que haga acudir diligentes
A todos cuantos obreros
Madrid en su ámbito encierre...
Decid que pasado un día,
Cuando al otro el Sol nos deje,
Sobre la altiva ciudad
Ha de levantar su frente.

RUGIERO. Así lo haré; pero ahora
Decidme, señor ¿qué suerte
Correrá esa pobre monja
Cuando su convento deje?

REY. Será la reina de España...
Y pésele á quien le pese.

RUGIERO. Felipe cuarto!...

REY. Está dicho!...
Mas ved que el tiempo se pierde,
Y ansío que oiga Madrid
Horas que doblen á muerte!

(Vase Rugiero tristemente.)

ESCENA IX

El REY

¡ Suenen por fin las horas
Los dobles de la muerte remedando;
Pasen tristes sonando,
En tanto que las mías seductoras
Al lado de mi amor irán pasando!
No importa que la España
Tiemble cual débil caña,
Al escuchar su lúgubre sonido...
¡ Creerá que es del león ronco bramido
Ó la voz de la muerte... y no se engaña!
¡Horas, pasad, pasad! Una yo espero
Que alegre sonará... preciosa hora,
Que mágica y sonora
De mi tormento fiero
La muerte anunciará con doble austero!
¡ Pasad, horas, pasad! y llegue aquella
Que aguardo entusiasmado!...
Elvira, Elvira bella!
Luïs fué para mí como la estrella
Que al náufrago dirige abandonado!
Y ese reló que al ausentarte dejas,
Tu despedida lúgubre avisando,
Llevará por las rejas
Su triste voz doblando
Y nuestra eterna dicha proclamando!
¡ Ay! ¿quién lo creyera?...
De mi pasión me vengo...
Ella proclama fiera,
Que de la España el trono á Elvira espera.
¿Su título de Reina? — Aquí lo tengo!

(Mostrando el billete.) (Telón rápido.)

ACTO QUINTO

Sala *de profundis* en el convento de San Plácido. — En el tercer término estará dividida por una cortina negra, detrás de la cual y sobre un túmulo forrado del mismo color habrá un féretro cubierto con un velo blanco y á los lados del túmulo diez blandones que alumbrarán á su tiempo. Noche.

ESCENA PRIMERA

ELVIRA y OSUNA ***(con los trajes del acto tercero.)***

OSUNA. No hay medio, el deber, hermana,
Tal sacrificio os exige;
La potestad del monarca
Cuyo prestigio invencible
Salva todo miramiento,
Fiera y tenaz os persigue;
Él ha profanado el templo,
Ha irrespetado sus vírgenes,
Ha corrompido á un ministro,
Y con mano irresistible
Nuevamente nos amaga...
Su amor, hermana, es un crimen!
Vos podéis por ese medio...

ELVIRA. Pero, padre, eso es horrible!
Ay! mejor que en realidad,
Sobre los negros cojines
Mi sueño eterno durmiera...
Así, al menos, insensible
No llorara las angustias
Que mi corazón oprimen.

OSUNA. Que sea lo que Dios quiera,
Querida hermana; Él asiste
A la débil criatura

Que sobre la tierra vive
Él con su poder inmenso
Velará, no desconfíe,
Sobre la casta paloma
Que asedia ominoso el buitre;
Él velará, yo os lo juro...
Pero entretanto, posible
Es que una nueva asechanza
Del osado que os persigue,
Pudiera acaso...

ELVIRA. Os comprendo,
Mas no temáis que peligre
Mi virtud, no á tanto alcanza
La mano de don Felipe,
Y si osara!... padre mío...
Perdonad si esta infelice,
Por el dolor preocupada,
Del deber salva los límites.

OSUNA. No os aflijáis, hija mía.
Mi corazón me predice
Que será la vez postrera
Que el osado se aproxime
Al augusto santuario
Del Rey que á los Reyes rige.

(Canto de profundis lejano.)

ELVIRA. Qué es lo que oigo?... Ese canto...

OSUNA. No os alarme su eco triste;
Es el canto que la muerte
Desde un féretro preside!

ELVIRA. ¡El canto de los difuntos!...
¡Oh, cómo yerta se oprime
La sangre en mi corazón!...
¡Cantan por una que vive!
¡Oh, si fuera realidad
La triste farsa que fingen!

OSUNA. Vamos, hermana, venid!

ELVIRA. No, mi padre, no es posible
Resistir tanta amargura...

OSUNA. Todo la virtud resiste.

ELVIRA. Tengo el alma destrozada,
Mi aliento casi se extingue,
Mis ojos no hallan la luz
Que las entorchas despiden, *(Apóyase en él.)*
¡Ay! ojalá la visión
Cobre cuerpo y se realice!

OSUNA. Tened ánimo, hija mía!
Dios os contempla y asiste;
Será la prueba postrera,
Mi corazón lo predice.

ELVIRA. ¡Ay, España! — Cuán funesta,
Cuán malhadada y cuán triste
Brilló mi estrella en tu cielo!
Gracias, ¡oh Rey don Felipe!
Gracias por tanto que os debe
La pobre Elvira!...

OSUNA. (¡Infelice!)
Vamos, venid, hija mía.

ELVIRA. Ya os sigo; mas permitidme
Que antes de ceder al trance
Que mi corazón resiste,
Deje aquí mis oraciones;
En esta mansión terrible
Que la nada de la vida
De negro ropaje viste;
Dejadme que, solitaria,
Entre estas paredes tristes,
A Dios mi oración eleve,
Para que acoja la humilde
Súplica que le dirijo.

OSUNA. El tiempo corre invisible;
Y vuestras hermanas todas,
Que oran por vos á la Virgen,
Os esperan.

ELVIRA. No, no tardo.

OSUNA. Ved que el audaz que os persigue...

ELVIRA. Está bien, pocos minutos...
Quiero rezar, ya os lo dije. *(Váse Osuna.)*

ESCENA II

ELVIRA

¡Oh! qué me exigen, Dios mío!...
Que finja dentro una tumba
La quietud, pálida, inerte
De un cadáver!... Nunca, nunca!...
Mejor será que la muerte
Me ampare en su sepultura.
(Mira en éxtasis el anillo.)
« Cuando tu virtud peligre,
Antes que débil sucumba,
Alza la chapa de oro
Donde está la cifra augusta
De tu padre, y el veneno
Que su cuenca guarda... apura. »
Esto me dijo mi madre,
La mejor y la más pura
Compañera de mi vida...
Ella previó las angustias
Y los frecuentes peligros
De mi orfandad prematura.
« Joven y hermosa, decía,
» Correrá mala fortuna. »

ESCENA III

ELVIRA y OSUNA

OSUNA. Venid, que las horas vuelan!
Ya por las bóvedas zumba
La airada voz del monarca.

ELVIRA. Hoy no temo ya su furia;
Siento el corazón tranquilo...

OSUNA. A él su poder le escuda...

ELVIRA. Ya los tiempos han cambiado...
Ya su poder no me asusta.

OSUNA. Pero si audaz persevera
En manchar vuestra honra pura...

ELVIRA. Ay! Entonces, padre mío,
Será funesta la burla!

OSUNA. Ved que nuestro plan dañáis,
Ved que la ocasión apura...

(Muéstrase temeroso de la llegada del Rey y observa frecuentemente por la izquierda.)

¡Oh! si su alteza llegara!...
¿Quién refrenará su furia?
No lo hagáis por vos; pero ellas...
Vuestras hermanas... sed justa!
¡La venganza fuera horrenda!

ELVIRA. Tenéis razón.

OSUNA. *(En ademán de oir.)* Ya se escucha
Su voz más próxima... ¡Hermana
Por Dios y la Virgen pura!...

ELVIRA. No tardo, padre, no tardo...
Id... y preparad mi tumba. *(Vase Osuna.)*

ESCENA IV

ELVIRA *(de rodillas.)*

Perdóname, madre mía,
Perdóname, Virgen pura,
Si, antes de dármela, busco
La soledad de la tumba!
Tú has visto las tempestades
Que mi espíritu atribulan;
Tú conoces cuánto he hecho
Para conseguir la oscura,
Humilde quietud del claustro!...

Ante tu imagen augusta
El huracán implacable
Me abatió bajo su furia...
Tú lo has visto, madre mía,
No queda esperanza alguna!
Para salvar mi inocencia
Y llevarte mi honra pura,
De mi madre un talismán
Recibí, como la única,
Como la prenda final
De su amor y su ternura!
Yo la conservo, señora,
Con su postrimera súplica... *(Pausa.)*
(Levántase.) Te obedezco, madre mía;
Antes que ceder impura
A la infame tentación,
Antes que débil sucumba
Prestándome dócilmente
A una cruel impostura...
Mejor será que su abrigo
Me dé en realidad la tumba.
(Alza la chapa y apura el veneno.)
Para salvar la inocencia
Hacerse morir no es culpa;
Que la virtud siempre es débil
Y el delito la subyuga. *(Pausa.)*
¡Oh, cómo quema mis labios
La gota letal!... ¡Cuál suda
Trocada en volcán mi frente! ..
¡Cómo mi vista se nubla!...
Elvira... paso entre paso,
Anda en busca de la tumba!...
Ellas, mis buenas hermanas,
Pensarán que tu faz muda,
Los contornos de cadáver
Tan solamente simula;
Creerán que en engaño diestra,
Aun al mismo engaño burlas;
Y cuando todo termine
Correrán sobre la oscura.

Sobre la triste visión
Que el negro sudario oculta,
Y te llamarán mil veces...
Y esas mil voces confusas
Se perderán por los claustros
Sin hallar respuesta alguna...
Y tu cuerpo agitarán,
Presas de esperanza y duda,
Y tu cuerpo inerte y frío
No dará señal ninguna...
¡Caro engaño que les cuesta
Llanto, rezo y sepultura!

ESCENA V

ELVIRA y OSUNA

OSUNA. Hermana, hermana, tardáis...
Alarmada y temerosa
La comunidad se muestra...
Un minuto más y aborta
Nuestro plan, y don Felipe
Nuestra intención salvadora
Castigará con la muerte.

ELVIRA. Padre, es verdad! Sin demora
Os seguirá vuestra hija...
Dadme la mano... ¡Espantosa
Me ha perseguido la suerte!...
¡Llevadme á donde estén todas!

OSUNA. Venid con ánimo fuerte...
No lloréis...

ELVIRA. Padre, no llora
La que ha de hallar en el féretro
Dulce alivio á sus congojas.

(Osuna conduce á Elvira que da muestras de letargo. El canto se oye más lejano. Ligera pausa.)

ESCENA VI

El **REY** (entra por el fondo izquierdo, visiblemente **agitado y recorre la escena** con **trasportes** de delirio, y **dirigiéndose al fondo.**)

Elvira!... mi Elvira! .. Ninguno responde...
¡Qué fúnebre estancia!... ¡Qué oscura!... ¡Da horror!
¡Me aterra el silencio!... Oh! ¿Dónde se esconde
La luz de mi vida, mi encanto, mi amor?...
¡Ninguno responde!... Las sombras concentran
Sus hoscas tinieblas!... Revienta mi sién!...
El templo y los claustros desiertos se encuentran...
La celda de Elvira... desierta también!
¡Qué horrible misterio!... ¡Valor, alma mía!...
¡Su altiva melena no abata el león!...
La voz de los vientos se agita sombría
Y su eco amedrenta... ¡Valor, corazón!
¡Ay! — ¡Cuántos delirios de amor y de gloria,
Cual niebla engañosa, derrite el dolor!...
Elvira!... mi Elvira!... Paloma preciosa,
Tu amor me juraste... reclamo tu amor! *(Pausa.)*
¡Ninguno responde!... La luz de mis ojos
Refleja visiones que anima el afán...
Do quiera que miro... sangrientos despojos
Se alzan... se hunden... se acercan... se ván!...
Poder de los cielos! — Disipa esta niebla
Que aflige y congela mi espíritu así...
No más conjeturas de espanto y tiniebla
Su amarga cicuta derramen en mí!
¡Tres días de penas!... Tres siglos de duelo
Sufrí resignado en honda orfandad!...
¡Y todo fué engaño!... No, no, Dios del cielo
¿Elvira engañarme?... ¡Blasfemia!... ¡Impiedad!
¡Alondra pintada que en aires extraños
Plumaje luciste de níveo color,

No olvides, ingrata, con fieros amaños
La palma que abriga tu nido de amor!

(Cae de rodillas. — El reloj de San Plácido, con doble campana, da las dos de la mañana. Al oirlo el Rey, se levanta aterrado.)

¡Las dos!... Cuál su fúnebre timbre modula
En doble sombrío, medroso, el reló...

(Como asaltado por una idea.)

¡Gran Dios!... Qué sospecha, que el alma atribula,
Al doble de muerte, mi mente asaltó!...
¡La muerte!... La muerte!... Dobló esa campana!..
Yo mismo!... Yo mismo... su timbre toqué!...
Mas no... no es posible... mi Elvira inhumana
Matarse y matarme!... Mentira!... Lo sé!

(Pausa ligera. — El canto se oye más cerca.)

¿Qué voz me persigue?... ¿Qué lúgubre canto,
Sus ecos de muerte conduce hasta mí?...
¿Quién cubre mi pecho de luto y quebranto?...
¡Cumplido está el plazo!... Me tienes aquí!...

(Recorriendo la escena loco.)

¿Creiste engañarme?... Si el cielo te esconde,
Al cielo, buscando tu amor, subiré...
Tu amor me ofreciste. ¡Oh ingrata! Responde,
¿Por qué me engañaste, tirana, por qué?
No más miramientos ni contemplaciones...
Si es alto tu trono, mi trono lo es más...
En vano te ocultan luctuosos salones.
Si el cielo te esconde, mi cólera...

(Lánzase sobre la cortina que cubre el túmulo para rasgarla. Osuna la entreabre y sale á su encuentro. El Rey retrocede.)

ESCENA VII

El **REY** y **OSUNA**

OSUNA. Atrás!!
¡Temerario monarca! No profanes
El campo santo do la muerte impera;
Huye, por Dios, si de crespón funesto
Cubrir no quieres tu real diadema!
Salid, señor!
(Enciéndense los blandones del túmulo.)

REY. *(Tratando de abrirse paso.)* ¿Que salga?... No lo esperes!..
Ó me entregan á Elvira, ó en pavesas
Convertido veréis el templo santo
Donde perjura la traición se alberga!...
Decidme ¿dónde está?...

OSUNA. Rey don Felipe,
Salid, por vuestro bién! Mirad que horrenda
La mano de Satán por vuestra mano
Hirió su corazón... ¡Ay! si la vierais...
El vuestro, por la angustia destrozado,
A impulsos del pesar sangre vertiera...

REY. Llevadme donde está... *(Forcejeando.)*

OSUNA. Rey de Castilla,
Ya vuestra Elvira abandonó la tierra;
Tesoro de virtud, ángel divino,
La reclamó su Dios, y allá se encuentra!

REY. Padre, por caridad, no me mintáis!
Elvira vive!...

OSUNA. Sí, mas no en la tierra.

REY. ¡Ay de vos, insensato, si el león
Sacude enfurecido la melena!...

OSUNA. Salid, señor!

REY. *(Sacando un puñal.)* Si mi poder resistes;
Si en vano para tí tu rey ordena,

Yo verteré tu sangre, y tu cadáver
Puente será para llegar á ella!
¡Religioso tenaz, tiembla á mi furia!...

OSUNA. ¡La virtud y el deber, señor, no tiemblan!

REY. Quiero ver su cadáver.

OSUNA. ¿Lo queréis?

REY. Sí. ¡Lo exijo, lo mando!

OSUNA. ¡Oh! Cómo lleva
A la expiación la mano del delito!
Rey insensato, la pasión te ciega;
Ya tu Elvira se fué... ya en otros reinos,
Coronada y feliz se encuentra ella!

REY. *(Amenaza.)* Decidme, ¿dónde está?... Yo así lo exijo;
Decidme dónde está...

(Osuna descorre el velo negro y Elvira aparece muerta en los brazos de una religiosa. Todas las monjas de San Plácido de rodillas, en actitud llorosa y con cirios encendidos, rodean el túmulo.)

OSUNA. Mírala y tiembla!

ESCENA VIII

Dichos y RELIGIOSAS. (El Rey se precipita ante el cadáver.)

REY. ¡Elvira! ¡Elvira!... ¡No responde!... ¡Elvira!...
¡Noche de maldición!... ¡Mi Elvira muerta!
(Se postra ante el cadáver.)

RELIGIOSA. (Ha muerto en realidad.) *(A Osuna.)*

OSUNA. (¡Cielos! ¡Qué oigo!

RELIGIOSA. (Yo oscuché, padre, su oración postrera;
Abrazada de Dios, á Él le pedía
Paz en la tumba.)

OSUNA. (¡Cielo santo!... ¡Muerta!)
(Después de examinar el cadáver vuelve sombrío.)

REY. ¡Ya está eclipsado el sol que me alumbraba!

OSUNA. En tu negra mansión, húndeme, tierra!
¿Elvira muerta?... ¡Se acabó el encanto!..
Rey don Felipe! Vuestra Elvira muerta
Es el fúnebre dón que la venganza
A un libertino rey hoy le presenta!

REY. ¡Ministro del altar!...

OSUNA. ¡Nó, nó, mentira!...

REY. Religioso, por Dios!... *(Levantándose.)*

OSUNA. ¡Mírame, hiena!

(Arrojando la peluca y barba que lo disfraza.)

Soy la obstinada víbora que siempre
Se opuso audaz á tu triunfal carrera.

REY. ¡El de Osuna!

OSUNA. ¡El de Osuna, que maldice
Hoy más que nunca su fatal estrella!
¡Rey don Felipe, su cadáver mira...
Mi misión acabó sobre la tierra!

(Cierran las religiosas la cortina. El canto sigue lejano.)

REY. ¡Eterna maldición sobre tu nombre!
¡Se agotó, Duque, mi real clemencia!
¡Tras de las huellas del Virey, tu hermano...
Yo te pondré sobre sus propias huellas!

OSUNA. Cúmplase en mí la voluntad divina!...
¿Qué me importa morir... si ha muerto ella?
Ya quedamos iguales, don Felipe.

REY. ¿Iguales?... ¡Nunca! Don Felipe queda
Sobre el trono del mundo, y tú, el de Osuna,
Sobre el cadalso de la infamia.

OSUNA. ¡Sea!
¡Y en él veréis que el noble castellano
Dobla su cuello por la vez primera,
Y ante la muerte con risueño labio,
Del verdugo feroz la faz contempla!
Has dicho bien, tirano de la España:
¿Iguales?... ¡Nunca! — ¡Sobre el trono queda...

Que más feliz que tú sobre el cadalso,
Con la preciosa sangre de mis venas,
Mi pase escribiré para otro mundo
Donde no tú, sino tu Elvira reina!!

(Osuna atraviesa la escena con altivez. — Telón rápido.)

FIN DEL DRAMA

ÍNDICE

